

TOMÁS RAMOS OREA

MUJERES, LUGARES,  
FECHAS...

II

(EUROPA, CANADA, ÁFRICA)

MADRID, 2007

Finlandia  
Canadá  
Alemania  
Ceuta  
Marruecos  
Argelia  
Malí  
Níger

## **Tuula: Turku (Finlandia) 1962-1963 / Turku - Alcalá de Henares 1985**

Con esta viñeta referida a Finlandia en lo que atañe a su trasunto más significativo; y con esta criatura, Tuula, también finlandesa, abrocho un aro de 23 años que deja encerrado, clausurado entre sus márgenes –o al menos así lo percibe el corazón mío– un frondosísimo índice de ocurrencias, un inquietante juego de latitudes, una perentoria premonición de inalcanzables absolutos. Escandinavia, en este relato (por el momento creo que definitivo) pasa a ser historia. El lector, en todo caso juzgará...

Como tantos otros hilos en el grueso tapiz de mi ansia de centrifugacidades hacia lo exótico redentor, el arranque de éste tiene lugar en el verano de 1962 mediante la recogida de un coche en Düsseldorf (Alemania) y el poner el taladro de la proa de mi voluntad en dirección cada vez más arriba... Norte de Alemania, Dinamarca, Suecia... y por último, Turku (Finlandia) salvando las inevitables secuencias de “ferries” y la travesía de una noche del gran brazo de mar Norrtälje (Suecia) - Turku (Finlandia) donde se compaginan y reúnen el mar Báltico y el golfo de Bothnia. Lo único bueno que tenían estas navegaciones nocturnas, dentro del organigrama espontáneamente complejo de un viaje así, era que desempeñaban su cometido instrumental y ancilar en las horas menos hábiles para el juego normal de actividades. El amanecer con todo el día por delante daba con uno en un nuevo país, y para llenarlo nada mejor que las ínfulas de mesianismo lírico que a mí me inflamaban. No puedo recordar detalles porque, además, en aquellas épocas, preso del torbellino de la acción, no era yo dado a anotar el dato diario, la concreta ocurrencia, sino más bien, una vez de vuelta, ya en casa, recogerlo compendiado. Sólo recuerdo que las actuaciones tenían algo de irrepetiblemente mágico, de improvisación carente de cánones, porque la sola materia prima de un español en la Finlandia de 1962 era sobradamente original como para no necesitar de más precedente (ni referencial ni normado) que el que yo mismo pudiera

proporcionarme...

Por segunda vez –la primera databa de diciembre 1959, como ya sabrán algunos de mis lectores– llego a Turku como puerta de entrada en Finlandia. Tras las maniobras forzosas del desembarco, me dispongo a seguir el boulevard Linnankatu, torcer a la derecha en la Kaskenkatu, y continuar a lo largo de la Uudenmaantie, sin dejar ya la dirección a Helsinki. Ahora con un plano de la ciudad delante de mí, no implica violencia de principios conjeturar que muy bien podrían venir de (o encaminarse a) la catedral de Turku emplazada en el parque al que circunda en su lado Noroeste el río Auraä y la Toumiokirkokaty por la fachada Noreste. Tampoco es descartable, aunque menos probable, que se dirigieran a (o vinieran de) la iglesia ortodoxa griega sita en la calle Aurakatu, en la parte Oeste del río. Sea como fuere, ahora, como digo, con la imperturbable complicidad de un plano delante de mí, quiero creer que fue en la confluencia o cruce de la Uudenmaankatu y la Hämeenkatu donde nos encontramos. Yo había detenido el coche acaso para terminar de cerciorarme sobre la dirección de Helsinki. Eran dos muchachas jovencitas, atildadas, vestidas (ahora lo comprendo) como de ceremonia, como de domingo. En aquellos cuadrantes de ánimo y de disposición cualquier mínima instancia de abordaje contenía suficiente cantidad crediticia como para hacerle a uno empezar a hablar. ¿Hablar? Casi con toda probabilidad unas rondas de sonrisas, unas tandas de ademanes conciliadores y persuasivos, unas dosis de semi-frases, de despuntes de frases... y ya estaba: El hielo había cedido y lo demás venía por su pie. Una de las cosas que yo, como hispano angloparlante, encontraba a mi favor es que todas estas criaturas del Norte de Europa tenían cierto conocimiento, siquiera rudimentario, de la lengua inglesa. Las invité a subirse al coche, supongo que después de preguntarles si querían ir a algún sitio. Creo que sí, que querían. Los motivos de... ¿conversación? ardían como yesca, ganando todo el terreno posible a la inhibición, abriendo puertas y más puertas a la comunicación y a la mutua confianza. Las dos se habían sentado conmigo en el asiento delantero del Opel Kapitan, pero la más calladita había caído a mi lado. Se

llamaba Tuula, y su amiga, la que hablaba por las dos, con cierta soltura en inglés, Inge. Al llegar a lo que parecía la residencia de una de ellas e informarme que era allí donde querían quedarse, Inge se bajó prudentemente del coche, y yo, sucumbiendo al inconsútil esteticismo que nuestra dialéctica había urdido quién sabe a través de qué misteriosas vías, soldé los invisibles filamentos de esa complicidad densa que se nos va acercando, que se cierne... Besé a Tuula allí en el coche, con la alegría del novicio y la retórica del menesteroso. La besé con la determinación deportiva de quien no gana nada..., porque sabe que tampoco tiene nada que perder. Se bajó también del coche y tras la correspondiente recompostura de nuestro gesto, regresados al confín de la realidad, hicimos el consabido intercambio de direcciones y de nombres especificados con detalle. Una vez re-encontrada mi dirección, yo me fui hacia Helsinki y ellas desaparecieron.

Ese mismo año, por noviembre, mientras discurría mi segundo curso de profesorado en la Michigan State University de East Lansing, Michigan, U.S.A, me llegó la primera foto de Tuula, sacada en 1960 según indica la fecha del reverso. Aparece Tuula Vuorensola (pues tal es su nombre cumplido) con una sonrisa... más que sentida, yo diría que deseada; acaso como alternativa mirífica a la adustez de su Norte: Pelo suavemente moldeado en melenita flameada, ni corto ni largo, hasta algo por debajo de las orejas y hasta bastante por encima de los hombros. Lo que lleva puesto parece ser una prenda oscura y lisa, si jersey si vestido, cerrada por arriba por un como botón a modo de roseta, sin que ello impida destacarse un correctísimo y esbelto cuello del que pende un collar rematado en un dije o broche en forma de barquilla o rombo. Digo que la foto era de 1960 y que yo la recibí, junto con una carta en inglés, en noviembre de 1962. Debió de seguir alguna misiva más que nos intercambiamos, y debí yo de enviarle alguna foto mía. Lo normal y esperado en semejantes casos...

Llegó el verano de 1963 y yo, aprovechando el compromiso social de asistir a la boda de un amigo mío español contra finlandesa (envidiable coartada), diseñé un vasto plan de viaje, con más días, más

medios, y más conocimiento. Esta vez volé directamente a Helsinki, actué como testigo en el Himeneo de mi colega, me alquilé un coche Volkswagen y me lancé a soldar las mitades de la realidad y de la fantasía. En otro lugar o lugares han quedado relatadas las peripecias de este magnífico verano de 1963 y las misiones de contumaz y novedoso exotismo que mi alma fue dejando fundadas en la idílica Suomi, y sobre ello no insistiré. Ni tampoco voy a zahondar en la disfunción emocional con que Tuula me regaló cuando después de mil vericuetos y averiguaciones acerté a dar con la casa semi-rural de Turku en que ella vivía entonces. Todo esto ha quedado razonado y no haría sino ilustrar ahora un muestrario de anécdotas. La verdadera categoría subyace en el blando encanallamiento de mi alma; en mi no sentirme sobremanera preocupado por el fracaso en un episodio cuando mi camino se proponía estar repleto de ellos...

En septiembre de ese 1963 comencé en London, Ontario, el primero de mis ocho cursos de profesor universitario en Canadá. Lo que no sospecharía nunca es que hasta 1985, veintidós años después de nuestro segundo –y por el momento, último– encuentro, no volveríamos a vernos Tuula y yo. Sin embargo, la comunicación epistolar (y más tarde telefónica) sostuvo el aliento de mutuo interés, de curiosidad mutua que surgió de aquel azaroso y fugaz encuentro en el verano de 1962. ¿Qué ocurrió, así, en esos 22 años? Tuula, con una pasmosa regularidad (regularidad que, necesario es decirlo, experimentaba vanos, páramos de silencios, a veces, de varios años) se dio maña para que aquella original puntada aguantara el curso del tiempo y no dejara paso a las mareas invasoras del olvido. Durante mis dos primeros años en Canadá, Tuula me escribía (cuando me escribiera) en inglés, propiciado por su amiga Inge, la que la acompañaba en nuestro primer encuentro, el de 1962. Pero también me escribía en finlandés. Desconozco si fui yo (supongo que sí) quien le dije que entre el elemento estudiantil de mi clase en la University of Western Ontario se encontraba una chica, Brenda Maki, de ascendencia finlandesa, con sólo dos generaciones de arraigo en Canadá. Brenda, además de estupenda y lúcida chica, no tenía ninguna

razón para no dispensarme el pequeño servicio de trasladarme lo que dijese las cartas de Tuula, en ningún caso –ocioso es decirlo– secretos de Estado, sino comentarios femeninamente sugeridores, polivalentemente inocuos, mezclando noticias y saludos en un claroscuro de cortesía; en una palabra, nada que no pudiera airearse a la puerta de la iglesia, como acaso bien imaginen hasta las más escrupulosas de las conciencias de mis lectores. Conservo algunas cartas (por desgracia, no todas) y también conservo un buen número de postales de Tuula. Como digo, hasta una época que yo haría coincidir laxamente con años de la mitad de la década de los setenta. Tuula me escribía bien en inglés o bien en finlandés. Luego (ya explicaremos por qué) pasaría a introducir prioritariamente el español. Las cartas en inglés se las aderezaba su amiga Inge. Las cartas en finlandés (por lo menos hasta mayo 1965 que duró mi estancia en London, Ontario) me las traducía Brenda Maki. Un ejemplo de la típica cortesía descafeinada contenida en tales misivas podría ser:

“Dear Tomás: Greetings from the North and thanks again from (sic) your most welcome letter and so on...”

Por supuesto, que mantener el tiro no de una sino de cien correspondencias era algo perfectamente encajable dentro de mis capacidades. Quiero decir (sin que, por falta de detalles ya idos en la bajamar del pasado, pudiera yo porfiar sobre ello)... quiero decir, que de nosotros dos muy probablemente fuese yo quien con más vehemencia, aplicación, asiduidad e intensidad de contenido instrumentara el deporte de la correspondencia. Pero tengo que precisar que Tuula *nunca* me dio a pensar que por la dinámica “normal” de las cosas fuese ella a desengancharse de esa sociedad tan volátil y tan abierta que habíamos establecido. De 1966 (estaba ya entonces yo profesando en la Queen's University de Kingston, Ontario) data una preciosa foto en blanco y negro que Tuula me envió. La cartulina parece estar cortada de una fotografía o conjunto mayor, y muestra sentadas en el extremo de un “chesterfield” o sofá a Tuula y a otra amiga. Con ese sentido entre pudoroso y pragmático de no dar nada por sabido que tienen algunos, Tuula pareció obviarme la

señalización de su persona mediante un aspa encima de su testa capitel. Está absoluta, meridianamente preciosa. Siempre según mis cálculos officiosos no debía de tener los 19 años aún. Luce peinado liso, tipo melenita, como un casquete adherido a la cabeza cubriéndole la frente hasta casi el inicio de la sonrisa, y también los lados, concediendo tan sólo una apertura al lóbulo combado de la oreja. El vestido, de una pieza, negro, cerrado en cuello y mangas por una orla –bordada con motivos se me antojan que parecidos a los adornos lapones– daba salida a dos esbeltísimas piernas, enfundadas en medias blancas, a modo de ríos que al llegar a la rodilla torciéranse en su caída vertical hasta el suelo, encapsulados los pies en unos zapatos negros ajustados sobre el empeine por una abrazadera del mismo color. Aquella foto de Tuula, segunda que fue en la particular colección con que me obsequiara a lo largo de todo nuestro tiempo espiritual, la he considerado siempre un hito de primera juventud, de escuetísima elegancia.

A todo esto los años seguían cayendo. Tengo aquí, sobre la mesa, delante de mí, una carta de Tuula fechada el 10 de abril de 1970, que por la excepcional lucidez de su contenido transcribo en su casi totalidad:

“Dear Tomás: You invited me to Spain in the summer. I would like to come there, but the language problems are so big and I hope you understand. I don't speak even English, only Finnish. We wouldn't get along by talking with our hands, dictionary and with the talk of love. I am very sorry... My girl friend is writing this letter in English. I would like to meet you after so many years because the last time you were here in Finland and came to see me is not very nice to remember. I was so surprised and afraid that I almost threw you out. But perhaps I was then too young and I didn't understand things quite right. But now when we would like to meet we cannot speak together. I do not know what to do.

With love. Tuula”.

Un portentoso documento que interpreta el pasado, declara el

presente y especula con el futuro. No cabe duda que yo debí de haberle sugerido a Tuula lo de venir a España invitada por mí, lo cual se inserta en unas estructuras normalísimas del proceder mío. La amiga a quien menciona como redactora de las cartas muy probablemente se trataba, todavía, de Inge.

Creo que fue por esas fechas o algo más tarde [época decisiva para mí, puesto que tras apurar una imposible hartura de convivencia, decidí abandonar definitivamente Norteamérica], digo que creo que fue por esas fechas cuando Tuula, en un alarde de extroversión mostrativa, me envió una secuencia simultánea de cuatro bellísimas fotografías en color. En todas ellas cuatro aparece Tuula con idéntico atuendo: Un traje de chaqueta con dos amplias solapas cruzadas y botones dorados, lazo grande de cintura dispuesto en el costado izquierdo y pantalón ligerísima y elegantísimamente acampanado en su extremidad, todo de una monotonalidad vino de Burdeos o suave bermellón; medias blancas y zapatos planos, tinte como de marrón brillante. El pelo, recogido hacia atrás, permitiendo tan sólo por la frente la irrupción de unos bucles finos, colgando con estética negligencia; pulsera de tres bandas caladas y otros tantos dijes pendiendo en su muñeca derecha; bolso en su hombro izquierdo, sostenido como con descuido entre desenfadado y cinematográfico... ¡Eso es: Cinematográfico! Ignoro (aunque sospecho) quién le tomara tales fotos, pero en ellas hay una buena dosis de estudio y de pose, de reflexión y de voluntad de hacerse notar a la persona a quien iban dirigidas, en este caso yo. En una de las instantáneas aparece Tuula debajo, mejor dicho, entre la frondosidad, de un guindo, sosteniendo con la mano izquierda, como para atraerla, una de sus ramas; y con la derecha retirando el rabito de una guinda que tiene en la boca y que, por el gesto y la posición de los labios nuestra heroína se halla en el proceso de degustar. ¡Absolutamente cinematográfico! Debía discurrir entonces Tuula por los 23 años o así.

La tarjeta-carta que con fecha de 3 de julio 1974 me envía Tuula desde Turku merece una especial reflexión. La transcribo íntegra:

“Hola: Saludos de Finlandia. Mi amiga está aquí otra vez (como

ves) y ella me ayuda. Ahora estamos juntos (sic) trabajando en la tienda y vivimos juntos (sic) en la casa del campo. Cuando vienes a Finlandia y al campo para sauna. Aquí el tiempo no está bien, hace un poco frío, pero “natur” (sic) es muy bonito. ¿Qué haces tú? ¿Tienes vacaciones? ¿Cómo es el tiempo allá? Bueno, tú me escribes, ¿sí? Espero que estés (sic) bien. Un abrazo de Tuula y de mi amiga también (Karina). Por favor -write- en español.

P.S. Todo el tiempo estamos oyendo la música español (sic)”.

Tal era el texto que cubría una de las caras de una cartulina blanca, en cuyo anverso alguien había dibujado a plumilla la figura de un muñeco bañista de ojos grandes, y al que habían colocado con pegamento (aquí veía yo la mano artesana de mis amigas) un sombrero enorme, confeccionado de un recorte de tela de colorines. Dije unas páginas antes que el contenido de las postales que Tuula me enviaba no añadía nada revelador y que por eso y en principio desestimé su comprobación. Con el propósito ahora de averiguar si Tuula me había hablado de Karina con anterioridad a la mención que de ella hace en esta cartulina reseñada, me he animado a recoger de entre el montoncito de postales que conservo las pertenecientes a Tuula. No, no hay nada de Karina. ¿Entonces? Probablemente fuera en alguna de las llamadas de felicitación de Navidades y buenos deseos para Año Nuevo... Probablemente, no lo sé. Las postales expresan textos muy circunstanciales, como no podía ser de otra manera. Por otra parte, algo que Tuula ha venido manteniendo a través de los años es la fecha de mi aniversario, el 29 de septiembre, y descubro una postal cuyo único contenido es: “Feliz cumpleaños. Un abrazo de Tuula”.

Luego vino otra foto en blanco y negro, más pequeña, y como desglosada también mediante recorte de una unidad originalmente más grande. Tuula aparece (o se me aparece) en uno de sus gestos más tristes y/o más estudiados, en cualquier caso, desconocido para mí: Está sentada en el suelo, viste una blusa estampada como con muchas flores, y pantalones largos muy anchos en los bajos y con vuelta; calcetines o medias destacadamente blancos y zapatos oscuros, de

medio tacón; piernas semi-cruzadas; su mano izquierda se apoya en el suelo, mientras que con el haz o parte externa de la mano derecha en la mejilla parece sostener la ponderación de sus meditaciones; y ese mismo codo descansa en la rodilla izquierda. Insisto: Una pose estrictamente inusual y como artificiosamente cavilosa. No recuerdo la fecha de su envío, pero la madurez del gesto de Tuula parece indicar que acababa o estaba a punto de entrar en la treintena.

Sin embargo, y como veremos inmediatamente, desde mediados de los años setenta a mediados de los ochenta, creció en nuestra comunicación un letargo invasor, desperezado tan sólo por el consabido y subitáneo telefonazo navideño, y por un par de fotos que Tuula me envió, una de ellas con Karina. En ambas fotos Tuula rezuma la madurez agolpada, armónicamente asumida de quien ha entrado en acrisolada sazón. En la foto en que aparece sola, mostrando únicamente la cabeza y el arranque de los hombros, luce un pelo cortito, exceptuado por un flequillo que la cubre parte de la frente; tirantas por los hombros como de un traje de verano; y cuello abajo, la doble vuelta como de un bejuquillo color hueso y marrón, y lo que parece una torques propiamente dicha de cuentas pequeñas y grandes que sostiene, colgante en su centro, una insignia o medalla cortada por la foto. La otra, tomada en una tienda de ropa [luego sabría que se trataba de una boutique a la que Tuula dedicaba algunas horas al día de entretenimiento] muestra a Tuula con gafas, con melena semi larga y enfundada en un jersey tipo lapón; y a su amiga Karina, al lado, rubia, con melena aún más larga, y asimismo vistiendo un jersey igual; ambas sentadas. Uno de los ademanes o gestos más sugeridores y atractivos de Tuula: Preciosa, intachablemente bonita, irrenunciablemente amable...

Eso, digo, sería de las pocas cosas que salpicaron de novedad el enorme páramo de todos esos años. Acaso, también, tuviera mucho que ver el hecho de que yo estaba empeñado a fondo en una de mis más salvajes realizaciones: Completar en sus más de tres cuartas partes restantes la carrera de Derecho; preparar un examen de Licenciatura; superar seis cursillos de Doctorado; escribir una Tesis,

leerla con sobresaliente en febrero de 1980, y comenzar a publicar una serie de trabajos (en la actualidad llevo ya once) en varias de las mejores revistas jurídicas españolas... Todo ello, claro, sin dejar mi ocupación “full time” como numerario en el área de Filología Inglesa. Los veranos –en la medida y con la intensidad que fuere, por supuesto– los tenía supeditados a la puesta a punto, para septiembre, de los colgajos de asignaturas que irremisiblemente no he dejado de arrastrar convocatoria tras convocatoria desde que en 1953 arranqué desde mi parrilla de universitario...

Así las cosas, puedo, siquiera esencialmente, documentar que el año 1984 fue el del comienzo de la eclosión hacia nuestro reencuentro. Hay una carta de Tuula, fechada el 9 de febrero 1984, y escrita inusualmente en inglés con salpicaduras de español. Su contenido invita a una reconstrucción imaginaria (no conservo datos materiales) pero fiel de lo que debieron ser las comunicaciones previas mías que, en último término, dieron lugar a dicha carta de Tuula. Hela aquí:

“Querido Tomás: Thank you very much for your letter and picture. It was a nice surprise hear about you after so long time. I could not wait to know something about you anymore, because I was not sure about your address where you live. You became to my mind when I saw your picture. We have winter here, just now. It is a lot of snow but it is not so cold. I'm still working in same place with my friend Karina. I'm not married but I'm still with same man with who I have been twentythree years. We live together in big house by the sea. I have been in good health (gracias a Dios) and everything goes well and tranquilo. My parents are not working anymore they are pensioners. They are traveling often to South just to Spain, a sol español. I should be very glad if you would write to me.

Con cariño.

P.S. My knowledge is still bad. The telephone number is same”.

La carta no deja un solo cabo, ni atado ni suelto: De ahí la enorme cobertura testimonial que despliega. Por lo visto, y no me extraña, yo le había enviado alguna foto: Probablemente se trataba de las que me hice sacar para el carnet del Colegio de Abogados de

Granada, y en la que aparezco con gesto proporcionado, hasta juvenil, responsable y conciliador. Muy bien. El “after so long time” se tiene que referir al foso de esos cuantos años en que nuestra correspondencia –si bien nunca amenazada de extinción– quedó ralentizada al máximo. El pasaje más ilustrador (y al mismo tiempo más cauterizante) de su carta fue su información sobre haber estado viviendo ya 23 años con el mismo hombre. Así que cuando yo la ví y la besé por primera vez en 1962, no había cumplido –colijo hoy– los 16, y... ¿ya llevaba un año viviendo con el hombre de toda su vida? [Tengo que resistirme a no adelantar acontecimientos. El tiempo me haría saber que Tuula constituía uno de los más sobresalientes especímenes de monoandria con que yo me hubiera encontrado en mi vida]. Así que cuando la volví a... saludar (?) en aquel malhadado encuentro de 1963, en Turku, acaso estuviera su compañero allí mismo, allí detrás o dentro de la casa a la que con tan deportiva patente de curso de turista romántico me había yo llegado...

Esta carta, como digo, era de 9 de febrero 1984. El seis de junio del mismo año recibo en mi dirección de Alcalá de Henares una tarjeta postal con el siguiente texto:

“Hola amigo. Yo te deseo un buen verano. Tengo vacaciones el día de 11 junio, tres semanas y después de el primero (sic) agosto dos semanas. ¿Cuándo tienes tú vacaciones y qué haces?

Tuula”.

Habría observado el lector que transcribo adrede las pequeñas faltas ortográficas: Bastante mérito encontraba yo en que alguien de un país con una lengua tan particular me escribiera en la mía. En caprichosa y omnímoda laxitud, Tuula fechaba unas comunicaciones sí y otras no, además de las tapadas por el franqueo, y ahora me cuesta reconstruir la secuencia con la exactitud cronológica deseable. Otra postal, sin fecha, enviada desde Finlandia a mi dirección en Granada, contiene sin embargo una información inequívoca:

“Hola Tomás. Voy a ir a Tenerife el día 24 enero para una semana. Estoy (sic) en Puerto de la Cruz en Hotel Miramar. Estoy contenta porque esta la primera vez cuando voy a España (a tu tierra).

Un cariñoso saludo.

Tuula”.

Algunas de las fechas supletoriamente las descubriría yo mirando con lupa el matasellos. Quiero recordar ahora que esta última postal, con el baile de tiempos verbales, que no dejaban traslucir a las claras los aspectos de presente y/o de futuro, me llegó pasada la semana que empezara el 24 de enero. También recuerdo que me contrarió enormemente aquella contingencia, porque desde Granada me hubiera desplazado a las Afortunadas sin excesiva dificultad. Pero lo que mejor recapacito es que llegué a la incontestable conclusión de que Tuula había preferido las cosas como efectivamente fueron; y que no procedía que “ese” viaje suyo fuese la ocasión en que nos encontrásemos. Me lo confirma su siguiente postal, esta vez fechada, sí, el 26 de febrero 1985, y desde Finlandia asimismo:

“Amigo mío: Recuerdos de Tenerife. Me gusto mucho. Había mucho sol y buen comida. Gracias por tu carta. En la próxima carta te mando fotos y te escribo más. Con cariño.

Tuula.”

Quiero igualmente recordar que “tu carta” se refiere a la que yo debí de escribirle en tono sincero, de dolida contrariedad, de malgastada impotencia e inútil frustración por no haberme advertido ella con tiempo de sus planes de viaje, y no haber coincidido con ella allí, en Tenerife...

Bien. Lo que habrá de todas formas captado el lector menos comprometido con este tramo de historia emocional que estoy intentando relatar, es que se iba gestando un magma formidable de indicios, de inminentes urgencias, de epifanías anticipadas. La siguiente carta de Tuula, escrita en papel rugoso y grueso, como apergaminado, de color marfil, sin fecha, fue la espoleta que propició la tan retardada explosión:

“Amigo mío: Muchos saludos de Finlandia, aquí tenemos calor porque es verano. Lo siento que no he escrito. En mi vida ahora

tengo “crisis”. Con mi novio no tenemos bien. We have been together twentythree years. Tu comprendes seguro como yo siento, por eso estoy muy desalienta y no he tenido ganas para escribir. ¿Tienes ya vacaciones? ¿Vives ahora en Madrid? Muchas [veces] estoy pensando porque tu no estás casado. ¿Con quien vives? ¿Vives con tu hermana? Estoy enfadada porque no se hablar ni escribir español, esto es tan difícil. Espero que tu tienes todo bien. Tal vez un día [nos] encontremos. I hope so. ¿Que haces en tus vacaciones? Por favor ven a Finlandia. Un fuerte abrazo de Tuula.”

Definitivo, ¿no es así? Esta carta supone un terminante salto cualitativo de las relaciones entre Tuula y yo, y de Tuula con ella misma. Siempre que repaso esta carta me regocija la absoluta evitación de la palabra *marido* que instrumenta Tuula. Por cierto que con arreglo al dato que la carta de Tuula de 9 de febrero 1984 proporciona, serían 24 ya los años de convivencia con su “novio”. Acaso en dicha carta quiso decir sólo veintidós. Veintitrés o veinticuatro, ¿qué más da?, si ello es una enormidad de tiempo. Los dos protagonistas de la convivencia pacífica por mí podrían denominarse, no mujer y marido, sino santaella y santoél. El caso es que Tuula confirmaba, si es que hubieran quedado dudas, su ejemplar vocación de mujer de un solo hombre. Y es también el caso que su compañero mostraba un criterio pragmático de no querer participar por obligación a nadie (y mucho menos, al Estado) la plasmación a título individual de sus vivencias. En mi análisis urgente significaba asimismo que Tuula constituía un caso patológico de ilimitada confianza en una situación dada, a prolongarse en el tiempo; y que ello tal vez fuera la poco edificante causa de que Tuula, monumental y competentísima ama de casa –lo veremos en su momento, ya mismo– no se hubiera preocupado de garantizarse algo más para su futuro, como, por ejemplo, aprender idiomas, etc., etc. Por último, en el S.O.S. que por medio de esta carta me lanza (y tiene por adelantado toda la comprensión mía) tal vez Tuula fuese incapaz de asumir que respecto del tipo de personas al que yo pertenezco la sustitución de *vida* por literatura es fórmula corriente; y que nuestros ardores [sobre

todo cuando referenciados y afectados a alguien concreto, y Tuula era ahora ese “alguien concreto”] no son ni la mitad de vitales de como lo son literarios. Y buena prueba es que estoy escribiendo todo esto como si se tratara del diamante que resulta de la combustión de toda la ganga carbonosa que, como comparsa, a cada cual le apetezca imaginarse. Repárese igualmente en que Tuula remató esta carta con “un fuerte abrazo”, con toda seguridad transplante expresivo de mi fórmula habitual. En su momento se me informó que Karina transmitía por teléfono a Tuula la transcripción de sus cartas en español a mí...

En definitiva, cortadas todas las retiradas posibles, con un enjambre de urgencias empujando, asumí la reacción químico-patológica que entrañaba la decisión de huir hacia adelante: Me levanté un día de julio de 1985, me presenté en la Agencia Meliá de la calle donde yo mismo vivo en Alcalá de Henares, encargué un billete, y tras el correspondiente telefonazo a Tuula (siempre entendiéndome con Karina) sobre la decisión tomada, y para hacerles saber mi llegada al aeropuerto de Turku, me apresté para el viaje nada menos que “veintidós años después”...

Los vuelos Madrid - Helsinki que hace la Finnair en aviones DC – 9 tipo grande son realmente directos, quiero decir, sin escalas. Y así fue el mío aquel 29 de julio de 1985. Me viene a la conciencia una inexplicable nostalgia de los viajes anteriores, cuando la Escandinavia remota estaba mucho más lejos y mucho menos concurrida. Ni aun en el habitáculo del avión pudo faltar la típica pirueta del azar localista: Resulta que en el mismo vuelo se encontraba Antoñito el farmacéutico, el amigo granadino de Vicky y de Toti, y que viajaba con su actual mujer, Sussie (de madre finlandesa), y con dos preciosidades de niñitas rubias, hijas de ambos. No pudo faltar tampoco la francachela lingüística a expensas de algunos términos en finlandés y de su lúdico parecido (si desvirtuada ligeramente su eufónica y original pronunciación) al pretendido y disparatado correspondiente en castellano. Tal el caso de la frase “katso puihta”, equivalente a “mira a los árboles” y de “katso puuta” que viene a

querer decir “mira a ese árbol”. Fatalísticamente lo que sigue: - “¿Sabes, Tomás, que “mira a ese árbol” se dice *cacho puta*?” [Ni que decir tiene que la transcripción del finlandés de dichas frases es aproximada y meramente de oído]...

El aeropuerto de Helsinki, un primor de limpieza, de proporciones y de concierto. Probablemente no haya lugar del mundo como Finlandia donde sus habitantes (pocos) respecto de su país (grande en proporción: Exactamente el sexto, en extensión, de Europa) ejerzan una disciplina ecológica más consciente y trabajosamente sostenida. Más de 300.000 kilómetros cuadrados para menos de seis millones de moradores dan, desde luego, mucho trabajo. Aquella impresión de puntualidad, limpieza, proporcionalidad de espacios y concurrencia en los mismos, etc., confieso que después de tantos años volvió a proporcionarme la suficiente dosis de recuerdo para lo que me quede de vida. Ahora bien –me decía–, todo eso hay que pagarlo. De momento, claro, no pagué nada porque no era ésa la circunstancia ni tenía necesidad de nada, pero me fijé en que los precios de los comestibles en el stand del aeropuerto (¡y como correspondía a un lugar que tanto tenía que ver con las alturas!)... estaban por las nubes: 1 kilo de manzanas, 300 ptas. Y así, pues todo...

No me dio mucho tiempo de soliviantarme con tales comprobaciones (que en puridad sólo hacían conectar coherentemente con los baremos comparativos de mis anteriores viajes) porque mi avión para Turku me reclamaba. Uno de los vuelos más cortos de mi vida: 15 minutos únicamente; y más límpido, como si de coger un taxi nuevo a la puerta de la casa de uno se tratara y hacer un recorrido de quince minutos por parajes incontaminados y excelsos. Pocas veces me he sentido más seguro que en ese vuelo en que la tripulación se me antojaba un grupo de conductores amigos, de toda confianza. El descenso desde el avión a la pista, al suelo, por unas escalerillas simples, sin más, me empieza a poner el corazón a tiempo de galope. [Es que son 22 años, me sigo repitiendo]. Llevo tan sólo el maletín inglés tipo ejecutivo, de dos piezas unidas por el juego de bisagras y cierre al centro. No soy capaz de sustraerme a ejecutar un toque de

acicalamiento, de compostura del pelo hacia uno de los lados de la raya, manipulación que abandono al no resistir el punto de vergüenza con que yo mismo me regalo tan tontamente. Pero el caso es que voy llegando al edificio del terminal de viajeros... y me enderezo, pongo gesto de no mirar a nadie, de no distraer la mirada... de hacer como si nada, pero la verdad es que sin mover la cabeza vengo escudriñando a distancia, repasando e identificando (o mejor, tratando de identificar por exclusión, en este caso) todos los bultos humanos que se hallen entre mí... que me acerco, que me acerco cada vez más..., y el sitio donde necesariamente, de estar, tiene que estar quien sea. No hay duda: Enfrente ya de mí, en un despliegue lineal de uno en fondo, ligeramente alabeado en su concavidad, se encuentran nada menos que cinco personas, una de ellas con una criatura en brazos. Me está recibiendo una genuina y abundosa representación de finlandeses: De izquierda a derecha: Tuula; una niña; un tipo fornido, con barba recortada aunque crespa, castaña, y una amigabilísima expresión; una joven preciosa, rubia, de ojos azul estuario, con un bebé en brazos; y otra chica, algo más corpulenta y maciza, rubia también, expresiva, y que es la primera de todos que aventura un gesto, una palabra, acaso ambas cosas a la vez, como saludo palmario a mi persona... y que sólo puede ser... Karina. En efecto, Tuula es... Tuula, claro, la primera por la izquierda; la joven rubia de los ojos azul lago (o estuario, dijimos) es su hermana Cristina; la niña de tres años que está al lado de Tuula, y la que está en brazos de Cristina, hijas, ambas, de ésta. El mozarrón de la sonrisa amistosa y acogedora, es Yuuka, compañero sentimental, marido de Karina. Se produce un agolpamiento (creo que no del todo lúcido por mi parte) de saludos en graduaciones, en prioridades, en exteriorizaciones de cortesía y pragmatismo al mismo tiempo. No es fácil acertar con la maniobra de prestidigitador, a la vez de leal cordialidad, y de espectador reservado como creo que es lo que me está a mí tocando ensayar... Un poco por no dar la sensación de que mi viaje a Finlandia no lo ha monopolizado por entero la existencia (y la presencia allí mismo) de Tuula, sino que también interviene un vago sentimiento patriótico hacia la Suomi del millón de lagos; un

poco por hacer, de ese mi regresar a poner el pie en un lugar con tan míticas connotaciones para mi alma, un ejercicio solidario y distributivo de cortesías y aquiescencias... y otro poco porque mi percepción estética habitualmente me propone trochas escapistas que no estoy en disposición de razonar, ... etc., etc... el caso es que a quien primero saludo es a Karina que ha esgrimido la más temprana señal de reconocimiento. Luego, pasado este primer tramo de momentos, hechas las presentaciones de rigor y de urgencia, mi alma se llena de referencias plurivalentes respecto de Tuula: No sé si jugar la baza del expansivo fogoso enamorado, o la del distante contenido: Al final supongo que me sale una mezcla de ambas cosas; pero ya en el coche de Cristina beso a Tuula en el cuello varias veces, alargando la intención y la ejecución, y ella se zafa entre permisiva y medrosa.

Se me va desvelando lo poco que me quedaba por desvelar de la 'vida y milagros' de Karina: Su español le viene de haber vivido y trabajado varios años en las Canarias para una empresa de importación/exportación: Algo así como una multinacional. Ahora, sin más protocolos, hacemos el gasto ella y yo cotorreando y aclarando todos los asuntos de pura curiosidad. Me dice que Tuula tiene 38 años, cosa que mis cálculos elementales me habían ya dejado adivinar. Corroboro así que cuando la conocí y la besé en 1962 tenía quince; y que aquella primera foto que me envió de 1960, vestida con una blusa o jersey negro (como ya intentara describir antes) le fue sacada el día de la ceremonia de su confirmación en la iglesia, ¡¡a los trece años!! Ahora en el aeropuerto de Turku la encontré guapa; la ví muy guapa: Estilizada, aderezada con una expresión entre contenida, parsimoniosa y expectante...

Conducimos hasta donde vive Tuula, una preciosa casa de campo tanto para verano como para invierno, con todo el confort esperable. A unos 300 metros de la edificación principal está la caseta de la sauna propiamente dicha. Allí me instalan. Poder dormir en medio de la soledad es algo que no imaginaría excepto en alguno de estos parajes. La pasarela de la sauna se adentra en el agua, no de lago esta vez, sino de mar, de uno de los innumerables entrantes, calas, que

parecen desgarrar la campiña de las inmediaciones de la ciudad de Turku. La casa de Tuula [la llamaré así sin implicar ningún título de pertenencia o propiedad, sino tan sólo de uso posesorio] se halla en pleno campo, a unos cinco kilómetros del centro de la ciudad, en la zona Samppaantie, distrito 96. Lo he dicho más de una vez y sólo voy a volver a mencionarlo por vía de *memorandum*: El consorcio de urbanidad y ruralismo es una consecución admirable de ciertas culturas. Hice idea de preguntarle a Tuula –luego se me pasó– si las casas aquí, como en la que ella vive, llevan incorporado el magnífico espacio de campo, prado, bosque, margen de lago o mar que normalmente se despliega para la libre utilización de cada cual. Sabido es que los arquitectos finlandeses se han ganado una buena reputación, y a ello deben la asignación de contratos para la construcción de hoteles, sobre todo en la otrora U.R.S.S. Estas casas con vistas al estuario marítimo (me voy fijando en dosis sostenidas y asimilables) son de fábula: Los materiales son sólidos y de altísima calidad, para que funcionen y duren. Sí, esta concreta casa de campo donde vive Tuula (diseñada, ya dijimos, como vivienda permanente para verano e invierno) tiene todas las comodidades imaginables: Suelos de madera ante los que el parquet que nosotros empleamos es una birria de sucedáneo y suplantación; alfombras, calefacción, entarimados de rejilla a la entrada de la casa, etc. La cocina-cuarto de estar es espaciosa y el complejo del mueble refrigerador ocupa dos unidades o neveras altas donde pueden guardarse provisiones fácilmente para un mes. Los cuartos de baño son fantásticos: Maderas y baldosín fino; toallas gruesas, como alfombrillas suaves; bayetas como esterillas y sandalias de esparto grueso. La artesanía de estos nórdicos con la madera es proverbialmente destacada: Las calidades son increíbles. Los cuartos trasteros o ‘sheds’ contienen toda suerte de utensilios, y además esta gente está educada en el ejercicio, en la práctica de las artes y oficios: Todos los hombres parecen ser mecánicos, artesanos y facultativos de todos los menesteres que despliega la función doméstica.

Cerca de la cabaña de la sauna, una especie de chozo de madera

o 'closet' que sirve para las necesidades fisiológicas insoslayables, está calculado con limpieza y funcionalidad: Las heces caen, a través de un agujero, sobre un cajón removible, y sobre el excremento se echa una como hojarasca vegetal, allí dispuesta, que elimina por completo todo rastro de mal olor. Desde detrás del garito se retira el cajón, se arroja su contenido al suelo circundante como abono concentrado, y se vuelve a colocar. Las funciones de lavado posterior se efectúan en las instalaciones de la sauna dentro de la cabaña. Ese estar *en* el campo, *con* el campo y *para* el campo [puesto que nuestro abono natural a él revierte] ha sido siempre una formidable lección ecológica que Finlandia ha impartido ante mi conciencia. De los cerezos de junto a la entrada frontal de la casa (que, por cierto, por las fechas mucho más recientes de esta mansión, no pueden ser ni son los mismos bajo los cuales se fotografió Tuula hace años, vestida de encarnado) penden unas láminas de papel de plata, a modo de estandartes pequeñitos, y que al menor soplo de aire o batido de la brisa, se están moviendo de continuo. Así se mantiene alejados a los pájaros (al menos en teoría), me dicen.

Y hablando de fotos debo reseñar aquí la primera gran eclosión de complicidad que se celebró entre nosotros; el primer nudo de motivaciones al unísono, aquello que a los ojos de todos justificó con creces mi presencia allí. Ocurrió que en el pequeño ajeteo de organizar mi sucinto equipaje nada más llegado a la vivienda, eché mano de una pequeña carpeta desglosada de todos los demás adminículos de mi maletín tipo ejecutivo, y se la alargué a Tuula. Contenía una a una, todas las cartas, todas las postales y todas las fotos que Tuula me había ido enviando durante más de veinte años. Sin decir palabra Tuula se levantó y al minuto regresó con un fajo de documentos que no era otra cosa sino la colección de fotos y fotocopias, postales y más que nada cartas que yo le había escrito también durante los mismos más de veinte años. Aquello fue la sanción definitiva, la más fehaciente credencial de mi embajada en Finlandia.

Tuula está muy atractiva: Por la mañana del primer día, después

del de mi llegada, viste un ropaje suelto, como de judoka. Siempre va descalza, en la más aceptada tradición de naturismo doméstico. Sin embargo, ya he descubierto tres borrones en su personalidad, uno de ellos, caído desde toda la vida, el de tener, y jugar con, un perro; los otros dos, fumar y echar un traguito con más frecuencia de lo que cabría esperar, al parecer desde la agudización de su crisis de convivencia con su *marido*. Por eso, cuando está absolutamente sobria está también absolutamente más atractiva. Su sobrina Michaela (la mayor de las dos hijas de su hermana Cristina) es una niña de tres años rubísima y monísima, de postal, de referencia tipificada. La estoy viendo jugar con el perro, con los consabidos altibajos en las maniobras: Chillidos, revolcones, estirajones, algazaras. Tuula, por la mañana presenta un aspecto mucho más estrenado, más reciente y juvenil que por la noche, cuando lleva en el cuerpo unas cuantas cervezas y algún vino y hasta algún cognac. Tuula está siendo el eslabón preciso en el nunca interrumpido mecanismo que tan activamente ha protagonizado la conciencia mía de no entender a las mujeres ni de pretender entenderlas. He llegado a la conclusión de que lo mejor con Tuula es no esforzarse en materias de... ¡entendimiento! En definitiva, lo imprescindible es que me entienda yo, y para tal menester me suelto retahílas de palabras más o menos coonestadas; y me las escucho, a ver si así me las entiendo mejor. La verdad es que entre esta mujer y yo estamos atentando contra la fundamentación de nada menos que tres lenguas: Las dos nuestras y la inglesa, de paso, por servir de intermediaria. Las palabras, los signos, las irisaciones de una vibración expresiva no llegan a formar el módulo misterioso que se hace fuerte en la cabeza atómica de toda virtualidad comunicativa. A veces con Tuula me sucede que concurren por azaroso ensalmo estas porciúnculas inconexas de una misma voluntad; y todas a la vez se declaran insuficientes, y dejan paso a un proyecto de intuición e irrealidad que tiene, sobre todo lo anterior, la ventaja del posibilismo a estrenar; de la novedad inédita. Está visto que, a fin de cuentas, uno debe comprar su propia salvación a cambio de la ofrenda de la también propia voluntad de individualismo intransferible. Y todo

como compensación supuesta de que otra criatura se salga con la suya, que a la postre no es ‘suya’ ni de nadie...

El caso curioso es que la previsión íntima, convivencial, cosmovisiva de algunas de estas gentes es mucho más tradicional de lo que a primera vista pudiera parecer: Tanto Tuula como Karina quieren a toda costa acceder a la categoría de matrimoniadas, de ‘empapeladas’, aunque hayan estado conviviendo desde hace muchísimos años con sus respectivos compañeros, y ambas dicen que no han tenido hijos porque en situación de no ‘ritualizadas’ ¡¡no es correcto!! Me acabo de fijar en que el saludo de despedida transitorio, nuestro ‘hasta ahora’, ‘hasta luego’, lo expresan los finlandeses mediante un “hey, hey”; mientras que el *adiós* más duradero, o el ‘hasta la vista’ es “näkeemin”...

Puedo disponer de un modelo distinto de atuendo deportivo prácticamente cada día porque el compañero de Tuula, Timo [que, claro está, ahora no se encuentra en casa, sino que anda ‘por ahí’, de vacaciones] posee un ajuar verdaderamente notable. En este caso, ni que decir tiene, cualquier vulneración por parte mía respecto de la voluntad de Tuula en cuestiones de intimidad, sería una deslealtad imperdonable. Y el caso es que Tuula se dedica ahora, en exclusividad desbordante, a su función de ama de casa: A su lado el tiempo se afinca, retrocede, se impulsa a trancos hacia adelante. Tuula padece un bloque mental y cordial tocante a su relación con su todavía [y siempre] señor de la casa, que en todo supuesto la impide entregarse a mí en la modalidad convencional del lecho. Ya digo que parece ser mujer de rabiosa monoandria en concentración tan sólo asumible (y como contrapartida) por la evidencia que derraman sus menesteres de ama de casa en una mansión rural sin más comunicación que el teléfono –que, por cierto, no para de sonar–, verdadero cordón umbilical de conexión a los mundos externos que Tuula quiera o necesite imaginar. De vez en cuando, eso sí, Tuula me deja sus labios y en tal sentido conecto y hermano estas secuencias con las de nuestro primer encuentro en 1962, cuando ella tenía quince años y [siempre lo recordaré] ejercí dentro del coche, y a fondo perdido, el ineluctable

menester de los besos...

Por el instrumento común del español, Karina seguía siendo mi confidente, y le comentaba yo que al encontrarme con Tuula en el aeropuerto me di perfecta cuenta de que su aspecto me había aliado la memoria tanto con aquella primera Tuula de 1962 como con cualquiera otra de las demás, conforme en este prolongado decurso me lo habían ido patentizando sus numerosas fotografías. Confieso que fue una agradable y súbita revelación, de sorpresivo y regalado efecto. Por un instante había pasado por alto que mi primer viaje a Finlandia se había producido en la Navidad de 1959; luego, 1962; después, 1963 (con la fallida re-visitación de Tuula); por último, 1965, como final de mi subida con la sueca Berita al Cabo Norte, sin discurrir más que por la parte norteña del país: Recuerdo que los vigilantes fronterizos de Karigasniemi *sólo* hablaban finlandés [idioma del que Berita no sabía ni una palabra, como correspondía a una buena ciudadana de Suecia, potencia que hasta tan recientes tiempos había sojuzgado completamente a Finlandia, hasta el punto de imponerle sus nombres a las ciudades: Así Turku también se conoce como Åbo; Helsinki, Helsingfors, como todavía decíamos los chicos en el colegio, etc.]... y nos tuvieron retenidos un rato hasta comprobar que éramos criaturas pacíficas. Acaso sea ésta, la de 1985, la última vez que visite Finlandia. La batalla desde ahora y exclusivamente hay que darla en casa y *con la pluma*. Cualquier tripero indocumentado [es un decir de semiótica expresiva y sin afán de ofender a nadie] puede trasladar su bulto mortal hoy día a donde le plazca del planeta. Lo que ya es cometido y capacidad de tan sólo unos pocos es recrear, duplicar y galvanizar la realidad por medio de la palabra. Las mujeres ya sé que difícilmente nos perdonan eso: Que los hombres, mediante nuestro agarrarnos a la tabla de salvación de la literatura, nos resistamos a la aniquilación que ellas propician; que generemos una vida paralela y hasta más interesante que la que ellas pretendieron monopolizar en el protagonismo de su impúdico: “¡O yo, o la condenación para tí!” ¡Bah, bobas engreídas! En el mejor de los casos muchas de vosotras albergáis el único resorte de que, aun siendo como sois aburridos

paquetes de carne mejor o peor organizada, podáis ser ocasión de que nos inspiremos los hombres. Algo parecido a la cita de no sé quién que oía yo en boca de uno de mis maestros de segunda enseñanza: “La Providencia saca el bien de la prevaricación humana y aun hasta de la angélica”. Bueno, pues salvadas las diferencias, de eso precisamente se trata. Con esta quinta visita [*mina olen ollut viisi kerta Suomesa*, en transcripción aproximada y sin compromisos] cierro definitivamente mi acopio de recogida de imagen de este país. Las amistades cruzadas de Tuula se encargarán de difundir mi realidad; y a partir de ahora los finlandeses de Madrid, amigos de mis amigos finlandeses de Finlandia, contarán conmigo para cualesquiera avatares que pueda deparar el futuro...

Con Tuula asisto a la iluminadora reconsideración de cuestiones tan insoslayables como las de *amor*, *convivencia* y necesidad referencial: Qué absurdo tan empecatado es pretender identificar *amor* y convención matrimonial; yo diría que ambas cosas se identifican en su antagónica necesidad de consorcio. Yo puedo encontrar hasta atractivo enamorarme de Tuula; puedo calificar de carismático el querer, el desear estar enamorado de Tuula, porque así lo prefiere el despliegue de virtualidad de la conciencia mía. Pero de ahí a matrimoniarme (quiero decir, *a empapelarme*) con ella va el mismo absurdo de querer uno encarnarse en una máquina con alas (avión) por el hecho de que a uno le gusten los pájaros. Y creo que el símil no me ha salido todo lo absurdo que mi intención precisaba. Los estados ‘matrimoniales’ necesitan del impulso externo de ese alguien volandero, no fijo; y este alguien móvil precisa del acicate de la fijación institucional para disponer del necesario mínimo acopio de entidad identificativa. Reparo en que el ‘machismo’ de estos finlandeses es de un cuño muy particular: Ejercen el control a distancia; es decir, su permisividad puede no colisionar con el hecho de que su compañera sostenga amistades epistolares y emocionales con alguien. Pero ello no permite más salvedades: Para eso es el hombre el que paga y sostiene a la mujer...

Lo que sigo percibiendo es que para estas gentes alguien como

yo (español, con estela de misterioso pasado; con ejecutoria romántica y de difícil manejo para sus mentes con márgenes de maniobrabilidad más bien reducidos), alguien como yo, decía, todavía les supone concernimiento y consideración. Enseguida, soy el centro novedoso de un ramillete de familias. Medio por inevitabilidad, medio por propia complacencia, Tuula me anuncia a varias de sus amistades, con alguna de las cuales (por ejemplo, Mirka), sin habernos visto nunca, llego a hablar por teléfono. Este país, contenido del sándwich formado por la severa y siempre recordada vecindad de la U.R.S.S., [en la actualidad C.E.I., o Confederación de Estados Independientes] y la atractiva convocatoria de Occidente [Finlandia tiene fronteras hasta con Noruega, miembro de la NATO - OTAN = Organización del Tratado del Atlántico Norte o North Atlantic Treaty Organization, etc.] aún despliega actitudes y muestras de acicalamiento y sumisión afectiva ante quien, como yo, se desplaza a verles desde las márgenes del Mare Nostrum...

La avalancha creciente de palabras que el amante, preso de ansiedad, derrama bajo el palio de aéreas banalidades que le cubre a él y a su compañera, las más de las veces se revuelve en perjuicio suyo. Beodo de posibilismos y pretendiendo avanzar mucho más aceleradamente de lo que la insustituible naturaleza de las cosas permite, el amante se desboca y se vuelca en el derroche de las grandes y vacuas palabras, el amor a la cabeza de ellas. Tuula y yo jugamos a pelotearnos con palabras: Ella, por la necesidad de seguirme la corriente de la convivencia; yo, porque en ello encuentro una actividad cuasi-profesional, y así, me digo, mi vacación es lo más parecido a una “comisión de servicios”. Hay palabras que despliegan una bandada de connotaciones a través de los inesperados pasadizos de la misma fonética. Con motivo de ver a Tuula tomarse su aperitivo de mañana, descubro que “crápula” se dice igual en finlandés, con idéntico sentido al español: Exceso de bebida y auto-maltrato corporal; aunque el adjetivo “crapuloso”, según el Glosario *Suomi Espanja Suomi*, de Eero K. Neuvonen (Werner Söderström Osakeyhtiö, 1960), en la serie de Diccionarios de color rojo “Punaiset

Sanakirjat”, se dice *humalainen*; de ahí, mediante gestos disuasorios relativos a la costumbre de beber de más, paso a aprender que “vomitar” se dice “oksentaa” y así se lo comunico a Tuula; “siempre” corresponde a “aina” y “koskaan” a “nunca”. Intento (y consigo) referenciar estos términos a otros focos connotativos tanto en eufonía como en semántica, y en mi pretensión de hacerme entender por Tuula me veía ineluctablemente envuelto en las insalvables aporías que mis retruécanos circunstanciales habían generado [Al parecer había recogido incorrectamente la frase *dame un besito* que tan ufanamente me había aprestado a dedicarle a Tuula, frase que, por fin, creo que pude articular bajo una doble modalidad debidamente: “Anna minulli suukko / suudelma”].

Tuula se esta portando exquisitamente. Me da fatiga verla ocupándose de mí. Es una gran mujer. Ahora bien, no es libre; y lo peor es que yo tampoco me siento libre: Es como si la figura de algo o de alguien, cerniéndose, interponiéndose, nos impidiera la convivencia, nos recortara la maniobrabilidad. Creo que el secreto puede estar en que no es ni su casa ni mucho menos la mía, y ello afecta frontalmente a nuestras conductas. El día 31 de julio lo pasamos prácticamente entero en casa de unos vecinos: Raino, profesor de Patología en la Universidad de Turku, y su mujer Catherina; a ellos se unen, venidos de Helsinki, Pertti (hermano de Catherina), su mujer Uula, y el niño de ambos, Olli, un verdadero monito rubio, con la cabecita algo mongoloide, graciosísimo, tierno, rico y juguetón, que en un momento dado se permite hacernos burla a todos remedando la palabra inglesa “good” que se andaba pronunciando repetidamente. El chaval de Raino y Catherina, Peter, algo mayor que su primo, también muy majo. Los dos jugando en cueros, en la tradición de soltura y desinhibición naturista que caracteriza a esta gente. Cada vez que pasaba Olli por mi lado aprovechaba yo para tocarle los lomos. Peter, en un momento dado en que su tía le acercó un plato de pastel de frambuesas, le dijo: “Kiitös, rakanni” que viene a significar, *Thank you, my love; gracias, cariño*, dicho con mucha gracia y con una gran carga de espontaneidad. La invitación es a una especie de comida-

merienda-cena que comienza a las 17: 00 p.m., y se prolonga hasta la media noche, sin dejar de picar, beber, postrear y golosinear todo el tiempo. Gente hospitalaria desde su propia perspectiva de aislamiento rural; expansiva desde la cortedad y limitación que su propia lengua (vehículo comunicativo para sólo algo más de cinco millones de personas) comporta respecto de su alteridad expresiva. Signo de protocolo sencillo y deferencia a mi estar con ellos fue que Catherina colocó sobre el plato de cada cual una servilleta rosa de papel, bonitamente doblada, y encima de todo una ramita de celindas que ellos llamaron jazmines y a mí me recordaron la “pequeñez” de los de García Lorca.

El sistema de recogida de basuras es bastante efectivo: En el cubo de plástico de debajo del mostrador o panel de la cocina se pone una bolsa, también de plástico, gorda y fuerte, con asas, aunque de tamaño medio. Conforme se van llenando se trasladan a su vez a otra bolsa grande, de plástico negro más grueso, que es la que se lleva a tirar al servicio de basuras. Las patatas se ponen a cocer y luego con un cepillo se las despelleja y se las deja listas.

Tuula, en mi caracterización particular, es tal vez una de las criaturas que más protección personal e institucional requieren y exigen de parte del hombre al que, por turno, le toque ser su compañero. Percibo que dentro de la dinámica imperante nos aburrimos los dos y yo no sé cómo decirle que me quiero marchar, profundamente agradecido por su hospitalidad; que en estas circunstancias no puede ser, y es necesario que me marche. Mi plan es dirigirme hacia Helsinki en autobús y de camino hacer una escalita en Riihimäki, en casa de los Oittinen. Con estas y otras reflexiones culminamos el día en casa de los vecinos de Tuula. Por cierto que los finlandeses cuando se refieren a alguien que es algo excéntrico, que está chalado, dicen de él que está “ö”. Esta voz por sí sola significa “isla” en sueco, y por lo tanto el apellido Öman (como el de Pertti) viene a querer decir ‘Islander’, ‘hombre de la isla’.

Hoy día 31 de julio se ha llegado al punto de estancamiento: En enjambre atropellado se han dado cita todos los factores en contra para

hacer de mi estancia con Tuula una realidad inviable. Hay una especie como de sombra, como de garra en penumbra que permanece cernida sobre nosotros y que nos impide, a mí por lo menos, exteriorizarme, verterme en actos y actitudes mías. Y el caso es que estos nórdicos se aferran a ese flotador improbableísimo de la romántica quimera: ¡Pasmoso! Más de una vez me pregunta Karina si yo estaba enamorado de Tuula. Jamás he presenciado tamaña inversión de contenidos y de metodología. Esta gente pretende tomar la noción abstracta de amor como punto de partida para todo lo demás, y no parecen entender (¡tan mayores!) que eso del amor existe sólo en las palabras; que en las situaciones de los humanos, éste (el amor) viene sustentado o imposibilitado por las cosas que se hacen, que suceden y que resultan. Lo demás es literatura, cosa de la que yo debería entender algo siquiera. Además, nada más lejos de mi intención que la de jugar a caballero desfacedor de melancolías o frustraciones sentimentales. Según Karina, Tuula sigue fuertemente afectada por su *marido* Timo; quiero decir, interesada en vivir con él, y ‘bajo’ él, bajo su protección. No chocaría a nadie. La casa que tiene el tío y en general, la propiedad con todo lo que en ella se contiene, es de gran entidad: 20.000 (VEINTE MIL) metros cuadrados según la valoración de Raino, y lo que ya hemos explicado en otro lugar (o explicaremos oportunamente): Sauna, barcas, surfing –y por lo tanto un trozo de estuario o costa– y el propio chalet con el más exhaustivo de los comforts, creo que sería atractivo para cualquiera. Pero Timo no parece estar interesado ya más por Tuula; al contrario, parece haberse cansado definitivamente de ella y debe de tener muchas y muy poderosas razones para dicho estado de ánimo. Y el caso es que yo me encontraba erotizado el primer día y a partir de ahí se ha venido produciendo una desertización vaciadora, secante, inhibicionista. Según Karina, Timo no ha puesto pega alguna en que yo viva en su casa todos estos días que yo quiera; y que me ponga sus cosas deportivas; y que use sus utensilios; y que me coma sus vituallas, pero (y creo que muy cuerdamente) no está interesado en conocerme. Estamos a la recíproca. ¿Para qué?

¿Tengo yo mala suerte? No lo sé, pero el caso es que en este viaje, como en casi todos, se ha cumplido la ley imparabla del agotamiento de vivencias. Y el caso es que Tuula podría gustarme definitivamente; podría entretener los ocios y los menesteres del alma mía de ahora en adelante; acuciar mis estímulos, a pesar de la carencia de elemento comunicativo: Porque en España, y teniendo que estar entre la gente, no le costaría trabajo alguno captar lo imprescindible para el trajín de cada día. Pero se ha destapado como una mujer de portentosa y especial indolencia, acaso en aras de una funcionalidad notabilísima y constatable como ama de casa. Es una gran mujer, que se ha cerrado ella misma, quizá confiada en que su status afectivo con Timo fuese a continuar sin mutación alguna por los siglos de los siglos. Así, el momento de la partida está llegando con toda la violencia acostumbrada, tiranizando a mi alma, desgajándola de cualquier otra opción posible. Y además, con el encono dolorosísimo de tener que dar explicaciones, aun a mí mismo, sobre si estoy o no estoy enamorado de Tuula. Tremendo trance éste de las explicaciones sobre algo que no conduce a nada sino, acaso, sólo a la destrucción completa de lo que, por lo menos, ahora se sostiene y puede dar paso a más genuinas y prometedoras situaciones...

El día 1 de agosto se vislumbra como el de la eclosión esperada. Los motivos más genuinamente finlandeses están dejando que me acerque a ellos, después de un purgatorio de merodeo en los dos días anteriores. Hoy vienen a cenar con nosotros Karina y Yuuka. Yuuka, el compañero permanente de Karina, es un tío simpático, brutote, amigo de los signos y de los ademanes francos y ligeramente obscenos, pero graciosos y bien intencionados. Cuando se propone beber unas copas de más, como es hoy el caso, coge el autobús en vez de conducir su coche. He aquí una de las muchas manifestaciones del espíritu cívico de esta gente. A eso de las 17:45 p.m. nos trasladamos los cuatro, con las cosas de la comida, al sitio de la sauna, junto al mar. Estuarios, rías o lengüetas como ésta hay teóricamente millares y millares. Tuula hace una demostración de 'wind-surfing' para que Yuuka lo vea. Él prueba una y otra vez y otras tantas veces se cae,

pero lo sigue intentando. Se habló de la sauna y alguien, entre maliciosa y aliadamente, dejó caer la sugerencia de que Tuula y yo alcanzásemos allí dentro una cota de intimidad... Yuuka y yo pasamos a la sauna con el bañador puesto, y Tuula con una toalla cubriéndose desde los sobacos hasta los muslos. Por primera vez la ví las piernas: Preciosas, esbeltísimas. En cierto momento, yo que me hallaba tumbado como los demás, pero en el rincón más alejado de la puerta, pensé que una de las muertes más desagradables bien pudiera ser la de asfixiarse por calor en la lobretez en vaho de una sauna. Yuuka era el encargado de echar agua para incrementar el vapor y la temperatura. En un día normal de verano salir de la sauna, tomar contacto con el mar y adentrarse a brazadas, no es penitencial sino vigorizante y alentador: Luego, otro poco de sauna. A continuación se puede uno lavar y jabonar con champú y, por último, tener la precaución de abrigarse convenientemente...

Pero hay mostraciones que bien valen por todo un programa de menesteres; y una de ellas fue que Tuula –que se hallaba tumbada en el centro del entarimado de rejilla de madera ligeramente en cuesta, justo entre Yuuka y yo– se acercó a mí, a lo cual, un par de minutos más tarde, Yuuka, prudentemente, percibiendo el ambiente cargado con una nueva valencia, se salió de la sauna. Yo no podía discernir si el hábitat era adecuado o no; hasta me cruzó un relámpago en el sentido de pensar que en esa tesitura un acto de intimidad final podría desencadenar fatalmente una secuencia de adversidades, un fallo definitivo en el funcionamiento de los órganos del cuerpo. Tuula aceptó mis caricias periféricas sin gran convicción, acaso con mejor y mayor conocimiento de las posibilidades. Permitted, eso sí, que mi mano (obligada penosamente a trabajar a contrapelo) alcanzase cotas recoletas de su piel, y de intencionalidad absolutamente nuevas por mi parte. Pero nada más. Luego ya, al aire libre y mientras cenábamos, la broma siguió: Las expresiones iban aderezadas con gestos, con kinesis de corroboración. Por primera vez yo hice entender a las claras que dentro de la sauna había estado en disposición perfectamente erecta. Luego, un poco de literatura no exenta de verdad: Les dije que cada

vez que tocaba a Tuula en los tres días que allí llevaba, me enardecía inmisericordemente. Conforme estaba acariciando la espalda de Tuula en ese momento percibo que mi tigre erótico comienza a erizar su marchamo, cosa en la que debió de reparar Karina quien, sin más, se viene a mí súbitamente y me levanta el faldoncillo de la camisa para comprobar las credenciales de lo que estaba diciendo, con el resultado de regalarse una exhibición genuina...

La velada se va escurriendo así, alegre y enérgica, hasta bien pasado el crepúsculo: Buena comida y bebida, conversación irresponsable y volandera y el ejercicio de la sauna y del baño en el entrante del mar. Fuimos hasta la carretera a despedir a Yuuka y Karina. La noche había entrado también y sus demonios parecían como haber declarado el armisticio con ellos mismos. Al quedarnos solos Tuula y yo y recorrer el trecho de camino desde la parada del autobús que habían tomado nuestros amigos hasta la casa, la cercanía de Tuula me supo a inédita. Al participarle mi deseo de retirarme, resueltamente me acompañó; y entendí que *lo* quería, abierta, más o menos consciente o intuita, pero siempre voluntariamente. Mientras que en el exterior de la cabaña ella moneaba con las toallas y con las cosas que esa misma tarde nos habían permitido solazarnos, yo me desnudé por completo y me guarecí bajo el edredón envolvente. Llegó Tuula algo levitante e inconexa por efecto del alcohol ingerido y se sentó al borde de mi mullido catre, haciendo unos ademanes muy suyos, como de negación, de desaliento, y acompañándolo todo de peroratas en tono que a mí me parecía entre plañidero y esperanzado. La oblicuidad, el sesgo pendulante de su cuerpo fue haciéndose cada vez más acusado y más permisivo hasta alcanzar la horizontalidad; su acercamiento, su contigüidad respecto de mí fue, asimismo, gradual: Primero, haciendo que el edredón nos separara por completo, pero explorando ella más y más parcelas de mi piel, allí mismo, al alcance toda ella de sus manos. El edredón fue cubriéndonos a ambos en un escrupuloso proceso de dejación: Tuula lo iba haciendo todo. Acerté de lleno por no sugerir yo los pasos a dar ni la carga de intimidad intencionada de los mismos. Yo, que llevaba un montón de días sin

liberar porción alguna de semen, sabía que con la simple frotada contra el cuerpo de Tuula, todavía vestida, me sería suficiente. Pero igual que con los otros anteriores puntos difíciles, Tuula se encargó de todo: En el silencio central de ese suavísimo torbellino que producen los acercamientos y los retrocesos, las caricias y las cesaciones, Tuula, que estaba honradamente excitada, no tuvo nada mejor que decirse a sí misma que un dirimente ‘Okey’, al tiempo que algo, que inmediatamente supe que se trataba del broche de su cinturón, me sonaba a autorizada apertura, a dulcísimo asalto final. Y así fue. Entre estirajón y estirajón fuimos librándonos de la cobertura de cintura hacia abajo. Ensayaba yo la maniobra de la cabalgada y entre gruñido y gruñido se iban ganando porciones de piel, cada vez más gloriosamente íntimas, más clamorosamente inequívocas. La invité entonces a que se despojara de la ropa de arriba. Encuerada enteramente, ocurrió lo de costumbre: A los primeros restregones buceadores de un contacto total, percibí mi esperma en movimiento, desbocado, sordo a cualquier consejo. Y sin llegar ni mucho menos a la grapa nupcial me salen los bichejos pringosos a presión de todos esos días. Una parte, la más incisiva, de mi viaje, se había consumado...

Un par de días antes, desde la casa de Tuula había yo contactado con Tytti Oittinen [véase viñeta “Liisa y Siru” de mi Volumen I] que desde hacía algunos años contaba con teléfono en su casa de campo. Le pregunté que si podía quedarme a verles un par de días. ¡Pues claro que sí! La propia Tytti se ofreció a esperarme en la estación de autobuses. ¡Qué suerte! Contactos así, como los de Tytti, confirman una vez más lo magnífico de las amistades estables y desinteresadas. A todo esto, estamos a dos de agosto y mi billete de avión de regreso es para el cuatro. Perfecto: Un par de días en el campo me van a terminar de tonificar. Tuula me acompaña a Turku a coger el autobús. Me despido de ella con un beso suave, cubridor de la comisura de la boca y la mejilla. Hay 163 kilómetros desde Turku a Riihimäki, unas tres horas de duración total. Al pasar por Forssa, más o menos a mitad de camino, viene a la memoria mía en un enjambre de interrogantes,

bien de frívola, bien de ascética curiosidad, la persona de Leila Haakana [véase la viñeta “Leila”, volumen I]. En Forssa el autobús efectúa una parada de diez minutos que la gente aprovecha para lo que haya menester: El mío es echar una buena meada y lavarme un poco. El servicio de toilette público cuesta 2,50 marcos, unas 70 pesetas. [Dos días más tarde al llegar a Helsinki y tener que utilizar de nuevo los lavabos en la estación de F.C., volví a verme obligado a pagar otras 70 pesetas por idéntico concepto, lo que en un raptó de humorística rabia me instó a considerar escribir un artículo titulado “Finlandia: Un país no para meones y mucho menos para prostáticos” como el más codiciado botín que, por vía de reflexión mágica y poderosa me hubiera traído de la Finlandia de 1985]...

El marido de Virpi, hermana de Tytti, también se llama Timoteo (etimológicamente algo así como ‘regalo/don de los dioses’) y es un hombre estupendo que lo primero que hace es invitarme a recoger las redes de pesca en el lago. Echamos la barca, prefiero remar yo dejando que Timoteo vaya levantando la red. Es una ocupación emocionante: Tramo a tramo, estirón a estirón, izada a izada, las cuadrículas de hilo de nylon de la red van saliendo peladas, desnudas, como si el lanzarlas al agua hubiera sido una pura tontería, una pérdida de tiempo...mas de pronto..., observo que Timoteo pondera, tantea, afloja e impulsa hacia arriba decididamente: Lo que aparece es un lucio [*pike* en inglés; *kuha* en finlandés], un excepcional ejemplar (de 3'600 kilogramos, comprobaríamos luego) que lo entiendo como un golpe de buena suerte por mi llegada a Rehakka, Janakkala, distrito lacustre de Tapionranta. La familia Oittinen me confirman que es el lucio más grande que han sacado del lago en su vida. En esta casa de campo en 1963 tomé mi primera sauna, y aquí mismo también tomo la tercera: Sauna, lago; sauna, lago..., lavado con champú y... a vestirse. Me mareo ligeramente por efectos del vapor, y vuelvo a repetirme (pues sabido lo tenía) que las saunas han de tomarse con precaución...

Al día siguiente, tres de agosto, los Oittinen me participan que están invitados a una boda y que se han tomado la libertad de anunciar a las familias de los novios mi estancia allí. ¡Ni que decir tienen que

me han encarecido que asista yo también! La verdad es que quedarme descansando en la casa de campo me seduce más que nada, pero transijo conmigo mismo y me digo que es una inmejorable ocasión para ensanchar mis curiosidades socio-antropológicas. No me equivoco. La extensa velada se transforma en un documento costumbrista de primera mano. Pero vamos por partes. Para empezar, a la entrada de la iglesia se saluda a los padres de los novios, pasando todo el mundo en fila. Mucha gente lleva los regalos en el mismo momento de la asistencia con el fin de evitar dos gestiones o ahorrarse simplemente un viaje. Todo se hace con orden y, como digo, en fila rigurosa: La salida de la iglesia se va llevando a cabo desde las posiciones de delante hacia atrás, abandonando cada banco de uno y otro lado al mismo tiempo, confluyendo en el centro del pasillo. Después se vuelve a saludar a los padres y a los novios a la entrada del salón donde tiene lugar la celebración propiamente dicha (comida y baile). A continuación, pero antes de la cena, el padre de la novia se enrolla en un discurso extenso, como por entregas. El mismo orden y concierto rige asimismo el autoservicio de las viandas: Todo el mundo en fila alrededor de la mesa en el centro del salón, con esmerada disciplina [¡Igualito que en España, pensaba yo!]. Durante la cena brindamos varias veces. El baile, algo paletico... Algunas poses de mano, como timones en la retaguardia, quiero decir en el culo, de la compañera me recordaban los bailongos de pueblo todavía típicos de España. En un momento dado y por pura coincidencia caigo junto a los músicos y es inevitable hablar de música, de melodías de moda, etc. En parte como compensación al hecho de haber sido invitado gratis, y en parte porque me iba ese tipo de marcha, el caso es que me permiten que me auto-invite para hacer mi inevitable numerito de cante. Conocen, cómo no, la música de “Bésame mucho”, pero no parecen disponer, así, de memoria, de ninguna otra melodía hispánica internacional. Echan mano de su fajo de repertorio de canciones y... ¡qué imaginarán los lectores que aparece!: Nada menos que “Muñequita linda”, cuya melodía conozco hasta con las melosas palabras tan propias de los argumentos de comedia musical americana

de los años cuarenta. Dado que casi todo el resto de la velada la orquestina había estado interpretando motivos más bien estrictamente finlandeses, mis numeritos caen como uno puede sospechar: Como algo que los bailarines no acaban de digerir, porque no saben si bailararlo suelto o agarrado, si a ritmo de ‘fox’ o de otra cosa. El caso es que interpreto las dos melodías, remato como puedo y me propinan una traca espesa, pero algo congelada, de aplausos, supongo que por urbanidad y por perplejidad inédita...

El cuatro de agosto tomo el tren de Riihimäki para Helsinki, y allí el avión a casa. Todavía contaba con mes y medio antes de tener que regresar obligadamente a mis menesteres universitarios de Granada. Así que no tuve nada más coherente que volver a invitar a Tuula a venirse conmigo unos días. Dicha invitación, además de recalcada por teléfono a Karina (mi única interlocutora intermediaria) para que se la pasara a Tuula, la cursé en forma emocional mediante epístola fechada a los pocos días de regresar yo de Finlandia. Conservo la copia mecanografiada pero prescindiendo de la fecha que parece haber volado al quedar fuera del papel carbón:

“Querida Tuula: Sólo con haberte visto un momento, un solo momento, mi viaje a Finlandia se hubiera justificado plenamente. La vida funciona así: Una ausencia de 22 años me empujó a verte; y ahora que después de tan sólo cuatro días de estar acompañándonos vuelvo a separarme de tí, siento nostalgia. Creo que soy un hombre de literatura y de realidades. A veces, cuando quiero que me entiendan por mis realidades, la gente me entiende por mi faceta literaria. Y al revés. Yo te puedo mirar a tí, querida Tuula, como algo literario o como algo real. Acaso ambas cosas sean inseparables. Creo que me encantas como idea literaria. Ya ves, he venido a Finlandia sólo para comprobar un sueño de 23 años. La realidad puede ser aún más rica o más dolorosa. Los cuatro días que me has regalado de compañía y cuidado no los olvidaré nunca. Me has estado atendiendo solícita, atenta, generosa. Eres una mujer muy competente en las cosas de la casa, lo cual es de una excepcional importancia. Y sin embargo, tú sabes que la convivencia necesita cosas simples y al mismo tiempo

difíciles de lograr. Como idea mítica, romántica y atractiva has sido y puedes seguir siendo uno de mis más bellos incentivos para seguir viviendo, para creer que la vida tiene siquiera algún sentido. Como compañera de mayor duración que los cuatro días que hemos pasado juntos en Finlandia, tú sabes que hay cosas que influyen. Sabes que yo no fumo y que soy alérgico al tabaco. Sabes que yo bebo muy poco, prácticamente nada. Sabes que tengo alergia también a los animales demasiado cerca de mí.

Como comencé diciéndote, el caso es que acabo de separarme de tí y ya te estoy añorando. Tienes algo que no sé explicar, que me atrae: Una extraña ternura, una capacidad de espera y de esperanza, una calidez humana que me ha estado inspirando durante 23 años, y que ni yo mismo sé explicarlo. Pero no sería honrado confundir literatura y realidad.

Por todo ello una vez más te invito a que vengas a España, a mi casa. Creo que voy a estar libre de Universidad hasta el 15 de septiembre. No quiero ofenderte, pero te vuelvo a repetir que te invito el tiempo que quieras, incluido el viaje. Así te darías cuenta de si te gusta el ambiente en el que vivimos aquí.

Los dos días de Janakkala han sido muy agradables. Las señoras Oittinen (50-60 años) y su familia son estupendos. He tomado la sauna una vez más (sin tenerte a tí al lado); he remado y he sacado del lago un pez de más de tres kilos y medio. Me llevaron el sábado a la boda de unos amigos suyos y estuve cantando con la orquesta “Bésame mucho” y “Muñequita linda”. El viaje de regreso, bien.

Recuerdos a Karina y Yukka; a Cristina y Henrik; a Catherina y Raino.

Recuerdos y abrazos míos.”

Con el distanciamiento que proporcionan seis años puedo decir que la carta contiene fuertes dosis de retórica. ¡Qué le vamos a hacer! Por lo menos creo ser honesto en reconocerlo. Pues claro que soy un “hombre de literatura y de realidades”. Igualmente la perspectiva de todos estos años me permite conceder una carga de ironía a cierta intencionalidad entrevista en diversas expresiones que cobran su cabal

ajuste en estos momentos: “Los cuatro días que me has regalado de compañía no los olvidaré nunca”. Lo que no digo es el propósito o finalidad de mantener viva la memoria de dichos cuatro días. No me extraño tampoco de haber dicho a continuación: “Como compañera de mayor duración que los cuatro días que hemos pasado juntos en Finlandia, tú sabes que hay cosas que influyen. Sabes que yo no fumo...”. Bueno, no sigo. Para algo he transcrito la carta en su totalidad.. Ahora reconstruyo en toda su riqueza mi estado de ánimo y la cosmovisión que yo deseaba transmitirle a Tuula con la mayor energía posible. Tuula venía rebotada de una circunstancia prolongada de frustración y de acabamiento de su anterior (y único) tramo convivencial. Tuula se había cobijado bajo el frágil y quebradizo toldo del tabaco y del alcohol. Debo decir que respecto del tabaco ejercía una exquisitez ejemplar: Jamás en Finlandia (ni tampoco luego, en Alcalá de Henares) fumó *dentro de* la vivienda [En Finlandia se salía al porche, a la calle; y en mi casa se salía a la terraza]. Respecto de la bebida, le gustaba ponerse alegrita, hasta un punto de estropajosidad errática de sus monólogos en finlandés. Lo que me intentó decir es eso: Que desde el principio tuve claro los campos autónomos de la literatura y de... lo otro; de todo lo demás. Por eso me refiero a que “no sería honrado confundir literatura y realidad”. *Honrado*, dije entonces. Hoy diría que nadie que estuviera en sus cabales, en su sano juicio, pasaría por alto dicha distinción. Mi carta es un documento, semi-cínico, semi-estético, semi sincero, con la prescripción más o menos velada de curarme en salud...

Tuula se lo debió de pensar. Pero acaso menos de lo que en un principio imaginé. Acaso el pequeño trabajo de pensar se lo dio ya hecho su amiga Karina. Sea lo que fuere, es el caso que unos pocos días después de mi regreso a España recibo un telefonazo de Tuula participándome su disposición a venir a España; a aceptar plenamente mi invitación, en una palabra. Y así fue. Le gestioné para que retirara, allí en Turku, el billete de ida y vuelta, pagado por mí previamente. Y el día fijado llegó a Barajas. Su estancia se concretó en la “típica” quincena de catorce días o “fortnight” inglesa. Hicimos de todo:

Cuando Tuula estaba en casa y quería fumar se salía a una de las terrazas del piso acompañada de un copazo de cognac [se había traído como regalo para todos nosotros una botella de litro de ‘Monnet Tradition’, francés, cuatro estrellas; y que a mí, para no variar, me sabía como con un punto de colonia]. En eso, la educación de estas latitudes aparecía en toda su medida. Otras veces salíamos a la Plaza de Cervantes, aprovechando los días de agosto que Alcalá de Henares dedica a Ferias de San Bartolomé: Allí, y sentados en los veladores de junto al templete o quiosco, escuchábamos los compases marchosos de las bandas de música contratadas al efecto. Era allí, también, donde más ensayábamos los pocos conatos conversacionales entre nosotros. Tuula, como todo el mundo en estos países nórdicos, había aprendido inglés en el colegio, pero por la desidia generada por creerse en un status inamovible, lo había perdido todo, casi absolutamente todo. No era que no lo hablara: Era que reflejaba la imparable evidencia de no haber sentido nunca necesidad de hablar nada que no fuera finlandés, de tan segura como se había hallado siempre de no tener que enfrentarse a situaciones distintas. En tales circunstancias la comunicación se daba por resuelta en las cuestiones fundamentales, y sólo me atrevía yo a enredarme en la expresión de alguna sutileza con el propósito, supongo, de probar mis recursos de intuición lingüística connotativa. En tales ocasiones Tuula solía usar ciertas palabras que por natural repetición iban prendiéndose de mi retentiva. Y así, como en un juego, apuntaba yo, repetía ella, algunas de las expresiones que más se sucedían en el discurso de Tuula. Me gustaba decir: *Minnulla on ikävää* = I miss you; *ei mittään* = nada, nada, no importa; *en minä tiedä* = no sé; *koko elämä* = toda la vida. Esta última expresión se me enganchó a la memoria por el haz de correspondencias fónicas en clave de humor que generaba. Por ejemplo, pensaba que ‘toda la vida’ con una mujer no enteramente propicia era como tener ‘al coco por ama’, y cosas así que no repugnaban el obligado cariz eutrapélico de nuestras veladas. También aprendí definitivamente las palabras: *Suudelma* = beso; *myöhemmin* = después; *kylmä* = frío; *maito* = leche; *nyt* = ahora; *lisää* = más. Pero la palabra que más entresijos de

recompensa me traía en su significado era *ihana* [= adorable, estupendo, hermoso, maravilloso] y que Tuula me regalaba con largueza cuando nuestras intimidades ritualizaban sus coincidencias...

Una noche llevé a Tuula a una caseta de Ferias de ambiente andaluz, en donde –¡a ver!– se bailaban sevillanas. Con mi andadura de (¡ya entonces!) trece cursos en tierras del Sur me sentía yo autorizado a exteriorizar ademanes y decires de “conocimiento” sobre el tema de lo andaluz. Qué maña no me daría en poner cara de entendido, acompañándome de un ‘¡jele!’, o de un ‘¡asuquiquiii!’, que los concurrentes que estaban junto a nosotros hacían como amagos de gesto de aseveración ante la competencia de mis demostraciones.

También nos relacionamos con Jouko Saari (hermano de Timo, ‘marido’ de Tuula) y con su mujer. Jouko estaba trabajando como agregado comercial de la Embajada finlandesa en España desde hacía dos años, y aunque su español era fluido y suficiente para todos los órdenes, adolecía sin embargo del tremendo berrinche de casi todo aquel que no ha estudiado gramática y ha “aprendido” de oído una lengua: El desconocimiento de los aspectos temporales verbales. En cuanto el discurso exigía el empleo de una forma verbal que no fuera, digamos, el presente, el pasado o el futuro planos y absolutos, Jouko se quedaba trabucado sin entender las franjas de matiz implicadas en la expresión. El subjuntivo o los tiempos perfectos le eran alienígenos. Típico, absolutamente típico... Había adquirido un chalet en San Pedro de Pinatar, en el litoral murciano, y allí nos encaminamos los cuatro, a pasar un fin de semana, que resultó exuberantemente distendido, desinhibido y playero. Jouko, muy joven aún, dio la medida de un hombre cordial, generoso, atlético, y su condición de nórdico había injertado a las mil maravillas con el espíritu de bullanga del iberismo racial. Tanto él como su mujer Catherina eran divorciados de un anterior matrimonio y al consorciarse ahora ellos parecían haber cuadrado el círculo. Todo ello a mí, especialmente, me complacía, porque reinando entre nuestros anfitriones tal espíritu de largueza y ‘bonhomie’ es fácil imaginar el cariz de fluido desenfadado y armonía que acompañaba a todos mis actos. A nuestro regreso, y en su piso de

Madrid, me regaló Jouko un ejemplar de *El Kalevala*, en compilación creadora de Elias Lönnrot. Edición preparada por Joaquín Fernández y Ursula Ojanen (Madrid, Editora Nacional, 1984).

Tuula regresó a Finlandia a primeros de septiembre de ese 1985 y fue a partir de entonces cuando el efecto de las dosis de literatura y vivencialidad ingeridas entre ella y yo durante ese verano, comenzó a dibujar sus trazos exactos. La muestra más madurada de lo que estoy diciendo acaso lo constituya mi carta de 13 de septiembre, que transcribo en su totalidad :

“Querida Tuula:

Fue muy hermoso que vinieras a España, después de todas mis invitaciones. Con ello por lo menos se completaba la coherencia de un círculo que comenzó en 1962. Tú tienes que conocerme algo mejor ahora, y sabes que el motivo más fundamental de invitarte a España es que pudieras ver de cerca la forma de vida, las exigencias de vida de nosotros. Yo creo que tú has estado encerrada en una maravillosa burbuja en Finlandia hasta el momento presente, y dentro de ella no has sentido hasta ahora ninguna necesidad: Salir de Finlandia y venir a España estos días me parece que, de momento y entre otras muchas cosas, te habrá ayudado a calcular la posible conveniencia o las posibles ventajas de poder comunicarte con las demás gentes en cualquier idioma que, por desgracia, no sea finlandés.

Pero hay un aspecto aún más interesante que espero que este pequeño viaje a España te habrá ayudado a aclarar. Y es que tú sabes que ningún país, ningún ambiente podrá hacerte feliz si no estás libre previamente de las frustraciones de tu vida privada y anterior. Mientras no estabilices el estado emocional de tu vida y experiencia privada en Finlandia, no podrás apreciar (para bien o para mal) ninguna experiencia que te pueda ofrecer cualquier otro país. Y refugiarte en el alcohol y en el tabaco como drogas blandas, no sólo es peligroso sino absurdo. Por eso, la convivencia es muy distinta de la literatura. No te diría nada de esto si no fuera por el leal afecto que te profeso. Decirte otra cosa sería traicionar mi honradez y mi deseo de claridad. Yo, como bien sabes, lo único que deseo es que seas feliz,

que disfrutes de buena salud y de paz espiritual. Y tú debes saber mejor que nadie lo que puedes hacer para conseguirlo.

Mi familia y amigos te recuerdan todos con mucho cariño. Sin entrar en detalles, les pareciste a todos una mujer extraordinaria. Recuerdos a Karina y a Yukka; Cristina, Henrik y Micaela; Raino y Catherina, etc., etc. Un abrazo.”

Es el caso que la relectura de esta carta me vuelve a poner de manifiesto mi determinación a marcar diferencias (no sé si de manera sutil o brusca) entre las posibles o presuntas expectativas, teóricas o fácticas, de Tuula, y unos mínimos condicionamientos sin los que mi existencia no encontraría sentido para su desenvolvimiento. La versión llana y comprimida de todo ello es que alguien como Tuula, sin hablar más que finlandés, de momento no tendría nada que hacer en un sitio como por ejemplo España. Lo demás era personal y se refería a mi incapacidad de asumir ningún tipo de relación responsable con alguien emocionalmente insegura y que, por si fuera poco, parecía buscar en el tabaco y en el traguito el punto de apoyo perdido. La carta, releída ahora, al cabo de seis años, está completa: Mantiene un tono de sermón blando, adobado con la etiqueta de garantía de saber Tuula quién era yo, y el alcance de mis exhortaciones y de mis votos. Esta carta es toda una declaración de principios y lo que, de forma solemne, pone broche de hierro al asunto. Otra cosa es que los chispazos, los esporádicos destellos no dejaran de sucederse como los últimos coletazos de un otrora dragón de fuego. Cruzándose con mi antedicha carta, Tuula me escribió una postal con vista de su ciudad de Turku-Åbo, con el siguiente texto:

“Saludos de Finlandia donde hace tanto frío por las mañanas. El viaje a Finlandia fue bien. Timo estaba esperando en el aeropuerto de Turku. Gracias por tí de todo. I miss you. Recuerdos a la familia de tu hermana (sic). Un fuerte abrazo y beso. Tuula.”

En efecto, el texto está lastrado de emotividad fresca y estrenada, y muestra el encanto perenne de lo espontáneo; todo, claro, dentro de las posibilidades cosmovisivas. No recuerdo si medió alguna llamada telefónica de cortesía por mi parte, en aquellos días

inmediatos de después del regreso de Tuula a Finlandia; quiero decir, para preguntar si todo estaba en orden, etc., etc. Ni que decir tiene que hablar por teléfono era el aspecto más restrictivo, con mucho, de nuestra comunicación, ya que entre Tuula y yo no cabían expansiones expresivas por falta de instrumento lingüístico común; y cuando hablaba con Karina, ya que no verter en ella lo personal e íntimo destinado para Tuula, aprovechaba, eso sí, para comentarle aquellos aspectos que a ella le faltaría el tiempo para traspasárselos a Tuula. El caso es también que muy a últimos de septiembre recibo un abultado envío de Tuula, conteniendo una carta y un montón de fotos. La carta, junto con reiteraciones de carácter sentimental, introduce notas de realismo. Voy a transcribirla en su casi totalidad:

“Querido Tomasito: Muchos, muchos saludos nostálgicos. Yo te echo de menos pero todo es muy difícil con nosotros.

No sé qué piensas de mí. El tiempo contigo allá en España fue demasiado rápido. Aquí en Finlandia hace frío y el aire es muy otoñal.

Timo está ahora en Oeste... Antes que él marchó, él tenía tiempo para pegarme muy (sic) fuerte... Motivo era - que yo hablé mal de los amigos de él... Yo deseo que él me adquiera (sic) el apartamento y yo voy a mudar (sic) de aquí...

Yo no he escrito antes porque esperé por las fotos para mandarte en mismo tiempo. No sé cuando recibes esta carta pero te deseo feliz cumpleaños... Tampoco no sé como te agradecer de todo. El tiempo contigo era maravilloso. Encontré las cartas viejas de tí el año 62 por ejemplo cuando tenías la ocasión de Tesis la literatura (sic) española en Canadá. Un parte del periódico del año 69 cuando tú eras ganador del ajedrez. Todos los libros que tú has mandado...

Saludos cariñosos”

[A continuación Karina remataba con un estrambote sentido]

“La amistad no siente edad, tiempo o distancia.

La amistad ayuda tener pena (dolor)

La amistad multiplica la alegría.

Nuestra amistad está yena (sic) de recuerdos felices...

Tu amistad es mi suerte.

Saludos  
de Karina y Juukka.”

Menos mal que hay tintes, que suenan tonos, consoladores y positivos en el panorama de otoño. De momento, doy definitivamente por sabido el deletreo del nombre del novio de Karina, que me parece que he venido escribiendo incorrectamente hasta ahora. Y en cuanto al texto incumbencia de Tuula, caben varias lecturas y puntualizaciones: Lo más llamativo de todo es que Tuula me llama Tomasito por primera vez, como lo hacen mi familia y conocidos, y como ella lo debió de oír. “No sé qué piensas de mí”, dice a continuación. Bueno. Creo que se lo he dicho. “Timo... tenía tiempo para pegarme”. ¡Ah!, ahora recuerdo que Tuula me telefoneó un par de veces, llorosa, para participarme la inmediatez de sus trifulcas, su tener lugar, con su marido. ¿Y qué pensaría que podría (y que hubiera *querido*, en caso de poder) hacer yo, no ya a tres mil kilómetros de distancia, sino aun en el caso de compartir la escena? No, no, me decía yo, esto no puede ir así por buen camino. Los asuntos matrimoniales están, por definición, vedados a todos los demás, a menos de mediar intereses concretos. ¿Había intereses por mi parte como para jugar a desfacedor de entuertos? Claro que no. Y así, una de las veces que Tuula marca mi teléfono, sabiendo que yo me encontraba en casa, para participarme entre sollozos emotivos y concreciones expresivas en inglés [¡He hit me... hhhppp... he hit me... hhppj] que el otro la estaba calentando, ví con toda la grandeza de la claridad que el tema me venía largo y que empezaba a hacerme sentir molesto.

Pero hemos quedado en que la más tonta de las mujeres hace relojes. Y no es otra la interpretación valorativa que doy al deseo de Tuula de que Timo “le adquirir” un apartamento. En todo caso, lógico. Es enternecedor, sí, que Tuula se refiera a mi correspondencia pretérita, como lo fue (ya lo dije) el que conservara religiosamente todas mis cartas y envíos. Claro que mezcla merinas y churras: Clases de Literatura española en Canadá; libros de poemas; recortes de prensa dando noticia de mi éxito como campeón de Kingston 1969, Trofeo ‘Whig Standard’ de ajedrez, etc., etc. Lo más objetivo de todo,

el mazo de fotos en color con que acompañó la carta. Las fotos, a su vez, venían fajadas en una nota que reza: “Aquí tienes las fotos que así puedes soñar del tiempo pasado. Te deseo que estás bien. Un beso de Tuula.” Las hay de todo tipo. En algunas, yo con mis sobrinos; o yo solo; o con la propia Tuula; o hasta con el matrimonio Saari, en mi casa de Alcalá de Henares. Otras, con motivos ornamentales referidos al chalet de Timo y Tuula en Turku, como la gavilla abigarrada de flores que, como despedida mía, les regalé a Tuula y a su hermana Christina; otras más, de Tuula con su sobrinita Micaela, bien junto a la orilla del agua en verano, o con la campiña nevada; las hay de mis cuatro días en Turku, con todos y cada uno de ellos: Con Christina y sus niñas; con Karina y Juukka; con Pertti, Catharina (su hermana) y Uula (mujer de Pertti); y por último, el apartado más numeroso, ya pertenecientes a España: Las del fin de semana en San Pedro de Pinatar: En la verbena con los numerosísimos lugareños amigos de Jouko y de Catharina; en el chalet playero de éstos, etc.

Pero el idilio entre literatura y realidad estaba cubriendo sus tramos postreros. Tuula comprendió cuáles eran mis cotas operativas, y que de un pozo que ya ha dado todo lo que tenía que dar, es inútil esperar nada nuevo. Y, en efecto, una carta de últimos de octubre trajo a mi conciencia una generosa dosis de paz que buena falta me estaba haciendo. Decía así la carta:

“Amigo mío: Recuerdos de Turku. Aquí las cosas son iguales, un apartamento. No tengo trabajo pero espero las contestaciones de dos tiendas. Ahora un importante información –yo tengo un novio– tiene cuarenta y dos años, no está casado, ingeniero. Estoy muy encantada y muy feliz. Tú ya estás trabajando en Granada. ¿Sabes algo de Katarina y Jouko? Muchos saludos a la familia de tu hermana. Espero que estás bien. [Algo en finlandés que no entiendo, como despedida de carta].

Tuula.”

¡Hhhhuufff... qué gusto – pensé–! Esto es lo mejor que nos podía haber pasado a los dos. Por lo visto, consiguió de Timo la compensación razonable prevista en estos casos: Un apartamento para

que cada cual pudiera ser dueño de su independencia.

Aproximadamente un mes más tarde recibo en Granada una invitación del Sr. Embajador de Finlandia en España, y de su esposa (Sres. de Lassila) para asistir el viernes seis de diciembre a una recepción en Madrid con motivo del Día de la Independencia finlandesa; invitación que declino en los siguientes términos:

“Muy estimado Señor Embajador: Me consterna tener que declinar su amabilísima invitación para el viernes seis de diciembre, por incompatibilidad *insalvable* con mi trabajo aquí en Granada. Tal vez conozca, a través del Sr. Saari, mis estrechos lazos de amistad, desde antiguo, con Finlandia. Por ello su invitación la he sentido doblemente. Espero en ocasión más propicia disfrutar del señalado placer de conocerles.

Con mis recuerdos para los Sres. Saari, y el ruego de ponerme a los pies de la esposa de Vd., le saluda muy cordialmente y le queda agradecido,

Tomás Ramos”

Era obvio que en esto mediaba la voluntad de Jouko Saari, de ahí el haberme tomado la libertad de mencionar su nombre. Asimismo le llamé, le informé de la invitación y de mi imposibilidad de asistir, y tuvimos por ello ocasión de charlar un rato [Por cierto que tres o cuatro años más tarde este Lassila (¿también su mujer?) murió ahogado en un accidente fluvial en Marruecos según la prensa. ¡Tremendo!].

Con Tuula no he dejado de intercambiar las consabidas notificaciones de fe de vida por Navidad; y por parte suya no ha transcurrido ni un solo 29 de septiembre, fecha de mi cumpleaños, que no me haya enviado su recuerdo y sus amables votos. Respecto de su trabajo, recibo un postalón, fechado el 27-5-86:

“Recuerdos de Tuula y saludos a todo. Estoy trabajando en el barco de Helsinki a Estocolmo solamente este verano. ¿Cómo estás tú? ¿Qué vas a hacer en tus vacaciones?

Tuula.

### Un abrazo de Karina y Jukka”

¡Ah, pues claro! No había reparado en que el motivo del tarjetón en color es un hermoso ferry de la Silja Line, fondeado en el puerto de Helsinki. De junio 1987 conservo otra postal:

“Hola. Saludos de Finlandia. No tenemos todavía verano, hace mucho frío. ¿Cómo estás tú, Tomás? Un abrazo de... Tuula”. Y en fin, de agosto de 1988 también conservo una preciosa postal, con paisaje lacustre y que, aunque por estar escrita en finlandés no entiendo, sí leo señalada en sus líneas la fecha de mi cumpleaños 29-9. Otros tarjetones de motivo navideño asimismo conservo en apartado distinto de mi acervo documental. Van desde la fórmula clásica y escueta de “Feliz Navidad y Próspero Año Nuevo. Tuula”, con o sin equivalente en finlandés, al recordatorio con la fecha 29-9-90 palmariamente alojado en la frase de felicitación en finlandés, y a otros textos de felicitación cortitos, en finlandés, por Navidad. El más informativo es uno en el que me hace saber que está “trabajando continuamente en el barco. Trabajo diez días y estoy libre diez días, etc...”. Como Tuula ha mantenido la costumbre de no fechar sus comunicaciones, ello les presta una ucronía acomodaticia y aprovechable en cualquier circunstancia. Por supuesto, yo la escribo con idéntica regularidad; es decir, contesto sus comunicaciones, sabedor de que jamás encontraré razón alguna para dejar de cultivar aquel conato de concernimiento exótico que nos creció a los dos, a Tuula y a mí, tan por azar en el verano de 1962.

**Isabel: The U.W.O. [The University of Western Ontario.  
Universidad de Ontario Occidental] Julia; Mary Ann:  
London, Ontario (Canadá): 1964 - 1965**

Cuando me aseguré de que, en efecto, mi residencia en los U.S.A se limitaba a los dos años improrrogables previstos para el Exchange Visitor's Programme Visa... es cierto que me quedé aplanado, como si la planta de un impensado proboscidio me hubiera echado por tierra la ilusionada y decidida techumbre que mi trabajo y mi entusiasmo se había encargado de levantar. Por supuesto, que la averiguación que llevé a cabo sobre las posibilidades de mi permanencia fue exhaustiva. Tuve noticia de ello, primero, a través de las oportunas instancias administrativas de Michigan State University. En algún momento de mi segundo curso académico 1962-1963 se me comunicó la restricción de mi 'status'. Luego fue el propio profesor Townsend, Director de Departamento de Lenguas Extranjeras quien me lo comentó, y quien tuvo la deferencia de indicarme que, para una seguridad total sobre el asunto, podría acercarme al oportuno negociado oficial de Detroit... No recuerdo si en la viñeta correspondiente a mis dos cursos en los U.S.A he tocado el tema. En cualquier caso, mencionar ahora que los funcionarios de dicho negociado me trataron correctamente, no sin exteriorizar la omnipotente reflexión de que todo el mundo que llegaba a los U.S.A para un menester concreto y limitado en el tiempo (como era el caso de mis dos años) querían quedarse. Lo que no me dijeron, supongo que por defecto e/o insuficiencia de imaginación, es que, pasado otro cierto tiempo, todo el que podía largarse se largaba.

¿Por qué no te vas a Canadá?, le oí decir a alguien. Confieso que una de las carencias más clamorosas de la personalidad del españolito que yo encarnaba entonces se me puso a lo vivo de manifiesto. Nuestra historia, nuestra memoria o tiempo estadístico se ha caracterizado por un espectro más bien reducido, casi hieratizado, amojamado, del muestrario de menesteres y ocupaciones en los que nuestra sociedad, nuestros paisanos, nosotros mismos, hemos tenido que ganarnos la vida. Descontando las épocas heroicas de nuestra

pomposamente llamada ‘Edad de Oro’, en las que el lema parecía ser ‘aut Caesar, aut nihil’, y los medios para conseguir tal quimera, la cruz (llegar a santo), la espada (convertirse en un conquistador de fortuna), o la pluma (alcanzar los honores literarios), la verdad es que nuestro temperamento y los condicionamientos por él generados a su vez propiciaban un listado harto exiguo de profesiones a las que dedicarse: Descontando la de cura y la de militar, que siempre han tenido entre nosotros un arraigo sostenido, dígaseme qué otras carreras existían fuera de las de abogado, maestro y boticario, precisamente las fuerzas vivas y bastiones institucionales de las comunidades rurales. Cuando a principios de siglo, Ortega y Gasset estudiaba en Marburgo, se maravillaba –según nos cuenta– de que algún compañero suyo desde tan anticipadas instancias proyectase dedicarse a la investigación de tal o cual cultura asiática. Sin duda que el factor económico, de desarrollo técnico, aquí desempeña un primordial cometido. Pero ya se ha demostrado hasta la más fastidiosa de las evidencias que hay resortes en la humana condición que no se rigen por lo económico exclusivamente. Una característica de lo hispánico ha sido la de *desdeñar* lo que a nivel telúrico sus intereses, su curiosidad, o lo que fuere, no le permitió comprobar. Los países que componen la vanguardia del progreso (y de todo aquello que los demás ansían y emulan) son precisamente los que se han preocupado de inventariar las reacciones de la condición humana ante el mayor número posible de supuestos y de circunstancias también ‘humanas’. Su experiencia está, pues, mejor dotada de datos, de referentes previos, que la de aquellos otros pueblos que por pereza narcisista han “religado” [y aquí sí que la etimología es elocuente] a las instancias irresponsables del ‘más allá’, de la religión, la cuenta que de las cosas de la tierra hay que dar aquí en la tierra. En su lado negativo y perverso, no otro es el efecto de la religión. Muchas de las facetas o características que, con marchamo privativo, se predicaban de lo hispánico [como la sobriedad, el desprendimiento altruista en lo tocante a relaciones humanas, etc...] resultaron ser quimeras e inventos acomodaticios debidos a la “pobreza” de España y a su imposibilidad de haber

ensayado las formas de vida y convivencia que la dinámica de la Historia iba imponiendo. Cuando en España se han propiciado las condiciones para un desarrollo económico de cierta consideración, se ha destacado el... ‘personal’ como un país de tahúres, y agresivos negociantes donde la asignatura de hacerse rico en el menor tiempo posible ha monopolizado los “curricula vitarum” de muchos. La poquedad de los recursos españoles nos privó de contar con el caldo de cultivo oportuno para demostrar nuestras habilidades en los correspondientes campos; mientras que otros pueblos, otras concepciones de vida han optado por someter a prueba e inventariar todas las opciones posibles con que cuenta el hombre, la persona, para librar su batalla de estar vivo. El terráqueo, provisto tan sólo de experiencia e intuición, y que no se haya tomado en serio recabar referentes de ensayo, habrá llegado a una altura de su acontecer histórico en que una nutrida serie de manifestaciones telúricas le parezcan atípicas y, consiguientemente, una de dos: O no reaccionará ante ellas; o reaccionará mal...

Por eso, cuando me dedicaron la espontánea sugerencia de “¿Y por qué no te vas a Canadá?”, confieso que me cogió desprevenido, con la proyectiva bajada de guardia por falta de rodaje. ¡Canadá! ¿Qué era aquello? En esos momentos en que se convocan tropes de ocurrencias, una de las que más vigorosamente impuso su vertiente lúdica fue la de que, según cuentan, una parte de los primeros en llegar al continente norteamericano y que, separados del grupo principal se habían reintegrado a él después de merodear por el Norte, al preguntarles lo que habían visto por allí arriba, contestaron: “¿Acá? ¡Nada!”, de donde por simplificación devino el Canadá: ‘Acá-nada = Canadá’...

“¿Por qué no te vas a Canadá?” Y a Canadá me fui. En la viñeta correspondiente a mis dos años en U.S.A ya quedó relatada la visita que hice a Waterloo y a London (The University of Western Ontario, objeto ahora de protagonismo geográfico), y sobre ello no hay que insistir. Pero no estarán de más otras consideraciones, sean nuevas o complementarias. Uno de los aspectos más estimulantes,

quiero decir, que a alguien como yo le hacían sentirse ciudadano, si no de primera, al menos de preferente, era la de no ser inquirido, mucho menos, molestado, cuando de trasladarse entre los países U.S.A y Canadá se trataba. Estas comunidades de vecinos, flexibles, confiadas, de buena voluntad, tuvo en estos dos gigantes de Norteamérica su más ejemplar y definitiva demostración. La ausencia de requisitos para viajar de uno a otro estaba simplemente basada en una estructura de condicionamientos previos que hacía innecesaria, claramente disuasoria, la intención torcida, la conducta fraudulenta, al menos en los niveles que correspondían a mi incumbencia y a los cometidos a desarrollar por mi parte. En el tren, al cruzar desde Michigan por Port Huron hasta Ontario, por Sarnia, se sentía una como mayor confianza en las realizaciones humanas. Esta confianza aséptica, esta impresión libérrima la percibiría por esos mismos años al cruzar las fronteras entre Suecia y Noruega...

Los trabajos, quiero decir, los puestos de trabajo buscaban con cierta avidez a las personas. En mi campo, sin proponérmelo, recibí –ya dije– invitación para Waterloo y para London. Me quedé con London... por nada rigurosamente objetivo, o analíticamente mensurable que a mí se me pudiera alcanzar, sino más bien por sugestión intuitiva. Acaso también porque London era entonces ya una ciudad con aeropuerto, de unos 100.000 habitantes... Acaso porque el entonces Director del Department of Romance Languages, Robert Sherville, me supo engatusar para la U.W.O. mejor que Jim Mc Kinley para la University of Waterloo. Sí, los puestos de trabajo, las ‘jobs’, iban a las personas, aun a las candidas y poco fogueadas como yo, que no supo arrancarle 700 ú 800 dólares más a la oferta de 7.300 dólares canadienses que me hizo Sherville para el curso 1963-1964. En lo académico –duele confesarlo– fue quedarse quieto. Mi rango de Assistant Professor no hacía sino continuar el que ya traía de M.S.U. ejercitado durante todo el año 1962-1963. Ahora bien, mi preparación profesional y libresca me permitía mirar a los cursos que iba a impartir en la U.W.O. como un reto menor, muy, muy menor. Todo lo cual –como se verá en su momento– tuvo su cumplida compensación con

la intensa dinámica discente en la que me integré respecto de materias propias de mi Filología Inglesa. El sílabo de las asignaturas que me anunciaron que tendría que impartir en mi primer año, recuerdo que me hizo sonreír a mí y a algún otro colega de M.S.U., de tan poco entitativo y de tan elemental como nos parecía: “The Spanish Novel and Non-Fictional Prose of the Golden Age” (senior level, es decir, para cuarto curso); “Spanish Poetry of the XIX and XX Centuries” (junior level, tercer curso). En mi segundo año de estancia en la U.W.O. impartí “Spanish Prose of the XIX and XX Centuries” (junior level, tercer año), además de otros cursos instrumentales de lengua española propiamente dichos. Como señalé, vistos así los enunciados de mi programa docente, todo permitía pensar que no había color si contrastado con la frondosidad de cursos graduados para los que, con toda intencionalidad, se me contrató en M.S.U. Sin embargo, el curso “The Spanish Novel and Non-Fictional Prose of the Golden Age” me permitió adentrarme con paso crítico en la lectura y exégesis del *Quijote*, y el librito de texto que para la ‘non-fictional prose’ se usaba a la sazón en la U.W.O., *Lecturas clásicas españolas*, ordenadas y anotadas por Esteban Salazar Chapela [Secretario General del Instituto Español de Londres], London: Harrap 1949, resultó ser un interesantísimo y manejable utensilio de apertura hacia la indagación de ulteriores descubrimientos dentro del mundo de nuestros clásicos. Pero de todo ello tendremos ocasión de hablar más adelante.

La primera sorpresa que no supe apreciar [como correspondía a quien se encuentra con algo que, de momento, no siente necesitar] fue la de recibir ‘status’ inmediato de *landed immigrant* por parte del Gobierno canadiense. Ante la presentación de mis credenciales como Doctor por Universidad española y profesor en otra canadiense, el Gobierno de Canadá me había soltado, así, por las buenas, las prerrogativas máximas que me permitían llegar y quedarme permanentemente con todos los derechos de un nativo, por tiempo indefinido, perpetuo. Lo de mi trabajo en Canadá se prestó a que algún cazurro de entre mis compatriotas mencionara lo tan manido de la ‘casita en Canadá’ o lo de la Policía Montada, conceptos éstos con los

que el personal intentaba ahora captar el maridaje de mis vivencias, lo mismo que respecto de Michigan un supuestamente famoso regimiento de fusileros garantizaba la entidad honorable de la parte del mundo en que me había tocado desarrollar mis labores y habilidades. De momento, mi traslado había significado que mi referente de megápolis ultramarina por antonomasia había dejado de ser New York y pasaba a Montreal, ciudad conectada con Madrid sobre todo por la línea aérea Canadian Pacific, a veces con escala en Lisboa, y a veces no. Desde Montreal, claro es que las opciones eran todas aceptables: Avión, acaso con escala en Toronto, la segunda gran urbe de todo el país; autobús para los menos pudientes en dinero y más abundantes en entereza y aguante; o tren, que podía salvar los 700 kilómetros entre Montreal y London en bastante menos tiempo que un tren español ordinario de Madrid a Valladolid, por ejemplo. La verdad es que no guardo recuerdos rigurosos sobre las opciones de las que me serví, aunque creo que por lo menos en una ocasión llegué en avión a London, porque guardo como un foco testimonial, siquiera desleído en mi conciencia, de lo que era una ciudad, ya lo dije, de unos 100.000 habitantes, servida por un aeropuerto limpio, de tipo medio, para hacerse cargo de vuelos instrumentados por aviones medianos, tipo bimotor Fokker; bi-motores Viscount; o cuatrimotores Vanguard, estos dos últimos con el marchamo de garantía Rolls-Royce. London, Ontario, se refería a London, Inglaterra, como la ‘mother city’; y por si fuera poco, además de contar con un río Thames en pequeño, a mitad de camino entre London y Kitchener, a tres cuartos de hora de coche, se encuentra Stratford, notoria por sus ‘Shakespeare's Festivals’. También recuerdo haber volado hasta Toronto, desde España, y haber salvado los 180 kilómetros hasta London en cualquier medio de transporte, supongo que predominantemente en tren...

Con todo, fue una serie de conocimientos y encuentros personales, venidos por ineluctable azar, los que hicieron de mi tiempo en London algo mucho más precisado y servible de lo que yo hubiera podido sospechar. El primero de ellos fue Luis Lozano. Me lo presentó Sherville nada más incorporarme en septiembre. Luis estaba

casado con Vera, una mujer de extracción rusa, temperamento afable, buena cocinera, y cuyo punto flaco radicaba en el mimo ciego que dispensaba al único hijo de ambos, Raymond. Este, no hay ni que decirlo, era un típico chaval, entonces de 17 años, ni bueno ni malo, sino sencillamente ejerciendo cumplidamente los márgenes amplísimos de permisividad concedidos por su madre, para disgusto y consternación de su padre. Vivía Luis junto al Campus, en una bonita casa, bien orientada, bien organizada, y con una suficiente extensión de césped y jardín. Luis, unos 15 años mayor que yo, era oriundo de Málaga, había residido por algún tiempo en Ottawa, desempeñando cargos administrativos hasta que, ante lo que para entonces podría entenderse como comienzo del ‘boom’ de las Universidades canadienses, y advertido de la escasez de profesores de Filología Hispánica, él, con sólida formación en Humanidades, en general, y con un buen conocimiento de francés, se ofreció en su momento, y allí fue a dar, a U.W.O. como Lecturer del mismo Departamento, en el que yo me hallaba un rango funcional más por encima, en el de Assistant Professor. Luis era un tipo de buen corazón, de honradez acrisolada, de generosidad espontánea y habitual y con voluntad de superación. Había injertado a la perfección dentro de la estructura anglosajona en lo que a escalar niveles de excelencia mediante el propio esfuerzo se refiere. El falso pudor del españolito con el que justificar su abulia barata o su hedonismo inmovilista no iban con él. Luis –en el que con toda propiedad consideraba último tramo de su actividad laboral– estaba decidido a acometer el grado de Doctor y escalar posiciones en el sistema de rangos de la Universidad norteamericana. Fue mi primer amigo y aliado y se echó sobre sí las inevitables molestias de gestión que implicó buscarme un alojamiento estable para todo el curso académico. Mi experiencia en M.S.U. con aquel pisito compacto y completo de alquiler me ilustraba casi con exclusividad el panorama de mis preferencias...

Cuando la gobernanta de los Apartamentos de 939 Western Road nos dijo que... el único problema, acaso, fuera el hecho de que se alquilaban en régimen de amueblados... y el B-16, único libre

entonces, también lo estaba... tanto Luis como yo nos echamos a reír. ¡Si eso era precisamente lo que buscaba! Western Road, que conectaba la Windermere Road, al Norte, con la Oxford, al Sur, se adentraba en los terrenos propios del Campus universitario, dejando al Este el grueso de edificios [entre los que se encontraba Middlesex College, sede de nuestro Departamento de Lenguas románicas], y al Oeste el Huron College y el Brescia Hall, residencias para estudiantes, entre otros...

Mi apartamento se componía de lo típico y suficiente: Un dormitorio con cama grande; un 'living' y cocina continuados, y un cuarto de baño completo: Unos 60 metros cuadrados, todos aprovechables y funcionales. Quedamos en que la Señora Gobernanta [imposible rescatar su nombre] me daría un limpiazo una vez por semana a los cacharros de cocina que hubiera utilizado, y un cambio a la ropa de cama en general...

Middlesex College era de nueva construcción, como casi todo en esta Universidad. El estilo arquitectónico, neo-gótico, hubiera hecho las delicias de John Ruskin, probablemente el origen y causa remotos de toda esta manera de entender el arte aplicado a edificios de cariz público, en nuestro caso Facultades de Universidad de una ciudad que confesaba con orgullo y buen grado su prosapia británica. Mi despacho, individual, estaba convenientemente pertrechado de muebles más bien pequeños pero nuevos, en madera de roble (o imitación) oscura. Sólo a comienzos de mi segundo año fue cuando instalaron teléfono en los despachos de aquellos profesores con el rango mínimo de Assistant Professor. En cosas así la organización imparcial y técnicamente clasista producía los mejores resultados y nadie se quejaba, sólo con tomarse la deportiva y pequeña molestia de comprobar que cualquier otra opción hubiera sido menos conveniente. En el trabajo, acaso ya lo dije, Robert Sherville, como Jefe del Departamento y como Full Professor, estaba por encima de mí en todos los sentidos...

En mi conciencia se iba asentando, al menos, una cosa fija; y es que Canadá podía ser mi lugar de trabajo para todos los... años que me

quedasen de vida, si tal fuese mi intención. Otra realidad no menos palmaria es que Ontario era la provincia más pujante, con mucho, de todo el país y que en Toronto se encontraba el mejor centro de estudios Hispánicos de Canadá, donde los nombres de Buchanan, von Richthofen y otros sostenían dicha notoriedad. Los canadienses, como paletillos arrimados al gran coloso que tienen por vecino, hacían una asignatura obligatoria la de justificar su supuesta diferencia, y la autonomía que fuere, respecto de las cuestiones que ellos tuvieran a gala defender a ultranza. En mi criterio, recién llegado de M.S.U., Canadá en general, y la U.W.O en particular eran unos apéndices decorosos del gran amo que allí estaba al lado, de vecino, imponiendo tanto los contenidos como las formas de vida...

En cuanto me sostuve por mí mismo, cosa que viene casi siempre marcada por la percepción de la primera mensualidad, me alquilé un coche grande, un Chevrolet en buenas condiciones, con cambio de marchas convencional, y me acerqué a M.S.U. a recoger de mi antiguo apartamento algunas cajas con ropa, libros y otros pequeños enseres que había concertado dejarme allí. Fue una dimensión nueva conducir un cacharro inequívocamente americano. El caso es que hice el viaje sin complicaciones, con infinita precaución en el manejo de un trasto tan grande. La conducción en América es agradecida, "it pays". Todo lo que no se permite está profusamente indicado. Las calles no pueden tener más que o bien un 'yield' (ceda el paso) o un 'stop'; de otra manera, el tráfico es 'through', es decir, seguido. Respetar las señales garantiza las mejores prestaciones. Todo lo que no está expresamente prohibido o desaconsejado, queda protegido y amparado por el uso y la aquiescencia de los demás. Aunque mi apartamento se hallaba en una muy buena zona de la ciudad, y hasta dentro del radio peatonal del Campus de U.W.O. [pues no se hubiera tardado más de media hora en hacer el camino desde la casa al despacho], sin embargo comprobé que un Campus como el de M.S.U. que constituía la ciudad de East Lansing propiamente dicha, no era probable volver a encontrar. Me decidí, pues, a dar el paso y a usar coche. Constaté, eché cuentas y

decidí alquilar uno por todo el curso académico. Tanteé en varios establecimientos y en uno de ellos, el menos ostentoso, llegué a un acuerdo respecto de un Chevrolet Corvair, de aquellos bajitos y planitos cuatro plazas que causaron tan buen impacto y tuvieron tan buena aceptación por parte del consumidor norteamericano; algo así como los primeros Renault 4x4 del comienzo de los cincuenta. Lo recuerdo bien: Era encarnado y aunque no era nuevo, lo estaban terminando de tapizar y de poner a punto en cuanto a mecánica, para venderlo como cosa a estrenar. Jamás disfruté de algo tan maniobrero y tan sufrido: En todo ese primer año que lo tuve no me causó la menor molestia. ¿Que cuánto me costaba? Es curioso, pero no me acuerdo ahora. Tan sólo que si mi sueldo suponía ya, después de impuestos, unos 500 dólares canadienses limpios cada mes, el apartamento me saldría por unos 75 dólares y el coche por otro tanto, quizá algo menos. La empresa me proporcionaba revisiones en caso necesario y reparaciones de averías que no fueran imputables exclusivamente a responsabilidad mía. Por ello, corría yo únicamente con los gastos de consumo de gasolina. Me gustó el sistema y lo disfruté, tanto, que el resto de mi estancia en Canadá seguí siendo un devoto partidario del mismo, como se verá a su tiempo.

Mi segunda amistad, de perfil pintoresco, problemático, disparatado, aunque siempre cordial, fue Lorenzo Gironés. Oriundo de Nicaragua, se había trasladado a Canadá con su madre y con dos hermanas. La madre residía en Toronto y hasta años más tarde, por un acontecer fortuito, no llegué a conocerla. Los tres hermanos –Lorenzo, Isabel y Margarita, pues tal era el nombre de las chicas– estudiaban en U.W.O. En algún estadio de nuestros sucesos algo le oí comentar a Lorenzo sobre la figura de su padre, un médico aventajado y competente que murió asesinado a manos de... También, al parecer, la imagen del padre macheteado por el agresor que fuere se le había quedado bien prendida a Lorenzo en la conciencia, aunque el episodio databa de su primera infancia. Lorenzo, como digo, era disparatado en la dinámica de sus 23 ó 24 años, y si puede parecer a algún espontáneo lector que le dedico demasiado discurso recreativo,

téngase en cuenta que, además, y a pesar de su propia personalidad bifocal, iconoclasta y enardecientemente activa, téngase en cuenta que a él le tocó ser el hermano de la heroína que encarna la substancia rememorativa de esta viñeta. A Lorenzo Gironés le conocí por hallarse matriculado precisamente en mi curso sobre la novela y la prosa ‘no de ficción’ de nuestro Siglo de Oro. A los primeros compases identificativos me comentó que aquél era su tercer año preparatorio de Universidad, antes de comenzar sus estudios de Derecho en la Osgoode School, allí mismo, en la U.W.O. Me ilustró mucho la información sobre dicha realidad de que un estudiante de Derecho, además de los cuatro años específicos de carrera, estaba en la obligación de hacerse con un B.A. [Bachelor of Arts] general, a modo de bagaje humanístico previo. La traducción de todo no podía ser más simple: La carrera de Derecho era suficientemente seria como para comenzar donde otras acababan...

A Lorenzo le encantaba el *Quijote*, quiero decir, mi curso sobre el *Quijote*; era como si su hispanidad, hasta entonces ni exteriorizada ni mucho menos ejercida, hubiera encontrado en mí la justificación holgada para mostrarse en su irrenunciable dimensión. Porque no se olvide que uno de los supuestos más tipificados de tensión entre dos concepciones vitales la hemos venido protagonizando los hispánicos dentro del sistema calvinista de valores por el que, más o menos, se rigen las sociedades anglo-parlantes de la América del Norte. Y he aquí que para encono de tal premisa, el continente de las Américas queda repartido, muy prioritariamente, entre dicha concepción valorativa de lo telúrico y cercano, y todo lo demás hispánico desde Méjico hacia abajo, permitiéndome encerrar también a Brasil, por ibérico, y a obviar a otras comunidades de ascendencia francesa en lo lingüístico (Quebec, Haití y demás Antillas) respecto de las cuales, a pesar de su relativa menor entidad, el chauvinismo francés, suponemos, nos ha intentado endilgar de por vida el impertinente y torcido término de ‘Latino-América’, significando el disparate de que, o bien tales comunidades se expresan en Latín; o que no son las lenguas madres, sino las lenguas tatarabuelas las que conforman la

identificación lingüística de los pueblos...

Sea como fuere, decimos, en Lorenzo se conjuntaba muy a lo vivo ese juego de tensiones, y la versión de su hispanismo pintoresco y montaraz era lo que mi inclinación a lo exótico y colorista mejor saboreaba. Su relación con las cosas y con las realidades era muy... yo diría que barojiana, muy de héroe de 'acción'. Se embarcaba en cuestiones de remotísima viabilidad, y cuando ésta, en efecto, devenía absolutamente imposible, Lorenzo se desenganchaba del asunto como si nunca hubiera tenido nada que ver con él, y sin que –por lo menos, al parecer– le dejase huella negativa. No parecía ser hombre con tiempo para volver atrás y calibrar el volumen de los fracasos. Lorenzo salía 'steady' (es decir, con regularidad pública) con una chica que, según él, no le importaba mucho. También era amigo, por lo menos compañero asiduo, de una pandilla de jóvenes *típicos* canadienses. Lo de subrayar *típicos* tiene motivos. Al ser Canadá un apéndice del vecino todopoderoso U.S.A, un pariente aventajado del, por antonomasia, cabeza de familia U.S.A, en los ciudadanos era muy corriente esas mostraciones del "quiero y no/sí puedo", siempre teniendo como referencia y modelo al gran hermano de abajo. Un coche de segunda en los U.S.A, digamos, era un coche de primera en Canadá; una Universidad de tercera en los U.S.A podía conceder suficiente prestancia a cualquier canadiense que allí hubiera obtenido su título. Cuando alguno de estos jovenzuelos de papá pudiente estrenaba uso de coche de segunda clase U.S.A solía cumplir con el ritual de pasearlo por el Campus, despacito, y permitir que lo viesan las amistades. Lorenzo se daba maña para brujulear a través de las borrascas de su propia personalidad y de las botarateces *progres* de sus amigos.

El tercer personaje que significó y marcó bastantes de mis referencias en London, Ontario, fue Pepe Azcárate, más o menos de mi edad, de Huelva, que había caído allí en Canadá para acometer su especialidad en cirugía. Tipo alto, de cordialidad desordenada pero abundosa, ilustraba el lado, por así decirlo, *serio* de las actividades de todas mis otras referencias. Su reto era doble: Superar el examen de

ingreso pleno en la especialidad médica que fuere (cirugía, en su caso), algo parecido al MIR español; y además superarlo en inglés. Pepe lo superó con holgada brillantez al segundo intento, y comenzó a trabajar, de residente interno, a las órdenes del Professor Barr, creo que en el Victoria Hospital, en la calle South, entre la Waterloo y la Colborne. Basten, de momento, estos datos para poner en marcha al personaje.

En la Universidad, junto con el elemento hispánico del que más adelante nos ocuparemos, había una buena representación de oriundos de las West Indies, es decir, de los territorios caribeños y antillanos que, *grosso modo*, pertenecieran al ámbito de influencia de la cultura inglesa y de la francesa, sobre todo de la primera en lo relativo al Canadá anglo-parlante. Mediante un análisis impresionista, en la época de explosión de nuevas nacionalidades por todas partes, y ante la imposibilidad por parte del Reino Unido de absorber tantos millones de súbditos provenientes del pasado Imperio Británico, que como portadores de dicho pasaporte desearan legítimamente trasladarse a la metrópolis, o simplemente engancharse en algún aspecto institucional [como el de cursar estudios universitarios durante cierto número de años, por ejemplo], podríamos decir que la “Madre Patria” de todas estas gentes, o sea, Gran Bretaña, echaba mano de la Commonwealth para dispensar estos servicios de soberanía. Jamaica, Trinidad, Barbados, Tobago, etc. eran los territorios de donde provenía la mayor parte del estudiantado de color de U.W.O. ... Jamaica era, entonces también, la isla caribeña que mayor incumbencia me trasladaba...

Uno de aquellos veranos, creo que el de 1964, mi buena amiga y compañera española Ana María Salomón, “musa fiel” de mi Tesis Doctoral de Filología, y dentro del capítulo de bondadosas dispensas con que me distinguía, me anunció que se hallaba en Madrid una amiga suya, jamaicana por más señas, y que al saber ella de mí por Ana María, había mostrado conformidad e interés por conocerme. Se llamaba Elma Shelley y era una preciosidad de criatura. Elegimos para la velada una terraza al aire libre en la que hacía una de sus primeras

interpretaciones cara al público el inefable Raphael, sin haber cumplido aún los veinte años. Pero la estrategia de aquella estupenda amenidad encerraba, por si fuera poco, una oportunidad de asomarme al brocal cercanísimo de la carne hecha expresión, y del efluvio de espíritu corporeizado de una encantadora indiecita oscura y bella del Caribe. Se me preguntará (y hasta yo mismo me lo pregunto al tiempo de escribir esto), si en mis dos años anteriores en M.S.U. no propicié una amplia exposición ante este tipo de ciudadanía. Lo relatado ya para 1961-1963 está ahí en versión llevada a término. Pero sí creo propio añadir ahora que el contingente autóctono estadounidense en una Universidad de veinte mil estudiantes era tan numeroso y tan predominante como para casi hacer innecesaria toda otra incursión fuera del territorio de piel blanca que tan a raudales se me ofrecía. Elma me ilustró a la perfección el arraigo y el alcance de la impronta cosmovisiva de ciertas civilizaciones. Elma, además de hablar inglés *colonial* tenía educación británica, y si sus antepasados pudieron ser trabajadores pioneros en el cultivo de la caña de azúcar, ahí estaba ella, en Madrid, conmigo, en una terraza sala de fiestas el verano de 1964, dijimos. Como no parecía poder ser de otra manera, yo, en puridad, dediqué mi actuación caballerosa disponible a Ana María, fuente y origen de aquel encuentro mío con Elma, y entre nosotros sólo fluyeron copiosos cursos de galantería, de poética conversación. ¿Qué habrá sido de aquella mujer? Acaso, arañando un poco más con el rastrillo de la voluntad en lo pasado, Jamaica, Ana María y yo habíamos quedado conectados por una opción que se nos presentó a nosotros dos y a algún otro compañero de carrera, a partir de la consecución de nuestra Licenciatura universitaria, de ir a enseñar español a Chapelton, ciudad del interior de Jamaica, donde, al parecer, se había montado un buen Instituto y estaban reclutando gente, nativos animosos, para impartir las materias correspondientes de tema español. Ana María y otra amiga nuestra, Milagros, llegaron a ir allí, creo, que un par de años cada una. Así que en Elma se convocaban estas realidades pretéritas y otras instancias más o menos futurizas. A Elma Shelley le dediqué el poema “Trópico” [publicado en *Aldonza*

10, agosto 1965 y escrito, casi con toda probabilidad bastante antes].  
Lo volvería a firmar. Es éste:

### **Trópico**

A las seis menos algo eras espera,  
puridad de dolor aclimatándose  
en don de geografía tan querido.  
Canela en la cintura, voz sacada  
de la dulce caída de los trópicos;  
o mejor, de la larga  
soñolencia pensando en mares altos.  
A las seis eras cierta  
en tanto las palabras no saliesen.  
Después los dos cruzamos tierras vírgenes  
como tú me las ibas disponiendo,  
al nivel de los labios,  
medidas al calor de otra palabra  
que una vez en su cielo de azul inigualable  
se creyó fecundada por un aire en península.  
A las seis de la tarde de pura coincidencia,  
de inútil coincidencia hasta otra –nunca– tarde

Una de las primeras colegas que me invitaron a una recepción en su casa [descontando a Luis Lozano y a Sherville] fue Jean Cross Newman que a la sazón era Auxiliar de español en el Departamento, o sea, part-time con el rango de Instructor que aquí en Canadá, justo lo contrario que en U.S.A, iba por detrás del rango de Lecturer, y por consiguiente, dos por detrás del de Assistant Professor. Jean Newman en varias ocasiones demostraría encarnar al tipo de mujer anglosajona más recomendable y fiable: Culta, activa y honesta, simultaneaba su quehacer doméstico [tenía marido y creo que un par de hijos] con el oportuno apoyo económico de sus clases en la Universidad. Fue en su casa donde conocí a la primera negrita jamaicana. [Descarto la atipicidad de mi encuentro platónico con Elma en Madrid, que, por tratarse del verano de 1964 técnicamente seguiría a éste de Canadá.

Precisamente por la irrelevancia de su acomodo en la secuencia cronológica de estos años, otorgo a Linda (pues así se llamaba la amiga a quien Jean invitó para que yo conociese) la denominación de ‘primera’ jamaicana]. Nada más presentarnos Jean a Linda y a mí nos advino esa innominada sutura de empatía que es siempre el principio de todo, aunque pueda ser también, siempre, el final de nada. En casa de Jean había un piano y alguien lo percutía con la consiguiente convocatoria que ese instrumento abierto y vivo ejerce sobre los circundantes. Linda hacía con justeza honor a su nombre, y mi cosmovisión estética se apresuraba a establecer categorías, a dirimir diferencias, a sentar postulados con los cuales orientarme en la eterna procelosidad femenina. Con un vaso de ‘punch’ en la mano, una canción en la boca y 27 años ni deudores ni temerosos, no había más que dejar que las cosas jugasen sus propias bazas. Linda, 21 años, me miraba absorta: Mi forma de hablar, mi rango profesional, mi propensión al canturreo lírico..., parecieron serle la primera de las epifanías que recibió fuera de su Jamaica y de un español para más señas. Estuvo una sola vez en mi apartamento y los dos fuimos conscientes de que nuestro cuerpo a cuerpo de intimidad transcendida tenía mucho de inevitable agradecimiento al azar de que Jean nos hubiera presentado...

Pero la maquinación organizativa de Lorenzo Gironés se había puesto en marcha. Lo que más me instaba a aceptar su amistad y su asistencia sin remilgos ni reservas era la constatación de que lo hacía pura y directamente “ex abundantia cordis”. Lorenzo veía en mí la verdadera encarnación, en joven, de los valores menos discutibles y más palmarios del temperamento español, “de España”, de la Península Ibérica, para entendernos. Probablemente el otro racial español en London de más quilates fuese Luis Lozano, pero su larguísima estancia fuera de España apenas encontraba un remedo compensatorio en la proclividad que le urgía a todas horas de acabar hablando de nuestra Guerra Civil, que él –aunque no más que yo– había perdido también. Así, para Lorenzo yo representaba una fraternidad mayor y una buena atalaya desde la que él se asomaba a la

idiosincrasia hispánica castellana y que, faltando su padre, acaso era su gran asignatura desconocida y pendiente. Un día me vino y me dijo que su chica y él habían invitado a una amiga, Betty, para conocerme. Huelga puntualizar que London, a pesar de ser (en magnitud acaso emparejable con Hamilton-Burlington) la tercera ciudad de Ontario, después de Toronto y de la capital federal, Ottawa, también *en* Ontario, no despegaba de los condicionamientos provincianos típicos que los usos y costumbres de sus habitantes se encargaban de santificar todavía más concienzudamente. En cuanto a maneras o formas de comportamiento propiamente dichas... pues, un remedo de las británicas y de las de U.S.A. Desde el viernes por la tarde hasta el momento de levantarse para regresar al trabajo el lunes por la mañana, el súbdito administrado encontraba todas las bendiciones del mundo para zambullirse en la consabida rutina del alcohol y del gedeonismo dentro del encofrado de los inevitables “parties”. Una fórmula menos obvia y más refinada de cumplimentar una cita era la de ir a un “pub” a tomar unas cervezas, seguido del restaurante socialmente acreditado. En todo ello había escollos preconcebidos y se le ofrecía a uno un buen campo donde esmerarse y mejorar la autoridad preestablecida. Había, sobre todo, un restaurante, “L'Iroquois” en el mismo “downtown” [imposible precisar la localización exacta de calles por falta de algo tan socorrido y gratificante como alguna factura de las muchas que pagué] que era para la gente de London, quiero decir, de la sociedad medio-alta pudiente, el non plus de lo “chic”, y para mí, por el contrario, la meca “horteril”, el símbolo del “quiero y no puedo” del provincianismo..., de quien ni es británico de pro de Gran Bretaña, ni es tampoco ciudadano del todopoderoso vecino. Uno de los factores más irritantes de este sitio era lo menguado y canijo de las mesas, sobre todo cuando eran para dos: Mueblecitos de medio metro cuadrado escaso, llenos, esos sí, de cacharritos impertinentes que hacían destacar todavía más aún la carencia de espacio. Había que ponerse serio con la zalamería mercenaria y en serie de los “maîtres” cuando le recomendaban a uno sentarse en una mesita bi-plaza liliputiense, codo con codo, espalda con espalda, a uno y otro lado,

con otras parejas; había que ponerse serio y reclamar otra mesa, acompañado todo de alguna expresión en castellano que no entendieran, y un como galano y “nonchalant” además de marcharse. Con el tiempo, fui descubriendo algún restaurante por las carreteras fuera ya del casco urbano. Descubrir que las botellas menos caras de vino tinto Chianti, Beaujolais, y Macon las servían a 4.00\$ en tal y tal sitio constituía una satisfacción señalada. Por la ruta hacia Lambeth recuerdo que había uno que llegó a ser normalmente el punto obligado de mis peregrinaciones. En cuanto a la comida, lo más emblemático y establecido era pedir un “T-bone steak”, o sea, un pedazo de carne con el hueso en forma de T, y para el tipo de ocasión y de amistades que ahora nos ocupan, cerveza de bebida podía servir perfectamente.

En esta primera invitación Betty, por exigencias del protocolo, no quiso venirse a mi piso, alegando no sé qué excusa de tipo femenino, aunque, para no desanimarme, me dijo que ella, encontrándose en su forma normal, hacía *eso* “just like that”, y ejecutaba una pirueta con la mano y un conato de chasquido con los dedos. Dos veces más salí con ella, ya solos, y efectivamente accedí a recorrer conmigo los tramos obligados en el camino de la intimidad. La recuerdo algo violenta, algo programada, como alguien incapaz de llegar al punto que fuere sin haber pasado antes por los inevitables puntos que también fueren. En estas sociedades la premisa ineludible para dejar sueltas las amarras del sexo suele ser el alcohol. Respecto de una mujer, no tengo nada que objetar, allá ella. Respecto de mí, tengo muy presente desde mi mocedad el brocardo shakespeariano de que el vino “provokes the desire, but takes away the performance”; y así, he sentido como mucho más enardeciente y provocador el hallazgo de temas en que las palabras fueran armas cargadas de cósmica intencionalidad, en las que el juego sexo/amor - amor/sexo (que tanto monta) fueran esperadas y deseadas consecuencias tan sólo. Claro que Betty no era un dechado de sutileza ni de filigrana: Era una chica morena, joven, entera, enérgica y guapa que, muy de acuerdo con las premisas de su formación, necesitaba del rodaje previo de los traguitos. Había estado en Mallorca, según me dijo, pero lo que no me

dijo nunca fue el puesto que me otorgaba en su clasificación del hombre español...

Al contarle a Lorenzo el resultado de mis citas con Betty, me dijo que estaba bien... pero que me olvidara, porque tenía para mí chicas mejores que presentarme... que Betty era una loca, y que no me convenía... Muchas veces en tiempos posteriores he traído a la conciencia mía aquel aspecto tan portentosamente operativo de Lorenzo, de no mirar hacia atrás nunca, de no conocer resentimiento alguno, sino de proyectarse desde cada una de las peripecias pasadas hacia la de delante, sin rencor ni mortificación: Siempre le recordaré con su inglés impecable de sintaxis y formación de palabras, pero con el corte especioso y cortante de aquello que se ha acomodado sobre el bastidor de un discurso previo, de una concepción lingüística anterior. Aquello, lo de Lorenzo, sí que podía considerarse como, 'inglés con acento', de los más atractivos y reveladores que yo haya conocido jamás. Bien: Si Betty era una loca y no me convenía, preguntarle a Lorenzo por qué a un buen amigo como yo (y en cierto modo, hermano 'senior' y protector) le presentaba y propiciaba amistades... no cuerdas e inconvenientes, está claro que además de superfluo hubiera sido impertinente.

Otro día me anuncia que su amiga... [acabo de acordarme que se llamaba Amanda] Mandy, Mandita, y él han concertado una cita para mí con una chica preciosa..., que me pasarán a recoger, etc., etc. [Otro inciso: Lorenzo, como estudiante, vivía como se esperaba de él: Con una beca o ayuda, o simplemente préstamo del Gobierno canadiense, del tipo que fuere, probablemente de esos a muchísimos años, sin intereses, una vez calibrados y sopesados los riesgos de tal o cual inversión del país en tal o cual persona. Lorenzo cubría con creces las garantías que en aquel momento dado el Gobierno de la Provincia de Ontario, supongo (Canadá era y sigue siendo una Federación de diez Provincias y dos Territorios), exigiese a los beneficiarios de sus préstamos. Además, a salto de mata, hacía algún trabajo 'part-time', cuya naturaleza no puedo precisar. Alguna vez hasta le pudimos ver con algún coche de esos que se compraban por 100\$ y se vendían por

75\$ considerando el escalón de los 25\$ como compensación de uso y disfrute]. Como antes esbocé, Lorenzo era listo, vivo, con un sentido ‘alocado’ de la proporción; una intuición guardiana de sus menesteres. Con estos pertrechos de su personalidad se daba maña a sostener conmigo esa amistad en que ninguno pudiéramos sentirnos ni aprovechante ni aprovechado. Es obvio que por el hecho de disponer yo de un sueldo decentillo a mis 27 años, se esperaba con toda deportividad que fuese yo el que hiciera frente al detalle de los gastos de diversión. A mí me agradaba y entre nosotros imperaba el ‘fair play’...

Nos habíamos quedado en que... ¡ah, sí!.. mi nueva cita se trataba de una clarita, tirando a rubia, alta, espigada, proporcionada y, como aquí se diría, muy, muy, o al menos, bastante “good looking”, de nombre Patricia Mac Nelly. El programa que me habían preparado fue ir al cine (?), sí, así como lo digo, ir al cine en razón del interés que supuestamente había manifestado Patricia por ver... ¡una película! Según Lorenzo, “se” habían confundido (desvaneciendo a propósito el sujeto o titularidad de la autoría) y nos habíamos metido en la “wrong film”, una sandez mayúscula de consumo U.S.A. ¿Se imagina el lector mi papel? Durante la proyección, y por puro divertimento de medios y fines, por puro juego diletante de psicólogo adivino en agraz, anduve tomándole la mano a Patricia, la cual ora se liberaba de mi no solicitada aprehensión, ora se uncía nuevamente a mi captura, al tiempo que yo sentía exacerbarse mi frustración por reírse ella ante esas secuencias para descerebrados orates, memos de profesión, que la película propiciaba. Y tal fue la reacción final de Lorenzo, en una de sus típicas manifestaciones que aunaba felizmente la inculpación por el disparate perpetrado, y la exculpación por obra y gracia de esa cosmovisión suya que no le permitía recriminaciones a pitón pasado, ni bobadas introspectivas. ¡Tremendo Lorenzo, más cuanto más lo recuerdo y lo pienso! “Hemos venido a ver..., ‘the wrong film’...” ¡y tan contentos todos! Yo no quería irme de vacío; cada cual, ya se sabe, hace lo que puede, y ante tan singular torpeza, ante tan abultado absurdo... me esforcé por acrecentar mis recursos sublimadores..., y

ante aquel diamante en bruto de Patricia, lejana, como una galaxia de otra, para cualquier hipotético asalto mío a su intimidad..., me esmeré por poner en marcha mis artilugios líricos compensadores... El resultado, qué remedio, fue el “Poema imposible” aparecido en *Aldonza 4* (febrero 1965):

### **Poema Imposible**

De lo que pudo ser y se nos ha quedado  
entre rechinamientos de seda atesorada  
y entre un exorbitante repuesto de perfume  
para ahuyentar, digamos, los gérmenes del beso;  
y también de una extraña tristeza alegre y hasta casi  
alegría trístísima de haber perdido el rumbo  
en el mejor velero de nuestra alma, etcétera,  
voy a escribirte un poema y pienso  
en tí –no faltaría más– y hasta en una como  
inacabable historia del absurdo.  
Verás, los hombres cantan al árbol florecido,  
a una amarga sonrisa, a una penumbra  
inútil pero entera. Cantamos porque sí,  
con tal que haya un hervor de ser que nos soporte.  
Pero cantar de lo que pudo brotar y se nos ha negado  
en tu huida y mi esfuerzo por asirlo,  
me suena a cosa muerta en mi catálogo,  
me lleva a tí por el camino indesandable,  
me duele como nunca me dolieron  
ni el alba ni los hoyos de los dientes postizos.  
Si bien, no importa, no. Hemos podido  
saber que nuestros labios no se hundan  
hasta la misma grieta para decir ‘adiós’ o ‘estoy cansada’;  
que al repasar tu mano  
ahormándola a mi amor insobornable  
tú soñabas con lilas estrenadas y mis dedos  
soñaban con un puente levadizo.  
No importa que me digas ‘me voy, quizás mañana

me encontraré mejor y desde entonces  
quiero pensar en tí al acostarme'.  
La siembra por tu tacto donde estaban  
mis rosas esperándote;  
tu adiós imperativo –¡oh, Kant!– donde mi alma  
florecía sin fin hacia adelante.  
No importa nada, no, pues yo te busco  
más allá de las cosas, en la amorosa frente,  
en la guía oficial del estudiante  
donde marco con lápiz encarnado  
el nombre con que ahora te recuerdo  
en tu ternura última;  
te busco y te atesoro con la línea  
que me habla de tí en doce palabras,  
incluido el teléfono y la calle  
que te ve amanecer cuando la dejas.  
Aunque repitas ya que inútilmente  
intentara encontrar entre tus voces  
la que sonara a mía en tu silencio,  
no es posible que duela, no, porque me queda  
tu polvo de vilano entre los dedos  
cuando te marchas tú y me pesa tu alma.  
Te he querido –quizá, también– cuando el regusto  
del vaso me recuerda que te has ido;  
que tu pura presencia ha sido eso:  
Como un aroma falso de estériles palabras.

Es curioso: A veces los detalles personales y simplones de los poetas ilustran el quehacer correspondiente, y al comprobar ahora el poema, reparo en que tiene al final la fecha de 28 de marzo 1964; así que infiero con fundada certeza que nuestra cita debió de celebrarse inmediatamente (quiero decir, sólo algunos días...) antes. Le informé a Lorenzo del único botín que me había deparado mi encuentro con miss Mac Nelly, dejándole ver en mi despacho el número de nuestra revista con el poema en cuestión. Yo sabía que tales cosas para

alguien privado de todo lo que no sea uso instrumental de la lengua madre..., yo había constatado que Lorenzo veía en mí al más cualificado representante de su lengua materna, de la cultura que a él la dinámica de su propio sino le impidió conocer más de cerca... Pero lo que no sabía, lo que no podía sospechar es que un día, pasado cierto tiempo, se dejó caer con Patricia por Middlesex College y, llegados a mi despacho, sin más preámbulo echó mano de la revista que reposaba en un sitio concreto del estante, y conforme la desdoblaba por la página donde estaba mi poema, daba de mandobles al papel y señalaba acuciantemente al poema, le decía a Patricia en inglés el equivalente de: “¿Ves, qué tipo de amigos tengo? ¿Te enteras, de lo que son capaces de hacer mis amigos por tí...?”, con gestos y ademanes en los que se confundían reproches a la supuesta ‘indignidad’ de Patricia y, *sensu contrario*, alabanzas a mi hombría de bien, a la exaltación munificente de mi conducta por haber dedicado a Patricia el poema de marras. Ésta, la más telúrica de todos, con esa cara rebotante de bobería aséptica, paseando con la boca una semiapertura de un lado a otro como en busca de alguna señal que sancionase la razón de su gesto y de su estado de ánimo..., dijo por todo comentario: “What does it [the poem] say?”... “¡Hhhuuyyyy... –torcí yo con una mueca– eso sí que es difícil de explicar!”. No volví a saber nunca más de aquella tan sin substancia y preciosa criatura.

Inasequible al desaliento, Lorenzo me había colocado en la vanguardia de todas sus escaramuzas: Yo le apreciaba y le temía pero no encontraba mejor medicina que la de dejarme llevar..., era lo menos malo, tener confianza en el azar generoso. Un día, en pleno Campus, y mientras merodeábamos por el césped de la cancha de fútbol, una chica joven, enarcada, de porte acicalado y compensado, atractivamente buido... se acercó a nosotros dos...

– Sandy –le dijo Lorenzo– éste es Tomás del que te he hablado. A pocos metros de allí correteaban dos niños, mejor, niño y niña, dos, tres años cada uno, que al ver a Sandra (nombre entero de nuestra amiga) hablar con nosotros se arrimaron también. Eran los dos hijos, “s (/c/) ipotillos” [chaveas] de Sandra, en terminología tan

expresivamente criolla de Lorenzo.

Sandra correspondía a la típica chica joven, matrimoniada joven, madre joven... y que todavía siendo joven había visto hundirse el maderazo de su propuesta aventura de pareja. Los hijos eran de su 'ex' o aún 'papelísticamente' marido (¿qué demonios se me daba a mí?), "loco perdido" según la documentación de apoyo y de urgencia que me prestaba Lorenzo, y que sin embargo parecía seguir dispensando a Sandra su apellido Sachs, de extracción checo-alemana o engendro parecido. Yo supongo que a Sandra no le gusté ni menos ni más de lo que gusté y podría haber gustado a tanta periquita como se ha cruzado en mi estela. Pero al percatarse de que ella sí me había calado, supongo que por un puro resorte femenino valoró al alza mis acciones. Ella tenía 24 años, recuerdo muy bien habérselo preguntado, y yo 27 ya. Ella no tenía ahora mucho que perder y conmigo algo tendría que ganar... Suposiciones arriba o abajo, lo que Sandra no sospechaba es que somos muchos los hombres a los que defiende y protege la propia dinámica inherente en las cosas. Nos dejamos la piel y la visceración más delicada en las batallas emotivas, pero nuestro yo, como un todo, sale triunfante. Somos de *todas* porque no podemos ser de ninguna en particular, excepto en esa particularidad sucesiva, monocorde, intensa y pura... que es precisamente lo que no suele encajar con las mujeres. Sandra desconocía que yo estaba protegido por el orden natural de las cosas y, como cada uno de nosotros, quería ella jugar sus bazas... Sandra estudiaba en la U.W.O. y estaba acabando alguna sandez glorificada de esas, como Sociología, etc. Los niños solían estar con los padres de ella, que vivían en Waterloo, y Sandra disponía de un piso en London, mitad compartido con, mitad cedido por, el 'fully crazy' de su marido, piso al que yo nunca, ni siquiera, hice intención de acceder...

Lorenzo mostraba su satisfacción al ver mi creciente grado de incumbencia y despliegue de atenciones hacia Sandra. Creo que fue en la Commissioners Road, en dirección Oeste, donde descubrí una granja floristería, o sea, un sitio donde tenían invernadero y vendían sus propios productos, y cuyos responsables [si aún viven y aunque

hayan transcurrido hasta este momento en que esto escribo, más de treinta años] espero que no me hayan olvidado. Esta buena gente se encargaban de enviar los ramos, cuya confección yo previamente instruía, y los mensajes que los acompañaban. Toda la fraseología amorosa, con ese toque distorsionante del que pone en otro idioma construcciones acuñadas del suyo, se lo hacía llegar a Sandra. La escribí cosas como ésta: “With love there is no room for oblivion = Con amor no hay espacio para el olvido”. Supongo que a Sandra, que tenía que velar por la providencia de sus dos hijos, y por el rumbo que tomara su relación o des-relación con su exmarido, esas monsergas de supurante emocionalidad le debían sonar... ¡a yo qué sé! Pero sí sé que quedaba aturdidamente complacida. Cualquier concomitancia *estrecha* con ella hubiera sido signo inequívoco de que se interpretaban como acciones tendentes hacia el casorio, y sólo de pensarlo, a mí me daba vueltas incontroladas la cosmovisión y se me arrugaba el espíritu.

“Lo mío” con Sandra venía ocurriendo a partir del tercer trimestre de mi primer curso en U.W.O., concretamente un mes o dos antes de venirme a Europa [por cierto que aquel verano de 1964, entre otras cosas, lo enaltecí con mi viaje a Islandia], y para instruir una valoración siquiera aproximada de la consideración que los dueños de las flores me dispensaban, baste decir que fue el señor quien me sugirió que podía yo escribirles un aerograma –quiero decir, uno o tantos como juzgare pertinentes– desde España con las especificaciones florales para Sandra; y que al regresar yo a London en septiembre ya arreglaríamos cuentas. Es verdad que en aquellos tiempos se podía contar con la alianza segura del correo: Una carta desde Alcalá de Henares o desde Madrid tardaba cuatro días de inexorable regularidad en llegar a London, Western Ontario, ¡y viceversa! De todas formas el detalle de estos floricultores no dejó de halagarme sobremanera. No recuerdo si llegué a aprovecharme del tan estupendo y tan poco ordinario crédito que ponían a mi disposición. En cualquier caso, el gasto que les hacía ya en London con los envíos de flores cada vez más ambiciosos y compendiadores a Sandra, les marcaba las líneas paradigmáticas del cliente ideal.

Para entonces ya había yo asumido los primeros envites, las primeras vibraciones poéticas que Sandra me emitía, y puesto que el poema, soneto, “Amor venidero”, para S. S., apareció en *Rocamador*, en su nº 35, de noviembre 1964, quiere decirse que muy probablemente lo escribiera en aquella fase de estrenada efervescencia anterior al verano de 1964. El soneto, pleno de motivos reconocibles y patentísimos, decía así:

### **Amor venidero**

Para S. S.

Un bullicio de rosas me ha nacido  
enamorado por el pecho.  
Me están creciendo rosas en el trecho  
que va de mi memoria hasta tu olvido.

Por el haz y el envés de mi sentido,  
por la apacible sombra de tu lecho  
me llena ahora de alma por el pecho  
un rosal milagroso y florecido.

En la espina, en mi herida, en tu mirada,  
en el beso que da una madrugada  
me van brotando desde siempre cosas.

Pedazos de tu nombre, levedades  
que son como el dolor de las verdades  
con que me dueles tú desde las rosas.

Un día concertamos una cena en “L'Iroquois” Lorenzo, su novia Mandy ‘Mandita’, y un par de amigos de Lorenzo, algo impertinentes e inevitablemente predecibles. Se trataba de que yo acudiese con Sandra, y así fue. No olvidaré que el más guaperas de los dos amigos de Lorenzo, al tiempo que Sandra se sentaba y dejaba asomar el borde de una pieza de ropa interior que aquí entenderíamos por ‘combinación’ o ‘enagua’, y allí por ‘petticoat’ o simplemente ‘slip’, no olvidaré, digo, que con una mezcla de espontánea irreverencia y

gusto dudoso, le señaló a Sandra dicho borde que en aquel momento sobresalía unos milímetros por debajo del vestido, simultaneándolo con la acción de dar unos tironcitos de él para enfatizar aún más el impacto positivo que su indumentaria femenina había hecho en los varones. Un europeo pronto se acostumbra al atuendo “casual”, desinhibido y deportivo de la universitaria norteamericana, y más pronto o más tarde descubre que cuando una mujer se pone alguna prenda de lencería, por poco presuntuosa, por simple que sea, está lanzando sus ondas en cierta dirección y quiere que alguien las reciba. Con o sin ropa interior intencionada, Sandra la verdad es que estaba atractiva en extremo: El deterioro de sus dos partos quedaba contraprestado por la articulación compensada y eurítmica de su chasis. Ya nos habíamos besado, y yo percibí a las claras que mi botín no podría fundamentarse en ningún avance más allá de los besos... Lo sabía y lo acepté. A fin de cuentas, ‘the market’ no escaseaba y cada cual debía estar en posesión de las reglas del juego.

Pasó algún tiempo. Hacía frío, había caído ya cantidad abrumadora de nieve... y por mecanismos cuyas interioridades no acierto ahora a componer, supe que Sandra se había ido a Waterloo, a unos 100 kilómetros ligeramente al NE, como creo haber dicho. Me constaba que ella sabía que yo estaba en disposición de ir a verla y, así, me dí maña en combinar la sorpresa que acarrearía mi presentarme allí con el pequeño riesgo calculado de que pudiese no estar en el momento de mi llegada. Por Sandra sabía la dirección de la casa de sus padres, donde ella se alojaba. Me abrió la puerta su madre que ya debía de estar en antecedentes, porque casi ni tuve que identificarme. Con una sonrisa cómplice, como de asentimiento fatalista y dulce, pasó a llamar a su hija. Sandra apareció, bien lo recuerdo, con falda y arrebuja en un jersey de lana, color gris ceniza claro, moteado de negro, muy íntima, muy recatada, muy turbadora. Me preguntó allí, delante de su madre, “Do you wish to talk to me in private?” [¿Quieres hablarme a solas?] y mi alma lo entendió como la mejor transacción de entendimiento y reciprocidad que en aquellos momentos pudiera Sandra dispensarme. Me condujo a *su* cuarto y

nada más entrar y cerrar la puerta, sin mediar palabra, comenzamos a besarnos, nos estuvimos besando todo el tiempo que duró mi visita. Por mi parte fue un beso continuado, larguísimo, agónico, último. Antes de irme, le pedí que me pusiera a los pies de su madre. A los pocos días llegaba el periodo de vacación navideña, con la consiguiente dispersión de gente y de quehaceres. No creo que volviera a encontrarme nunca más con Sandra. Sólo puedo certificar ahora, aquí, con los documentos al lado, que en *Aldonza 9*, julio 1965, apareció otro poema, esta vez “Amor, acaso” para S. S.:

### **Amor, acaso**

Entonces, ¿es verdad que tú soportas  
la luz que a veces muerde, de pronto, mi colmena;  
y la huida también, la mínima pasada,  
esa voz y ese voto de la mujer que amamos  
adonde nada llega, ni el amor ni la frente?  
La hiel y el arrebato, la caricia  
de tus dedos con huella enamorada...  
– a ver si ella es el alba, el fruto pleno,  
por lo menos raíz para el presente,  
ternura y soledad de mi pretérito,  
futuro amamantado en su esperanza.  
Pero nadie te espera ante el milagro  
ni a la orilla temprana de palabras:  
rodillas, senos y hombros, transparencia  
de dedos y de labios, de enramadas,  
aves asustadizas, temor puro.  
¿Te amenaza la sombra del recuerdo  
o lo que bate tu alma son palomas,  
plumón insinuante, tempestades  
calmadas al azul de nueva aurora,  
el ya templado vaho de algún perdido beso?  
Y el carmín de los días, ¿te acompaña?

Canadá 1964

La vida seguía, y entre los asuntos de orden doméstico (o social, según se mire) que había que cumplimentar estaba el de renovar o, quizá mejor, convalidar mi permiso de conducir español por el definitivo canadiense, para lo cual había que superar las correspondientes pruebas, tanto teóricas como prácticas. Mi rodaje venía avalado por la experiencia anterior de mis Biscúter y Seat 600 en España; Opel Kapitan, Volkswagen y Saab en diversos países de Europa, con el valor añadido a mi *curriculum* de haber conducido por la izquierda en Suecia y en Islandia. El examen de aptitud física y el teórico los superé a la primera: Eran entretenidos y bonitos: El primero se componía de un conjunto de pruebas ópticas, gráficos que había que interpretar, etc. El teórico consistía en señalar, de entre cuatro, la respuesta correcta en cada una de las varias preguntas. El examen práctico, sin embargo, lo repetí dos veces, y lo pasé a la tercera. Se lo tomaban muy en serio los de Tráfico, y en el primer intento se metieron conmigo en el coche dos oficiales: Uno de ellos iba dándome las instrucciones de lo que debía hacer: Siga hacia adelante, tuerza a la izquierda, estacione aquí, allá, “try again”, “pull ahead...”, “make a left turn at the next crossing”... La primera vez me tumbaron porque, según ellos, al doblar a la izquierda y entrar en una carretera de dos carriles me había ido demasiado bruscamente al carril de la derecha, y no, como dice el Código, primero al carril pegado a la mediana, y una vez que se ha comprobado que el tráfico lo permite, proceder con cuidado al carril de la derecha... La segunda vez, ya con un solo policía dentro del coche, porque vacilé en la luz ámbar de un semáforo, y decidí continuar, cuando lo correcto hubiera sido frenar... Por supuesto que a los reproches técnicos que le espetaban a uno los examinadores, uno se intentaba justificar con respuestas tan inoperantes y simples como... ¡“pues yo llevo conduciendo tantos y cuantos años y no he tenido nunca un accidente... bla, bla, bla...”! que podía ser verdad, a lo que ellos respondían (¡mayor verdad aún!)... que acaso la ausencia de accidentes se debiera más a la pericia de los demás en evitarlos que a mi maestría en la ejecución de la maniobra que fuere. “Drive the defensive way” era una de las máximas con que,

con más profusión y regularidad, bombardeaban los medios de comunicación. Creo que no les faltaba razón a mis examinadores, los cuales, en honor a la verdad, en todo momento reconocieron mi solvencia general y mi buen rodaje en materias de conducir un vehículo mecánico.

Lo formativo, empero, de estas experiencias era comprobar la autonomía que cada estamento social desplegaba en el desarrollo y buena marcha de la comunidad. Los policías en el ejercicio de su cometido los sentía yo como seres investidos de libérrimo criterio para discernir sobre el asunto de su competencia: O sea, sobre quién podía y quién no podía recibir un permiso para conducir vehículos de tal o cual característica en Ontario, Canadá. Eso es algo que al meridional europeo le ha chocado; hablo de él, quien sea; de él, de nosotros, tan acomodados a la corruptela de los vasos comunicantes en cuestiones en que no hay nada que comunicar; algo así como la facultad de que alguien pudiera transvasar parte de su excelencia, digamos, como coronel de artillería o como Cardenal Primado, a su incompetencia en el campo de conducir automóviles, también por ejemplo, y con la holgura de la una pretendiera suplir la estrechez de la otra. En cosas así no hay módulo de civilización que, como el anglosajón, mejor redondee el acervo formativo de un meridional. Aquél, el anglosajón, quiere contar con límites y dimensiones, aristas y referencias claras y distintas; y cuando no dispone de ellas se abstiene en su ejecución; éste, el meridional, concibe y articula su obrar en razón de una maraña de factores superpuestos, imbricados, inconcretos, con los cuales y en función de los cuales actúa de la forma embrollada que hemos intentado ilustrar con el símil de la pretensión de transvases de competencias desde el arma de artillería o desde el Principado de la Iglesia a la habilidad de conducir automóviles, etc., etc. Sin los cuales factores el meridional no puede dar un paso, no ve claro, no se sostiene, no es capaz de crear su propia fundamentación operativa y previa. Esta reflexión volandera y un tanto adventicia, propiciada en cada caso por una suerte variada de manifestaciones, se me patentizó desde mi primera toma de contacto, allá en el año de 1953, con “lo

inglés” del Reino Unido.

Conseguí mi carnet de conducir canadiense y he de señalar aquí que en Norteamérica este documento es, excluido el valor internacional del pasaporte, el que más validez y fehcencia comporta como testimonio identificativo nacional. Es asimismo oportuno recordar que entre U.S.A y Canadá la tarjeta o “certificado de ciudadanía” [como un D.N.I. nuestro] bastaba para ir de un país a otro, y los controles fronterizos eran de puro trámite.

Por aquellos años, y exactamente a partir de mi independencia económica, comenzó a espolarme el deseo de materializar mi proyectado viaje a través de la ruta Tanezrouft que hiende el Sahara argelino por su parte más retadora y penitencial. En esto de los viajes, el juego de motivaciones y compulsiones, así como de desalientos y abandonos, pasa por muy distintas fraguas de cocción y posteriores procesos de enfriamiento. Contando como podía contar yo con los veranos completos para sostener y ampliar mis actividades investigadoras en el campo humanístico que fuere, podía distraer mi sueldo completo de dichos meses de verano [administración y ahorro forzoso ya que en M.S.U. me dieron opción a que mi salario anual lo cobrara en nueve mensualidades] puesto que aún *mi casa* de España era propiamente la casa de mis padres. Con tiempo, con dinero, con ganas, y con menos de treinta años conozco pocas empresas que hayan echado para atrás a alguien saludable. El detalle de que no podía darse mayor contraindicación entre la única época de que yo disponía para viajar con holgura, el verano, y la zona del globo programada, no constituía suficiente disuasión. [Me adelanto a decir que aquel viaje tardaría cinco años más en llevarse a término]. La plataforma aséptica de Canadá se prestaba ahora para el comienzo de ebullición de algunos factores del viaje. La fascinación que yo tributaba al desierto venía muy de antiguo, desde la época en que, aún chaval, leí *L'Atlantide*, la célebre novela de aventuras de Pierre Benoit. La probabilidad de encontrarme con Antinea y de departir con los literaturizados y aguerridos tuaregs, aunque inexistente en la realidad, era lo más vivo y acuciante que podía espoliar la conciencia mía. El

mito, ya se sabe, es el afrodisíaco de la voluntad. En la viñeta correspondiente a este viaje y a sus encuentros profundos, se insistirá sobre el tema [así como algo hemos hablado de todo esto en el capítulo “Rakel” del primer volumen]. Basten ahora unos trazos orientadores...

Contaba yo con un buen amigo de andanzas, Luis Gallo, “Gallito” en adelante, paisano mío que, a la sazón, seguía trabajando en Alemania, y con quien el verano de 1962 había hecho una excursión a los países nórdicos, conduciendo un espacioso y bravo Opel Kapitan, modelo de los cincuenta. Había conseguido yo ganar para mi causa “africana” a Gallito, y nuestra comunicación sobre el particular continuaba fluida, versando siempre sobre el posible tipo de vehículo que pudiera llevarnos a través del Tanezrouft. En una de sus cartas me informaba, entre otros aspectos más vivenciales e irrepetibles, de dos cuestiones: Una que había dado un repaso general al coche Citroen ‘Tiburón’ que tenía entonces; y que había descubierto, después de la factura de 1.000 DM [20.000 pts.], que aquella gente lo único que hacía era cambiar las piezas gastadas o defectuosas por las correspondientes nuevas, sin pensar ni de lejos en meterse en rectificaciones, arreglos o reparaciones; y otra, que los mismos mecánicos que le habían dejado nuevo el ‘Tiburón’ le desaconsejaban pensar ni siquiera en acometer un viaje a Africa con un coche así. Lo significativo de todo esto es que el espíritu de viaje estaba en movimiento, y lo que menos importaba era la sucesión de valoraciones y factores inevitablemente inútiles e inoperantes las más de las veces. El pretendido viaje proyectaba atravesar toda la parte occidental de Africa, desde Ceuta hasta donde diese de sí nuestra ‘bravura’. El hecho de que mis amigos Rakel Wähl, la finlandesa, y su marido Albert Szabó se hallasen trabajando en Ghana [véase, vuelvo a rogar, el capítulo/viñeta “Rakel” del primer volumen] nos prestó el cierre ideal a nuestras motivaciones. Se trataba, por encima de todo, de mantener operativo y con vida ese ‘afrodisíaco de la voluntad’, a costa de lo que fuere, ya que en este tipo de empresas lo que suele uno encontrar de los demás son causas de desánimos, consideraciones

ramplonas, por envidia de que alguno de nosotros pueda dar cima a lo que ellos también han aspirado, pero que por falta de decisión, de cojones, sólo ha sido en sus existencias mostrencas una buena coartada para estar de continuo “bla, bla, bla...” ... Ya creo haber dicho que nuestro viaje se consumó en 1969, es decir, cinco años después de los sucesos que estoy relatando. Únicamente, sí creo oportuno consignar aquí que, con el fin de que no decayera mi autosugestión, en un viaje que hice a Toronto hasta tuve la peregrina ocurrencia, entre forzada y con un convencimiento metido con calzador, de acercarme al Consulado francés y solicitar visados de Malí, Níger, y no sé si también del Alto Volta, territorios por donde *necesariamente* tendríamos que pasar, vía superficie, para llegar a Ghana, y cuyos intereses [en medida que no puedo precisar] estaban representados por Francia, como potencia colonizadora que de ellos había sido. Con esa maniobra justifiqué dentro de mi conciencia la complicidad que el asunto del viaje me seguía exigiendo. Y para rematar este pequeño muestrario de visitas “de tema o razón de Estado” un día, con Luis Lozano, y una vez en Ottawa (donde Luis tenía a toda su familia) fuimos a saludar a don Francisco Javier Conde García, preclaro catedrático de Derecho Político que había tenido yo en los años 1953 - 1955 en la Universidad de Madrid, y a la sazón Embajador de España en Canadá. No defraudó tal visita a las expectativas que sobre dicha personalidad había yo anticipado. Le estoy viendo: De unos 55 años entonces, la mirada que nacía en su buido continente se le antojaba a uno empapada en doctrina sabia y terminativa. Serio, no adusto. Ajustado de verbo, no seco. Embajador, no funcionario. Pude perfectamente soldar los dos únicos cabos que, anclados en mi incumbencia, del *curriculum* de nuestro hombre me eran ciertos: El de las contadas clases que, en su calidad de catedrático de Derecho Político le presencié y escuché en las fechas ya señaladas; y nuestra visita estos diez años más tarde. De todo ello resultaba un personaje de primerísimo calibre, independientemente de modas o de ideologías.

Pero los asuntos diarios continuaban empujando y había que atenderlos con instrumentaciones no tan solemnes como la de hacer

una visita a todo un Excelentísimo Señor Embajador de España en Canadá. Con el fin de organizarme la memoria respecto del mujerío que me acompañó en aquellos mis dos primeros años canadienses transcurridos en la Universidad de Ontario Occidental [traducción premiosa que acabo de producir para University of Western Ontario, o simplemente U.W.O.], se me ocurre proceder con arreglo a ciertas divisiones organizativas, aun a pesar de los grandes márgenes de flexibilidad que pudieran admitir: Caribeñas; elemento hispánico; enfermeras; chicas universitarias de mis clases; todo lo demás...

El capítulo de caribeñas, exceptuando mi temprano encuentro con Linda, la amiga de Jean Cross Newman, vino a estar protagonizado prácticamente en exclusiva por Grace, una casi negraza de Trinidad, vocinglera, simpática y exuberante. Nos conocimos en una fiesta “party”, de fin de semana, en casa de alguien cuya identidad se me ha escamoteado ahora. La mecánica de tales reuniones consistía en el consabido engendro de tías locas por allí, y de tíos cuyos ardores y cuya rijosidad iban en inexorable disminución a medida que el alcohol les empapaba. Nunca olvidaré a un sujeto gracioso y cordial en extremo, creo que anteriormente marino de profesión, y que lo único que sabía de español era el estribillo ése de “ay, piconero, como el picón / por tu *curpa*, *curpita* yo tengo / negro, negrito, mi corazón”. Nada más fácil para mí que propiciar su menguado patrimonio de cultura hispánica, entonándole tantas veces como hiciera falta (¡que fueron muchas!) el broche de tan racial tonadilla. Lo grande es que el hombre se sentía henchido de beneplácito, y recuerdo que era bajo el quicio de una puerta a donde me solía arrastrar, y, con voz cada vez más casajosa por el efecto espirituoso, canturrearme beodamente el final de la susodicha coplilla. A Grace le hice ‘gracia’ (valga el inocente retruécano) nada más vernos. Tenía un busto generoso, era más bien grandona, y flexionaba ligerísimamente hacia dentro las rodillas al andar, imprimiendo dicha particularidad a su físico un factor de espontánea provocación. Era de Port of Spain, y apoyatura tan endeble como ésa de que ella fuese oriunda de un “puerto de mi madre patria” era suficiente carnaza para echar a andar el asunto.

Estuve con ella tres veces justas en mi apartamento B-16 de 939 Western Road. Nuestro cometido fue, como era de esperar, de normal..., a regular... a malo. La culpa fue toda mía. Una mujer de aquellas características [ya lo dijimos: de exuberancia muy agradable aunque algo voluminosa] encontraba en alguien como yo, representante exacerbado de la eyaculación precoz, una pobrísima o nula contrapartida para sus esperables exigencias de hembra caribeña. Yo sabía que la batalla estaba perdida, y lo único que ignoraba era cuánto más, cuántas citas fornicarias podía aguantar aquello. Con todo, la cosa no dejaba de tener su punto de gracejo, y es que criaturas como Grace envolvían todo lo que tocaban en bienintencionada humanidad. Reconozco que con ella no brillé por lo innovador ni por... nada. Llegábamos a mi piso; nos sentábamos en el sofá del cuarto de estar; una vez que nos había yo servido a los dos el copazo de rigor, comenzaba a magrearla la exuberancia tan palmaria de las tetas. Pretextando que había un sitio más cómodo en el piso, pasábamos al dormitorio, etc., etc. La tercera y última vez que estuvimos follando, iniciados los procedimientos de rigor, de preparar los tragos generosos que le apetecieran al cuerpo, y de instrumentar el concienzudo sobo de aquellos atributos tan inevitables, tan clamorosos y tan apetecibles de Grace..., al sugerirle yo que nos trasladáramos al dormitorio, que allí estaríamos más cómodos... etc., no olvidaré jamás el comentario de ligera frustración que me hizo: “¡Oh, Thomas, always the same approach!” [Oh, Tomás, siempre...lo mismo]. Lo sentí y lo sigo sintiendo, estupenda y cariñosa Grace. Mucho me hubiera gustado haberme podido poner a la altura de tus expectativas, pero ya viste que era absolutamente incapaz.

En el apartado de chicas hispánicas debo reseñar ciertas realidades que a mí me dejaron harto sorprendido. Comenzó todo al descubrir que en uno de mis cursos instrumentales de Lengua española (no sé si de composición; o de sintaxis; o de gramática... o de todo ello junto) se hallaban los apellidos hispánicos de... dos jóvenes [panameñas], Teresa Hincapié y Olga Mata [Permítaseme decir, a fuer de que no se me centrifugue más tarde con este tráfago de memoria

rescatada, que esta segunda se convirtió en musa de Pepe Azcárate, y de ello se procurará dar cuenta si hubiere más lugar]. Por ellas y a través de ellas me percaté yo bien de hasta dónde puede llegar la endeblez, la elementalidad del conocimiento de una lengua madre –como el español, en este caso– cuando de niñas de familia pudiente se trataba, por si fuera poco, oriundas de un país en que la presencia U.S.A ponía en tela de juicio muchas cuestiones sobre su autonomía soberana. El caso es que, tras las oportunas pruebas de aptitud, nuestro jefe de Departamento, Sherville, que no se casaba con nadie, y que entre sus cualidades le brillaba la de ser terminante y bruscamente claro, dictaminó que las dos hispánicas debían tomar un año de... ¡español!, en vista de la pobreza de su capacidad con la escritura. El propio Sherville les administraba una clase [fijese bien el lector: ¡Un canadiense instruyendo en español a dos hispanohablantes, hispanas!] y yo otra, y lo curioso es que al comparar las calificaciones que él en su materia y yo en la mía les otorgaríamos, llegamos a coincidencias escandalosas. Sherville revelaba la parte de asignatura de que se tratase –si parcial, si composición, si sintaxis, etc.– y yo le hacía saber mi calificación en el campo o tramo equivalente de mi instrucción; luego decía él la suya, y más de una vez, y más de dos, al coincidir en la misma cifra o guarismo, entre cero y cien, solía él decir, entre enfático y conecedor del secreto: “¡Right on the nose!”

Fuese a través de Teresita y Olga, o fuese por resortes autónomos, es el caso que trabé conocimiento con Mélida Castillo, nicaragüense bellísima, amiga de las anteriores, pero que en vez de estudiar cuestiones de Letras estaba matriculada, creo, en Business Administration [Dirección Empresarial y/o Gerencia y Negociado Administrativo]. Mélida era bonita y se sabía bonita: Con ese espigamiento ondulado que producen los factores del trópico y un ordenamiento equilibrado y modélico de sus atributos femeninos. En una palabra: Me enamoré de ella, si es que decir esto puede trasladar cualquier sentido de conciencia unívoco a los lectores. A veces condescendía y se pasaba por mi despacho de Middlesex College, a la salida de alguna de sus clases. Pero Mélida sabía o intuía que tales

mostraciones de consentimiento operaban negativamente en el juego de inaccesibilidad que a ella, respecto de mí, le tocaba protagonizar. Y además, en casos así, por ser ella y yo hispano-parlantes, la expresión lingüística creía tener a su favor cotas inagotables de inteligibilidad, y frecuentemente desembocaba por mi parte en complejidades anímicas, en frondosidades emocionales que al querer realizarse por medio de la palabra, generaban fatalmente situaciones de discurso totalmente inoperativas. Mortificarme ahora al comprobar que las cosas son, inexorablemente, como son, y no de otra manera, sería desproporcionado y, acaso, cruel. Digo que a Mélida le halagaba que alguien como yo le dedicara en exclusiva sus inquietudes; que ella se supiera la receptora de los ofertorios de mis instancias desiderativas, pero de ahí a algo más concreto, más homologable, más mensurable... parecía haber un abismo. Yo entonces ensayaba instrumentaciones expresivas probablemente adquiridas en el siempre creciente cuerpo de lecturas que iba incorporando ávidamente a los cuévanos de mi patrimonio literario de estudioso profesoral. Algunas de tales expresiones cumplían honrada y plenamente su cometido por el hecho escueto de nacer. Yo le hablaba a Mélida de “aventuras del espíritu”, como si el término *aventura*, dedicado a una criatura como ella, pudiera parecer un tanto frívolo y requiriese, como compensación, la compañía ascética del espíritu...

Una vez la llevé a cenar y a bailar al Hotel London, en pleno ‘downtown’ de la calle York. Probablemente era entonces el sitio de más empaque que combinaba prestaciones de Hotel, y Restaurante con músicaailable. Mélida estaba acuciantemente guapa. Bailar con la peonía cálida de su mejilla en contigüidad a la mía, era algo que ponía a prueba la fortaleza de uno. Recuerdo que en un momento de la velada, mientras bailábamos, y por efecto de las calorías de la cena, yo me había despojado, acaso, de la chaqueta... y percibía asimismo que Mélida parecía llevar encima más ropa de la que allí y en aquel momento fuera necesaria. -“No puedo –me dijo, entre iniciática y tantalizadora– Debajo de esto no llevo nada”. Yo sentí que me advenía un estremecimiento compulsivo hasta los regatones de toda mi

fisiología.

Otra vez me preguntó si podíamos celebrar en mi apartamento un ‘party’, ya que su novio, aprendiz de diplomático en Washington, había planeado ir a verla. ¿Qué iba yo a decir? ¡Pues claro! Llegó el día y celebramos el *party*. Lorenzo, que había intervenido decididamente en la organización, se encargó de decirme que el novio de Mérida la estaba tocando las tetas en el rincón de la cocina... Sólo vi a Mérida una vez más. Me dijo que para tal o cual fecha pensaba casarse, y para tal otra tener un “bebido” [little baby]. Fue lo mejor que pudo ocurrir. Alguien que desestimaba mis ofertas de “aventura espiritual” no podía pensar sino en términos de ‘casarse’ y tener hijos. Mi botín, como era de presumir, no se hizo esperar. El número 137 de la revista malagueña *Caracola*, correspondiente a marzo 1964, recogió el siguiente poema mío:

### **Poema de la fe en ella**

Para M.C.

Redoma immaculada, cuerpo hondo,  
inacabable cuerpo  
que atesoras ternuras y agonías  
como la sima inesperada de quererte.  
Tu cuerpo amado, oh, tu cuerpo en esperanza,  
oh, tu cuerpo aprendido en diez palabras  
y el imposible mar de la palabra amor  
sin una nube azul que lo corone.  
Hermoso cataclismo el de asomarme  
a tu cuerpo prendido en esperanza pura  
donde muere el aroma  
y la palabra amor flota otra vez perdida  
en el mar que se aleja del cuenco de mi mano.  
Oh, cuerpo amado, amor, maduro brote  
de una sola palabra destapando  
el hondísimo pozo de encontrarte  
henchido de esperanza, conjugando

mil veces por la frente y por los labios  
una tristeza herida  
de la dulce presencia del pecado de amarte,  
de la palabra amor  
en débil letanía por tu nombre.  
Oh, sí, y hasta me habían delatado  
la hermosa conclusión de algún primer encuentro  
cuando el cielo se toca de oriflama  
y una boca pronuncia la azul convocatoria.  
Todo el amor sabido en los vocabularios  
no anunciaron el brote del prodigio  
donde quemo al contacto de tu música  
las yemas sonrojadas de mis dedos.  
Has llegado a mi vida serenísimamente  
como el poema a los labios  
o el heraldo amarillo  
anunciando una muerte con palabras.  
Y así te habrás de ir,  
como la corza herida de los cuentos  
desangrada en aroma por la orilla del alma.  
Cuando mi alma o mi mano apretaban el polen de la tuya  
tú no pensaste en primaveras  
o en la palabra amor que amenazaba.  
Tal vez, como mi aliento, ibas cogiendo tallos  
de los campos no vistos,  
como mi alma en pura maravilla  
a la luz de un crepúsculo hermosísimo.  
Cuántas veces mi boca intentara dar nombre  
a la extraña presencia de tu cuerpo,  
mis labios cuántas veces  
quisieron acoger en sus huecos  
la inútil melodía de tu aliento,  
la cercanía inevitable llevando hasta mis bordes el milagro  
cada vez que te oía aproximarte,

cada vez que encendías  
la dulcísima luz de una herida ignorada.  
Pero al final de todo no me quedaba nada,  
quizás un suave soplo de palabras, de roces,  
de alegrías cantadas, escondidas o muertas  
en la honrada certeza del calor de tu huida.  
Te has ido puramente y en los sitios vacíos  
ahora de los pozos de mi cuerpo  
me van naciendo flores, acunadas, tristesísimas,  
semillas de algún cuento de amor que nunca oyeron.  
Me nacen a montones y desesperanzadas  
de conocer la mano que prendió sus esencias  
a la más tibia luz de la mañana,  
al calor de una boca  
transida de oración ante el milagro.  
Ese mar escindido en un poema de amor, esa llegada  
de estaciones azules sucediéndose,  
alimentándose de espera hora tras día,  
la alada permanencia  
del pájaro de amor en nuestras venas.  
Con un mensaje de alma por los labios  
dame la clave mínima y se harán de silencio  
las palabras heridas que salgan de mi boca.

Pero el elemento hispánico seguía arrojando de su cantera sorpresas y encuentros recordables. Ahora me refiero a una pareja de chicas españolas, una de ellas nada menos que madrileña, que se hallaban allí, en London, Ontario, Canadá... y que no me es posible recordar más detalles, si acaso, al azar, que se llamaban María Jesús y Pepita. Eran pizpiretas, más bien menudas, graciosas, amables y decidoras. Conservo una foto con cada una de ellas, y que la otra se encargó de sacar, en su vivienda. Aquí las tengo, delante de mí: Yo, vestido con un traje marrón oscuro de 'tweed' con camisa granate como de cuadritos, y sin corbata, repantingado en un espacioso sofá. Cada una de ellas, sentada al lado mío, en el brazo izquierdo del sofá,

y todos en un estado de despreocupación risueña. Poco más puedo decir de ellas: No soy capaz ahora de precisar qué hacían, en qué se ocupaban, etc. Pero sí debo constatar aquí que por ellas aprendí a cocinar probablemente el segundo único plato de mi menguado repertorio [siendo como era el primero el batiburrillo de arroz blanco hervido y sardinas de lata en aceite, especialidad de mi hermano mayor de fatigas en Market Harborough, Elwyn Thomas]. El plato en cuestión no consistía sino en la potenciación al máximo de un buen pedazo de carne, de primera, y tierna. Sabido es que algo que a los españoles de entonces nos llamaba la atención de estos super-países U.S.A, Canadá, etc. era su gigantesca capacidad de oferta de productos de consumo. En los enormes contenedores refrigerados de las así llamadas ‘grandes superficies’ o supermercados aparecían los pedazos de carne especificados, desglosados, cada uno en su bandeja de cartón y recubiertos con celofán, con indicación exhaustiva del peso, del animal que se tratara, parte del cuerpo de donde la carne en cuestión se había extraído y, naturalmente, el precio. Según las puntualizaciones de mis amigas, se cogía la carne, se la limpiaba de algunos residuos de sebo (provenientes del corte) si los tuviere, se le hacían unas hendiduras en uno y otro lado, se la regaba de aceite de oliva, echando por encima de ello un buen espolvoreo o desparramo de sal. Así preparado y colocado en una bandeja de papel de aluminio cerrada por las cuatro esquinas, al horno tipo ‘broil’ más que ‘grill’ con ello [es decir, haciendo que la lumbre le viniera de arriba, sobre todo], y a esperar, dándole la vuelta de vez en cuando para controlar el punto o grado de asación. El resultado, una vez en el plato, nadando en el jugo originado por la fundición del aceite y de la exudación propia de la carne, hecho todo una misma cosa..., el resultado, digo, era sencillamente espectacular. Para los que, como yo, echan limón a casi todo, el sabor terminaba de cuajarse. Una vez me di el gusto de preparar de esta guisa seis pedazos de carne de más de medio kilo cada uno [muy por encima de los 460 gramos de la libra, medida ya absolutamente seria cuando de adquirir un pedazo de carne se tratara] e invitar a cinco comensales más. La comida-merienda-cena,

precedida de una buena ensalada, regada con buenos Chianti y Beaujolais, y rematada con esmerados postres, arrojó como saldo más memorable la portentosa semiótica de varios de nosotros comiéndonos los dedos, a fuer de rebañar en la tan abundante exquisitez de preparar así la carne. Tal es mi deuda y mi reconocimiento respecto de las simpáticas españolitas Pepi y María Jesús, de las que no he vuelto a saber nunca más.

Otro foco de españolidad intensamente racial y castiza, “as Spanish as you can get” lo constituyó la familia Piñeiro. ¿Quiénes eran? Recuerdo que entramos en conocimiento por pura chiripa. El padre, de complexión mediana, desplazaba menos volumen que su mujer, una morena jamonuda y compacta. Ambos, de unos 45 años. Él, pintor de brocha gorda; ella, sus labores. Se habían traído a sus cinco de prole: Tres chicas, la mayor de unos 20 años y la menor de unos 12; y dos chavales, uno, de unos 15 años; y el benjamín absoluto de toda la familia, de unos cinco años. La chica mayor era bonita, con espontaneidad femenina y desparpajo elemental, que en países como Canadá, en el camino sin retorno del desarrollo, caían bien. No es maravilla que anduviera tras ella un húngaro naturalizado canadiense y, por más señas, el dueño o gerente de la peluquería en que trabajaba... ¿la llamaremos Carmencita? Los padres... ¿los llamaremos Pepe y Carmen?, como buenos ibéricos chapados de sentido común, más que ‘a la antigua’, con toda razón mantenían una consciente incumbencia sobre los pasos que su primogénita pudiera dar en tierra de herejes. Parecían, en todo caso, concienciarse de que si todo tiene un precio, el visto bueno a la cesión de su hija a un advenedizo o emigrante como ellos mismos, por muy bien que le fueran las cosas, tenía que ir acompañada de las correspondientes credenciales contraprestatorias. Mientras escribo esto tengo delante de mí una fotografía tomada en casa de los Piñeiro la Nochebuena de 1964, y en la que aparecemos nada menos que once personas: Los Piñeiro, sus cinco hijos, el húngaro, Pepita la española, Pepe Azcárate y yo. Junto a mí, por el lado izquierdo de la foto, sentada en el brazo derecho del sofá-chesterfield y haciendo descansar su cuerpo casi núbil

parcialmente en mí, la segunda hija Piñeiro, preciosa chavalilla de mirada vivaz, de personalidad prometedora. Por supuesto, fue la máquina sola la que, colocada estratégicamente, disparó la foto.

Pero no faltó el capítulo negro dentro de “lo hispánico”, y esta vez protagonizado por la hija de unos conocidos de mis padres en Alcalá de Henares. En los términos expresivos más económicos la cosa fue más o menos así: La citada jovencita [joven, tonta y pedorra, diría yo ahora, en vista de lo que ocurrió] les estuvo dando la paliza a mis padres para que le encontrara yo un trabajo u ocupación en Canadá, con el fin de pasarse uno... o dos años y aprender inglés. Se lo comenté a la Señora Newman, mi colega en la Universidad, y aunque no tenía necesidad, lo que se dice necesidad de nada ni de nadie, por tratarse de mi recomendación, accedió a organizarse su vida en función de tener a alguien en casa, etc., etc. Claro que *me* pareció y *nos* pareció a todos desproporcionado a priori el pedir que la interesada depositase una fianza, puesto que la Sra. Newman correría con los gastos del billete de avión, etc., etc. Si alguien califica de candidez no exigir fianza en circunstancias tales..., bueno... en ese caso más vale desterrar del diccionario una serie de términos normales y nobles. El caso es que con toda la diligencia y generosidad del mundo la Sra. Newman preparó el billete aéreo y, como dije, configuró su programa vital en razón de que alguien recomendada por mi familia, e indirectamente recomendada por mí, viviría en su casa por lo menos durante un año académico. ¿Y qué sucedió? Pues que desde la típica irresponsabilidad irracional de muchos españolitos, la tal prójima, la dicha jovencita, decidió a ultimísima hora no ir a Canadá. Creo que algunos fragmentos de la carta que con fecha 12-11-1965 escribí desde Canadá a mis padres ilustra más certeramente todo lo que estoy intentando relatar:

“Lo del asunto de Mary Sol me pareció lamentabilísimo. Os mando una carta del amigo mío de London que visteis este verano en Alcalá.

Cosas así son las que desacreditan para siempre a un pueblo, aunque en el caso de España hay que esforzarse mucho para batir la

marca de descrédito. Por la carta de Luis y por sentido común se puede uno hacer idea de lo que la Sra. Newman –Jean– haya podido pensar. Evidentemente había planeado su vida familiar –tiene tres chavales– y profesional contando con Mary Sol, porque así se había quedado definitivamente, sobre todo contando con que Mary Sol había insistido –cosa que yo apruebo– y parecía todo decidido.

Lo menos que podéis hacer y que podemos hacer todos cuando veamos a los padres de Mary Sol es dejar bien sentado que las personas con sentido común y responsabilidad condenamos tales aberraciones de conducta. Y claro, que se despidan de contar con la ayuda, ni siquiera el consejo nuestro.

Bien claro quedó que mi participación en el asunto, una vez puestas en relación las personas interesadas, se había terminado. Así lo dije y lo vuelvo a decir, y bien a salvo estoy de consideraciones mentales. Pero ha sido tan grande la torpeza cometida, tan típicamente española por el lado malo la actitud de esta familia, que sin comerlo ni beberlo me siento yo azoradísimo y con una vergüenza tan cualificada que no me atrevo a volver a ver a mis buenos amigos los Newman. Así que nada de camelos o frases idiotas de falsa inhibición de ‘¡qué se va a hacer!’. Hay que hacer eso: Decir a esta gente que han hecho todos muy rematadamente mal, y que ya podemos nosotros estar descornándonos aquí, para que con una payasada tan tamaña estropeen lo que a mí me cuesta levantar toneladas de saliva y tiempo. Y desvelos. En fin, qué pena de pan.”...

En efecto, el fragmento predominante de carta que dedico al tema no tiene desperdicio. Sin duda que he tenido yo siempre muy asumido que boberías y pedorreces así son algunas de las más señaladas causas del descrédito de ciertos pueblos.

En el espacio referido al eterno femenino que dedico al estamento concreto de las enfermeras, además de mi natural propensión intervinieron otros factores. Era a comienzos de octubre 1964, poco después de comenzado mi segundo curso académico en U.W.O., cuando empiezo a observar que un grano o forúnculo [*boil*, en inglés] está tomando caracteres de justa alarma en la parte posterior

de mi muslo derecho, justo en el centro. Con excepción de algún comentario a los amigos y/o compañeros de Facultad sufro solo y calladamente a ver si con ello descargo la cólera de la dolencia. Pero ni a la de tres. Así que decido consultar médicamente a mi compatriota Pepe Azcárate. Fomentos de agua caliente al canto –ya no recuerdo si con sal o sin ella–, lo cual no dejaba de constituir el consabido engorro, si bien lo hago y me sostengo en la disciplina con atención y esfuerzo, con esmero continuado. Pero ‘aquello’ no sólo no cede sino que sigue dilatando sus tentáculos de maldad, con una inflamación de evidente anormalidad. Me lo miro. Me lo toco sobre puntos cada vez más alejados del foco por donde entiendo yo que se debiera iniciar la crisis. Nada: Sigue duro e impenitente como una piedra. Decido ir al médico de la Universidad el jueves, día ocho de octubre 1964, y en la consulta que me concede para esa misma tarde, le veo poner una cara de asombro ante el panorama. Es curioso: Resulta que quienes, como yo, somos harto vulnerables, o impresionables o aprensivos con las cosas de la salud [y por extensión, con el hecho de ver sacar o que nos saquen sangre; o poner una inyección; o entrar en un quirófano; o ver alguna bata blanca en actitud profesional, etc., etc.], nosotros, o algunos de nosotros, entre ellos yo, que gocemos de cierta entereza física y hayamos estado libres de plagas o enfermedades serias, lacerantes, devastadoras o duraderas..., nosotros, digo, solemos ser muy confiados, enormemente permisivos con nuestras propias afecciones, y creemos que tal como han venido (es decir, sin ser invitadas) deberían largarse, por las buenas y sin más. Tal es mi caso: Aprensivo en extremo, pero permisivo de que alguna que otra dolencia haya despegado con fuerza sin que la hayamos cortado las alas y hecho abortar. Un enorme contrasentido, una desgarradora paradoja, pero ahí está...

Todo eso creí leer en la cara del médico cuando me vió el grano. Receta de antibióticos fuertes, vía oral, y el comentario esperanzador, repetido gratuitamente un par de veces por el galeno, de que con la medicación prescrita *aquello* rompería en 12 - 14 horas. Bien: Pues a esperar. Ese mismo jueves, en lo que queda de tarde, me arrastro de

recado en recado, de gestión en gestión. El viernes, 9 de octubre, por la mañana, liquidado la última clase de la semana en la Facultad y, casi incapaz de comer, me voy derecho a la cama. Ya el día anterior –imborrable jueves– Pepe me había colocado una gasa triple *ad hoc* para en caso de rompimiento de *aquello* que se me antojaba volcán iracundo e insatisfecho, repleto de sangre negruzca y pus. El sábado 10 de octubre no puedo más y me planto por mi cuenta en la sala de emergencia del Hospital de San José [Saint Joseph's Hospital] en la esquina de las calles Grosvenor y Richmond. Es ocioso repetir que este tipo de servicios en un país como Canadá funciona a la perfección. A veces, según el modelo de valores que para una mente española prevalecía entonces, era como matar un animalito pequeño de un inmenso cañonazo. En 1964 a un español, en España, se le llevaba al Hospital cuando estaba medio muerto o, acaso, muerto del todo. Las casas, lo privado, ejercían los servicios y las prestaciones que lo público no estaba en condiciones de ofrecer, a veces ni aun mediando costes extraordinarios y pagos de potentado. Sí, es ocioso insistir sobre el tema. En países de socialismo rico, como Canadá, a uno le llevaban al Hospital por... un resfriado, valga la hipérbole, porque se podían permitir tal lujo, y porque en las casas no quedaba prácticamente nadie para cuidar de nadie. Las casas estaban hechas para que sus moradores las abandonasen, con el fin de ocuparse cada cual en su específico menester: Los hijos pequeños, a la escuela; los mayores, o menos pequeños, a la Universidad; y cuando esto no procediese, a trabajar todos. Así de claro. [Por necesidad de guión, me anticipo a lo por venir y declaro en este punto de la narración que la dolencia que a mí me incumbía justificaba muy, pero que muy, holgadamente mi traslado al Hospital]

Así pues, el sábado 10 de octubre 1964 me veo en la sala de emergencias del Saint Joseph's Hospital, el que a mí me debió de corresponder como funcionario de la Universidad. Lo primero que percibí fue a mi cerebro trabajando en una multiplicidad de funciones, como soltando amarras desde mi último y efímero cabotaje. ¡Adiós al puerto que parecía ofrecer cobijo duradero; adiós a los amaneceres

inundantes mirados desde tal o cual sitio! Cuando el ancla se leva y se van cubriendo las primeras singladuras hay que darse prisa a desempaquetar el repuesto de equipaje del alma. ¡Atención a las puestas de sol contempladas ahora desde otra perspectiva! La sala de urgencias o de emergencias me dolió como duelen las disonancias imprevistas, como duelen los apretones flácidos de manos, el amargor bajo el celofán de lo dulce... Relleno una ficha inquisitiva completísima, de color amarillo: Edad, estado civil, religión, etc., etc. Mi tiempo transcurre zumbando en mil imágenes con que llenarlo, con que aprisionarlo en formas concretas, en nombres inteligibles y fáciles para las horas perezosas del alma, para las auroras tardías, y las palabras soñadas pero no dichas. Pienso secretamente en prados verdes, y miro a la secretaria y pongo la primera piedra de un poema por venir. Se llena el tiempo, se recibe el tiempo. Colmo el vacío de la espera con musitaciones condenadas a no durar, a morir dos metros más allá de donde fueron generadas. Entre tanto, mi muslo, ascética y ejemplarmente dolorido y victimado, calla, escucha atento. Espera y esperanza, lindo doblete para poder recorrer miriadas de distancias con el extracto de sus divagaciones...

Por fin me llaman, me llaman. Ya me han llamado. Ya me estoy llamando yo mismo desde todos los rincones posibles de mi bulto. La hora con filo de las realidades ya está entre nosotros. Ya estamos conversando con la realidad. Ampulosa y memorable su presencia en el recinto de los espíritus cándidos; de los hombres que no hacen guiños para mirar; de los hombres enhiestos en sus pasos, y que saben de memoria la tabla de los puntos cardinales. ¡Ah, sí!, me miran después de tres horrorosos y dolorosísimos [y absolutamente inevitables] estirajones de los flecos del esparadrapo. Yo, inútil voceador y proclamador de solvencia física y de capacidad, me veo lamentablemente encadenado a la desconsoladora perspectiva de considerarme como paciente nada menos que en un Hospital de Canadá, el primero [y quiera mi estrella que también el último] de mi vida. Sueños de inmunidad, de inquebrantabilidad, por los suelos. Quimeras confiadas en la inmutabilidad del polvo de los siglos es lo

que mayormente creamos y recreamos en el saco sin fondo de nuestra conciencia ingenua. Sí, un Hospital me ha cerrado el paso para que encuentre revueltas en una misma mueca de asombro; para que invente los más pintorescos e impensados materiales con que seguir, así, llenando mi vida de recortes, de ‘cosas que hacemos y que nos pasan’ en frase de filósofo. Ventana de dolor. Pesadilla que, por una estúpida razón natural, cuando salimos de su madriguera nos hace reconciliarnos más con la vida simple. La mano que distribuye inmisericordemente las atenciones y los desatinos deja caer, de pronto, una porción honrada de su invisible patrimonio en los contenedores donde mi vida se transportaba sobre raíles de tiempo, en un tren largo, larguísimo, de los que nunca acaban de pasar. Inútil la resistencia.

Por supuesto, por los galenos de turno se decreta mi hospitalización inmediata. Jamás he sentido como ahora tal penuria de medios lingüísticos para solazarme con el cómputo y catalogación de las cosas que me están transpasando en imparable ocurrencia. Un hospital es una de las grandes aventuras de la existencia en alteridad. Al entrar dejamos los pelillos de nuestro desvergonzado bozo y nuestra impertinente hombría. Dejamos también los rencorcillos pasajeros que sentimos hacia las cosas; las lisonjas y los desmayos en el camino hacia la verdad; las caperuzas y boberías de una comodidad viciada y complaciente. Al entrar, lo hacemos desnudos, pulcramente investidos de la primera inocencia, que ya no nos dejará de la mano y que aflorará siempre que la queramos engañar con tapujos. Aquí en el hospital todo danza ante mis ojos como una perpetua mascarada imposible ya de detener y de ajustar, una vez que el botón maléfico de la fealdad humana se atrevió a poner en marcha el tinglado entero.

Me sacan dos veces sangre de la vena y sólo la primera me desmayo. La segunda fue por sorpresa y de madrugada, turbiamente amenazado por los miasmas del sueño y sin fuerzas ni ganas de pensar en lo que me iban a hacer. Además, el vampiro fue ahora una bella muchacha rubia, técnica de laboratorio, que me habló con puntual dulzura: Se acercó decididamente a la cama y con voz seductora transformó en invitación lo que claramente venía embalado en la

vitola de una orden estricta. Mentalmente estoy librando una de las batallas más cruentas para mi espíritu. Esto resulta que es un vivero de vivencias, a cual más angustiosamente bella. Toda la realidad parece ungida de milagro. Me pasan estas criaturas, las enfermeras, como si nada. Me separa de ellas la dulce contaminación de un nombre, el salto fácil pero decisivo de mujer a institución. A cada paso se me ocurre decirles que las quiero, a la una por lo que sea, y a la otra por lo que no sea.

Por la mañana y por la noche me aplican un masaje en la espalda. ¡Qué apasionante y qué frágil la idea de sentir las manos de una joven por mi cuerpo desnudo, expuesto a las mil quemazones de la tentación y de la glotonería sensorial!; sentir de pronto que por un caprichoso viraje de la conciencia esa benemérita función de la caricia matinal y nocturnal, venida de manos tiernas de enfermera, a modo de maná gratuito, pueda contaminarse con el revoltijo genuino de una golosina hurtada. Y se sufre. Estas enfermeras, estas criaturas de contradicción son las más dulcemente temerarias para propiciar el camino sin retorno del espiritual trance. Cuando sus manos han ahormado parte de mi cuerpo, campo amargo de sal, depredado y devastado por la gula de la enfermedad, mi cuerpo, ave agorera y asfixiada a medias, inservible ahora para fines de estéticas recreaciones... mi cuerpo parece haber querido revolotear, palpar las esencias de las cosas que mi vida anterior conociera cuando ella podía degustarlas. Sobre todo, nombrar a las cosas, solamente, recientemente, de una vez definitiva. No me fatigo lo más mínimo inventando nombres, nociones, envolturas durables o no al peso de la palabra. Como todo está hecho de palabras; como todo está sujeto milagrosamente con las pinzas de la sola imaginación, se nos escapa, burlón y burlando, una vez y siempre el deseo de nuestros labios de apresar a las cosas con un término cariñoso y justo. ¡Qué dolor tan verdadero el ignorar el nombre de las cosas! Cuando las cosas lleguen o se aproximen quiero tener su nombre para saber el mal que me aqueja, y empezar a buscar el específico en la tienda más cercana de baratijas que diga: “Para el alma en general: Artículos de segunda

mano”.

(Monólogo) Si con bracear furiosamente en el remolino de cada momento sacáranme a relucir la parte más verdadera de cada cosa, sería todo como coser y cantar. Sentir y apresar realidades, provocar una y mil ondas, a su vez amplificadoras de otras tantas, y éstas de otras, y así todo seguido, hasta el total acabamiento. Estoy viendo tantas realidades bellas, mi frente se está bañando en tantos purísimos manantiales de verdad, a la vista de estas jóvenes decididas..., que no encuentro más honda palabra que la de “melancolía” para arrojar algo de lo que, onerosamente, me sobrecarga. Estas muchachitas han jugado con mi cuerpo, triste y maniatado, deshilvanada madeja; en otras circunstancias venero de sacudidas, de brío, de duraderos ardores. Ahora, como un campo de minas, sofocado por tanto pañal taimado que no deja salir el grito original del puro nombre de las cosas. En mi campo de minas, inservible ya al miedo, corretean los niños gozosamente. Pienso en acumular méritos de acá y allá, juntar una fortunita en moneda o en papel [o simplemente en palabras y gestos] y un buen día presente y recordable a todas las memorias, llegarme a una de las muchachitas atentas [lazarillos, samaritanas, amantes ya con voz pero sin voto de mi maltrecho templo] y decirle: Mira, yo te amo. Solamente así, sencillamente así, para que ella descubra o adivine el tesoro de las palabras hondas. Que lo demás se vaya por la borda, como hacen los barcos aun con las más valiosas mercancías cuando el mar se pone feo. Que se quede la espléndida desnudez ésa de que hablaba yo al principio, sola y atenta como la última onda de agua que nace mucho después de caer la piedra. Pero, mirad: Juegan todas a moldear mi cuerpo. Llegan, sabedoras de su remota accesibilidad. Tocan sin tacto, hieren blandamente, y en su pensamiento enfrascado en la rutina sanitaria, quizá no circule palabra alguna que conlleve la noción de hombre, que dé un aldabonazo a la conciencia. Juegan, juegan con mi cuerpo, montón ahora de impotencias, incapaz de contestaciones viriles. Sufro por poner el nombre a cada cosa y por saber reconocerlas de una vez para siempre.

(La penumbra de mi estancia, la languidez decisiva de los

sentidos es lo que ha generado este tramo de divagaciones en literatura semiautomática que acabo de dejar atrás). Me acabo de tomar la enésima cápsula de antibióticos, que ya se empieza a quedar en el vestíbulo de las tragaderas, como no queriendo obedecer la disciplina del tratamiento.

Miss. Garibaldi ya me ha obsequiado con el fervor directo de buscar las palabras que conlleven el triunfo y la resurrección sempiterna de la belleza. ¡Qué enamoradamente la veo repasarme desde su mundo de esplendor desinfectado! ¡Qué enamorado me contengo en los mezquinos límites de mis palabras y de mi volumen; y aun así, qué hondura tan renovada me acecha cada vez que siento el calor iniciado de la herida!

Pienso en Miss. Laughlen, apellido soñado y caro a mis oídos. También ella se ha acercado solícitamente al lecho de mi dolor y sin remilgos ni pamplinerías se ha puesto manos a la obra, a curarme un asqueroso boquete en el muslo derecho, resultado de un antrax infeccioso que se adueñó de mi pierna y de las fibras de mis interioridades con la voracidad de un ave de rapiña.

Aquellas manos ascéticamente tímidas de Miss. Winters, rebosantes de pudor decidido, me vapulearon gloriosamente; me llevaron desde el mundo de la posesión justificada al de la ilusión prohibida. Manos llenas de dulcedumbre, desparramándose con tino pero a rociadas por la espalda mía, golpeando triunfalmente cada una de mis vértebras. Instancia incendiaria que provocó en mi cuerpo los efectos inconfesables de una pasión robada, pero necesariamente, amantemente perdonable. Y es que el amor prevalece por encima de los nombres mal dados a las cosas. Pienso en las manos adorables de esa jovencita, Miss. Winters, como la más nutrida cosecha de caricias que mi piel y mi alma hayan podido coleccionar jamás. Buen año de resultados; buen año de toma y daca; de presentidas ternuras; de desgarros apasionados e imborrables. Gracias. La amo calladamente por su delicadeza y por su discreción de no vocear mundos maravillosos. Me queda por saber si ella asumió el restallar único, el chispazo que se produce cuando dos almas chocan; si intimó –siquiera

por una vírgula de instante— con mi balbuceo expresivo, suficiente, sin embargo, para desatar, para echar a volar mil mundos de promesas. Sus manos generosas descendieron más que las de ninguna por el largo camino de la intimidad; se ensañaron más pacientemente que las de ninguna en la extraña dulcedumbre de la caricia a un cuerpo inerte. ¡Oh, sí, cómo, cuánto la amé en el menguado hueco de tiempo en que mis ojos se extendieron por sus contornos, por la dócil y fluyente vega de su río, alma siempre. Ved el despunte de un poema, tan sólo:

Fugaz como el perfil de la azucena  
que se apaga y renace con el día;  
fugaz a mi palabra y, yo diría  
que, hasta la misma orilla de la pena.

Tibia como el reguero de la vena, ...

Miss. Brown, la chiquitaja con el moño pimpante y frescachón en todo lo alto, está ganando más y más simpatía en mi conciencia, en mis horas de recogimiento y de soledad. A cada una de estas disciplinadas criaturas, ¿qué no daría yo por ahormarla en el recinto precioso de mis palabras, de mi encendimiento de pasión y verdad? Me pregunto afanosamente en qué época, o forma, o adivinación de mi vida futura sentiré yo que me ha crecido la planta espiritual que estos días han alimentado y desarrollado. Sí, días vendrán en que mi recuerdo campee señorial por todo el antiguo trayecto, recorrido en esta prodigiosa semana de descubrimientos atónitos, de la captación de un mundo tan ajeno hasta ahora a las vivencias que tan de cerca me han nutrido.

Detalles divertidos puedo contar varios, y de la mejor ley, avalados por el persuasivo testimonio de la realidad. Aquí va el primero: En una de las sesiones expansivas del espíritu mío, en que se olvida por un rato lo nublado del cielo y se busca el insistente azul, otra enfermera, graciosa y muy guapa, Miss. Mulcahy, procede a la rutina de tomar la tensión y el pulso a mi compañero de cuarto. Naturalmente que anteriores comprobaciones habían constatado que

mi tensión y mi pulso eran excelentes. La cosa es que le digo a la bella enfermera que..., ya que está allí, que me tome el pulso a mí también, y la muy incauta [ya dije que era bella, ¿no? -candor de pájaro, seriedad de cirio, color de manzana hermoheando], y la muy incauta, digo que accede, y después de asegurar su dictamen con diferentes tentativas acariciantes en mis muñecas, mis venas y mi cuello [para asegurarse de haber posado su mano sobre el venero de mi pulso, confín del alma pura], me dice muy formalita que tengo más latidos que los normales... Oh, Miss. Mulcahy, cuando tú te marchaste posé mi propia mano en la planicie de mi pecho y le sentí saltar gozosamente de irreprimible júbilo, cabrioleando irreverente pero lleno de savia por la superficie traspasada de mi piel. Aquí va el segundo de los detalles: El paciente con quien comparto habitación los primeros cinco días de hospital recuerdo que era un individuo más bien de corte rústico, pero buen decidor y de fácil trato, lo que se entendería en inglés como una “easy going person”. Era algo quisquilloso con cuestiones tan nimias como, por ejemplo, el descascarillamiento del niquelado de los soportes metálicos de las bandejas para la comida. Creo que sus dolencias eran de tipo artrítico, reumático, enconadas por alguna recaída o accidente posterior, lo que hacía suponer que su estancia en el Hospital podría prolongarse. Tal vez de ahí le proviniera la enfática afirmación de su derecho a que las varillas y bordes de las bandejas tuviesen la pintura y/o el niquelado impecable. Yo, sin ninguna violencia, le llevaba la corriente, sabedor de que mi ‘vacación’ en el Hospital no duraría más de una semana. Mi amigo comenzó por airear sus quejas ante la enfermera habitual; ésta lo trasladó a la jefa de planta, y ésta un día le dijo que su reclamación había llegado hasta el Inspector de Servicios. Mi amigo, satisfecho de que su voz iba recorriendo tramos, iba siendo escuchada en instancias cada vez más ascendentes..., me daba cuenta de su satisfacción mediante ese medio giro de cabeza y hacia abajo, como rebañando el aire, acompañado de su expresión favorita: “We're on the right track” [vamos por buen camino]. Ocurría también –y sigo con el relato del detalle– que las ordenanzas sanitarias no preveían [ni aun en casos

como el mío, probablemente en el nivel más bajo de la gravedad] que nadie abandonara la habitación bajo ningún concepto. De ahí que a uno, en la misma cama, le lavasen y le fregasen de las maneras tan atractivamente iniciáticas que ya he referido. Pero para alguien proclive al estreñimiento como yo, la cosa a partir del cuarto o del quinto día comenzaba a revestir caracteres de inquietud. Mi forúnculo empezaba a curarse; mi boquete mostraba los incipientes signos de cicatrización, y los primeros dos o tres días de absoluta inapetencia y postración dejaron paso a un estado de cuerpo y de mente más propicio a la degustación de algunas de las cosas que nos ponían de comer. Como digo, al final del cuarto día yo necesitaba... aligerar. Se lo comuniqué a la enfermera y ella, con la norma en la conciencia, me contestó que para cosas así se le facilitaba al paciente una “pan”, un bacín alongado... ¡Horrible, horrible!..., pensé, pero no se lo dije. Decliné el método y planeé la logística del plan en combinación con mi amigo. Descubrimos que entre las 12:00 y las 13:00 del día los servicios alcanzaban las cotas mínimas por ser la hora de la comida. Quedamos en que al día siguiente yo me escaparía al cuarto de baño, situado a unos quince metros pasillo adelante. Y así fue. Al día siguiente, escrutando que no iba ni venía nadie por el pasillo, con ese delantalillo abierto por detrás y los lomos al aire, eché a correr, y me senté, me instalé, en el tazón del inodoro, con un suspiro entre azaroso y satisfecho. Terminado el tan poco espiritual menester..., todavía repantingado y antes de proceder a mi retirada... se me aparece allí una enfermera tipo sargento con el ceño enfurruñado [parece que una ronda extraordinaria detectó mi ausencia de la habitación] y me pregunta con tono y ademán reconvinentes... “What are you *doing* here?” [¿Qué está Vd. haciendo aquí?] Es obvio que preferí callarme. La verdad en este caso hubiera sido una espesa grosería.

(Melancolía y aprensión) En vista de mi mejoría imparable, me auguran tan sólo un día más, o dos, como mucho, de permanencia. Pero no se olvide que estoy en el piso de los enfermos infecciosos –feo, desagradable, sórdido– aunque yo esté casi ya hecho un primor. En un golpe repentino de desgracia resulta que pierdo a mi ya por

entonces querido compañero de cuarto [que, al parecer, lo trasladan a una sección más moderna del Hospital] y “me” meten a cambio a un semi-moribundo asmático que de golpe y porrazo transforma el ambiente jocoso de la habitación en un remedo de escalofriante sudario [Pensarían que a mí ya no me hacían mella las vicisitudes, dados mi recuperación y mi aspecto]. Y también de pronto, para que el choque quebrante más verazmente las defensas del espíritu, pasa por el corredor la bella enfermera de marras, ¡bah!, quiero decir una de las tantas muchas que me están produciendo un tipo más terrible y duradero de enfermedad que todas las imaginables: *La melancolía*.

Entre mi compañero de cuarto y yo no hay biombo ni línea divisoria alguna. Me acabo de enterar que le tienen que tomar la tensión y otra serie de perrerías cada dos horas durante toda la noche, y ello acompañado del consabido trasiego de bombas de oxígeno, maquinaria y pertrechos consiguientes para permitir que el pobre hombre respire. Ya dije que es asmático terminal, dentro del típico fanal de plástico.

(Noche. Angustia. Obsesión) Hoy es jueves 15 de octubre, once de la noche. Los servicios de enfermería se apagan, se extinguen, se amortiguan lentamente, y sólo de vez en cuando el sigiloso y disciplinado paso de alguien de inmaculada blancura deshace la madeja de quietud que todos nos entretenemos en tejer. No sé cómo voy a dormir esta noche, con un semi-cadáver a mi lado. Ahora me lo tengo intentando, tras violentos carraspeos, desalojar un gargajo de quién sabe qué sórdidas cavidades. Me cuesta trabajo entenderle. Es inconcebible, en su horror, lo que estoy palpando. La realidad simple y sañuda me está asestando sucesivos golpes. Mi contemplación interior es una pesarosa masturbación recreada. Me es muy penitencial tener que conjugar así de pronto tanta brutalidad inarmónica; tener que jugar a la vida y a la muerte cuando la baraja que hemos comprado la sabemos marcada con las muescas de la fortuna. A dos metros de mí palabra hay un individuo agonizante, un artilugio humano destruido, que puede arrastrar en su hundimiento a muchas horas más de alegría acumulada. La esposa y el hijo que allí se encuentran parecen

desempeñar cometidos muy secundarios en ese reparto general de traer al Hospital a un hombre hecho unos zorros, y esperar a que la rutina providente de las enfermeras le saquen sangre, y que la cohorte de monosabios sanitarios justifiquen sus saberes con una sarta de funciones que me están poniendo el estómago y el sistema nervioso a prueba. No hay duda: Esto es una pesadilla de la que, de todas formas, confío salir, agarrado al trozo de madera flotante del sentido común y del común destino humano. A todo esto, mi compañero [del que, a la fuerza, me he tenido que erigir en vigilante de urgencia] me está dedicando toda una salva de sonidos gaseosos –vía ano– y ahora ya hasta me mira complacido, como aliviado ante la ocurrencia. Sobre el mapa de mi imaginación no acierto a dejar de referirme a cosas únicamente concertadas con el más pesimista de los acompañamientos. Una aterradora congoja me está haciendo sudar. Huelo a la misma muerte [éste sigue tirando pedos de todos los estilos y diapasones con la mayor impunidad del mundo, ¡a ver! Lo bueno del caso es que después de hacer la gracia involuntaria me mira rendida, ternísimamente, como pregonando por los ojos su nulidad para querer o dejar de querer hacer lo que hace]. Lo que yo estoy atravesando es ni más ni menos que una ordalía de la peor ralea. Así es como yo lo entiendo. En el más pueril e ineficaz de los monólogos me pregunto a intermitencias: ¿Cuándo saldré de aquí?

(Viernes 16 de octubre 1964. Fuera del Hospital. Desquiciamiento. Libertad) La enfermera finita, con cara de muñeca y guiño como achinado es la que se encarga de acompañarme hasta el estacionamiento donde me espera mi coche. Me entrega las cosas que dejé depositadas en el momento del ingreso. Sigo desquiciado y mis maltrechos sentidos no dan abasto a organizar esta brutal sarta de atrocidades, a canalizar este derroche de impresiones. Así no puedo ir a ninguna parte, me digo. En perpetuo equilibrio entre el patinazo y la indecisión, la vida va a merced de la más caprichosa corriente, y lo único que hacemos es meter la mano en lugares fangosos, ¡uuuhhhffff...!

(Vida) Ya fuera del Hospital quiero hacer experimentos a

montones, sobre “cómo respirar, cómo mirar al mundo más despacio que nunca”. Bellas formas reconocibles [faldas y promontorios de incertidumbre amorosa] han merodeado una a una junto al vallado de mis sentidos. Aquí una sonrisa presintiendo el momento retardado del amor. Allí un gesto inútilmente sublime con el que no logro desperdiciar la memoria de su obcecación de siglos. Paso a paso, poso a poso, mi densidad ha ido poseyendo el maremagnum de ficciones que besaron en vano la pulpa acibarada de mis labios. En total han sido seis noches... Pero yo debía mezclar las tendencias carnales, los amores de inmediatez sensorial, con otros encuentros, y así ver de generar poemas; y así, ver de preservar mi cosmo-bio-patología. En el *party* de ese mismo viernes por la noche que organizó Lorenzo repartí besos de hastío y me detuve muchos momentos, de codos y meditabundo, al borde de todos los huecos donde me pareció ver hervir un manantial de alma. Me quedaré eternamente apoyado ante el umbral de las cosas. ¿Y el mundo? No hice más que preguntarme cosas. Me digo que mientras dure mi hondo batallar entre la maraña de cosas, algo de resurrección me debo de estar ganando, ¿no?

Pero también ocurrió que en ese *party* conozco a Isabel, hermana de Lorenzo... Después de habernos presentado, una de las veces que pasaba ella por entre el barullo, y con un vaso en la mano, me acerqué, y ungido en osadía atípica e irreconocible, la sujeté bien el torso y la cabeza, y la estampé un cálido y amplio e intenso beso en el cogote. Me miró, me dijo: “atrevido”, y siguió su menester. Yo también continué desenredando la liana de mi cabeza. Sin tino y furiosamente voy de libación en libación mental: Aquí escupiendo; allí chupando; más allá con la palabra inventada, y en todas partes con la odiosa repetición de un molde amodorrado en la conciencia vieja. Cartas, citas al vuelo, presentimientos arriesgadamente confiados me han estado invadiendo, saliendo, entrando a saco. Ya estoy totalmente herido por la realidad; ya estoy desenamorado de muchas cosas que calaron hondo hace sólo unos cuantos días. Y por si fuera poco, aunque..., aunque en rápido descenso hacia la desaparición, este dolor de mi pierna como una irritante e incansable conciencia de mi

mezquindad, me recuerda todo: Los sueños y las luces que amaso cuando estoy despierto.

(Totalidad. Conclusiones. Sábado 17 de octubre 1964) Recuerdo a rachas. No más machetazos, dice mi alma. Siento el ahogo de poner a secar, de dar vida definitiva a las realidades que me han vulnerado con su amistad infecciosa últimamente. Agonía pura de querer amasar las huidas, las permanencias, el recuerdo ahora también con patas peludas, cosquilleantes. Extensión que se me aleja de la palabra. Monstruoso nacimiento de formas corriendo fugazmente el campo de mi mejor alcance. Soy incapaz de dar nombre a las cosas, de recrearlas para mí mismo. Tengo dolor en las ingles, como si un barrunto de dedos o de cilicios me hubiera acariciado desde debajo de donde me sostengo. Yo también me he acercado al espejo para contemplar la mueca y el estrujamiento [ansia infinita de mutación negativa] que estos seis días de hospital han marcado con palidez en mi cuerpo. Así, me he palpado más cariñosamente que nunca, deseoso de mimar cada porción de materia sufrida y receptora. He devorado siglos de vida imaginativa, elevándome semi-asfixiado por encima del oleaje temporal, sintiendo irremediabilmente cómo la espuma yuguladora del tiempo me daba el golpe de gracia con su vértice en la más radical horizontalidad. De todo esto que me estoy dando prisa en poner en claro ignoro lo que me vaya a quedar en el fichero del espíritu. No quiero pensar que en la obstinada criba de la fatalidad y del capricho se vaya a malograr la materia innominada, la sin substancia, y que hasta allí vuelen las criaturas que sintieron frialdad en el cobijo de mi palabra. De aquel enconado forúnculo conservo su huella en el trozo correspondiente de epidermis ligeramente ondulada, arrugada, de formato elíptico. Un par de años más tarde, y ante la continuada propensión a sufrir complicaciones tan pronto como se me infectaba un folículo del vello, mi padre me llevó al Instituto IBYS de Madrid donde, con pus extraído del grano que en aquel momento me laceraba, me prepararon un frasquito de autovacuna, cuyas dosis me fueron inyectadas en los brazos por mi padre y por los entonces sanitarios y grandes amigos de mi casa, Garcés y Brígido. En medicina no

conozco nada mejor que las autovacunas.

Pero el mito de las enfermeras tenía que procurarse una encarnadura, un encofrado. La niña finita, con cara de muñeca y guiño como achinado, fue la primera a quien invité a salir [to date] de entre las que se certificaron como disponibles en el Hospital. La llevé a cenar, y luego a mi piso con el deseo de proceder a una sesión de intimidad. No olvidaré nunca que la cogí en brazos, como si fuese un infante, para trasladarla al dormitorio. Me dejó andar así, como complacida, tres o cuatro pasos. Pero cuando apareció la cama ante nosotros, con toda su plasticidad semiótica, mi amiga dio un pequeño pataleo, me indicó que la pusiese de pie en el suelo, y componiéndose el leve desorden que mi pirueta le había causado en su ropa, me dijo muy seriecita: “You Know? I've gone through this before” [“¿Sabes? Ya he pasado por esto antes”]. Inútil hubiera sido cualquier explicación. En tales estadios de la realidad poco puede la dialéctica. ¿Qué tendría yo que ver –me atreví a musitar para mis adentros– con lo que ella hubiese hecho o dejado de hacer en su pasado? Me pidió que la llevara a su casa, y así lo hice. Me sigo y me seguiré preguntando: ¿Por qué serán así las mujeres?

De Joy no he hablado en lo que pudiese haber parecido “su momento” con el fin de rescatar su más justo valor mediante esta finta retrospectiva. En uno de mis días de hospital recuerdo que la ronda de rutina a las habitaciones, y la administración de las dosis medicamentosas corrieron a cargo de una enfermera nueva para mí, con un perfil de cara algo distinto del patrón que hasta entonces yo hubiera entendido como normal. Bajo la vestimenta de enfermera dejaba traslucir rasgos de cierta reciedumbre, de cierta rotundidad, sin llegar a la corpulencia. Me dijo que estaba en su primer año de prácticas; y al informarle yo que era español, profesor de la Universidad..., y esas cosas, me pareció advertir en su semblante ese vado de aquiescencia que invita a seguir... profundizando. También me dijo que era su única jornada de trabajo en aquella sección, y que por lo tanto, probablemente, no me volvería a ver en el Hospital. Me dio su nombre, Joy, y su teléfono. Creo que fue a la semana siguiente

de que me dieran el alta... La encontré en casa cuando telefoneé, y al acompañar mi pretensión de verla, de encontrarnos, con la consabida invitación a salir, a cenar..., me dijo que no podía, que tenía que estar en casa..., que sus padres estaban de viaje, y que les había prometido que cuando llamaran la encontrarían en casa para recibir instrucciones. Era todo normal, pero, ¿qué hacer? Pues me dijo que estaba encantada de verme, y que lo mejor es que me acercara yo hasta allí y que llevara algo de comer y así nos ahorrábamos tener que salir. Muy bien. Me pasé por un “take-out shop” y me planté en su casa con una estupenda pizza, bebidas enlatadas, y postres de golosina. La vivienda de Joy era decididamente modesta, creo que toda ella de madera, con un... punto de desorden en el un tanto raído mobiliario y demás cachivaches que la orquestaban. Hablamos de las cosas típicas sobre las que no pudimos hablar en el Hospital... y me dice con toda naturalidad que ella es... india. ¿Cómo india...? [¿Que tenía que ver la India indostánica con Joy? –me atrevo a intercalar–]. Cándidamente tropecé yo en la trampa de no distinguir en ese instante entre hindú, de la India propiamente dicha, y todo lo demás. Sí, hombre, india, india americana... piel roja, apache, sioux, navajo, lo que fuere. ¡Estúpido de mí por no darme cuenta! Y el caso es que conforme avanzaba la conversación yo iba percibiendo la autoafirmación de unos rasgos étnicos en Joy que me parecían más y más privativos... Se ofreció de buena gana. Sobre la algo destartada cama de su habitación lo hicimos...

Pepe Azcárate [huelga decir que me había visitado durante mi calidad de paciente] compartía piso con otro residente médico, hindú, éste sí, de la India, de Calcuta para más señas, y que se llamaba Mack. Era un tío parlanchín, simpático y ceremonioso que hablaba ese gustoso inglés colonial, tan asequible para los no angloparlantes. Mack era chancero, se preciaba de poner siempre un justo “dash” [toque, pizca o espolvoreo] de especia en los condimentos a su cargo, y tenía todo el tiempo que estaba en casa un tocadiscos enchufado con canciones y música de los Beatles. A mí, por ser amigo de Pepe, o por lo que fuere, me dispensaba un cordialísimo trato. Resulta que habían

programado un “party” en su piso para el viernes siguiente al momento de que se tratase. Y resulta que, además de algunos otros invitados, en lo que se refería a la gestión de Pepe y Mack habían éstos concertado con tres enfermeras que –según dijeron– formaban un grupo compacto en lo de acudir a las fiestas. Lo debieron de consultar con ellas, y acto seguido me lo comunicaron a mí: Que si no me importaba formar pareja con una amiga de las amigas, de las amigas... O sea, la típica e inquietante “blind date”, cita a ciegas, con la tercera de las chavalas en cuestión. “Bueno, les dije: De acuerdo. Probablemente sea un petardo la chica que me hayáis reservado... pero no importa. De acuerdo...” Mis experiencias anteriores [y las que posteriormente se sucederían] se conformaban a ese aspecto adusto e inmisericorde de las estadísticas: Cuando alguien te invitaba a una fiesta para acompañar a alguien que no tenía pareja... ¡petardo al canto! Cuando alguna amiga tuya, percatada de tu proclividad hacia sus encantos, te presentaba a alguna otra amiga suya... ¡petardo al canto! [¿No sería tonto y suicida presentarle a uno alguien que pudiera desbancar y/o canalizar hacia ella los privilegios monopolio de la presentadora, etc., etc.?]. Sí, todo ello era lógico y sabido pero el caso que nos ocupa no presentaba problemas porque en la peor de las situaciones yo iba a encontrarme en un buen ambiente, distendido y amistoso. Y he aquí que se materializa el principio de que aun la regla más monolítica y cumplida guarda en los entresijos de sus supuestos una fisurita de excepción. Y Cathy –que así se llamaba la enfermerita que me habían enchufado– era toda una excepción. Vaya si lo era, al menos en lo que a aspecto se refiere. Era de estatura media, bien proporcionada, facciones correctas, bonitas, pelo clarísimo, tirando a rubio, con [así me lo pareció] alguna mecha plateada. Llevaba un vestido de una pieza, colores blanco y negro combinados en un patrón como de espiguitas; “cleavage” [abertura de escote y canalillo de los senos] prometedor. Creo que se esperaba otra cosa, yo qué sé, cómo saberlo... acaso ni ella lo supiera, porque nuestra menguada conversación discurrió por planos neutros, desentendidos. Hay que tener en cuenta que en esto de las citas o reuniones con elementos, con

personas de trasfondo cultural anglosajón, el mantenimiento de formas es un factor capital. Quiero decir que Cathy era *mi* cita y que en caso de no conectar ni avenirse conmigo, podía hacer cualquier cosa excepto “enrollarse” con otro varón. Por suerte para todos, en el batiburrillo que se forma en tales “guateques” el alcohol es el compañero de los solitarios y el mejor salvoconducto de... casi todos. Cathy, de momento, comenzó a ingerir cerveza y whisky en plan fuerte y supongo que dentro de la banda de permisividad que le comportaba el alcohol, se dejó zarandear por mí y apretujar durante alguno de los ritmos lentos y restregones que salían del tocadiscos. A mí aquella chavala me gustaba, sin hacer entonces distingos de ningún tipo, sino compaginando y mezclando en una sola armonía todos los componentes posibles en el enunciado del “me gustaba”. Y, no es difícil suponer, yo me encontraba con el falo desplegado con toda rotundidad, desinhibido y empalmado, sintiendo las primeras avanzadillas de semen acercarse con urgencia... En una de aquellas progresiones del baile [si es que baile se puede llamar a aquel abrazo de pulpo sin casi desplazamiento], recuerdo que medio empujé, medio alcé a Cathy a través de un pequeño pasillo, y que la tumbé boca arriba en la cama de una habitación de enfrente, y me puse encima de ella... Mientras me empezaba a correr... la desabroché con presteza el vestido, se lo saqué por los hombros, me apresté a manipularla un precioso sujetador blanco, caladito, en busca del broche, por detrás... Pegó un respingo conforme yo me estaba corriendo, se medio incorporó de la cama y con acento algo encharcado, algo enronquecido por la bebida, me espetó un airado: “ ¡Hey... you're a fast handler!” [Eres un rápido maniobrero]. ¿De veras que yo era tal cosa? No lo creo, en absoluto. Lo que supongo es que en aquella ocasión yo debí percibir con inapelable intensidad el absurdo de esperar a que alguien perdiera buena parte de su conciencia hasta el punto de no haber podido asumir el sentido, el ofertorio de mis demostraciones. Con eso de “fast”, ¿quiso decir Cathy que me adelanté, que me precipité en mi abordaje a su intimidad; y que de haber esperado más rato, ella se hubiera sentido cooperante? ¡Bah, no

lo creo ni me importa! En primer lugar, por lo ya advertido de que acaso para entonces, para cuando Cathy se hubiese sentido “ready” pudiera no ser más que un trozo de carne soñolienta e incómoda. Y en segundo lugar porque mi eyaculación precocísima no entendía de dilaciones. Al final de la fiesta la llevé al Hospital e intenté besarla en la boca en el trecho desde el aparcamiento hasta la puerta principal. No me lo permitió: Me contuvo y creo que ahí afloró su profesionalidad. Se llevó la mano a la boca, miró furtivamente un segundo o dos, y echó a correr a medio esconderse tras los ramajes de un arbusto... Pude oír el ruido como de grifo de la vomitona. Con todo, le arranqué una cita para el día siguiente, sábado. Aceptó, noté, así como automáticamente. Y en efecto, como me temía, mediante un telefonazo de cortés antelación, rompió la cita.

Otro buen día me llama Pepe Azcárate y me participa que una enfermera de su Hospital le anda persiguiendo... Que han quedado en salir a cenar... y que, por tener ella una amiga íntima, también enfermera, sólo que de otro centro sanitario..., han pensado en mí. ¡No faltaba más! Imposible acordarme del nombre de ninguna de las dos, aunque conservo perfectamente la disposición del chasis y del recubrimiento cárnico de ambas a la perfección. Como hipótesis de trabajo llamaré Helen a la abundante en volumen y en desparpajo, más bien rubia –la amiga de Pepe–; y Julia –menos rellena, más esbelta, pelo castaño– a la mía. Nuestra primera cita consistió únicamente en llevarlas a cenar, y fue un éxito de desarrollo y de logística. Era absolutamente inusual ver a dos caballeros hispanos hacer de anfitriones al unísono en favor de dos chicas canadienses. Alguna vez, en años muy posteriores, Pepe se refería a un detalle nimio en su ejercicio pero enormemente revelador en todo lo demás: Fue que en aquella primera cita, nada más echar a andar desde el aparcamiento hacia el restaurante, nos dimos cuenta ambos de que marchábamos indebidamente, entre la pared y ellas; y que al advertir la natural incorrección de nuestro proceder en aquellos dos o tres primeros pasos, y ni uno más, saltamos Pepe y yo como por un ensayado resorte, cediendo a nuestras invitadas la derecha protegida, y una

mayor comodidad en nuestro caminar por la acera. Acercarles la silla al sentarse, tanto al comienzo absoluto de la cena, como cuandoquiera que alguna de ellas se ausentase al cuarto de baño..., anticiparse en la cesión y traslado de los cacharritos de la mesa..., etc., etc. tan sólo supuso reconocimiento añadido a la partida principal de crédito que Helen y Julia nos habían concedido desde un principio.

Este corte de tiempo que me estoy esmerando por rescatar, últimos de 1964 o comienzos de 1965, correspondía a mis 28 años plenos. La edad de mis reciprocidades femeninas solía frisar, año arriba o abajo, con los veinte. Julia tenía 26 y, según mis cálculos, era la mujer que en Norteamérica, hasta la fecha, más se había aproximado a mi propia edad. Un par de semanas más tarde recibo una llamada de Julia comunicándome que nos invita a Pepe y a mí a comer en casa de sus padres, que vivían en el campo..., y que si nos parece bien tal o cual día. Sí que nos pareció bien y allá fuimos Pepe y yo, con obsequios tan universales y tan del caso como un buen ramo de flores y una frondosa caja de bombones. La comida no tuvo nada de especial: En ocasiones así, la parte que invita suele ofrecer un buen pedazo de carne, con ensalada..., un postre casero y rico..., y ¡a correr! La familia de Julia cumplió holgadamente con las expectativas del caso, pero lo que nunca olvidaré, aquello que durante toda la comida pareció destapar y convocar más calorías que las propias viandas, eran las miradas continuadas, sostenidas, fijas e inquisitoriales que el hermano mayor de Julia no dejaba de dedicarme, de lanzarme. ¿Qué demonios le habría dicho de mí esta mujer como para inspirarle a este prójimo tan estrechísimo escrutinio? Llegué a sentirme incómodo, hasta medroso, aunque también es cierto que ante la posible y necia pregunta de: “¿Cuáles son tus intenciones?” que algún ascendiente, familiar, o simplemente metomentodo oficioso, me hubiera dirigido respecto de alguna hembra, lo único que cabe responder es: “Mis intenciones son las de intentar conocer *las suyas*” [*las intenciones de la chica*, se puede aclarar]. La verdad es que no recuerdo que él ni nadie hasta entonces me hubiera hecho tan inoportuna y estéril pregunta, y de veras que se lo agradecí...

Julia y yo nos vimos varias veces, embarcados ya en un “affaire” con derecho propio. Al cabo del tiempo yo debo y quiero recordar que aquella mujer era interesante; se separaba del gran rebaño de hembras americanas que hasta entonces habían conformado mi otra orilla, mi otro yo. Julia era enormemente femenina, y la primera vez que tras no pocas peroratas suasorias accedió a acostarse conmigo lo pude comprobar por la forma en que me acariciaba, por el temor como de que se rompiera algo; con que se dejaba besar y me besaba. Su ropa interior se podía catalogar de clásica: Medias, ‘petticoat’ o combinación de tirantes; brassiere elegante pero sin fantasías..., todo muy lejano a cualquier estridencia [o, mucho menos, zarrapastrosidad] de otras congéneres. Julia me gustaba, pero por eso mismo, el tema cardinal de ¿qué hacer con ella?, ¿qué hacer conmigo?, ¿qué hacer con nosotros dos? se erguía más severamente admonitorio que nunca. Es curioso [y quien me lea alimentará justificadas sospechas de que intento ‘bacilarle’ y embromarle], pero no puedo asegurar si llegué a consumir una penetración con ella o no. Recuerdo que Julia me decía ser virgen, cosa a la que yo ni objetaba ni dejaba de objetar. Simplemente me daba por enterado. Pero lo que sí pude constatar lastimosa y desesperanzadamente las varias veces que estuvimos juntos es que su chasis, y por la zona venusina a la que necesariamente me estoy refiriendo... resultó ser algo impenetrable. Me consta que Julia, por complacerme, ponía todo su empeño. Sencillamente mi ‘linga’ no se daba maña a horadar su ‘yoni’. Lo intentamos una y otra vez en más de una jornada. Ni a tiros. Probamos a colocar una almohada debajo... para que el ángulo de exposición... ¡yo qué sé!.. Nada. Era como si su arco pubiano, a modo de viga, constituyese una barrera infranqueable. Unido lo cual a la incontinenencia de mi eyaculación precoz..., generó, como digo, el acertijo para la historia de si la penetré o no. Y la verdad es que creo que no. Jamás, jamás olvidaré la frase con la que Julia, entregada, amante y ternísimamente compendiaba todo el asunto: “¡Oh, Thomas, we are a couple of hopeless lovers!” [¡Tomás, somos una pareja de amantes... sin redención; o acaso, sin futuro, sin remedio, sin

esperanzas, imposibles..., etc!]

En un orden menos solemne o menos transcendental de cosas me cumple referir que mi rodaje como conductor en América sobre coche americano se había consumado. Dos únicos pequeños reveses sufrí. El primero, con el Chevrolet Corvaire, de color encarnado, que me había alquilado para todo el curso 1963-1964. Resultó que una noche de invierno que salía yo del campus, la avenida que desembocaba en una de las frecuentes “roundabouts” [plaza circular o glorieta de regulación del tráfico] estaba más resbaladiza de lo acostumbrado, y tal vez yo fuera un pelín más fuertecito de lo que una conducción cien por cien a la defensiva, que espera lo peor, hubiera aconsejado. El caso es que percibí lo que se percibe en tales circunstancias: Que me faltaba espacio, que me faltaba... que me faltaba... ¡¡¡zzzoommh!!!.. salté el bordillo del macizo de la rotonda y allí me quedé varado, surto, con una rueda cortada por la cubierta y abollada por la llanta. Curiosamente, aquel supuesto de accidente estaba previsto en los términos del contrato de alquiler, y no tuve que pagar nada.

El otro siniestro, curso 1964-1965, se lo infligí a mi segundo coche: Chevrolet, parecido al anterior, pero algo más moderno, en color hueso y tipo Chevette. La cosa vino a ser así: Al torcer yo hacia la izquierda desde la calle Hale a la calle Dundas, me dí un rasponazo con otro coche que venía desde dicha izquierda. Aplicando una mecanicidad simplista y cómoda no parecía haber duda de que yo era el responsable, ya que al final de la calle Hale había una señal de STOP, y además, la calle Dundas en aquella intersección estaba favorecida con preferencia total de tráfico o tráfico continuado. El texto de la notificación, una vez verificado el informe policial *in situ*, no dejaba lugar a dudas: “Did drive motor vehicle licensed as number 900.215 on Hale Street approaching a stop sign at the intersection of Dundas Street a through highway, enter Dundas Street and fail to yield the right of way to another vehicle approaching so closely on the through highway as to constitute an immediate hazard, contrary to Section 64, Clause b of the Highway Traffic Act”, que equivale

holgadamente a: “El coche de matrícula tal... y... tal, acercándose a una señal de STOP en la calle Hale con la de Dundas, de tráfico preferente, entró en esta última sin ceder el paso a otro coche que se aproximaba muy de cerca, provocando así un inmediato accidente..., recogido y sancionado en tal... y... tal sitio”. El accidente tuvo lugar el 19 de octubre 1964; la notificación que he transcrito me fue remitida el 29 del mismo mes, y en caso de no avenirme a pagar 12.50 \$ y dejar finiquitado el asunto, tendría que comparecer ante el Juez de Paz el 9 de diciembre. Aunque en aquellos tiempos los 12.50 \$ corresponderían a unas cinco veces su valor actual; o sea, a unos 65 \$ no dejaba de ser razonable y asumible para cualquier bolsillo. Pero he aquí que, estudiado con detenimiento, el caso presentaba unas singularísimas particularidades, o tal creía yo. Si era una realidad incontestable que todo vehículo que arrancara desde un *stop* debía ceder el paso a todo otro vehículo que, por lo tanto, tenía preferencia absoluta de paso, en el supuesto mío resulta que por la existencia de unas vías de tren, cortando la calle Dundas a unos veinte metros de la intersección con Hale, justo donde se produjo nuestra colisión, el coche cuya preferencia de paso nadie niega, debería haber reducido velocidad, concediéndome a mí el suficiente tiempo como para completar el giro a la izquierda y haber evitado el rasponazo. Si yo pudiese demostrar –pensé– que efectivamente cedí el paso, pero que la velocidad inmoderada del otro conductor [velocidad que –¡ahí descansaba la sutileza!– debió reducir por tratarse de atravesar las vías de ferrocarril, a unos veinte metros, insisto, de nuestro encontronazo] fue la causante del accidente... Se trataba, por consiguiente, de no quedarse en la primera mitad del precepto legal... “El conductor de un vehículo que se proponga entrar en una intersección... cederá el paso..., etc.” sino de fijarse en su terminación... “y habiendo cedido el paso, procederá con cuidado, y el tráfico proveniente de cualquier otra autovía será el que ceda ahora el paso al vehículo que se desplace en la intersección...”

Se lo consulté a Lorenzo que a la sazón se hallaba en su primer curso de Derecho, y me dijo que por él, que sí, que me ayudaba, que

me acompañaba el día de la vista, y que hablaba por mí... como representante, como amigo..., como defensor..., como lo que hiciera falta. Jamás se me olvidará un vendedor de barajas con truco que en la calle de Libreros de Alcalá de Henares, en unas Ferias de hace muchos, muchos años, se recreaba y se esforzaba en demostrar el funcionamiento de las cartas trucadas, y el resultado entre sorprendente y cómico de la trampa. Ante la reticencia y/o falta de decisión de los que rodeábamos sus manejos, el hombre..., a falta de otro mejor o más definitivo argumento para vencer la apatía de los indecisos, nos salió con: “Pero señores, por un duro, ¿qué más quieren? El cachondeo bien lo vale”. No sé si el ejemplo es completamente transferible al asunto que nos ocupa, porque todos estos prójimos que actúan “in Her Majesty's name” se toman esto de la justicia con una sobre-dosis de inflexible empaque. Así que, de cachondeo, nada. Pero satisfacer la curiosidad también tiene su precio. Y además, ¿qué podíamos perder? Pues podíamos [quiero decir más propiamente, podía yo] perder otra cantidad equivalente a la multa; o sea, otros 12.50 \$, en total, 25.00 \$. Venga, vamos por ello, nos dijimos. Y así dibujé un croquis, hice mediciones, tomamos fotografías, ensayamos preguntas y respuestas... De todo el papeleo que obra en mis archivos guardo predilección por una carpeta con el letrero identificativo de “Juicio” en la solapa, en la que conservo, prácticamente, todo lo relativo al tema. Conservo apuntes, preguntas y contra-preguntas, réplicas y contra-réplicas de puño y letra de Lorenzo; también conservo el esquema final de mi argumentación, que concretaba estos puntos:

1º El otro conductor rodaba por lo menos a 50 m.p.h., sin luces de cruce, sino sólo de estacionamiento.

2º Iba con una mujer.

3º El golpe se produjo a unas 15 yardas de la vía.

4º Si hubiera marchado a 20 m.p.h. hubiera podido parar, ya que se debe cruzar la vía férrea a 20 m.p.h.

5º Cuando yo continué el viraje no había nadie, estaba el camino despejado.

6º/ Una de dos: O me vió o no me vió. Si lo primero... bueno, su Señoría dirá. Si lo segundo, es que estaba lejos, y luego aceleró.

7º/ Después del choque, el otro conductor tardó 40 metros en parar, lo cual indica que iba a más velocidad de la permitida... etc., etc.

Prometo por mi honor y, sobre todo, por la cantidad de sentido común que pueda concurrir en mi persona [póngase el calificativo de medición que a cada cual más le plazca] que yo ví en mi caso un ejemplo de veracidad, tan válido y tan debatible como cualquier otro; y que aposté por él... y sigo apostando por él, hoy, ahora, aquí, a 6.500 kilómetros de distancia y a más de treinta años de vibración en el tiempo.

El día de la vista el juez no nos hizo ni caso. Dijo, por mis explicaciones, que “he had heard that many times before”. Puta mentira, pensé yo y sigo pensando, porque ello equivaldría a que en todas y cada una de las intersecciones existiesen unas vías del tren dispuestas de la misma manera como lo estaban las de la calle Dundas en su casi encuentro con la Hale. Otra cosa es, y eso sí lo entiendo, que el sistema prima a la mayoría [mayoría, montón predominante, en lo que sea, tanto se tratara de actitudes patricias como de majaderías envilecedoras], y que si la mayoría [principio general, respecto de mi caso, para más señas] ha sancionado que todo conductor que arrancando de un *stop* es ocasión –¡ni siquiera causa!– de cualquier tipo de accidente, y por lo tanto culpable... ¡pues se acabó! La posible razón de un caso especial no compensa la re-composición, la rectificación cualitativa que habría que infundir en el sistema, y los costos cuantitativos de semejante excepción. Ahora bien, lo que sí he alabado de estos prójimos es su deportividad. Al término de todo, el fiscal o ‘prosecutor’ que nos amenazó durante la vista con dejar de ser “lenient” [benigno] conmigo si nos poníamos pesados e insistíamos en basar nuestros razonamientos en semejantes sutilezas de excepcionalidad, el fiscal, digo, se quedó charlando con todos nosotros, sonriente, como si no hubiera pasado nada. Lo recuerdo bien: Era un hombre alto, de unos 50 años, con la cara picada de

viruela. El *inri* de aquello se me hizo patente al salir del edificio de los Juzgados, acercarnos al coche y advertir que tenía una multa de 3.00 \$ por exceso de tiempo de estacionamiento. Lorenzo se reía, muy a su manera de contrarrestar los problemas, o por lo menos, de fingirlo. Pepe Azcárate vino a presenciar el pleito, y en las pocas, pero intensas, ocasiones en que nos hemos vuelto a encontrar, hallándonos ambos ya definitivamente en España, me sigue asegurando que nada le distrajo y le aleccionó tanto como aquella vista.

Respecto de mi trabajo y funciones académicas, todo me hacía constatar mis impresiones iniciales, a saber: Que el traslado de M.S.U. a U.W.O. había significado un parón momentáneo en el ritmo ascendente, meteórico, de que mis ‘habilidades’ se habían hecho acreedoras. Percibía que la inexorable ley de la oferta y la demanda había dado conmigo en London, Ontario; percibía que Sherville, en buena lid, se había aprovechado de las circunstancias, dado mi calibre para aquellos tiempos que corrían; y que, en una palabra, yo podía a nivel personal sentirme “over qualified” [supra cualificado] para el desempeño de mis labores universitarias. La conciencia de esa realidad compartía protagonismo con otras reflexiones recurrentes que versaban sobre mi futuro... a medio plazo, digamos. Me producía malestar, desazón, encontrarme, de pronto, con que ciertas fuerzas introspectivas tiraban de mí, de mi más íntimo yo, y me colocaban delante del molesto tema... ¿Qué rumbo estable, definitivo... a medio plazo, al menos, como dije, iba yo a dar a mi vida? Hay preguntas que a ciertas alturas de la existencia han dejado de encerrar mordiente, porque las demás cosas, todo lo que no somos uno mismo, se encargan de resolvernos... ¡gratis! Pertrechados con el mejor sistema posible de defensas, lo único que nos compete entonces es recibir esa andanada de hechos consumados. Pero a los 28 años era tal, tan ilimitada la pujanza, la fe que desplegaban las potencias mías, que no bien acabado de formularme una pregunta así, mis vísceras, mis sentidos, la estaban ya tachando de irreverente y ociosa. ¿Para qué pensar en nada que vaya más allá del aquí y del ahora, si estas dos nociones mi alma, desde mi cuerpo, desde el trasiego de mi linfa, las percibía como

inacabables? Empero, no dejaba yo de inferir vagamente, eso sí, muy vagamente, que yo regresaría a España... alguna vez; y que entonces mi campo de docencia y de investigación sería ineludiblemente el de la Filología Inglesa, puesto que ahí, precisamente ahí, en esa parcela amojonada y vallada del conocimiento era donde yo había obtenido mi Título de Doctor... y dejándose uno de elucubraciones sandias, a efectos de la carrera funcionarial y salarial que fuere, ése era el título y ésa era la vitola desde los que yo tendría que diseñar mis solicitudes, mis pretensiones.

Mis clases de Lengua y de Literatura, después de la preparación y rodaje monstruosos a que me sometí en M.S.U. no ofrecían problemas. Sherville, todavía Director del Department of Romance Languages durante mi primer curso allí [luego, directa y brutalmente ambicioso, él escalaría el puesto de Vice-Principal o Vicerrector]..., Sherville, digo, algo debió de ver sobre “mi caso”. Un día, no sin cierta ceremonia, dentro del rigor económico de sus explicaciones, me llamó a su despacho y me comunicó que los alumnos de mi clase de cuarto curso de Literatura [la del *Quijote*, con Lorenzo Gironés entre ellos] estaban encantados con mi erudición y con mi método. Le estoy viendo la cara y la expresión: “Just one comment: ¡Wonderful!”, me trasladó, como cifra y compendio del veredicto de opinión de la clase, al tiempo que me participaba su más indeclinable deseo de comenzar un Programa de Estudios Graduados en Literatura Española, del que yo sería su más conspicuo adalid... [Bueno, pensaba yo, en cualquier caso... ¡mejor que le digan a uno cosas así, que no, que se acuerden de su madre!...] Pero la única innovación realmente notoria que experimentó nuestro Departamento fue el fichaje de un Full Professor de los U.S.A [no recuerdo de qué Universidad previa provenía], Weston Flint, algo rubiales, recortadillo de figura y un sí es no es retorcidillo de espíritu. Ocupaba la vacante de Sherville aunque éste, aupado ya a funciones administrativas de alto nivel dentro de la Universidad, todavía retenía y controlaba una buena parte de su carga docente, y la coordinación de los estudios de español. [Cuando ya estaba yo profesando en la Queen's University de Kingston, asimismo

en Ontario, me remitió Weston Flint, dedicado “con un abrazo” su artículo “Más sobre la prosa de Solana”, *Cuadernos de Son Armadans* CXXI, abril 1966, pp. 32-52. Se lo agradecí] Y al cobijo de esta mención anticipada de la Universidad Queen's donde transcurrirían mis últimos seis cursos en Canadá, 1965-1971, debo reafirmar ahora el nivel de... digamos, ‘segunda división’ que por aquel entonces presentaba la U.W.O. Parece que también por aquel entonces se comenzó a gestar por los órganos rectores el carácter definitivo con que se identificaría a esta institución de London. Y lo que debieron decidir entonces, quedó sin duda alguna orientado hacia el gigantismo. The University of Western Ontario entiendo que en el momento presente cuenta con más de 35.000 alumnos, mientras que, por ejemplo, Queen's no llega a los 20.000. Como ilustración de lo que estoy refiriendo, debe señalarse aquí que en 1991, desde aquí, desde España, creí oportuno obtener unas certificaciones de los servicios prestados en mis tres Universidades de América del Norte: Tanto M.S.U., como Queen's me enviaron lo que requería como si de ayer se tratara cuando dejé de pertenecer a su profesorado; mientras que, para sorpresa y disgusto míos, los de U.W.O. me comunican que no conservan documentación, ni ficheros, sobre profesorado de aquella época, que tampoco creo yo que se refiera al pleistoceno, sino a 1963-1965. La constatación certificada que les pedía tuvo toda su legitimidad y surtió todo su efecto mediante una carta de... ¡Jean Cross Newman!, declarando que era cierto que yo era yo, que yo era quien era, que había trabajado en U.W.O. en la época aquélla, y que ella, Mrs. Newman, había sido compañera mía. ¡Bendita y providente mujer!

En el último trimestre natural de 1964 la editorial Macmillan sacó *La Conversación al día: Aspectos de la Civilización Hispánica*, el libro de texto que dos colegas míos de M.S.U. y yo habíamos confeccionado durante mi segundo curso en East Lansing. Tuvo éxito inmediato y ello le dio un buen empujón a mi ego. También por aquellas fechas comencé a obtener libros desde París de la Editorial Ruedo Ibérico, libros de imposible adquisición por aquel entonces en

España. Se encargaba de enviármelos Carlos Carchenilla a quien había conocido varios años atrás en uno de aquellos perogrullescos, fantasiosos y teatralísimos así llamados “cursillos de cristiandad” en una localidad de la sierra de Madrid; cursillo del que los dos, sin conocernos, coincidimos en marcharnos el último día, incapaces de tolerar aquel lavado, fregado y esmerilado de cerebro... tan por las buenas y tan sin venir a cuento. Quede aquí consignado, con todo, que la experiencia fue de lo más enriquecedor de mi vida, además del valor añadido de haber conocido a Carlos con cuya amistad me sigo ennoblecendo a través de años y años...

Fue también en 1964 cuando edité mi tercer volumen de poemas, *Amor venidero*. Tuvo que ser en verano, a mi regreso del viaje a Gran Bretaña e Islandia. De cualquier forma recuerdo mis gestiones con los responsables de Artes Gráficas de los Talleres Penitenciarios de Alcalá de Henares. Alguien [probablemente se trataba de Pepe Salinas] me metió en la cabeza hacer una edición de cierto empaque, en papel especialmente bueno, de ese de color entre beige y crema, y textura levemente granulada. Las pastas, en cartulina marrón oscura ofrecían el título y una raya horizontal gruesa en tinta verde; lo demás: Mi nombre, “Colección Galatea”, y una raya vertical más delgadita, en tinta negra. La letra inicial del Prólogo y la de cada poema estaban impresas, asimismo, en color verde. Las dimensiones del libro, 27 x 20, más un saliente de medio centímetro de pestaña para las cubiertas, resultaban notables para lo que se estilaba. Un primor y un alarde. No se me olvidará nunca que el detalle de la letra en tinta verde suponía tirar por segunda vez la hoja en que esto ocurriese, que era prácticamente en todas. Lo de “Colección Galatea” comenzó y terminó en ese libro mío, lo cual dará idea de la naturaleza efímera de estas aventuras poéticas, privadas y por libre.

Pero todo esto que acabo de señalar como argumento de información estadística e inevitable cede absolutamente al hecho de haberme asomado yo a mi libro en la fecha de hoy en que esto escribo, 4 de febrero de 1995, con el propósito de hacer una reseña de él para mí, para incorporarlo en esta viñeta de mi *Mujeres, lugares, fechas...*

En el Prólogo (Palabras para el amigo y para el lector) digo cosas como de persona mayor: “Se da vida al poema con la herida de su publicación...” ... “la fuente íntima del subjetivismo del alma de los hombres es el pan de mejor trigo cuando toca hablar en verso...” Y también que... “cuando hablo de poesía, dar trigo o tender a darlo es lo bastante para salvarse, con la capacidad de gloria de cada uno”... Desde luego que mis 27 años me habían hecho asumir o, al menos, entrever principios incontestables que sigo suscribiendo hoy día. El libro se organiza en tres partes: I. “Del mejor amor”. II. “Sonetos”. III. “Versos rescatados”. Hay de todo. Hay sorpresas prodigiosas, acentos solidariamente fieles, versos cuya factura no harían medrar ahora mismo mi expectativa de expresión:

Ç

Tenerte es, bien pensado, una muralla de alma  
que cuanto más se escala más pesa con la hondura  
de precipicio cierto

### **(Muralla)**

Cultivaba yo por aquel entonces el verso de contenido discursivo, negociando una dinámica mediadora entre un tiempo de conciencia y un automatismo de norte lírico y de exigente disciplina formal:

Yo voy buscando el poema a cada hora  
enamoramamente, con insistencia terca,  
como se busca el rastro de un sentido redoble  
o la música mansa olvidada en un sueño.

### **(Enamoradamente)**

Te doblas y recuerdas de las rosas  
la comba de su mística caída.  
El polen sazonado de las cosas  
cuando te alzas fecunda por mi vida.

### **(Destino: Cuartetos apasionados)**

No faltó tampoco la anécdota subitánea y disparatada a cargo de

un fraternal y genial amigo nuestro, Juan Luis Molina, quien, sacudido por el –según él– intensísimo acierto de uno de los poemillas de la Tercera Parte... se contuvo tan sólo por unas fracciones milimétricas de instancia de llamarme en mitad de la noche para felicitarme por el logro. Bueno, éste es el poema culpable del revuelo:

### **Poema B**

¿Cómo naciste, dí,  
si ya existía el alba? ¿O eras alba?  
Y rosa, suave, azul... ¿cómo vinieron  
si ya llegabas tú?  
Y goce, amor... y todo...  
¿Cómo nacieron, dí, cómo nacieron  
si tú ya lo eras todo?

A mí esta creación me sigue pareciendo una paridilla en tono muy menor, pero si la vida sólo es posible vivirla entre todos los humanos, la poesía debe acreditarse por la mayor cantidad de lectores, y ojalá que todos y cada uno de mis poemas merecieran el patronato espiritual y de asentimiento por lo menos de uno, tan sólo de uno, de un único lector. De mi incumbencia diletante respecto del ajedrez me queda de rastro en este libro el poema “Alfil”, muy intelectualmente incisivo en sus abrochadas redondillas, plenas de entreveradas adivinaciones:

Sin concretar en nada  
ni respirar la hez,  
hay algo de ajedrez  
en esta gris morada.  
Se lanzan los alfiles  
buscando diagonales  
y errores capitales  
encumbran a los viles.

Como he dicho o he querido decir, un libro en el que se mantienen muchas cosas por derecho propio. Sí, académicamente hablando no me puedo quejar, porque en U.W.O. me pasaron cosas

positivas: Lo del libro de texto de Macmillan; lo de la adquisición de libros iniciáticos del Ruedo Ibérico sobre España; lo de mi libro de poemas, etc. Curiosamente me percataba de que si bien los Departamentos de Estudios Hispánicos canadienses [con la sola y única excepción de Toronto, feudo de los, en primer lugar, Buchanan, y luego Stagg, Von Ricthofen, Marín, etc.] comportaban una minúscula y menguada parte de la entidad de los radicados en U.S.A, éstos recibían el español a través del idioléctico, cuando no adulterado, hispanismo encarnado por Méjico predominantemente; mientras que en Canadá *lo español* correspondía mucho más a lo propiamente castellano a través de Quebec, a través de Francia, a través de Europa...

Estas y otras cuestiones mantenían despiertas mis instancias y mis inquietudes sobre la perspectiva. Me repetía mil y mil veces que perder la perspectiva era la más terrible de las desgracias, por lo menos para un intelectual. Años más tarde descubrí que muchos españoles *la* habían perdido al quedarse indefinidamente en el continente de América del Norte. Se engañaban fingiendo ignorar que regresar a España con el único bagaje de “hispanista” era tan inoperante como llevar carbón a Newcastle o llevarse a la vendimia uvas de postre. Me metí bien en el magín que por cada doctor en Filología Inglesa había disponibles *quince* de Filología Hispánica; y al revés, que por cada *quince* puestos de Filología Inglesa había *uno* de la otra. Así que me decidí a dar el gran salto, el del reciclaje en las materias esenciales de mi carrera. Me ayudaron a tomar dicha decisión, de momento, la holgura que me permitían mis clases sobre aspectos de la Literatura Española trillados por mí; y también, en un orden más externo, el hecho, chocante hasta cierto punto, de que no existiera en U.W.O. club alguno de ajedrez, actividad que hubiese succionado buena parte de mi tiempo libre...

Por lo tanto desplegué unas primeras ejecuciones, cuyo sentido, en un plazo imposible de precisar entonces, descansaba en mi eventual regreso a España... Ese mismo verano de 1964 por cierto que ya había enterrado mis pequeños ahorros en la reserva de un piso y un local

comercial en Alcalá de Henares... Por lo tanto, digo, pedí autorización a cierto número de profesores de Lengua y de Literatura Inglesa para asistir como oyente o convidado de piedra a sus clases, algunas de ellas impartidas en el Middlesex College; otras, en diversos edificios del Campus... Seguí con asiduidad la clase de Historia de la Lengua Inglesa a cargo de Mr. Dean, un discípulo y colaborador del lexicógrafo británico Harold Orton. La materia de Antiguo Inglés (o Anglosajón) la impartía una profesora corpulenta... Betty, Betty... no logro rescatar su apellido. Tanto Dean como ella se caracterizaban por meter al alumno rápidamente en materia, enfrenarle con los textos que fueren; hacer de las explicaciones de clase aderezo y comparsa de las lecturas originales, y no al revés. Con estas dos materias quería yo, en parte, compensar, cual si se tratara de una deuda deportiva, lo penitencial que se me hicieron en Madrid, y el poco fruto que obtuve de ellas, debido al sistema ramplón y exclusivo de apuntes, con ocultación sistemática [¡quién sabe si dolosa!] de las fuentes normales, de los libros normales. ¡Como si los apuntes que se nos obligaba a transcribir en clase no tuvieran su fuente en los libros, en las obras que *no* se nos mencionaban! Aun siendo asignaturas de contenido muy distante de mis capacidades e inclinaciones, conservo un buen manajo de notas, con las fechas de celebración de las clases; y lo que es más, me gasté algunos dinerillos en libros tan clásicos, tan archiconocidos y tan de batalla como los de Albert C. Baugh, *A History of the English Language*. Second edition, 1963; Fernand Mossé, *A Handbook of Middle English* [traducción por James A. Walker de *Manuel de l'Anglais du Moyen Age des Origins au XIVe Siécle*], 1952; R.C. Alston, *An Introduction to Old English*, 1961; y sobre todo, un ejemplar de la edición de *Beowulf* de F.R. Klaeber [Tercera edición, 1950], obra clásica entre las clásicas; amén de un utilísimo *Book of Readings: From Old English Times to the Present Day*, compilado por el propio profesor Dean para sus clases.

Asisto, asimismo, a un curso monográfico de todo un año académico sobre Shakespeare, impartido por un tal B.L. Joseph; y desde mi status de profesor reconocido pude aprovecharme de varias

‘desk copies’ o ejemplares de obsequio de algunas obras de Shakespeare a cargo de la casa Penguin/Pelican. También asistí a clases sobre “Literatura Inglesa reciente” conducidas por James Reaney, Premio Nacional canadiense de Literatura. Y un ciclo de conferencias de Norman Jeffares sobre W.B. Yeats patrocinado por la U.W.O. como institución, remató, en conjunto, mi reciclaje en *mi* carrera. Mis lecturas privadas, mis rebuscas de tal o cual texto en la Biblioteca, y mi ininterrumpida y entusiasta ascesis con el inglés hablado de cada día [y escrito cuando hubiere menester] estaban haciendo de mis 28 años un campo de experimentación intensísima.

Debo decir que lo que hasta entonces iba yo percibiendo de Canadá eran patrones, módulos, muy provincianos, como correspondía a un “quiero y no puedo” de país. El gigante de los U.S.A estaba ahí, al lado, debajo y/o encima según se mirase y Canadá bailaba al son que le imponía el vecino. Las nacientes veleidades de Quebec, atizadas algunos años más tarde por el encalabrinamiento del ¡Viva Quebec libre! del general De Gaulle, se han quedado siempre, hasta la fecha, en eso: Vapor y burbujas de gaseosa. En su momento me referiré a los reportajes que dediqué al asunto. Baste ahora con decir que si un extranjero como yo encontraba muy bien el bilingüismo establecido constitucionalmente para Canadá, encontrábamos como provinciano y pueril recurso del pataleo en lo cultural las pretensiones de ascendencia francesa por buena parte de la intelectualidad universitaria. En Canadá *todo el mundo* se comunica o puede comunicarse en inglés; y hay quienes, unos pocos en rigurosa proporción, *además* se comunican en francés. Tal es la realidad si contemplada sin contaminación de partidismos. Ahora, en el momento en que esto escribo, septiembre 1995, se ha vuelto a la carga para exacerbar las fantasías de unos cuantos bobos: Estoy seguro que el plebiscito del año que viene sancionará la misma historia de siempre: Que Quebec reclama más autonomía, pero sin dejar de formar parte del federalismo canadiense...

Así, entre estas constataciones y degustaciones de provincianismo-ambiente y la dinámica de mis exigencias vivenciales,

que nadie sino yo podía propiciarme..., ocurrió, inesperadamente, por enero de 1965 que la Universidad Queen's de Kingston, y para su Departamento de Español e Italiano, anunció una vacante para sustituir, de momento, a un Associate Professor durante su próximo curso sabático 1965-1966. Soy incapaz de precisar cómo, a través de qué conducto [quiero decir, si se anunció la vacante en algún Boletín, etc.] entré yo en conocimiento del asunto. Pero me puse en contacto con el todavía entonces Jefe del Departamento, Harry Hilborn que, nacido en 1900, alcanzaba ya los aledaños de su jubilación voluntaria. La situación o, mejor dicho, la configuración geográfica de Kingston, a medio camino justo entre Toronto y Montreal, a unas 270 millas o 435 kilómetros al Este de London, y en el extremo nortoriental del lago Ontario, era cosa sabida o que se podía saber en cuestión de un minuto; así como que Kingston no llegaba a los 75.000 habitantes. Lo que ya constituía un tema de conocimiento más discriminante era que Kingston encarnaba a uno de los bastiones más establecidos y compactos de conservadurismo y tradicionalidad de todo el país. También –y ahí me apoyaba yo– su Universidad pasaba por ser una de las dos o tres más acreditadas, menos masificadas y más prestigiosas de Canadá. Claro que estas excelencias eran debidas a factores ajenos al Departamento de Español e Italiano, aunque la figura venerable de Hilborn ya era una notable salvaguarda.

Bueno, ¿y a mí, qué? -me dije. Yo estoy aquí para progresar, para ganar un sueldo mejor, y me dan de lado las cuestiones de idiosincrasia interna de estas gentes. Concertamos el día de la entrevista y, como es usual en casos así, me invitaron a dar una conferencia o disertación sobre un tema a elegir por mí de entre, digamos, “La novela picaresca”, “La poesía de la Generación del 27” y “El mito de Don Juan en el teatro español”. Yo entonces jugaba fuerte, muy fuerte; prácticamente me jugaba todo mi resto, y había campos en los que, desde mi calidad de nativo estudioso, y a niveles de Hispanismo para Universidad canadiense... nadie me podía ganar. Jugarme mi resto consistió en decirle a Hilborn que estaba de acuerdo; que prepararía los tres temas indistintamente; pero les pedía que

fuesen ellos, él y su Departamento los que en el momento de mi intervención decidiesen el tema sobre el que desearan que yo hablara...

Mi viaje a Kingston en mi coche lo efectué con el mayor sigilo en un día de diario en que no tenía clases en U.W.O. Lo había planeado para regresar en la misma fecha. Entre diez y doce horas de conducir y las aproximadamente tres o cuatro horas que durase mi visita completa a Queen's caían y cabían con mucha holgura dentro de mis posibilidades; eran un menguado reto para mis omnipotentes 28 años... Llegué y, como corresponde a una ciudad de tamaño recogido, me encontré en la Princess Street o calle principal, desde la que me dirigí al Kingston Hall, edificio también conocido como New Arts Building, sede del Departamento de Español e Italiano. Desde el mismo momento en que saludé al profesor Hilborn tuve la fehaciente premonición, la imparable certeza, de que me hallaba ante un cumplido caballero, perteneciente a una especie en peligro de extinción. [El tiempo me lo demostraría cumplidamente] Mi intervención estaba programada para las 16:00 pm. y recuerdo que Hilborn me sugirió hacer una parada intermedia en los aseos [lavabos y urinarios] “to get comfortable” según sus palabras. El saloncito de recepciones estaba preparado con pulcritud. Detrás de la posición que, como conferenciante, yo debía ocupar, se veían dispuestos los típicos útiles para un té subsiguiente: Tazas, recipientes, cajas de galletas, cacharritos, etc.

Hilborn me presentó al profesorado, en aquel momento compuesto por Arthur Fox, el Associate Professor cuya vacante por un año era objeto de la sustitución que yo solicitaba...; James Mc Donald [“Jim”, me dijo llamarse, de inmediato], un hombretón de facciones rotundas, pelo blanquecino y rizado en alboroto, y que andaría por los 35 años... Había también una chica española, de Salamanca, Julia de la Riva, profesora con el rango de Lecturer..., además de algunos estudiantes graduados y unos 25 alumnos, supongo que de los más mayorcitos y avezados. Allí mismo Hilborn me comunica que el Departamento ha llegado a la conclusión de que el tema de la novela

picaresca les parecía el más adecuado...

Estuve hablando durante 45 minutos, sin notas, sin apuntes, sin nada; con rotundidad, con conocimiento, con elasticidad de recursos, con pelos y con señales; sin desfallecer, sin aflojar el efecto de la frase acabada sobre la inmediata respecto del auditorio; con terrible pero digestiva erudición. Terminé, y en el turno de preguntas, tan sólo Fox, el profesor a sustituir, suscitó un tema de libro que contesté y dirimí con perentorio rigor... [¡Valiente elementalidad! -pensé yo más tarde. Todas las fuentes posibles de donde estos prójimos pudieran extraer materiales de conocimiento me las sabía yo de cabo a rabo; todos los manuales ¡...!]. Pasamos al té y tuve ocasión de hablar con una rubia preciosa, Janet, estudiante de tercer curso y que, sentada en el brazo de uno de los sillones anchotes y espaciosos, me estuvo mirando sonriente todo el rato que duró mi conferencia, generándose entre ella y yo la consabida complicidad en que dos corazones y dos inteligencias se consorcian, prestándose aliento, dándole pábulo a la exhibición salvaje de que estaba yo haciendo gala...

Salí de Kingston, de regreso para London, a eso de las 19:00 pm. y me dí maña a estar en casa a eso de la medianoche. Al día siguiente le conté a Pepe lo de mi entrevista en Queen's y, sobre todo, entre bromas y veras, le dije que me había 'enamorado' de una rubia, Janet de nombre. Con la cachaza que su corpulencia le prestaba, y al tanto ya de la etiología de mi más asiduo mal, recuerdo que me dijo: "¿Lo ves? No te puedo dejar solo". En algún tramo de tiempo no muy separado de entonces escribí este poema para Janet y que publiqué en el nº 11 de *Aldonza* (septiembre 1965):

### **Duna**

Apenas has nacido entre el murmullo  
de una cierta velada a mis expensas,  
y aun así varios verbos dolorosos  
crecieron en el alma doblemente,  
me han sembrado de ardores la memoria.  
¿Cómo haremos los dos para que el cisma  
que ya se deja ver allá a lo lejos

no desmorone nuestra duna ilusionada;  
la que el viento de amor ha ido creando  
al roce de mi voz y tu palabra?  
Por ejemplo, si te amo desde ahora  
y dedico una parte de mi tierra  
a abonarla contigo, con tu imagen,  
¿nacerá la verdad, la nadería;  
o creeremos quizás que otra madeja  
de tiempo se desteje en nuestras manos?  
Queda a tu discreción; un telegrama  
que ponga “yo te amo también y por lo tanto  
no sé lo que me pasa ni me importa,  
etcétera y etcétera”.

La semana siguiente a la de mi entrevista fue un no vivir, un vivir con una bomba de relojería sintonizada con mi sangre. Una de aquellas noches sonó el teléfono de mi piso a una hora en que, por lo tardío, pensé que se trataría de alguna de las amistades de esparcimiento... Era Hilborn. Me halagaba. Me felicitaba. Me daba cuenta de la estupenda impresión que había causado... y me comunicaba que le habían autorizado a ofrecerme el puesto de Assistant Professor para el curso próximo, o sea, 1965-1966, en el total convencimiento de que al curso siguiente me ascenderían de rango, dando por hecho, así, que me renovarían el contrato... ¿Assistant Professor? Por el silencio espeso y aplomado que yo protagonicé a tal oferta telefónica... “¿Assistant Professor?”, me atreví a balbucir yo ahora, como única respuesta a Hilborn... Acto seguido, un poco repuesto del embate, razoné lacónica pero contundentemente: Assistant Profesor, no, porque ya llevaba tres años en dicho rango, y para no ascender prefería seguir donde estaba... Era muy simple, era incontestable, era la verdad. No sé si aduje alguna otra razón de carga más intelectual, más reflexiva y al mismo tiempo más de ‘órdago’ personal, de inconfundible riesgo, y por lo tanto más difícil, casi imposible de rebatir... Sí, creo que le dije a Hilborn que yo entendía las medidas de garantía y de seguridad que toda institución debía

tomar con cualquier nuevo fichaje, pero que en mi caso podíamos congratularnos todos ya que las circunstancias se encargaban donosa y económicamente de resolver el asunto; que yo iba por un año en sustitución de alguien, y que por muy grande que pudiese ser la equivocación, y en caso de que no les resultase, la Universidad siempre podía prescindir de mí, tanto con el rango de Associate Professor como con el de... ¡¡Premier de Ontario!!.. Hilborn me dijo entonces que seguiría consultando con la Administración de Queen's y que me haría la oferta definitiva la próxima semana. Así que, ... un cordialísimo saludo y hasta entonces. Jamás he sentido la probidad de nada ni de nadie de la manera como la percibí hablando y tratando con Hilborn. Me constaba que en la ley de la oferta y de la demanda no hay ni buenos ni malos, sino gente que juega sus cartas. Tal era el caso, con la diferencia de que yo tenía la seguridad absoluta de que Hilborn estaba de mi parte; que él me había recomendado por lo alto, y que la Administración... pues eso, jugaba sus cartas. Si el contrario se achantaba ante el farol, peor para él. ¡Y aquí el contrario resultaba que era yo...!

Si la primera semana de espera fue tensa y grávida de incertidumbre, la segunda semana ésta a la que me refiero, no era apta para cardiacos. Cuando me llegó una carta con membrete del Department of Spanish and Italian, Queen's University, otra vez se me produjo ese discurrir desordenado de la linfa, esas andanadas de sofoco al cerebro. Hilborn, en nombre de Queen's University, me ofrecía el puesto de Associate Professor para el curso 1965-1966, con el salario entonces mínimo de 9.000 \$ canadienses, puesto interino, provisional, en periodo de prueba, sujeto a despido, etc., etc. Es decir, el mínimo del mínimo del mínimo, pero dentro del rango de Associate Professor, y por lo tanto el segundo máximo del sistema universitario y, por supuesto, un salto cualitativo de mi empleo en U.W.O. Probablemente, a mis 28 años, uno de los dos o tres días de más inundante y colmadora satisfacción de mi vida, de mi entera existencia... No creo que pudiera pegar el ojo aquella noche [Y naturalmente que de mis andanzas en los seis cursos que desempeñé

en Queen's se hablará a su debido tiempo]. Cuando, enarbolando la carta de contrato, le informé a Sherville, oficialmente, que me trasladaba a Queen's, lo único que me dijo fue: “¡Hey, boy, you've got a good deal!”. En cosas así hay que reconocer que esta gente encajaba la realidad deportivamente mediante la modalidad del “¡If I can't beat them, I'll join them!” [Ya que no les puedo, me uno a ellos]

Durante algún tiempo estuve enredando, indeciso, sobre si hacerme socio ‘in full standing’, o sea, con todas las consecuencias, de un club naturista, concretamente del Eastern Canadian Sunbathing Association. Conservo un carnet con certificación de sello de 24 de abril 1964, lo que indica que mis gestiones datan aun de antes. Y en una tarjeta de identificación de “membresía” propiamente dicha, aparece la fecha mayo 31, 1965 como de expiración provisional de dicha tarjeta. Quiero recordar que debí de leer algún tipo de anuncio o instancia publicitaria en la prensa de London, y en vista de la llevadera carga académica que comportaba mi profesar en U.W.O. decidí alimentar mi curiosidad a cambio de un poco de mi tiempo libre. Mi noviciado consistió en una entrevista con el Presidente y con la Secretaria del Club: Tan sólo conservo el nombre de esta última, June French, porque aparece en la tarjeta y en el carnet. Luego también me invitaron a un party, digamos, de confraternización, en la casa de uno de los miembros. Casi todo el mundo era mayor, o por lo menos de mi edad en adelante, gente casada y de condición económica media, más bien no universitarios, y dedicados a trabajos administrativos o agrícolas. Sus casas no se hallaban en London sino en alguno de los pedáneos, cuestión ésta irrelevante a efectos de pretender calibrar su status personal, porque ya se sabe que en América del Norte, lo que en España entendemos por *campo* es allí una entidad máximamente urbanizada; y en contraprestación las concentraciones urbanas se esfuerzan por incorporar dentro de sus ámbitos la mayor cantidad de ambientes rurales. Ello, sin tener en cuenta que la red de comunicaciones alcanzaba a cualquier villorrio o caserío... La sede del Club, lo que podríamos entender como ámbito natural o parque abierto para la práctica del “sunbathing” [bañarse en

sol o tomar el sol] creo que estaba junto a Belmont, en la ruta 74 al Sureste de London. Recuerdo que en mi primera entrevista me obsequiaron con un buen dossier organizado de los principios del naturismo, sanos en su intención y sanos en su ejecución. Subrayaron el detalle de que no tenía nada que ver con el “sexo”; que cuando alguien estando desnudo miraba a alguien del sexo contrario, también desnudo/a, la mirada se dirigía a la cara, nunca a otro sitio... Me atreví, así, muy marginalmente... me atreví a preguntar que cuál era el procedimiento a seguir, la pauta de estilo a observar, cuando en plena laxitud conversacional, por ejemplo, se produjera una erección imprevista (por no anunciada) e inoportuna (por inoportuna). Me dijeron que ése y cualquier otro supuesto “embarrassing” (embarazoso) debía tratarse *siempre* con naturalidad... [el propio nombre de la Asociación descansaba en principios naturales]... y que con ponerse una toalla encima la cosa debía quedar conjurada. Me vino a la mente alguna picardía o retruécano expresivo que no quise exteriorizar para no alarmar a aquella buena gente: La toalla enrollada *alrededor* parecía menos llamativo que *encima*, que en todo caso hubiera denotado la rigidez, lo enhiesto de la percha...

Estas y otras reflexiones de tipo programático y teórico me las iban ilustrando diligentemente con recortes y fotocopias de tal o cual Enciclopedia, de tal o cual autoridad pronunciándose sobre las excelencias del... encueramiento. Colegí que en todo ello existía un entendimiento de principio, un axioma tácito y fundacional, y era que la mayoría de los socios/miembros de este Club Naturista lo formaban parejas matrimoniadas. La presencia de un soltero les traía un tufillo ‘porno’; por lo menos, de excepcionalidad en la mecánica que ellos tenían establecida y que a las mil maravillas les funcionaba.

Un día celebramos una reunión en casa de una de las miembros con el fin de hacer, por los entonces responsables que fueren, un balance del ejercicio anterior; y sobre todo, de mostrar filminas / transparencias de los sitios visitados por los socios. Recuerdo que comencé yo muy ceremoniosamente, muy áulicamente, a llamar “Mrs.” por aquí y “Mrs.” por allá a la anfitriona, hasta que el

Presidente [el hombretón con quien tuve mi primera entrevista, y cuyo nombre no conservo, pero al que de una vez por todas llamaremos John], pertrechado ya con una buena jarra de cerveza en la mano, y el acento más expedito, me corrigió con gesto definitivo... “¡Pero qué Mrs. ni Mrs...! ¡Margaret es suficiente!”. Bueno, pues Margaret, convine yo, abrumado de inevitabilidad. En las filminas que se proyectaron aparecía algún campo europeo de naturismo, visitado por el que hubiera obtenido las instantáneas. En otra de las diapositivas tomadas en el propio Club local aparecía nuestro hombre, el Presidente, y June French... quien, al mostrarse allí, de frente, enterita a la vista de todos, aunque fuera en celuloide... propició un circunspecto silencio. John parecía todo un tío, con un corpachón nervudo, atlético y fuerte. June era la típica mujer que ganaba desnuda: Todavía con gafas en la foto, disponía de un pecho proporcionado y de muy correcta conformación; y de un Monte de Venus poblado de copiosa pelambreira...

Con todo, aquello por parte mía no podía prosperar. La única época hábil para “ejercer” el naturismo allí en Canadá era, ocioso decirlo, la temporada veraniega en que yo, por norma, me marchaba a Europa... y en el fondo, fondo... tampoco veía yo justificación, menos de signo estético que de cualquier otra naturaleza, [no se olvide que yo entonces “had a body”, según lo había atestiguado tan sólo año y medio antes o así la loca de una de mis amigas de M.S.U.] para quitarme la ropa en lugar distinto de un ámbito cerrado y domesticado. Era como si me atarazase un terror primigenio de exponer a la vulnerabilidad ambiental las ya de por sí vulnerabilísimas *partes pudendas*. [Como ilustración de lo que digo podría traer aquí mi acentuada aprensión, aun en la época semi-salvaje de nuestra primera mocedad, a bañarme desnudo en el río... Era como no poder superar la medrosidad de que en cualquier momento se desprendiese el paquete genital y lo perdiéramos aguas atrás] En vista de que mi curriculum como naturista podía prosperar poco, decidí desentenderme de todo aquello [no digamos cuando ya en febrero de 1965 supe que me marchaba a Queen's] no sin antes satisfacer, mejor dicho,

cumplimentar mi “natural” deseo de conocer de primera mano la localización y las características del Club...

Estamos a principios de abril 1965. La campaña canadiense, en cualquier día de sol, presentaba esos trazos de esmerada civilidad y cuidados que tan gratos se nos hacían a quienes proveníamos de parajes tan esteparios como la meseta castellana... Disponía de la dirección pero no era fácil dar con el camino justo que dejando la carretera asfaltada a tal o cual altura llevase a la entrada... Recuerdo a un rústico que estaba junto a un tractor, y al que abordé con el fin de que me informara, y que no pudo al principio orientarse sobre aquello que yo, protocolariamente, mencioné como lo que era... la Eastern Canadian Sunbathing... ¡Ah, sí, dónde la gente “go naked... in the nude!” me dijo mientras se rascaba el cuello con un gesto de hurtada y cazurra complicidad, como de... “¡Ya ve Vd... hay locos para todo...!” “Wwwhhpp... up there..”, por allí, sí, por allí, un poco más atrás. Dí con ello porque por fin encontré un cartel, muy rústico y muy discreto, que señalaba el camino. Los únicos que en aquel mediodía estaban disfrutando de su condición de socios del Club Naturista eran el marido de June y su hijo, que nada más verme se pusieron los pantalones... ¡No se sabe nunca! Conservo, como creo haber dicho, un Naturist's International Passport. En su sección central de cartulina aparece en alemán, inglés y francés un recordatorio: En inglés dice así: “Always try to be worthy of the confidence placed in you. At all times and in all places be ready to defend our movement and promote the spread of its ideals” que podría equivaler a: “Procura siempre ser digno de la confianza de la que te has hecho acreedor. En todo momento y en todo lugar demuestra tu disposición a defender nuestro movimiento y a promover la difusión de sus ideales”. También, unas “Instrucciones” algo más *in extenso* sobre el uso del pasaporte y sobre la conducta concreta de su portador, en el reverso.

Lo que sí tuve gran interés en adquirir fue una *Guía Internacional de Campos de desnudismo*. El ejemplar, en edición de 1964 que incluía los datos puestos al día hasta finales de 1963, me lo enviaron de Dinamarca y es un bonito volumen de casi 300 páginas al

que yo consideré y sigo considerando un certero y poco convencional instrumento de medición de ciertas realidades sociológicas de 1964: Estados Unidos, con más de cien sedes en sus cincuenta Estados, encabeza el elenco; seguidos de Alemania [entonces sólo del Oeste, a efectos que nos ocupan] con 95 campos; seguida ya, en orden aritmético por número de sedes, por Francia (91, incluyendo un Club de Papeete, Tahití); Gran Bretaña (76); y ya por secuencia alfabética, Argentina (1); Australia (15); Bélgica (12); Brasil (1, en Brasilia); Canadá (14, y por cierto que al hacer el recuento advierto que nuestro Club está consignado como London Sun Club, ASA, RR1, Belmont, Ontario - A); Dinamarca (10); Hong Kong (1); Yugoslavia (7, todos en la costa croata); Marruecos (1, en Casablanca); Nueva Zelanda (7); Países Bajos (11); Austria (26); Suecia (7); Suiza (13); Africa del Sur (1, en Johannesburgo); Rhodesia del Sur (1, en Salisbury).

El pequeño morbo que un lector español puede añadirse de su cosecha es calcular a qué distancia de ánimo se hubieran encontrado los poderes fácticos del Estado Español para haber permitido algún establecimiento así, abierto al público, ¡claro! En resumen de todo esto conservo mi tarjeta de miembro de la Eastern Canadian Sunbathing Association, afectada hasta el 31 de mayo 1965, y mi pasaporte internacional de naturista. No llegué a usar ninguno de los dos documentos, ni me llegué a “concentrar” en cueros con nadie fuera del encofrado de mi vida privada.

Con las alumnas de *mis clases* [que no *mías*, recordemos una vez más tan esencial y decisiva distinción] compartía esa normal incumbencia de mutua curiosidad. Si ellas estaban curiosas (las que lo estuvieran) respecto de mí, ¿por qué no estarlo yo respecto de ellas? Elemental, significando aquí, de paso, mediante una pequeña cuñita explicativa, que *nunca* mi insinuación fuera lo primero que rompiera la neutralidad, el limbo previo entre alguien que asistiese a mis clases, y yo mismo. Para qué incidir en lo obvio: Un conato de guiño, una vibración dedicada, una palabra de más en clave [cuando no se tratara de epifanías más inequívocas, por supuesto] bastaba por parte de la chica para que uno captara el mensaje. Pero no todas las escaramuzas

emotivas se resolvían expeditamente...

Había una chica, Susan Sills, que supongo que por un error u obcecación de cálculo, intentó perpetrar conmigo, en mi persona, a mis expensas, quiero decir, un ensañamiento que acaso ella entendiese como compensación indiscriminada de alguna frustración que otro hombre le hubiese acarreado. Susan era alta, deportiva, preciosa y desenvuelta: Al comenzar el buen tiempo, la primavera 1965, iba en una moto scooter a la Facultad. El caso es que tenía novio y ella sabía que yo sabía que entre ella y yo sólo podía existir –entonces– un enorme mundo de insalvable incomunicación. ¿Por qué me eligió a mí como víctima receptora de su malignidad? La misma pregunta ya me suena a ociosa e inservible... No lo sé... no lo sabré nunca. Me enamoré de su “virtualidad real”... El poema “En cadena” de más de doscientos versos, suscrito para ella y fechado ‘Canadá-España, abril 1965’, apareció en *Aldonza 10* (agosto 1965) y también en *Poesía Española*. Segunda época, 151 (julio 1965), pp. 17-21. Creo de rigor literario incorporarlo a estas páginas:

Una vez más estamos de camino.  
Esa luz, por allí, va recordando  
quizá bellas palabras, quizá nada.  
Se hizo lo que se pudo, como tantas  
veces en que se vieron idénticos crepúsculos.  
No es posible que invada la desgana  
cuando el amor está desperezándose;  
cuando estamos aún, brazos cruzados,  
esperando el maná que nos merezca.  
Habría que talar la enredadera  
que nos cerca las almas; no seremos  
capaces de vivir enteramente  
si no invertimos sueños en la gesta.  
¿Qué decir cuando están los corazones  
pendientes de algún último milagro;  
qué diana elegir cuando los filos  
de las hondas palabras se sonrojan

y no nos queda más que la esperanza?  
Yo te quise, esperanza, a cada hora,  
a cada brote o albor de tu presencia,  
y mimándote he estado y continúo  
a pesar del amor y de sus guerras,  
a pesar de los nombres y las cosas.  
Queda detrás de mí la galería  
de los cuadros ocultos por el tiempo,  
de un vaho rondador en sobresaltos,  
en mínima eclosión de un estallido.  
Estallidos del ser: Así lo veo  
disfrazándose eterno de colores,  
de paloma torcaz; las estaciones  
son palabras con dueño, desdobladas  
entre el haz y el envés de algún milagro.  
Es todo lo que el alma va tirando  
en concepto de exceso de equipaje;  
la innúmera osadía de soñarte  
sin ignorar del todo la catástrofe.  
Yo me voy desde siempre. Tú te ahíncas  
por penúltima vez, siempre penúltima,  
a ras de las palabras olvidadas.  
Estás, amada mía, ya no importa  
quién puedas ser, salvada por eterna;  
por soportar el vuelo de los años  
y no querer marcharte con lo último.  
Algún día habrá que hacer recuento  
de las formas que entraron  
a saco en mi memoria, y ordenarlas  
me ha de llevar la vida por lo menos;  
por lo más, el desvelo perdurable  
al hacer de mi tiempo una gran noche.  
Por encima de todo está el recuerdo  
amarrado de cerca a la palabra,

desangrándose en mil heridas puras;  
y va siendo la hora de una oferta  
total, a cara o cruz, a eternidades  
levantadas en vilo en una vida.  
Amigos, os confío para siempre  
esa gran colección que nunca acaba  
de fervor y de voz comprometidos  
en la sola verdad de cualquier cosa.  
¿De dónde vienes tú, melancolía,  
con un velo de almendro, oliendo a alma;  
que tan sólo te siento cuando el aire  
se ha cargado de signos sin remedio?  
Yo podría seguir adelgazando  
este rezo que intuyo y que persigo,  
adivinado en tí como una pena.  
Yo podría quedarme en la ventana  
desde donde el adiós se minimiza  
a unos brotes de puntas de pañuelo.  
En vez de todo ello me ha tocado  
salirme aquí a la puerta a cuerpo libre  
y dejar que el pasar de la caricia  
del ámbito se haga eco en mi herida,  
amor inevitable de una esencia  
que lleva trenzas y se llama algo  
apasionadamente tuyo y mío.  
Esto ya queda en orden. Acaso esta partida  
no es igual que ninguna. Latitudes  
vendrán que me recuerden las alturas  
y los más bajos tonos del olvido.  
Por ahora renuncio a lo absoluto  
y también a las cortas dimensiones  
de quedarme en un sitio para siempre.  
Renuncio a las secretas plenitudes  
que ondean en la cima de las cosas

si con ellas se roba la aventura  
de espíritu que tanto nos asedia.  
Paseo unas pacientes gravideces  
por los pasillos de los aeropuertos,  
esperando la próxima salida  
de un avión con alas de poemas,  
libertad deseada en el don último.  
El sin par absoluto está en todos los sitios  
donde un temblor de fe se ha recortado.  
De esas hebras innúmeras y eternas  
tendremos que elegir las más cercanas  
a fuerza de sobornos al poema.  
El que quede tocado por la gracia  
de poner en palabras la tristeza  
no necesitará de redenciones,  
vivirá traduciéndose a sí mismo,  
envidiado, envidioso de ese lance;  
al llegar de verdad a aquel destino  
ya todo será inútil; las acciones  
tendrán la dimensión de lo perenne.  
No me importa perder las calideces  
que atraen a la palabra, enamorándola;  
continúe la doma a todo trance,  
que siga la avanzada de belleza  
que no conduce a nada y que desata  
los diques contenidos de la forma;  
con tal que alcance el poema a donde el ojo  
adivina el perfil de la diana.  
Eres tú, por lo mismo que pudiera  
sentir al lado el peso de las horas  
en vez de levantarlas a lo eterno:  
Igual que el corazón: Su historia, dicen,  
se inventó cualquier día en que los cielos  
lloraban plenitud de hondos aromas

y el hombre se esforzaba por contarlos,  
ora hablando en voz baja, ora dolido  
por el mudo prodigio avecinándose.  
La infinita ternura de la vida  
nos lleva ante una muerte inigualable;  
cuántas cosas, pensé, ya tienen alma;  
y espero sosegado a que las otras  
me comprendan en pago a que soy hombre.  
Con este ruido de hélices no se oye  
la mejor sinfonía que ahora irrumpe:  
Ya llega, descubramos nuestro pecho;  
que la nota sea cuerda y cosa el pensamiento;  
aquí cerca del tiempo hace la guardia  
la matriz que dará molde a la idea.  
Pues bien, salgamos ahora al aire libre,  
ya está todo dispuesto para el voto;  
entre el sí y la esperanza hay un abismo  
que se habrá de salvar a viva fuerza,  
es decir, por razón del ser completo.  
Mira, amiga, perdono tu violenta  
ternura, las traiciones hermosísimas  
que le has hecho a la vida desde antiguo;  
sin tu encuentro la flor fuera una página  
con olor olvidado. ¿Y qué pensabas,  
amor, qué pretendías con volverle  
la espalda al horizonte?  
Apariencias al ras. Venga, marchaos  
los que no recreéis vuestra existencia  
con el don absoluto convenido;  
que me encuentren con versos cuando salga,  
salvado estoy así. Pero no basta,  
no basta con que tú me des la forma,  
con que tú llegues siempre y luego..., ¡nada!  
Ven conmigo a mi reino; anda, ven pronto;

de la mano  
seré tu lazarillo; el juego es doble;  
no quedará un rincón que nos obstruya  
nuestro único deseo unimismado.  
Todo está preparado: Eternidades:  
Me apunto con vosotras, definitivamente;  
cuando paséis la lista levantaré una mano  
taladrada por cinco rosas vírgenes;  
y mi barca anclará en el solo puerto  
que me enseñe el envés de la consigna.  
Mujeres de belleza innecesaria  
terminarán tarde o temprano  
por hacernos mirar al amor con tristeza.  
También la aurora lleva en sí una pena  
y deja que nos roce el arrepentimiento,  
la más dura caída en el vacío;  
inolvidable amor, tan de repente siempre,  
más hondo que el pasado y cediendo al futuro.  
Aquí hay una lazada y es la tuya.  
Volveré por mi pie sin que me rinda  
al peso abominable de las pruebas;  
volveré con el único equipaje  
de la flecha de amor que apunta a lo alto.  
Y si no, ¿para qué? Encuentro el clima  
de los pueblos idéntico; son voces  
las que llegan a mí y no palabras,  
y en tanto que esto dure la esperanza  
no puede estar así, cruzándose de brazos.  
Todo empieza lo mismo, biografía  
en ausencia, rumor de siemprevivas  
y esta lucha que parte de la nada  
con dolor de mortaja incomprensiva.  
Venga, venga, salid: Hoy es distinto;  
bien sabe el corazón cuando le engañan

y cuando no hay fervor en las alturas.  
Veo ríos por cierto (veo, veo),  
cuanto puede trocarse en arco-iris;  
una masa de ser ennoblecida  
por mirar hacia abajo simplemente,  
capaz de unir los mil hilos dispersos.  
Libertad en el mundo. No comprendo  
la raíz de este árbol que es yo mismo;  
esta planta de ser transubstanciada.  
Ni comprendo la unción de tanto absurdo.  
Ya pasó la tormenta; no prefiero  
que me lleven las nubes sino yo a ellas;  
que yo sienta el golpazo de lo inútil  
para no salir más de la honda herida.  
¡Ay, soledad, qué cara compañía,  
cuando estás libertada, eres conmigo!  
Has hecho lo que nadie, enamorarme  
por penúltima vez, por la primera  
vez siempre para mí, que así lo quiero.  
Tus manos, las recuerdo inútilmente  
asomando los pétalos de cinco  
en cinco: Eternas, tuyas, se acercaron  
a mi templo y fui yo el que quedó ungido.

Brenda Maki era una finlandesa de familia emigrada a Canadá. Encontró en mí a un excelente y entusiasta profesor [yo me llamo *estudioso*]; y por haber estado para entonces ya en Finlandia varias veces y chapurrear cuatro nimiedades en su lengua, Brenda me concedía un crédito añadido. A pocas mujeres recuerdo con mayor nitidez que a ella, al cabo justamente de treinta años. Brenda no era bonita en esa acepción del término que no permite la entrada de otros factores alternativos. Era de color castaño clarito, rellenita sin llegar a la obesidad... y una alumna de sobresaliente. Ella se encargó de traducirme un par de cartas que Tuula, la finlandesa de Finlandia, me escribió durante aquel tiempo. Claro que todo era parte de la

ceremonia de mantener vivo el rescoldo de nuestra incumbencia, de nuestro estar comprometidos a entendernos, ella como alumna de mis clases, y yo como servidor de la institución universitaria. Brenda estaba enamorada de mí. Sigo viendo su gesto inteligente, femenino y callado; su rostro redondito; sus pómulos florecidos; sus manos... un poquito, sólo un poquito gordezuelas... y sus labios carnosos y discretos. Una chica encantadora que –estoy convencido, intuitivamente perforado de certeza– se hubiese comportado como la mejor de las esposas, y acaso también, ¿quién sabe?, como la más propicia de las amantes... Brenda era amiga inseparable de Susan [otra Susan más, apellido volatilizado], también alumna de las mismas clases, y cuyos rasgos, asimismo, recuerdo a la perfección: Delgada, esbelta, tal vez algo insípida de expresión. Le costaba sonreír, su gesto parecía estar siempre limitado por la levedad, por la continencia... Y sin embargo era bonita, y a mí me gustaba. Susan era consciente de lo que Brenda sentía hacia mí, y esa realidad era un factor de contención añadido a su ya natural inexpresividad. Respecto de mí, y aunque era evidente que yo le gustaba, parecía encontrarse en la más segura de las abstenciones... como pensando... “Bueno... si Brenda no existiera y si Tomás se me insinuara, entonces... a lo mejor”.

Un día las invité a las dos a cenar, en plan rumboso, como a mí me gustaba. La verdad es que con las dos yo me sentía realizado: Con una que me amaba, y con otra en quien yo encontraba el justo contrapunto, la exacta apoyatura para el triángulo... Al término de la velada, la situación de sus respectivos domicilios hizo esperable y lógico dejar primero a Susan... Al llegar, mientras Brenda esperaba en el coche, me bajé con Susan, la acompañé hasta un patio trasero, y antes de que franqueara la entrada nos besamos intensa y conscientemente... Ella no dijo una palabra, ni una palabra... bueno, si acaso, el inevitable ‘good night’. Cuando dejé a Brenda en su domicilio, no nos besamos. Sólo nos despedimos. Brenda y yo no nos llegamos jamás ni a besar... tan siquiera.

También recuerdo a Rosemary, una chica alta, ni guapa ni fea, con el componente atractivo de los veinte años. Pareció desplegar

hacia mí unas como acendradísimas intenciones que se vinieron abajo en cuanto los dos nos vimos concitados por algo distinto de las puras instancias gaseosas de la mente. Estábamos viendo en clase *El Lazarillo*, y un día se presenta Rosemary en mi despacho y me dice que si le puedo dejar mi edición de Austral. Bueno. La hice ver que había ediciones más académicas y rigurosas, la misma y conocidísima de Clásicos Castellanos, sin ir más lejos, y que yo disponía de aquel ejemplar de Austral sólo para lectura, sin ninguna pretensión, excepto por el interesante prólogo de Gregorio Marañón, padre, que acompañaba a la obra... Pues, bueno, también. Otro día, apremiado yo por las mostraciones de interés que parecía dedicarme, la invité a mi piso. A las primeras escaramuzas de tanteo, me sale muy seriecita la muy jilipollas... “Am I to be like the rest, like the others?”. ¿Y tú qué... hostias sabes cómo son o dejan de ser *las otras*, como tú dices, so... estúpida? – le contesté. Una mujer que por dárselas de estrecha prejuiza injusta y neciamente a las demás, de verdad que me jode en lo más íntimo... Así acabó aquella fiesta. Y como a Rosemary le debió parecer que tal memez de comportamiento no era suficiente, otro día se dejó caer en mi despacho y... [la estoy viendo, con su carita buena de mema, de ingenua tontorróna y perversa...] pues, nada, que se le había perdido *El Lazarillo* que yo le había prestado un par de semanas antes...

- ¿?

- “It's gone; lost...” –dijo la payasa por toda explicación–. Además de calientapollas, necia. ¡Qué le vamos a hacer! Es hoy, ahora, y cuando miro la hendidura, hueco, rendija, mella o resquicio atípico que en mi ringlera de ‘australes’ forma el desaparecido volumen 156 de *El Lazarillo* todavía me acuerdo de aquella calamidad de criatura.

Eileen Elizabeth Medd... me sale así, de carrerilla, con toda la elegancia protocolaria de tan bonito y sonoro nombre. Su portadora era una chica ciertamente interesante. Se entabló entre nosotros una especie como de respeto y afecto intelectual. No era guapa, en el sentido de... *preciosa*, pero era definitivamente sugestiva y, por

supuesto, con un chasis correcto y agraciado. Casi con toda seguridad ella esperaba alguna propuesta mía por el lado de lo institucional, y de cariz comprometido respecto de esas nociones de patria, familia, religión... y que si alguna vez pudieran habérsenos presentado menos claras y más inútiles, muy probablemente pudo ser entonces, enfrascado como estaba yo en sobrevivir y en echar los primeros cimientos de esa personal infraestructura que todo ciudadano suele acometer por primera y única vez en su vida... En mi caso, el asunto que me tenía ocupado y concernido en extremo era el de pagar los primeros plazos o “entrada” de lo que sería desde entonces la vivienda y el local comercial constitutivos básicamente de mi propiedad inmobiliaria. Cuando se mira con la perspectiva de treinta años hacia atrás las cosas hechas con arreglo a razón ponderada están ahí, mostrando su impasible efecto y ejemplo de validez. Así conmigo: Todo mi soporte vital, es decir, el piso donde vivo, los coches con los que he recorrido buena parte de Europa, y los garajes donde los he encerrado y encierro... , todo ello lo adquirí en España durante mis años de trabajo y rendimiento en América del Norte. El sueldito de mierda que me viene dando la Universidad Española desde el año 1972 en que comencé a profesar en Granada no corresponde, aproximadamente, ni siquiera a la mitad de los recursos que me permiten vivir de la forma en que lo hago. Mi sueldo tan sólo hace frente a los gastos fijos de mantenimiento, amortización y obsolescencia de la pequeña propiedad que obra conmigo desde mi época norteamericana. El sistema de fifty/fifty aquí se produce casi con absoluta precisión. Suponiendo que hubiera dispuesto de treinta y cinco años para pagar las dichas cuatro cosillas de mi propiedad, mi sueldo íntegro [que no excede ni en cinco mil duros al de un maestroescuela] se iría íntegro en cubrir hipotecas, intereses, plazos y recargos sobre los precios del dinero por el periodo fijado. Ésa justamente fue la aportación de mis diez años en América.. sin olvidar el impacto, difícilmente perdonable, que [por pacífico, por el más decidido defensor de la doctrina del ‘vivir y dejar vivir’] alguien como yo suscitaba en los demás españolitos... a la vez contemporáneos y

coetáneos míos.. Cuando aquí el que más y el que menos hacía deporte con zapatillas playeras, yo había descubierto las Adidas; cuando con la adquisición de un ‘seiscientos’ la gente veía satisfecho el colmo de su vanidad, yo estaba harto ya de pasear mis cojones en “Mercedes”.. Cuando el racial reprimido miraba a..., digamos, Benidorm como la meca de los desmarques exóticos..., yo andaba ya cansado de machacarme, por ejemplo, la parte más mítica de Europa, Escandinavia, amén de otros sitios. Eso, sencillamente eso, no me lo han perdonado nunca, nunca jamás.

Bien, decíamos que Eileen Elizabeth era una chica competente [hablaba con cierta soltura Francés, Alemán y Español, además de su propio idioma, el Inglés, claro] y que disfrutaba de una cosmovisión bastante madurada, siempre en valoraciones comparativas respecto de ambiente tan comedidamente provinciano como el Canadá de Ontario. Lo malo, ya dije, es que Eileen tenía muy clara su preeminencia en algunos campos respecto de los de su condición; pero que dicha preeminencia a mí me decía bien poco. Eileen aceptó ir a mi piso, en términos de urbanidad áulica. No se me pasó por la cabeza ningún otro tipo de abordaje. Otro día ella me invitó a visitarla en su casa: La llevé una rosa roja, una sola rosa, roja y regia, enfundada en una corola de papel especial a modo de acicalado cucurucho. El empaque de regalos así sobrepujaba al de una gema cuya mostración acarrease el desabrochado múltiple de algún rico estuche. Eileen se sintió sorprendida y halagada. En vena de confesiones me hizo saber, con esa seguridad tan de buen cuño que se asienta en estas mentes, que “tenía a un hombre”, creo que en Alemania, esperándola todo el tiempo que hiciera falta, dispuesto a casarse con ella... [¿Cómo puede haber tan afortunados mortales en el mundo? –pensaba yo–]. Sí, Eileen se sabía tirando a europea, “distinta” del provincianismo de Ontario, y quería que yo comprobara dicha distinción. Lo único que ocurría es que yo miraba horrorizado la virtualidad de institucionalizar y/o empapelar mis capacidades vivenciales, sobre todo en tierra de herejes, por muy Eileen que la hereje pudiera ser...

A todo esto Lorenzo no dejaba de enredar y un buen día se me

presenta en mi despacho acompañado de una rubia, estatura media, mirada entre inquisitiva, provocadora y como reticentemente interesada, francamente bonita, vestida con gusto, combinando lo ‘casual’ del atuendo universitario con cierto refinamiento femenino que, por regla general, solía radicar, sobre todo, en si la chica llevaba medias o calcetines [ésta llevaba medias], y si calzaba zapatos o alguna versión, entre las muchas, de zapatillas deportivas... [y ésta llevaba zapatos]...

– “Andita, éste es Tomás. Tomás, ésta es Andita...” Su nombre verdadero era Anda Grikis, con origen en uno de los tres países bálticos, creo que Lituania, y que por haber vivido en Argentina, hablaba español. Anda ilustraba a la perfección esas personalidades compuestas, esos avatares de experiencia en niveles antropológicos, en retazos de conformación cambiante de la vida..., producido todo por las migraciones de los varios millones de gentes desde los territorios engullidos por el expansionismo de Stalin, al que los tratados de Yalta de 1945 se encargaron de santificar... Canadá era el mejor refugio para estos ciudadanos, sometidos a los pendulazos de las guerras. El tremendo empujón que desde el Este la URSS pegó a toda Europa fue la razón de que oleadas y oleadas de desdichados de la parte más oriental de Europa, ante el zarpazo marxista que se les venía encima, optaran por la emigración. Seguro que sobre esto se habrán escrito ya metros cúbicos de papel impreso, pero por pertenecer al ámbito de lo vivencial, más seguro estoy aún de que cada cual podría encontrar la más genuina y poderosa originalidad en el relato de su propia cosecha. Anda Grikis provenía de una de esas extracciones asendreadas, amenazadas, desplazadas y, por fin, asentadas en una de las democracias con mejor prensa del mundo: ¡Canadá!

No puedo recordar si en algún momento le pedí a Anda [Andita, también la llamaba yo, por variar y por pulsar las claves de las variables afectivas], no puedo recordar, digo, si le pedí que me contara algo de su pasado; de... lo anterior. Creo que no. Además, hubiera perdido el tiempo. La vida nueva en estas democracias para ciertos

colectivos humanos acarrea un... como compromiso de romper con ese... absoluto anterior, y unirse incondicionalmente a la gran causa del país anfitrión. Con Anda Grikis [y considerando que mis posibilidades *reales* de formar pareja con alguno de estos especímenes “democráticos” autóctonos eran, más que escasas, escasísimas], con Anda Grikis, digo, me enredé más de la cuenta. Y el caso es que el tufillo a oportunista que esta chica daba se podía percibir a gran distancia. Pero, ¿a quién no le ha seducido algún tipo de peligro? ¿Quién no ha hecho alguna vez en su vida de mariposa que evoluciona alocadamente alrededor de la llama con peligro de sucumbir en su ignición? Anda me gustaba; alimentaba mi ego el hecho de verme acompañado por ella. Había apostado yo (más por cabezonería que por otra cosa) por el componente original y oriundo de la primera infancia y nubilidad de Anda, como esperanzado yo a través de ella de conectar con alguna dimensión exótica de “mi” Europa. Pero ya hemos dejado dicho que las democracias éstas operan como rodillos inmisericordes, y lo poco o mucho que dan en el aspecto de cobertura fáctica, se lo cobran con creces mediante la incorporación íntegra del sistema de voluntades del nuevo acólito por el lavado de cerebro concienzudo a que me lo someten. Anda era canadiense ya de hecho y de derecho y lo único que de su pasado no-canadiense recordaba, no llegaba a constituir la entidad ni de un chispacito...

Yo, a pesar de todo, comencé a jugar con fuego. Algunas mañanas pasaba con mi coche a recogerla para llevarla conmigo al Campus de la Universidad. Nunca estuve dentro de su vivienda propiamente dicha, pero eso de que dos prójimos de distinto sexo llegasen juntos por la mañana al lugar de trabajo de uno y otro era un signo de muy escandalosa valencia para aquella sociedad estratificada y puritana. Anda, percatada de mi condición permisivamente expansiva y confiadamente optimista, comenzó a jugar sus cartas. Sabedora de mis gustos, se vestía, digamos, de manera ‘no americana’. A mi invitación de que viniese a España a estar conmigo... pongamos por caso, toda la temporada de verano... no dijo nada la primera vez, coligiendo yo que lo pensaría y que lo sopesaría

con otras contingencias de estudio, economía, familia, etc. Un día me reveló que tenía deudas..., sí, deudas de dinero... ¡Ah ya, claro! –hice yo como que entendía–. Todo el mundo las tiene aquí. Aquí todo el mundo pasa la mitad de su vida... estudiando a crédito, comprando a crédito, viajando a crédito [es un decir lo del viajar], pensando a crédito, y la otra mitad la terminan de pasar devolviendo los créditos con el poco dinero que les ha permitido ganar el “sistema” tan avanzado y tan generoso del país que les ha recibido... Ya, bueno. Ahora fui yo el que no dijo nada en concreto y me concedí algunos días para pensarlo. De todas formas yo me daba maña para pagarle a Andita muchos de sus gastos: Si comíamos juntos, y luego quería ir de compras antes de marcharse a casa... yo corría con todo. Si nos encontrábamos en las librerías para obtención de los libros de texto... yo me adelantaba en caja, y cosas así. Pero todo aquel palio de proposiciones sugeridas, todo aquel vaho difuso, y no por ello menos cierto, de prestaciones y contraprestaciones, tenían necesariamente que encontrarse y materializarse de manera definitiva; o volatilizarse de manera irrecuperable. Con estos augurios, con estas mutuas expectativas de lo que cada uno estuviese dispuesto a hacer, o dar, o no hacer por el otro [que ése es el contenido y recorrido de toda obligación], Anda se decidió a dar el paso que yo, a falta de más elocuentes revelaciones, entendí como definitivo dentro de la asignatura de intimidad que estuviera dispuesta a cursar conmigo. Accedió a venir a mi piso, a... pasar juntos una velada: Cenaríamos allí.. y dedicaríamos el tiempo que fuera a charlar de los temas de interés con la calma procedente. Ya en mi piso, me puntualizó aún más el carácter más bien abultado de sus “debts” (deudas). Por lo visto debía todo: Estudios, vivienda, radicación, derecho a ser y a existir, en una palabra; y sin solución de continuidad me dijo que había pensado positiva, afirmativamente, sobre mi invitación a venirse conmigo a España..., siempre que mediara la... cómo decirlo, la condición, o requisito, o particularidad... ¡de que me casara con ella! La había pasado yo al dormitorio, y con cierta sospecha que nublaba las esperanzas más naturales de lo que pudiera considerarse como fin

inmediato para la conciencia mía..., nos habíamos desvestido los dos en parte... Anda estaba preciosa: Se había puesto un sujetador negro, caladito, como de media bandeja, y unas braguitas del mismo color. Sus senos no pasaban de correctos, si bien muy tentadores. Me percaté de una vez por todas de que Anda atesoraba sus mejores bazas respecto de mí en el efecto que su “historia” personal..., quiero decir, en la mella que la historia de su personalidad pudiese hacer en el espíritu mío, y en la contraprestación que dicha realidad particularísima pudiese producir... Recuerdo que nos tumbamos..., como para que nuestra conversación discurriera por planos más descansados y transitables... Algo tuve que decirle..., sí, algo o mucho de carga negativa, reprobable, hubieron de tener mis explicaciones sobre sus propuestas de matrimonio, y algo muy poco prometedor debió de auscultar Anda en mi reacción ante el asunto sobreentendido de que..., una vez casados..., bueno, ya se sabe, sus deudas pasarían a ser deudas mías... ¡y fin del problema! ¡Yo qué sé! Anda era una encantadora máquina de calcular que, sin embargo, no había contado con la resistencia de los débiles, de los ultradébiles como yo; de los que prefieren dejarse cazar, como yo, a que les persigan sin piedad; y que una vez cazados [¡no vale aquí el seseo!] decimos: “Bueno, rica, ya te has salido con la tuya; ya me tienes cazado. Y ahora, ¿qué?”. Bien que yo así me expresara; bien que yo no me expresara de ninguna manera, pero que Anda me leyera el pensamiento por detrás de la frente, hacia adentro... El caso es que todo ello coincidía con el sistema de maniobras y manipulaciones cada vez más incisivas y más inequívocas con que, primero, mis manos desabrocharon la grapa del sujetador de Anda, y a continuación se aplicaron a deslizarle las bragas desde los salientillos de las caderas...

Por mucho que viva, no podré olvidarlo. Como si toda la evidencia sobre algo odioso y odiado por Anda se hubiese puesto en perfecta formación ante su conciencia..., como si todas las instancias decisorias hubiesen disparado al unísono sus resortes, así, Anda, Andita, dio un respingo, se recompuso el sujetador mediante el cierre de la grapa, se ajustó las bragas, luego se incorporó, a continuación se

irguió, siguió vistiéndose, al tiempo que decía, no sé si a ella, si a mí, si a los dos, o si al mundo: “¡Enough with this farce!” [¡Basta ya de farsa!] ¿Y qué culpa tendría yo de que las expectativas institucionales de esta chica no tuvieran el mismo eco en la escala de valores mía? ¿Eh? Pues ninguna, ninguna culpa. Estos países superdesarrollados se podían permitir el lujo de disponer de cauces legales para hacer y deshacer cualquier tipo de cosa; para organizar objetivamente cualquier situación social por donde el individuo pudiera transitar libremente. Pero los hispánicos hemos mirado con enorme recelo siempre todo lo que huele a formalidades, porque éstas, en nuestra memoria histórica, han resultado ser elementos de dominación a favor del que las esgrime, y motivos de frustración, y esclavitud, y jodimiento, y empobrecimiento para el que las sufre. Si Anda salió de mi piso inmediatamente, a continuación de aquella eclosión de certeza... no lo recuerdo. Creo que no la volví a ver más. Desapareció como de la superficie telúrica, de eso que los demás llaman “faz de la tierra”. Con todo, las tarascadas de intimidad, los atisbos emocionales que Anda le propició a mi espíritu, quedaron acoplados y preservados en el dolor de la creación poética. La “Carta” que sacó a la luz el número 7 de *Aldonza* (mayo 1965) pasa por ser uno de mis más cuajados poemas en lo atinente a tersura formal y a versatilidad de contenido. Lo podéis leer a continuación:

### **Carta**

Para Anda Grikis

Déjame que me beba tus amores  
a ver si así, al posarse por mi pecho,  
me nace una legión de surtidores.

Con la flor de tu aire me haré un lecho  
para mullirme en él cuando en tí piense  
y dejar de llorar por lo que no he hecho.

Decido de una vez que canadiense  
o blanco, así sin más, o Juana o Pedro  
son como arco sin brazo que lo tense,

o quizás como mi alma o como un cedro.  
No, no hay resurrección para las cosas  
y porque cante el ave yo no medro.

¿Adónde llegaré sembrando rosas  
si en la zarza del tiempo me lastimo;  
si tú, abeja de amor, no te me posas?

A tu sombra de chopo yo me arrimo  
y espero ver pasar la primavera  
traiga lo que me traiga, golpe o mimo.

Ando de frase en frase lisonjera  
y en los lados umbrosos de las lomas  
me pongo a contemplar una quimera.

Si pudiera decir que cuando asomas  
a mi mundo te ausculto, te presiento  
como una procesión de mil aromas.

Si supieras, amor, que en cualquier viento  
respiro tu presencia imaginada;  
que te doy lo mejor del pensamiento.

He llegado al final de la escalada,  
del abundoso lecho de los ríos  
y con tanto negocio... ya ves, ¡nada!

Aún quiero ofrecerte mis desvíos:  
no te olvides dejar la puerta abierta  
por si intentas oír los ruidos míos.

Aquí acaba esta carta tuya y cierta.  
He probado a llamarte joven rosa  
recordándote algo de una puerta.  
Adivina que te amo. Y a otra cosa.

London, Ontario, Canadá, marzo 1965

Y ya en línea de consecuencia, el número 8 de la misma *Aldonza*, junio 1965, dio a la estampa dos sonetos ayuntados bajo el mismo título:

## Encuentro

Para Anda Grikis

### I

Al verte esta mañana en la escalera  
me creció por el alma, dolorido,  
como un místico afán de dar sentido  
a tu encuentro de gracia mensajera.

Por esa fugaz nota tempranera  
tu nombre a mi poema quedó uncido  
y llamó a la memoria el solo ruido  
que anuncia ya una exacta primavera.

¡Es tan breve el anclaje... ¡ Hasta la rosa  
después de haber surgido milagrosa  
en pétalos de ausencia se deshace.

Lo contrario a tu voz enamorada  
que al quedarse en mis labios transplantada  
me parece tu nombre que renace.

### II

Cuando tira tu boca la lanzada  
de una bella palabra se desvela  
mi sangre y como atento centinela  
despierto está el amor a tu llamada.

Y la honda verdad de tu mirada,  
¿dónde se ha de posar que no me duela;  
que el perfil incendiario de su estela  
no me inunde de vida recordada?

De vida recordada he dicho, o de algo  
como es cruzar absorto por el día

con rumbo hacia el azul de una quimera.

Chorreante de amor voy, vengo y salgo  
por la puerta de atrás de la alegría  
y no encuentro tu esencia verdadera.

London, Ontario, Canadá, abril 1965

Había, hubo, claro, otras mujeres que contribuyeron a mi adentrarme en el mundo de procelosidades del eterno femenino, y que, al menos, al través suyo, colaboraron en que mi personal heurística de casos, situaciones y módulos quedaran referidos a mi vivir en sociedad. La captación de esta atmósfera de convivencia y trabajo que encontré en Canadá se me hizo más asimilable conforme se me iban evidenciando..., quiero decir, conforme iba yo asumiendo algunos de los condicionamientos y ciertas particularidades privativas de la forma que tenían estos canadienses de ensayar su existencia en común. Si para alguien como yo Canadá, por un lado, ofrecía un notable desarrollo en eso que de manera expansivamente vaga pudiéramos entender como progreso técnico, medido en valores calvinistas telúricos, por otro lado, también para alguien como yo, provisto de un grado aceptable de concienciación clásica, a la europea, Canadá encarnaba uno de los ejemplos más patentes de modalidad de vida provinciana y colonial. Sobre todo en aquellos años muchas fuentes oficiales, o por lo menos oficiosas, se referían al Canadá como al “bread and butter country”, abierto a un montón de ciudadanos provenientes de cualquier parte del mundo: El más modesto e ignaro de estos mismos prójimos [¡no digamos yo!] prestaba la pequeña magia espontánea de su distinción a la nación anfitriona. Conmigo no podía ser de otra manera, y teniendo en cuenta, además, que, excepto Luis Lozano, yo era el único español, “Castilian” de pura cepa para más señas, allí asentado, no debe extrañar que dentro de la escueta referencia del mundo universitario de la Western, de su específico biotopo, mi persona no pasara desapercibida...

El viernes 1 de noviembre 1963, o sea, escasamente poco más de un mes después de mi llegada definitiva a London, la *University of Western Ontario Gazette* en su página 8 publica el artículo-entrevista

“Study of Women Social Obligation to Western's Curious Spaniard” [El estudio de las mujeres como obligación social de un español curioso de la Universidad de Ontario occidental]. La autora de la entrevista, una tal Beverley Brophy, quiero recordar que fue, asimismo, quien me sacó la foto que luce y ocupa la mitad del espacio tipográfico del reportaje, inclinado sobre mi mesa de despacho, escribiendo con estilográfica, y con este pie por título: “Dr. Ramos studies problem”. No me resisto a transcribirlo en traducción sin pretensiones:

–“No tengo más remedio que ser curioso”– dice el nuevo profesor de Español de Western sobre el tema de las mujeres. “Dondequiera que vaya, la gente me pide que compare sus mujeres con las de los demás sitios que conozco”. Señala que cada país tiene un mito respecto de sus mujeres, pero que ha descubierto que es altamente exagerado en la mayoría de los casos. Por ejemplo, mientras estuvo en Suecia este pasado verano, encontró que la creencia común de que las chicas suecas son ligeras y licenciosas es absolutamente falso. “No se pueden aplicar los adjetivos *bueno* o *malo* a sus características. Lo único que se puede decir es que son todas diferentes”, es su conclusión sobre las mujeres. Otro de sus intereses, de más voluntaria naturaleza, es el de escribir poesía. Sus primeros intentos poéticos los realizó a los diez años. Los resultados ulteriores de estos ensayos primerizos pueden encontrarse en sus dos libros de poesía *Coágulo* y *La fuente o ella*. Cuando le preguntamos por qué se decidió por profesar en Western, el Dr. Ramos contestó que puesto que su campo era la Filología Inglesa, se interesó primordialmente por un país anglo-parlante. Su cometido lo cifra en obtener la mayor experiencia posible dentro de la cultura inglesa; lo cual le permitirá contribuir más a dicho campo cuando regrese a su país de origen. El Dr. Ramos también ha profesado en Inglaterra, pero le convencen más tanto el estudiante como el sistema de educación canadienses. [Los chicos de aquí] “No están tan mimados y sí mucho más deseosos de aprender”. Continuó comparando al estudiante U.S.A con el canadiense. De su experiencia docente aquí y en la Universidad del

Estado de Michigan saca la conclusión de que no hay diferencias en lo tocante a conocimiento y cultura. En el campo concreto del Español hay algo menos de interés aquí que en dicha Universidad del Estado de Michigan. El Dr. Ramos cree que ello puede atribuirse al influjo de la ascendencia francesa en [el] Canadá. Por su entusiasmo y sinceridad, es evidente que el Dr. Ramos está disfrutando al máximo meterse en el ambiente de aquí, de Western. “La cultura de una nación no se asimila sólo mediante la lectura o el hacerse socio de un club [para practicar la lengua]. Es algo que hay que vivir y eso es precisamente lo que yo estoy haciendo”...

¡Ppppuuffffhhhh...! La verdad es que uno, sin grandes violencias de principio, puede quedarse apabullado de las simplezas tautológicas y de las obviedades tan de andar por casa que se contienen en dicha entrevista. Lo de menos es pretender ahora [*ahora*, cuando esto escribo, es ni más ni menos que el dos de febrero de 1995... pasados más de treinta y un años de los hechos que se relatan]..., lo de menos, digo, es precisar si mis respuestas se plegaban a las preguntas de la autora del reportaje; o era éste, el reportaje, el que conformaba a mis aptitudes y personalidad [probablemente conocidas de antemano] los puntos de supuesto interés periodístico. Sea lo que fuere, lo que puedo decir ahora sobre los juicios de valor tan volanderos vertidos en esa crónica, es equivalente a las apreciaciones de provincianismo y rusticidad aplicables a buena parte del conjunto de la idiosincrasia canadiense... Y en realidad, ¿qué podría haber dicho yo? Decir que uno es “curioso” en ciertas circunstancias es un mesurado y descafeinado eufemismo que deja percibir un nudo de intenciones y de disponibilidades que en mi caso [supongo que huelga decirlo] tienen fijado su norte en *conocer* en sentido bíblico a las portadoras de “eso” que generase y suscitase mi curiosidad. Con todo, el interés de la entrevista radica en que yo debí de exteriorizar, o sugerir, mi personal planteamiento de mi trabajo, de mi futuro, y de mi asentamiento definitivo... Si dije lo que recoge la entrevistadora... “this will enable him to contribute more to the educational field in his home land when he returns” [referido a mi

especialidad de Filología Inglesa], me parece un plenísimo acierto, sobre todo porque en aquel momento me quedaban ocho enteros años académicos de permanencia en Canadá y mediando un periodo tan largo de tiempo considero doblemente acertados mi vaticinio y mi declaración de intenciones. Lo de “escoger profesar en Western” era otra piadosa sandez, ya que, una vez fuera de U.S.A y en el tiempo de que dispuse para prepararme el programa canadiense, me tuve sencillamente que decidir, o por Waterloo, o por London, y parece ser que *entonces*, “I made my choice”; o sea, que elegí lo correcto. En resumen, lo que estoy tratando de expresar es que, en un lugar como la University of Western Ontario, de London, alguien como yo, recién cumplidos sus 27 años, constituía “noticia”; significaba “gente”; llevaba consigo “exotismo”; propiciaba “novedad”, etc. Y probablemente esta simple y tan humanísima estela de obviedades que me precedía, jugaba unas veces a favor, y otras en mi contra...

Recuerdo a una amiga, de nombre imposible de rescatar, que – ahora que lo preciso– supongo que se había echado sobre su conciencia la tarea gratuita de darme algo así como una lección, vapuleo o varapalo..., lección que nadie le había pedido. Era un poco mayor que la media de las chicas universitarias, y ya no puedo saber si era todavía ella universitaria, o habiéndolo sido, había dejado de serlo. Algo corpulenta pero equilibrada de chasis, bonita de cara, tirando a pelirroja, con cierta reticencia y premiosidad en el decir. La traigo a mis páginas porque a través de ella conocí a una pareja de amigos suyos: El, industrial del ramo de la confección de ropa, y dueño de una empresa de lo mismo; y su compañera, una rubia con un aire a lo Kim Novak. Vivían en una casa de campo, en el camino de Woodstock, casa cuya construcción la habían encargado a un equipo de finlandeses, creo, para lograr una réplica lo más fiel y emuladora posible de esa preciosidad de residencias de bosque, combinados de praxis y comodidad de último grito que concurren en ciertas construcciones nórdicas... y a las que tan acostumbrado estaba yo por mis ya repetidos viajes a Finlandia. Mi amiga [voy a llamarla de una vez Brenda para ahorrarme circunloquios] me llevó a visitar a sus

amigos, como si se tratase de un famoso domador que presenta al mundo del espectáculo su último ejemplar de oso domesticado; o tal vez de lo contrario, de un incomparable ‘maverick’, o de cualquier otro animalito sobresaliente... Nada que objetar en cuanto a tan normal ejercicio de urbanidad... si no fuera porque a mí, procedente de la vieja Europa, me pareció que el azar me regalaba una estupenda ocasión para ilustrar mi heurística de antropología canadiense. El varón de nuestro cuento, llamémosle John, usaba ese tipo de posturas, mejor, poses cuidadas y desinhibidas para sentarse... sin soltar nunca, nunca de una de las manos una lata de cerveza... mientras su compañera, llamémosla Rose, se acomodaba junto a él, como estudiado contrapunto. Rose, en efecto, era atractiva, con un jersey de esos que si laxamente, calculadamente llevados, pueden camuflar con pudor dentro de sus oquedades internas las esfericidades de los senos; o bien pueden prestarles a éstos una explicitación túrgida y ostentosa. John tenía allí estacionado un ‘Thunderbird’ descapotable y llamativo, y se autocomplacía relatando que en tal y cual viaje..., no, viaje no, sólo desplazamiento... la consigna identificativa a la que Rose y él se habían hecho acreedores era la de... “here come the blonde and the drunkard”. A todo esto, Rose le miraba halagada, transida por la fehacencia arrogante de sentirse deseada, haciendo de su gesto, de su sentarse felino junto a su “drunkard” y del repertorio de los demás ademanes suyos..., un conglomerado provinciano, prepotente y hortera..., absolutamente paleta. Y es que resulta que el canadiense pudiente aspira a, reivindica a toda costa una cierta distinción especial que le es naturalmente negada por su carencia de... fuentes; por la inexistencia de referentes válidos en su pasado, y por la improbabilidad de que su presente y futuro le proporcionen modelos más edificantes y más fiables. El canadiense adinerado [y tal parecía ser el caso de John] desea sobresalir de sus vecinos ciudadanos U.S.A; o por lo menos reclama el sagrado derecho a que nadie me lo confunda con ellos... O sea, que el canadiense que emula a su vecino U.S.A tiene que exhibir el procedimiento, tiene que demostrarlo, tiene que hacer que los demás caigan en la cuenta de que tratándose de

alguien tan próspero, tan capaz, tan guapo y tan perteneciente a una de las sociedades más democráticas y más avanzadas del mundo... no es sin embargo, empero, ciudadano de los EE.UU de América, *sino* de la nación vecina del Norte, o sea, Canadá. El americano de los U.S.A, muy al contrario, no tiene que demostrar nada: Lo tiene muy sabido él, y lo da por muy sabido, por muy de sobra sabido también por parte de los demás. John era un hortera consumado, que basaba sus ínfulas de prepotencia en la marcha de sus negocios como comerciante. Él y Rose conjuntaban una pareja que me hicieron pensar [respecto de la intención crítica proyectada, y salvadas las diferencias que fueren] en algún personaje de Tennessee Williams, llevado al cine. Posiblemente a algún reparo por parte mía en cuanto a la calidad o estilo de vida total de nuestros héroes, Brenda, en nuestro viaje de regreso a mi piso compendió el respeto y la pleitesía que ella parecía tener a bien dedicarles, en el comentario contingente e irritante de que: "He is in a very good financial position". ¿He dicho irritante? Pues, no; me corrijo: ¡Lo llamo obsceno! La adoración que esta gente profesa al dinero resultaba aún más abultadamente insultante cuando en el horizonte de sus deseos y cometidos no existía más que una gradación cuantitativa de los aspectos que ya obraban con ellos: ¿Un coche grande y bonito? Pues compremos dos coches más grandes y más bonitos... ¡y así sucesivamente!

Por cierto que fue a petición de Lorenzo como me decidí, acompañado también por él, a irme a esquiar con esta tonta de Brenda un día de fin de semana a una estación invernal pequeña de junto a London. Cosas de Lorenzo. Me alquilé unas botas y unos esquís [quiero decir, sólo las paletas deslizadoras], y una vez más probé que mis 28 años de entonces eran capaces de asombrosas demostraciones. Según entiendo, las escuelas de esquí enseñan durante todo un día a los principiantes a ponérselos y a sujetarse de pie. Creo que los primeros metros de deslizamiento por pendiente suave tienen lugar pasadas algunas jornadas de aprendizaje. También entiendo que las clases inciden muy monográficamente en la secuencia de la caída y de la ciencia sobre cómo ponerse uno en pie. Pues bien, Lorenzo [¡tánto

era el crédito que me concedía!] me animó a que yo, por las buenas, compendiara y sustituyera todos esos tramos de meticoloso aprendizaje por... mis recursos espontáneos. Y la verdad es que casi lo consigo... Puestas las botas, ajustados los esquís... el primer deslizamiento durante unos 100 metros no consiguió dar conmigo en tierra. Pero el segundo intento no me fue tan bien. Recuerdo la sensación tan desagradable de que a uno se le vayan abriendo los esquís y amenazando con chascarle, desgajarle a uno las piernas por la horcajadura.. y la penosidad de querer volver a colocar las palas deslizantes... juntas, ordenadas, sumisamente controlables... y en el vano intento de procurarse uno dicha maniobra..., seguro que se vulnerarían todas las reglas del equilibrio, de la motricidad, y de la quinesia, etc. Me caí, rodé... y [¿hace falta que lo diga?] me torcí un tobillo. De esto hace, claro, más de treinta años. A pesar de las recomendaciones de Lorenzo y de Brenda [i.e., que psicológicamente no era correcto terminar nada teniendo como punto final una nota negativa, de repulsa, de aborrecimiento, etc., etc.] el caso es que, como digo, de esto hace más de treinta años y no he vuelto a acercarme ni siquiera al espíritu activo de los deportes de nieve, mucho menos a calzarme esquís, ni embutirme en la onerosidad de la farragosa y abultada impedimenta que se requiere. Es muy simple: Me fastidia todo deporte, o actividad, ejercicio, función, práctica, etc. que necesite una vestimenta tan formidable y tan minuciosamente sofisticada como el deporte de la nieve. De ahí que, mentalmente por lo menos, la natación y la carrera (jogging, footing, campo a través, o trote en pista) tengan toda mi preferencia: Un bañador, de un lado; y unas buenas zapatillas, de otro, es todo lo que se necesita.

Con todo, mi decepción y disgusto me vinieron generados por la tonta y calentapollas de Brenda. Debió pensar que para dar un escarmiento a mi... [siempre según su propia gratuidad] fama de conquistador, nada mejor que no follar conmigo, negándome a mí la consecución de una tendencia legítima y hurtándose ella misma una expansión espiritual que, en todo supuesto, hubiera ennoblecido su formato, su diseño cosmo-bío-patológico de hembra. Recuerdo que,

sentados en el sofá del cuarto de estar de mi piso, y prácticamente antes de que yo me hubiera dispuesto a escalar las primeras rampas de la fortaleza de su intimidad, como adelantándose a tan noble ejecutoria, me dijo algo así como: “Well, too bad... this time... ¡you failed!”. ¡Jilipollas de mierda!

Y en esta y otras escaramuzas me iba deslizándose entre las mallas del tiempo. Pocas cosas tan ciertas como el lema que antepongo en el primer volumen de esta obra seguida y unitaria: “La memoria de todo hombre es como un inmenso espejo de mujeres muertas”.

Fue al regresar a casa el verano de 1965 cuando me traje conmigo en el avión dos asientos para taza toilette o excusado, idénticos, marca ‘Rubwood Viceroy’. Los ví en un almacén de saneamientos y me parecieron algo excepcional, sin nada que en España pudiera comparárseles. Están hechos como de baquelita negra, con una abertura del frente de la parte anterior [se supone que para evitar que el goteo de orina lo manche o lo salpique en caso de no levantar dicho asiento], de forma anatómica, con un rebaje o surco redondeado para que tanto los glúteos como las partes de muslo posterior descansen con comodidad. Los de la aduana del aeropuerto de Barajas me hicieron ponerlos sobre el poyato-mostrador de inspección, y confesaron que era un artículo muy poco corriente. Con decir que llevan instalados cerca de treinta años y están como el primer día, casi con su brillo, sin una picadura, sin un salto del esmalte, etc. creo que dicho queda todo.

Ya una noche del verano de 1964, mientras paseábamos por la Plaza de Cervantes de Alcalá de Henares, nuestro bueno y malogrado amigo y compañero de colegio, Julián Castillo, al terminar de oír mis relatos sobre el curso académico que acababa de culminar, y como colofón a las cinco nuevas chicas que yo confesé haberme tirado, dijo con su proverbial y lúcido laconismo: “Bueno: Pues ya tienes otro quinquenio más”.

El caso de Mary Ann Davies constituye un apartado independiente y en buena parte, excepcional. Baste reseñar que ella, junto con una cuenta corriente que mantengo abierta en un banco de

Kingston; y un colega y amigo italiano-canadiense, Bastianutti, todavía profesor de Queen's University [descontando, por esporádicos, los contactos con Lorna Griffin y con Karin Mumm], son los tres cordones umbilicales o antenas que mantienen vivas mis posibilidades de vinculación a mi país de residencia durante ocho años... En algún lugar de estas Memorias ha quedado dicho que, después de regresar de Canadá en mayo 1971, no he vuelto a poner pie en tierra de América del Norte, con la salvedad testimonial y de laboratorio de una escala que un avión de KLM, partiendo de Amsterdam y con destino a Tokyo, hizo en Anchorage, Alaska.

Mary Ann procedía de extracción francesa e inglesa a partes absolutamente iguales, y por ello era bilingüe en estado perpetua y perfectamente natural. Nos conocimos inevitablemente porque ella, secretaria del Departamento de Francés en Middlesex College, tenía su despacho frente al mío. Intimamos muy pronto, si bien con arreglo a módulos europeos. Su personalidad potenciaba un tipo de recursos humanos, vivenciales, difícilmente degustables por alguien que no hubiese vivido en Europa. Mary Ann era menudita, rubita, femenina, pudorosa, con una esmerada educación... Allí en London vivía ella compartiendo piso con una tal Eileen que trabajaba, también como secretaria, en el Departamento de Lenguas Romances, pero afectada más de lleno al Español. Eileen era bastante mayor, y todo lo que tenía de buen corazón y de solterona madraza lo tenía de poco o nada atractiva... Pepe Azcárate solía acompañarme cuando se trataba de visitarlas en el piso que ambas compartían, y por cierto que Eileen desarrolló un enamoramiento larmoyante, pavoroso, desarreglado y colosal a expensas de la persona de Azcárate, el cual, incurso en su ramalazo emocional hacia la panameña Olga Mata... poco podía hacer..., vaya, que no hizo nada. Otras veces nos reuníamos en mi piso, donde la abundancia de licores ricos y de... liberalidad de espíritu más que nada, hacía de mis veladas ocasiones muy altamente estimadas por el personal... ¿Se acuerda el lector, unas cuantas páginas hacia atrás, de aquella comida opípara que ofrecí, entre otras cosas, a base de chuletones al estilo que aprendí de aquellas dos madrileñas?

Bueno: Pues Mary Ann fue una de las invitadas. Pepe fue otro. Un profesor de francés, Jean Mèral, otro. Y hubo otras dos chicas más que, por no estar rigurosamente seguro de quiénes eran, me abstengo de mencionar...

Mary Ann y yo nos entendimos siempre a través y por medio de lo que en ella había de europeo, sin duda alguna. Cuando yo llevaba algún tiempo ya profesando en Kingston, ella se fue a vivir a Montreal y allí la visité. En otra ocasión fue ella la que viajó a Kingston, a pasar conmigo un fin de semana... Luego vivió varios años en París, y a eso de finales de los setenta se trasladó de nuevo a London, Ontario, donde todavía reside. Ahora, con la perspectiva que proporciona la duración en vida comprendo mejor que se haya mantenido soltera en el sentido de “no empapelada”. Comprendo que, para afrontar el engorro onerosísimo de la convivencia matrimonial, el temperamento canadiense no la haya seducido. Y pretendientes los ha tenido... ¡vaya si los ha tenido! Recuerdo a uno, el más contumaz, de mis cursos de Western Ontario; o sea, de sus primeros, porque entonces Mary Ann, varios años más joven que yo, frisaba tan sólo un poco más arriba de los veinte. Un día la llamé a su casa y cogió el teléfono el pelmazo de su “suitor”. Yo pregunté por ella... [mal hecho; es obvio que al oír la voz de hombre debí colgar y esperar mejores tiempos]... y recibí la desairada respuesta de... “she's busy”... y un cuelgue de teléfono. Normal. Al día siguiente Mary Ann se me disculpó compungida y cuasi llorosa. Sí, Mary Ann no careció de pretendientes, pero ella, europea también, sentía su independencia como algo muy especial, como algo “not for sale”. Durante estos casi 24 años desde mi partida de Canadá, y casi 30... [obsérvese bien..., ¡casi 30!] desde que dejé de residir en London, Ontario, y por tanto, de encontrarme con Mary Ann de manera habitual, no hemos dejado de comunicarnos ni de saber el uno del otro, siempre en posesión de los medios para poder entrar en contacto en cuestión de minutos. Entre las frondosas modalidades de correspondencia que nos hemos dedicado, la más sorprendente, la más original y cordialmente certera pertenece a Mary Ann, quien, al alimón con Jean Mèral, a la sazón en London, visitándola durante un

‘week-end’, me envió una tarjeta grande escrita por ambos y fechada en septiembre 1992; preciosa tarjeta con una artística y cuidada panorámica de The University of Western Ontario, al parecer después de haber experimentado un frenesí de desarrollismo gigantesco... Mary Ann ha venido cuidando en estos últimos años de su madre, afectada irreversiblemente de un galopante mal de Alzheimer... Mary Ann vive, además, rodeada y acompañada de un pequeño ‘zoo’ de perros y gatos... Mary Ann siempre sostuvo que yo fui el primer hombre que... bueno, ya se me entiende. Yo, la verdad, nunca consideré viril ni caballeroso darme por enterado...

Isabel era una de esas mujeres que, aun siempre en camino, parecía que nunca habría de llegar. Era, también, una de las hermanas de Lorenzo, la mayor, aunque algo más joven que él. Nos conocimos en la fiesta a la que asistí recién salido del Hospital al que me llevó aquel vesánico forúnculo. Creo que Isabel me regaló la parte de su personalidad que más escoraba hacia el lado de su ascendencia hispánica. Si Lorenzo apenas recordaba aspectos sustantivos de su niñez en Nicaragua, Isabel aún menos. ¿Era bonita? No estoy seguro. Isabel atesoraba el especial distinguo de no aparecerse atractiva hasta que no estaba uno asomado de lleno al brocal de su intimidad. Según confesión propia, en Ottawa había tenido un novio, algo paranoico, que continuó “persiguiéndola” durante no sé cuánto tiempo, y tal era la razón por la que ella se había determinado a seguir estudiando en London, poniendo así tierra de por medio. Probablemente no era bonita en exceso, ni tuviera un cuerpo propiciador de entusiasmos súbitos; pero en los diferentes estadios de su dintorno contenía una ternura de nostálgico encariñamiento enormemente pegadiza. No es en absoluto presuntuoso asumir que fue a través de mi ejemplo, de mi propia personalidad, de mis menesteres de Hispanista en la Universidad Western como Isabel vino a encontrarse con un patrimonio de su propio pasado que estaba ahí..., en los pliegues de su intrahistoria vivencial. Coincidíamos muy de tarde en tarde, como sin querer, en reuniones, ‘parties’ a los que ella acudía con compañías ajenas a mi círculo de amistades inmediatas, y una vez allí, tampoco

me suponía a mí ninguna violencia hacer un “aparte” conversacional con ella. Isabel hablaba Español como con miedo, y sólo a medida que iba ella descubriendo a través de mi discurso las inagotables posibilidades de su lengua primera y materna fue como se hizo más perceptible su acercamiento al mundo que mis fórmulas expresivas, que mis peroratas de “maverick” hispánico le presentaban a su conciencia. En este orden áulico e intelectual [y dentro del sistema norteamericano libérrimo de poder escoger materias de aquí y de allá para confeccionar la titulación en una Licenciatura general correspondiente a lo que ahora aquí en España se ha entendido por ‘Diplomatura’], Isabel llegó a matricularse de algunos créditos en mi curso de Spanish Prose of the XIX and XX Centuries (junior level o tercer año)... Recuerdo vivamente que la prosa de Valle-Inclán la emocionó con intensidad desusada..., y que aquellas descripciones de las manos de Rosarito en *Jardín Umbrío*, “las hermosas manos de novicia, pálidas, místicas, ardientes” fueron para Isabel impensadas revelaciones...

Debió de ser en alguno de aquellos *parties* disparatados y acomodaticios donde Isabel y yo tuvimos ocasión de auscultar los registros emotivos que el cuerpo de cada uno, el bulto espiritual de cada uno en contigüidad, despertaba y propiciaba respecto del otro. Todos nos hemos topado con mujeres de chasis inequívoca e implacablemente vistoso y nuestras expectativas respecto de ellas quedaban como realizadas, como llevadas a término sólo con iniciar nuestro abordaje a ellas; como si lo incoativo y lo perfectivo se consorciasen en un mismo instante, en un idéntico vector aspectual, puntualizado, de tiempo. Las mujeres como Isabel requerían un... como recorrido procedimental...

Sí, debió de ser en alguno de aquellos ‘parties’ de fin de semana. Cuando me encontré abrazado a Isabel, con la excusa de la monserga pseudo-melódica de turno que fuere..., me pareció que su carne se diluía de templanza en la tabla de mi pecho, dentro del armazón posesivo y acaparador de mis brazos..., que la moderada ‘morbidez’ de sus atributos buscaba un definitivo consorcio con mi piel...

Probablemente aquella noche nos besáramos hasta límites agónicos... Probablemente, bueno, con toda seguridad que no pasamos de ahí. Pero estando, como estábamos los dos, tocados de ala, propensos hacia el vértigo de la entrega mutua, lo que a partir de entonces pudiese ocurrir era sólo una pura y natural consecuencia...

Mi estado de ánimo tenía mucho que ver con la realidad de que por aquel entonces dedicaba yo mis últimas semanas, o quizá días, a residir en London. Me esperaba Kingston, y mi compromiso con la Western de London, Ontario, se estaba liquidando. Mi conciencia no estaba segura sobre lo que debería rescatar y sobre lo que podía conceder al más irrevocable de los olvidos. Mi conciencia vacaba, irresoluta para pasar juicio de valor sobre lo que estaba a punto de consumarse, de finiquitarse; y asimismo, inepta para proveerme de una articulación programática con enganche y sentido...

Lo tengo muy destacado dentro de los cuévanos de la memoria: Fue una noche en que todo pareció desarrollarse como un juguete de guiñol conducido por la mano inspirada y generosa de un “laissez faire” superior y bienintencionado... A última hora había yo desestimado reunirme con quien fuera..., había renunciado a encauzar aquella velada con arreglo a una clave prefijada supuestamente. Llamé a Isabel y nos encontramos en su piso. Bajamos al porche de su casa, nos sentamos en cualquier parte y estoy seguro de que en nuestra conversación concurren elementos formales y viscerales de entidad más intensa y más inequívoca que en los de las propias nupcias... Pasamos parte de la noche así. Luego nos fuimos a mi piso. Los dos estábamos ebrios de sorpresa, abrazados a aquel milagro de armonía congrua que el azar munificente había puesto en nuestro camino... Estábamos los dos exonerados de nuestros planes previos, liberados de nuestros antiguos demonios, y ahora queríamos Isabel y yo aunarnos, ella conmigo, yo y ella, en una cita, en un encuentro total, demonizándonos gloriosamente, mutuamente. Recuerdo que Isabel bautizó aquella noche como “la de la locura”, expresión..., la más conscientemente emotiva, la más cordialmente asumida que en todo el tiempo en que la conocí oíla pronunciar.

Otra noche, Isabel, que se hallaba en la mitad, en el apogeo de su menstruación, me regaló los quilates exacerbados de sensibilidad que tal circunstancia fisiológica comportaba.

En octubre de 1965 ya estaba yo instalado en Kingston, y el mundo de London había quedado bien atrás, surto en sus propias e intransferibles coordenadas.

Fue en 1970, es decir, años más tarde y en mi penúltimo de estancia en Canadá, cuando recibí un tarjetón: “Lorenzo J.A. Gironés Announces the opening of his office For the practice of law Commencing March 23rd. 1970 At Suite 16. 105 Davenport Road. Toronto 185, Ontario (416) 964-1179”, junto con unas líneas, invitándome a una recepción en su casa, en tal fecha...

Acudí a Toronto, con mucho gusto. Se trataba de una reunión familiar. Conocí a la madre de los Gironés, Ruth, la esposa del médico asesinado en Nicaragua cuando Lorenzo era muy, muy niño... Estaba Margarita, la hermana pequeña, con su marido. Decía ser muy feliz en su matrimonio... Estaba Isabel, con su prometido, o sea, “engaged to be married”, un típico canadiense... probablemente algo más joven que ella. Isabel no dijo una sola palabra en todo lo que duró mi visita. Lorenzo se mostraba cinematográfico, elegantísimo, con un traje azul marino, de rayas, cruzado, junto con su bella esposa en estado avanzado de gestación de su primer hijo. Me sacaron a cenar en... no me es posible precisarlo... juraría que se trató de uno de esos restaurantes en la cima giratoria de una elevadísima perindola, pero el caso es que el único edificio en Toronto de tales características del que tengo información a mano es la Torre CN, entre Front St., Lakeshore Boulevard, y University Avenue, cuyo final de construcción data de 1976... Probablemente se tratara del Eaton Center, entre las calles Dundas y Queen. Fuere lo que fuere, el caso es que ví a Lorenzo pletórico, al comienzo de una travesía vital, pertrechado del mejor de los aparejos de navegación.

Un 25 de agosto de 1986, hallándome yo en mi casa de Alcalá de Henares enfrascado en repasar carpetas de apuntes literarios de pretérita erudición, pertenecientes a mis cursos en Norteamérica,

encuentro en el reverso de un folio:

Isabel Gironés  
197 Regent st.  
438-6549

Tanto la calle como el teléfono correspondían a London. El corazón mío ensayó como un amago de acomodo, porque otro gigantesco círculo parecía suturarse ante mi conciencia viva. Recibí su nombre con abandonado agradecimiento, con corroboración cálida. Acaso a través de, y por Isabel, en la Historia universal del alma se hayan ensanchado los confines de la palabra *amor*.

**Najiat Abdelmalek: Immouzer des Kandar, Marruecos;  
Wapu: Ansongo, Malí. Expedición a Africa, julio 1969.**

Yo he salvado la distancia Ceuta (España) - Niamey (Níger) en línea recta, atravesando el desierto del Sahara por la parte de su corazón, Tanezrouft o “ruta del terror y de la sed”; por donde más duele, en la peor época que es el mes de julio, cuando la naturaleza opone con casi omnipotente tenacidad sus defensas dilatadas y seguras de su eficacia. Y lo he hecho en una simple furgoneta de fabricación española, para reparto de cachivaches; sin preparaciones especiales y sin conocimientos especiales; sin nada especial, a no ser la compañía de otros dos expedicionarios cuyas disensiones entre sí y las de cada uno de ellos con respecto a mi manera de enfocar, concebir y resolver las situaciones han sido, con mucho, las pruebas más duras que mi hombría ha tenido que superar. Al contacto aplastante de tanta calamidad provocada por el medio infrahumano y por las incompatibilidades de los tres viajeros, mi voluntad se ha ido enardecido. En los 33 días que ha durado la aventura ha conocido mi alma las mayores estrecheces que un destino haya podido experimentar por deportividad y por gusto, y de este tema de estoicismo severo sale la única justificación para tal peripecia; he sufrido hambre y sed físicas como para olvidar el valor de un vaso de agua fría o un mordisco a un pedazo de fruta fresca: Al término del viaje pesaba ocho kilos menos que cuando comenzó la aventura; me he caído aniquilado por el cansancio y por la suciedad, por la desesperanza y el sinsabor, por el asco y por la pura inercia de las penalidades en curso; y he visto cómo a una temperatura de más de cincuenta y cinco grados el vehículo se hincaba en la arena una y otra vez, y al colocar y encajar las escaleras metálicas, o empujar al furgón, o tirar de pala y repetir lo mismo más, muchas más veces, creer que una vez cualquiera iba a ser la última, y sufrir la humillante decepción de constatar que no, que... ni mucho menos; que esa vez última está siempre donde nunca la esperamos...

Algo he envejecido, en señales de alma y de piel, repiten por aquí los amigos y la familia. En la tragi-cómica confrontación con el

espejo cada día veo rodales de canas nuevas que han brotado con firmeza, pruebas inequívocas de la consumación de un episodio áspero y aleccionador. Bajo un sol sahariano, de julio, mi cuerpo desesperado y desnutrido ha buscado dentro de la furgoneta, centímetro a centímetro, la superficie de un trozo de sabana mojada, deteniéndose con morosa lentitud y en un mal disimulado deliquio de complacencia en ese oasis de frescor provocado. Y en los contados hoteles sórdidos donde hemos encallado a lo largo de la ruta espectacular, he dado en lánguidas y plomizas horas de siesta cientos de vueltas en los camastros, abandonando mi desnudez –galopante ya hacia una desnutrición canija– a los aspavientos de un ventilador voluntarioso e indiferente. Y en el suelo, debajo del furgón, sobre la manta doblada; o encima de la baca, teniendo por techo toda la confabulación estelar de la noche africana; recostado en el quicio de alguna columna desvencijada, o en la sombra de tal o cual zaguán durante las inicuas y absurdas esperas para gestionar el visado parcial de nuestro pasaporte, ... mis huesos y la carne que los recubría han buscado una mínima moldura de acople, la hendidura precisa que hace ajustar un pliegue de la espalda o una rodajita de carne de la pierna. Miseria y frustración plenarias. Miseria y una como insensibilidad amenazante por haber bajado tan de golpe a los mínimos estratos de la urbanidad.

Y voy a hablar de todo ello, con la previsión de que ni se me crea ni se me deje de creer. No está uno como para dar explicaciones a los duros de oído; ni mucho menos como para sentirse inflamado por un ardor apostólico de ganar prosélitos para una fe o para una teoría más o menos atrayentes. Voy a decir lo que a mí me ha pasado, y espero que de la narración de lo que yo he vivido se desprendan muchas lecciones. Lo más apremiante a mi juicio es puntualizar la dimensión, la cabal envergadura del viaje, sobre todo para evitar las chácharas que se puedan desprender de preguntas ignaras o de concepciones erróneas sobre nociones geográficas. Sin pretender que los “amigos” interesados por nuestras aventuras dispongan de una exacta documentación sobre la geografía africana, sí me hubiera gustado evitar las numerosas ocasiones en que me he visto obligado a

contestar: “No, no; eso no es precisamente el Sahara”, o “Eso está a tantos miles de kilómetros más hacia tal o cual lado”, o “¿A ver si Vd. está hablando de tal o cual país que no está en Africa, por cierto?”, etc. Con un mínimo de curiosidad y cinco minutos de tiempo se puede uno pasear por cualquier mapa y percatarse de la situación. No puede ser yo el que acentúe la dificultad o el rigor de nuestra aventura, aduciendo tal o cual dato ante el lector en potencia que cómodamente está pensando en su salida en el inevitable Seat 600 el próximo fin de semana. Lo que intento relatar en estas páginas bien creo que podrá parecer como una ingente epopeya de contrariedades, un desacato a las leyes de la sensatez y de la subsistencia. En estas páginas que van a seguir voy a intentar, pulso con pulso, detallar la cadena de sufrimientos reales [y de ocasiones no menos enaltecedoras] que he encajado; la magnitud de las inconveniencias a que me he sometido... Y sin embargo, por desafortunada que fuere esta relación mía; por espeluznantes que pudieran parecer mis extremos, siempre quedaría en el fondo remoto de la conciencia de algún lector la iniciación de una sonrisa irónica o el esbozo de una nube de duda ante la imposibilidad de medir con un instrumento idóneo la dimensión del suceso que yo le estoy participando.

Por eso me parece más acertado olvidar el poder eléctrico, si le hubiere, de las palabras de este humilde cronista y preocuparse sencillamente de recomendar a quien fuere, agenciarse información de buena tinta sobre alguien que haya consumado un viaje de tal cariz. En esta época, creciente en fervores por lo desconocido y por lo remoto, hay pocas cosas que hayan quedado erguidas mostrando su desafío o su reto al hombre emprendedor. Refiriéndonos a España, tengo una buena dosis de certeza de que *nadie* ha atravesado el Sahara por donde yo lo hice y en la época en que lo hice. Ahí hago yo radicar la significación que se dé a mi viaje, al solo dato de destacar que ningún español lo haya hecho en mis condiciones. Por lo tanto, que no..., que no se hagan ilusiones los merodeadores de sensaciones facilonas cuyos deseos de aventura terminan al pasar la página de la revista que manosean con fingida suficiencia hasta que apuran el

sorbo de brebaje y consumen el último milímetro de cigarrillo.

Por eso también irrita y da pena al mismo tiempo observar la falta de rigor, de precisión, que se barajan en ciertas noticias de la prensa diaria cuando se trata de prestar cierta sensacionalidad al suceso publicado. Confieso haberme indignado un tanto cuando unos pocos días después de mi regreso leo al azar la siguiente noticia en el *ABC* del sábado 16 de agosto 1969: “CRUZARON EL DESIERTO DEL SAHARA EN MOTO: ... emplearon en su viaje treinta y dos días, durante los cuales han recorrido 7.000 kilómetros, en los que se incluyen los trayectos Almería-Melilla, Túnez-Nápoles y Nápoles-Barcelona. A su regreso han manifestado que la parte más difícil de su viaje fue el cruce del Sahara, desde Tlemecen a Tamaurasset [sic], pasando por Laghonat, El Golea in Salah [sic] y Ourgla, hasta llegar a Túnez. Los dos jóvenes barceloneses han cruzado también España, Italia y Portugal”. Para empezar, el suelto mezcla churras con merinas, y apenas un solo nombre de las localidades señaladas aparece correctamente deletreado. El diario *YA* de ese mismo día insertaba la noticia casi de idéntica manera: “DOS JOVENES DE BARCELONA HAN ATRAVESADO EL SAHARA EN MOTOCICLETA” y con el contenido calcado...

Sepan los poco duchos en geografía que el punto sahariano argelino más meridional que alcanzaron estos catalanes, Tamanrasset, se halla en la ruta “buena” del Este [asfaltada hace muchos años ahora] de las dos que más o menos paralelamente cruzan de norte a sur el desierto argelino; que es una travesía bastante más frecuentada que la del Tanezrouft; que hasta Tamanrasset existe una pista mejorada que arranca desde un poco más abajo de El Goléa; y naturalmente, que hasta llegar a este punto por la ruta norteña que se elija, se marcha sobre carreteras de primer orden asfaltadas normalmente. Además, la parte de desierto que atraviesa esta ruta de Tamanrasset es precisamente la montañosa del Hoggar, y se asegura que el clima es bastante más fresco, al menos durante la noche. Torpe y mezquino sería inferir que trato de quitar mérito y reconocimiento al paseo de nuestros compatriotas barceloneses. Rodeado como ahora estoy de

mapas y de documentación de primera mano, lo único que hago es puntualizar sobre la inexactitud y el descafeinamiento de unas noticias que para la mayoría de los lectores no producen un efecto mayor que el de llamarles la atención sobre unos parajes que nunca han oído y a los que jamás pensarán ir. Pero no tengo yo la culpa de ser uno de los poquísimos para quienes ciertos lugares suenan con la familiaridad de lo vivido y sufrido; presente en la carne de la memoria y en la superficie de mi alma. No me toca a mí en este caso enrolarme en las filas de los falsos presuntuosos que pregonan su hazaña de tapadillo, sino proclamar abiertamente que mi experiencia está volcada del lado de lo extraordinario y meritorio.

*Antecedentes.* Debo confesar que más decisivo que la realización del viaje, ha sido la disposición. Disponerse, empaparse en la temperatura impulsora del plan es lo que cuenta. ¿Cuál fue mi caso? Romántico por condición, he creído siempre estar informado por un alma eternamente propicia a la aventura espiritual. Cuántas veces he superpuesto adrede lo remoto y lo bello, lo ignorado y lo atrayente; y cuántas veces, enardecido, por la mínima espuela de una sonrisa, o de una palabra con tono promisor, o un gesto intuido, he traspasado fronteras y actitudes, engolfado en la improbable pero virtual peripecia mística acercándose. Sin esta disposición mía que más y más se afianza en mi vocación y en mi destino sería inútil querer justificar desde un ángulo mínimamente sensato mi viaje al desierto. Mi alma ha ambicionado gloria personal realizando simplemente lo no realizado por otros. Mi alma ha ido directamente al grano, y ha entendido cabalmente que ponerse a hacer algo es ya tener hecho la mitad de lo que se quiere hacer. Mi alma valientemente ha comprendido la futilidad de intentar anticipar y apresar todos los entresijos que se urden en un viaje de cierto calibre; y más bien me he preocupado de afianzarme en una disposición generosa y capaz de neutralizar y compensar todas las posibles penalidades y reveses del impredecible azar...

Pero hay que elegir un punto, uno cualquiera, desde el cual hacer partir la primera realización, el original proyecto de la aventura

sahariana, de mi “Africa 1969”. Tal vez lo más certero de todo fuera mi amistad, no, mejor... mi compaginación vivencial con Luis Gallo, desde ahora en adelante y para las citas por venir, Gallito. Una serie de episodios vividos en común por nosotros dos acaso pudieran explicarse por la paradójica ley de la disparidad de concepciones y de formas inmediatas de resolver las cosas. Gallito y yo habíamos venido siendo... eso, amigos durante los tres lustros previos al viaje. Cuatro años más joven él que yo, nuestra complicidad cosmovisiva se había consolidado en los últimos tiempos en virtud de entender algo tan paradójico como que el consorcio de dos personas se funda a veces y precisamente en la diferencia de ese sentido del mundo. Ninguna criatura más desviada de mi cosmovisión que Gallito. Y sin embargo, ahí parecía radicar nuestro entendimiento. Pero hay que recordar desde detrás...

Era el año 1961. Gallito se había ido a Alemania a experimentar una vida de independencia y a hacer sus primeras armas con otra lengua. En el verano de 1962, a mi regreso a España de los U.S.A, y después de dejar organizadas las cosas en Alcalá de Henares, volé a Alemania. Pasados unos pocos días en Düsseldorf con él y unos cuantos españoles más, nos dirigimos Gallito y yo a Escandinavia, él por primera vez, yo por segunda. La correspondencia que precedió a mi visita a Düsseldorf ya me dejó ver bien a las claras el tipo pintoresco y eminentemente cordial que era Gallito: Todo fantasía y falta de lógica; todo un montón de planes sobre planes, fiados a una bocanada de puro azar; todo un monumento de cálculos gratuitos y numéricamente imposibles. Yo que, excepto en contadas ocasiones, siempre he viajado solo, pude comprobar la caja de sorpresas que es ir con alguien que es todo corazón y todo racial inconsciencia cuando la realidad de la vida te exige ciertas contraprestaciones perfiladas y concretas con las que superar los escollos del momento. Desde el uso y abuso de un coche [que no se supo nunca a quién pertenecía] hasta unas fantásticas previsiones sobre provisión de fondos que no existían sino en la mente infantil de Gallito, todo el viaje fue una acumulación de irregularidades y de sorpresas. Confieso que por audaces que

fueron mis anticipaciones y por rigurosa que fue mi aplicación del principio de que los viajes suelen durar la mitad de lo previsto y costar el doble de lo esperado; por generosa que fue mi aportación en dinero [estrenaba yo todo un año de paga a nivel U.S.A] y por muy acertada que fuera la desconfianza que mi alma esgrimió ante los planes de Gallito..., aun así, han de pasar todas las horas que me correspondan de vida terrena y no podría olvidar la penosísima circunstancia de desencanto y de frustración en que me ví irremediabilmente varado al fiarme... ¡sólo a medias de la palabra de Gallito!

Confieso que nuestro recorrido Düsseldorf-Helsinki y vuelta estuvo colmado de piruetas de la fortuna que bastarían para desanimar a otros que no hubiésemos sido Luis y yo, inflamados en ardores de aventura. Tan sólo salir por la autopista alemana hacia Hamburgo, y antes de alcanzar Hannover, sufrimos la desintegración del cristal parabrisas de nuestro Opel Kapitán a cargo de un bólido no identificado que en el instante de rebasarnos nos lanzó una piedra, bala de urgencia, a violencia... espantosa. Aquella avería mermó en uno los ocho billetes de 50 dólares U.S.A que llevaba yo cuidadosamente almacenados. Y ya durante el viaje todo fue un puro suceder de desórdenes en lo tocante a la administración por parte de Gallito, especialista en sugerir sobre la marcha proyectos cada vez más difíciles e infundados a la vista de la falta proporcional de medios, ante la carencia de lo que en cada caso se requiriera. Como dos posesos cortamos –ida y vuelta– Dinamarca, Suecia y Finlandia. El regreso adquirió caracteres de film de emoción. Y lo más grave era la tremenda seguridad que decía tener Gallito en conseguir, una vez en Düsseldorf, un sustancial adelanto [tal vez la satisfacción de alguna quimérica deuda] sobre su trabajo, y con ello poder proporcionarme yo el dinero suficiente para un pasaje de vuelta a Madrid en avión, y para unas cuantas expansiones en Alemania antes de salir de ella. El último billete de 20 dólares cayó limpiamente en una estación de servicio donde no hubo más que para llenar el depósito de gasolina, sin poder hacer lo mismo con el de aceite. Ya no quedaba un céntimo más para concepto de viaje. Y llegamos a Düsseldorf, y para

consternación mía al incauto de Gallito y al imbécil de mí nos reservan la funesta sorpresa de negarnos una tira de tocino en todos los lugares donde aquél había pensado encontrar jamones. O sea, ni un duro. Con unas cuantas pesetas que me quedaban descabaladas y con otras 400 que un español de allí me prestó pude agenciarme un misérrimo billete de tren en tercera que me amargó más que todos los peores momentos de mi viaje. Y a todo esto, vi cómo se me escapaba desde Düsseldorf la magnífica oportunidad de asistir en Wiesbaden a la boda de una alemana con un americano de ascendencia italiana. Queridos Marliese y Bill, ya os he contado esto en las ocasiones en que nos hemos visto en New York. No quisiera embadurnar mi pluma en aquellos tintes sombríos, de ira impotente, en que los más torpes azares de los elementos parecieron ponerse de acuerdo para negarme un resultado satisfactorio. No quiero, pero no tengo más remedio que acordarme de aquel tener que abrazar a la fuerza la evidencia total de que no había nada que hacer; de que allí, a unos cuantos kilómetros del lugar donde se estaba celebrando la boda de mis amigos había yo encallado míseramente, víctima de la incurable falta de cautela, víctima del papanatismo de mi querido compañero Gallito. Y además, el sentimiento enconado de saberme dueño de cantidades suficientes tanto en bancos americanos como españoles, a los que me hubiera podido dirigir a su debido tiempo. Ocho años han pasado desde aquello hasta ahora mismo en que escribo este relato doloroso; ocho años durante los cuales, cuando de elegir un pasaje desdichado de mi vida se haya tratado, siempre he pensado en la estúpida peripecia de mi encallamiento en Düsseldorf. Aquella fue una memorable lección sobre cómo *no* hacer las cosas, y que todavía sigue produciendo sus frutos.

Ahora bien, para aquellos que tanto en estas pequeñas aventuras como en la grande del Sahara se pregunten por qué he acometido tales viajes con tales y tan nefastas compañías, he de decir lo mismo una y otra vez: Que a pesar de todo he quedado satisfecho de haber hecho lo que se ha hecho y que ha sido cuestión de hacerlo únicamente de la precisa manera en que ha quedado hecho. La otra

opción: Desistir. Dichoso el que tiene en su haber la elección entre varios caminos todos buenos para consumir una gesta. Dichoso también aquél a quien no le asaltan dudas quejumbrosas sobre el cómo y el cuándo porque en sus manos tiene todas las direcciones que llevan al triunfo, una perfecta Rosa de los Vientos de aciertos. Yo sólo he podido elegir entre *dos, dos* únicas alternativas y en ambas se ha cobijado siempre el truco y la dificultad, el áspid de color de rosa.

Porque los viajes por Europa ya comenzaban a sonarle al corazón mío en falsete. Las mejores economías y los cochecitos petulantes de algunos españoles habían osado penetrar hasta más allá de los Pirineos, y Europa se empezaba a poner cada día más a tiro. Claro que todavía distábamos –aún hoy– años luz de esa coyuntura financiera y social que permite a varios millones de empleados, secretarías y oficinistas europeos pasar sus vacaciones en España, cuando para hacer aquí lo mismo tendría que vender la Sta. Julita las tierras que ha sudado y conservado el tío Ramón durante tantos años. Pionero me he sentido y me siento; degustador de latitudes no holladas; burlador de la marabunta ignara de turistas y de las catervas estólicas de mequetrefes estultos que hacen sus saliditas a París o a la vuelta de la calle, vuelven a España y ven “que todo es malo”. Y por eso el sueño de un viaje de verdad difícil me fue vapuleando y vulnerando los principios de recato y contención que a veces, y disfrazados con la etiqueta de la cobardía o mezquindad, están acuartelados en nuestra conciencia.

África. Desde niño ya me habían alcanzado las vanguardias de mi anhelo los relatos de mi pariente Félix Roldán, cuyos catorce años en la isla de Fernando Póo y sus frecuentes viajes a España cargado de referencias escalofriantes me sirvieron más que todos los medios difusores que esparcen entre las gentes la afición por lo que en cada caso sea. Africa en general hervía dentro del cangilón de mis planes y quedó presa de la primera disponibilidad de viaje importante. Pero la pequeña chispa que prendió el reguero de pólvora hasta la santabárbara de mi alma la produjeron dos buenos amigos, de latitud y clima distantes y distintos cuya actuación hizo juntar la rueda de la

fortuna bajo el contrato de sociedad matrimonial. Rakel, bella amiga mía finlandesa, conocida por mí en mis días lejanos y densos de mi primer verano inglés de 1957 y después en su propio país y en su propia casa en la Navidad de 1959, por una parte; y el ya su marido, Albert, de prosapia húngara y pasaporte canadiense, por otra, resulta que se han ido a trabajar nada menos que a la parte norte de Ghana, a la ciudad de Navrongo. ¿Hay más bello motivo, más certera disculpa que ésta para empujar mi decisión viajera?

Corría el curso 1963-1964 y yo había ya abandonado el estado de Michigan para instalarme un poquito más al este, en London, en la vecina provincia de Ontario del también vecino Canadá. Con Gallito me escribía esporádicamente. Unas asperezas inevitables habidas después de nuestra experiencia del verano de 1962, originadas, según él, por mi supuesta revelación en Alcalá de Henares de las condiciones y estilo de vida algo zarrapastrosas que llevaba en Alemania; y más que nada por la susceptibilidad del muchacho que, embarcado siempre en sus sueños de grandeza mal ajustados con la realidad, no podía concebir que se pudiera relatar nada de él que no estuviera embalado en el signo de la excelencia..., por todo ello, digo, no habíamos tenido una correspondencia frondosa. Ya en ese verano de 1963 había dicho yo ‘adiós’ a todas las posibles coyunturas de compañía y me había largado solo por Escandinavia en un recorrido variado y doloroso, largo y costosísimo del que me traje un bagaje lírico bastante considerable. Gallito había quedado como sintiéndose *no* imprescindible, y lo que más le picaba es ver claro que con *nadie*, a no ser conmigo, podría nunca realizar un viaje de mediana envergadura, puesto que el socio ‘capitalista’ había sido siempre, indefectiblemente, yo; y por muy inconsciente de la vida que uno pueda ser, no se llega nunca a la ceguera de no percibir que un compañero como yo, de mano confiada y generosa, no se encuentra más que una vez en toda una entera existencia. Y así pensó –y pensó bien– Gallito, y de ahí su descontento al verme volar solo.

Pero ese exceso de buena voluntad y de optimismo que le queda a uno en el hogar aparentemente más extinto me pulsó a

ponerme al habla con Gallito y a participarle mis planes ‘africanos’. Ni que decir tiene que fueron acogidos por él con el más insensato de los entusiasmos. Y esta vez la caída fue más, mucho más dura. En aquel dichoso curso de 1963-1964, y más concretamente a partir de noviembre 1963, se desarrolló una de las más frenéticas marathones epistolares de mi historia. ¡Qué pena de tinta cuando todo dependía del plumazo de un superior; del *no* simple y terminante que le expectoraron al incauto y nunca escarmentado Gallito! Vayamos por partes. Por aquel entonces continuaba él en Alemania y [promocionado, supongo, de su condición sana y dinámica de obrero manual metalúrgico], trabajaba para el Banco de Vizcaya como recaudador, coordinador y captador de fondos entre los españoles emigrantes. O sea, algo así como en el departamento de producción. Sus servicios dependían, directa o indirectamente, de los incontables jefes por encima de su categoría que con una escueta negación podían anularle sus proyectos vacacionales del tipo que fueren. Y con estas garantías el bueno de Gallito se compromete encendidamente al viaje; es decir, a cruzar el Sahara y alcanzar Navrongo...

Dentro de las actividades realizadas por mí en este frenesí comunicativo y preparador señalemos la dilatada visita que hice a mi primo Félix Roldán, el de los catorce años en Fernando Póo, ya instalado entonces en Montreal y con buena disposición para la charla y el cambio de opiniones. En varias veladas de insistente y machacona conversación se recorrieron todos los desiertos del mundo y se anticiparon más o menos gratuitamente las penalidades que un tipo de viaje así tendría que acarrear. Félix Roldán había cruzado el desierto... o los desiertos centro-occidentales africanos, pero por desgracia para mis planes su experiencia no me servía para mucho ya que él había hecho el viaje en un camión de diez ruedas, y en invierno, y por la ruta del lago Tchad, es decir, en condiciones ideales y poco servibles para lo que nosotros íbamos a encontrar. Además, y bien paradójicamente, en aquellos años cincuenta, cuando Francia mandaba directamente en la mayoría de los territorios que formaban el Africa Occidental, las carreteras y las pistas estaban algo cuidadas. Lo que yo ví y encontré

después chorreaba miseria y abandono: ¡Resultado de la independencia de ciertos países! Con todo y con otras cosas más, en aquellas conversaciones de Montreal quedaron anotadas las primeras listas exhaustivas –tal nos parecía a nosotros– de enseres, víveres, medidas higiénicas y miles de etcéteras. En su momento se dará cuenta de ello. También, con el fin de prestar a esta fase de ambientación una mayor autenticidad, dedicamos una tarde a la comprobación y pesquisas de rifles de safari en una de las mejores armerías de Montreal. Félix, cazador de elefantes, familiarizado con toda la fauna grande de Africa, piloto de aviación, pescador submarino que se había enfrentado a tiburones y a toda suerte de bichos de envergadura, fue mi más seguro guía en esto de monear con los rifles. Por supuesto que era prácticamente inviable portar un arma de tales características para un viaje de las nuestras: Simplemente los países en cuestión no lo permitían, y menos, así, por las buenas... Pero fue el caso que entre bromas y gestos de desaprobación por parte de los pacientes regidores de la armería, probamos y amenazamos el aire con disparos sagaces, relampagueantes e imaginados, esgrimiendo pases terribles ante faunas tan horrosas como hipotéticas...

Con ese bagaje de ideas y de anticipaciones, más que nada enarbolado como incentivo de enardecimientos, amasado febrilmente en unas cuantas veladas en Montreal, regresé a mi residencia de London, en el Ontario del Oeste. A partir de primeros de año en 1964 todo fue ya una acumulación de datos y un acopio de noticias y programaciones, todo un tanto confuso y disparatado, pero empapado en el más veraz de los entusiasmos, en la mejor de las intenciones. Desde enero hasta mi regreso a España a primeros de mayo de ese 1964 pude dedicarme a mil cosas. Lo más a mano dentro de mis disponibilidades era una amplia documentación libresca sobre el tema “Sahara”. Varias horas de uno y otro día me familiarizaron con el contenido de hermosos artículos de la *National Geographic Magazine*. Entre otras cosas me interesó vivamente un trabajo en el número de mayo 1958, a cargo de un matrimonio inglés que llegaron a Tamanrasset, vía Reggane - In Salah. Claro que las condiciones que

estos viajeros encontraron para su recorrido mal podrían, ni aun hipotéticamente, aplicarse a nuestro proyecto, puesto que su preparación y la tradición aventurera de su país les ponía en franca ventaja con respecto a nosotros. Con todo, allí leí yo ávidamente numerosas peripecias sobre el mantenimiento del Land-Rover, y sobre el peligro de la arena; sobre los nativos y sobre la mejor forma de alimentarse, etc., etc... Ahora, superadas con mucho las visiones parciales que tenía yo del Sahara antes de enfrentarme a él, puedo afirmar que muy poco de lo que leí o creí descubrir como pieza importante de información, tuvo valor alguno. Tanto en este reportaje de 1958 [el más completo de todos, además] como en otro de febrero 1949 titulado “Oasis-Hopping in the Sahara”, como en uno de febrero 1955 “From Sea to Sahara in French Morocco”, todos en la misma revista, lo único que pude aprovechar fueron excelentes documentales de profesionales verdaderos de la máquina fotográfica y de la publicidad. Los mejores atlas de lengua inglesa, como el *Times*, e igualmente los artículos de la *Encyclopedia Britannica* [sin olvidar las excelentes publicaciones *The Geographical Magazine* y *Canadian Geographical Journal*, inglesa y canadiense, respectivamente] fueron consultados furiosamente por mí en un deseo desmedido de atesorar conocimientos sobre nuestro difícil viaje. Únase a todo ello la creciente expectación que se había difundido entre mis colegas del Departamento, quienes estaban muy al tanto de mis consideraciones y de todo cuanto pudiera referirse al proyectado safari. Entre todos los sabedores de mi plan se fue creando un... como clima de complicidad y colaboración. Quién me facilitaba una nota que hubiera leído donde fuere; cuál me entregaba este o aquel recorte que me había separado de alguna revista; otro me decía conocer a tal o cual persona, a través de cuyos oficios me aseguraban entrar de lleno en la materia. En suma, un concurrido manejo de acción y co-acción...

De esta participación de mis planes a tanto amigo, o conocido, o colega cabe destacar alguna ocurrencia como fue el regalo por parte de mi compañero Luis Lozano de un ejemplar de la revista *Life* de abril 1964, cuya separata tengo aquí delante conmigo, y en la que se

relata la improvisada excursión de cinco muchachas norteamericanas por la región del Africa Occidental, desde Monrovia hasta Argel. Confieso que ese relato, escrito precisamente por una de las cinco expedicionarias –todas ellas eran universitarias y pertenecientes al “Cuerpo de la Paz” que fundara el malogrado John F. Kennedy– si bien me entusiasmó en un principio en que la palabra Sahara para mí era la cifra y síntesis por antonomasia de región remota e inaccesible, poco o nada vino a ampliar mi conciencia después de haber hecho yo personalmente el viaje. Una vez más me es imprescindible recordar las dos principales rutas del Sahara, la buena y la mala; y naturalmente, la época de acometer la aventura. Las cinco chavalas norteamericanas hicieron el viaje –ocioso es decirlo– por la ruta de Tamanrasset y nada menos que en enero, la estación ideal. Recalco esto con el riesgo de parecer petulante o desconsiderado ante las presuntas realizaciones de los demás, cuando lo único que por responsabilidad rigurosa necesito significar es la complejidad infinita que encierra la palabra *Sahara*; y que ni al más tonto se le ocurre pensar que pueda dar lo mismo atravesarlo por la parte más dura, el Tanezrouft, y en la época más inmisericorde (julio), que hacer un relativamente cómodo viaje por la ruta... menos mala cuando las temperaturas del Sahara por la noche, al menos, son ideales para dormir. Quede, no obstante, constancia de mi admiración por la travesía que estas cinco jovencitas, en un buen número de etapas y en convoyes de militares e ingenieros, cubrieron desde Monrovia a Argel, pasando por Abidjan, Uagadougou, Niamey, Zinder, Agades, Tamanrasset, etc. Y para el ambicioso o simplemente curioso que quiera confrontar mis declaraciones, ahí está el número de *Life* de abril 1964 donde aparece el artículo “Peace Corps Girls Own Story of a Rollicking Adventure: Diary of a Hitch-Hike across the Sahara”, pp. 92-107.

Por fin, “at long last” en 1969 llegó nuestro tiempo y comenzamos el cierre de la pinza de preparativos y de inminencias. Nuestros amigos, el matrimonio Rakel y Albert, ya no trabajaban en Navrongo, Ghana; así que nos pareció suficientemente retador fijar el destino final de nuestro viaje en Niamey, capital del Territorio del

Níger... ¡que tampoco estaba mal! El suegro de Gallito y yo contratamos sobre el préstamo de uso de un furgón Mercedes, de su propiedad; contrato en que todas y cada una de las escuetas y escasas cláusulas venían a resumirse en, y a reflejar, la probabilísima y contemplada virtualidad de que el furgón no volviese y me responsabilizara yo de la compensación de su valor [como así fue]...

El diseño de organización académico-universitaria de Canadá me permitía ausentarme de allí a finales del mes de abril, o incluso antes, si me daba yo maña en conseguir que alguien se ocupara en mi nombre de la cumplimentación de alguna materia más bien administrativa referente a calificaciones, etc. El verano de 1969 lo necesitaba ávidamente, así que supongo [no puedo precisar fechas] que procuré por todos los medios plantarme cuanto antes en España, que debió de ser, como digo, a finales de abril. Para entonces Gallito, casado, ya no trabajaba en Alemania sino en España, concretamente en Madrid, como representante de una empresa suizo-alemana de sistemas de soldaduras y productos relacionados con dicho menester, o algo así. No está de más dejar aquí patente el reconocimiento a la Alemania Federal de los años cincuenta y sesenta por la absorción generosa y permisiva que llevó a cabo de mano de obra española, entre otros contingentes. Gallito fue uno de los grandes beneficiados. Alemania le permitió a él y a otros muchísimos trabajar, practicar y ensayar sobre abundancia de materia prima, ejercitarse y aprender sin que nadie les pasara factura por todos los destrozos y consumo de productos que dicho libérrimo aprendizaje implicara en la fábrica o centro de trabajo que fuere. Gallito se hizo un hombre en Alemania: Aprendió el oficio de soldador; se familiarizó con las chapas de hierro como elemento de construcción y de confección de artilugios y cacharros. En sus primeros tiempos [según comentábamos en una velada de la Plaza de Cervantes de Alcalá de Henares] a otro alcalaíno, Luis Cuenca, obrero especializado de una empresa en la que ayudó a colocarse a Gallito, le tocó enseñar a éste... “a coger sin miedo, con la mano abierta, las chapas o planchas de hierro”...

No es raro, así, que con este bagaje de habilidades Gallito

condujera hacia el campo de la soldadura buena parte de la logística técnica en cuanto a utensilios e instrumentos relativos al viaje. Lo más perentorio e incontestable era construir una baca al furgón, y acoplarle el depósito cuadrangular de agua con capacidad para unos 200 litros. Y también un par de escaleras o cremalleras metálicas que sirvieran de tracción y agarre a las ruedas cuando de salir de la arena se tratara. El lugar elegido para toda esta clase de trabajos fue una finquita de Torrejón de Ardoz, propiedad asimismo del suegro de Gallito. Don Ricardo Calvo nos ayudó a conseguir tanto el hierro en chapa lisa como en cuadradillo para dichos artilugios. Los meses de mayo y de junio fueron un frenesí de preparativos. Gallito soldaba y soldaba, aunque no hiciera falta. La criatura quería mostrar su destreza en dicho menester, y era una gloria verle consumir las bombonas de su amigo torrejonero Pepe ‘el linda’, para consternación y catarata de improperios proferidos por éste. Todo inútil. Gallito le había tomado gusto al soplete oxhidrilo y a la soldadura eléctrica, y viniera o no a cuento, encontraba alguna chuchería siempre, algún cacharrito o adminículo que adherir a lo que fuere: Una tuerca, un grifo, un asa, una arandelita... que maldita la falta que pudieran hacer... Gallito lo soldaba todo con inexorable delectación. Las escaleras quedaron construidas. La baca, también. El depósito de agua del furgón quedó ajustado a la baca, depósito fabricado por nosotros. Las pruebas que llevamos a cabo para que dicho depósito pudiera contener supuestamente agua potable fueron de lo más rocambolesco. Todo muy a estilo español, muy de alquimia de andar por casa, muy por las buenas... muy “porque me lo ha dicho tal o cual”... o “porque lo he oído...”, etc. El caso es que le dimos al depósito un baño interior con no sé qué solución química teóricamente anticorrosiva... y... aquello olía y sabía a rayos, y a buen seguro nos hubiéramos intoxicado seriamente en caso de ingerir un sorbo entero de semejante agua... Seguimos probando, esta vez con un unguento cubridor a modo de anilina o pintura de color encarnado, quiero recordar. [Declino toda responsabilidad por el posible disparate técnico que acaso esté enunciando, ya que escribo de memoria. De cualquier forma el

resultado fue, inexorablemente, el mismo]. Proporcionarle dicho baño interior al depósito ya implicaba una buena dosis de manipulación y esfuerzo, porque pesaba lo suyo... que si un zarandeo para acá..., que si un vuelco por aquí, otro meneo hacia este lado... Lo dejamos en reposo el tiempo que aconsejaron los entendidos. Ni por esas. El agua seguía oliendo y sabiendo a grasa, a hierro, a pintura, a mejunje, a bálsamo fierabrasino... ¡a veneno puro! [En el curso del viaje, y después, se suscitaron las típicas disensiones sobre el uso y la utilidad real de tal o cual artículo. Tan sólo una mala fe sobrevenida, esgrimida a sabiendas y con fines espurios, y por otra parte, tan infantil como absurda en sus pretensiones de verosimilitud, pretendió vender la estúpida, mezquina y desaforada especie de que el uso legítimo –en todo caso excepcional– que yo había hecho para lavado y aseo personales del agua del depósito que *me* correspondía, hubiera significado detrimento respecto de las raciones de agua *potable* de mis compañeros. Quede definitivamente claro que el agua de nuestro depósito de encima de la baca se comprobó desde el primer momento que no podía ser potable y, en efecto, nadie la ingirió durante el viaje]

Asimismo construimos un somier que se ajustaba a toda la anchura interior del furgón, y encargamos el colchón de espuma correspondiente a la medida. Yo mismo, en persona, compré en El Rastro una lona de unos 20 metros cuadrados que tapara por arriba bien el furgón; y cien metros de maroma a Conradito Lledó. También dimos la lata en la fábrica “Tu mueble” de Torrejón, dedicada a la fabricación de eso... de muebles, y en la que un amiguete, Yoyo, bellísima persona, de juicio recto y cordialísimo trato, nos dispensó su competente ayuda permitiéndonos que enredásemos por allí todo lo que nos diera la gana en busca de utensilios y/o mecanismos de madera para nuestro equipo. Y ya que hablo de enredar, también hurgamos lo nuestro en el “vertedero de los americanos” en busca de cachivaches que pensábamos de utilidad. Dicho vertedero estaba regentado, no sé si en calidad de concesionario o en régimen de propiedad, por otro torrejonero, un tal Velilla, con quien Gallito mantenía ese tipo de relación difusa..., “los amigos de mis amigos...

pues, ya se sabe, ¿son cualquier cosa?...”. Al mismo tiempo desplegamos cierta actividad diplomática con la casa Mercedes, intentándoles cambiarles por adelantado la bondad publicitaria de lo que nuestro viaje representaría para la marca, por algunas piezas de repuesto. Creo que en definitiva les sacamos una rueda entera de repuesto, con llanta y todo; y algunas herramientas. La relación de utensilios y materiales varios que se afectaron naturalmente al furgón M - 475410, y que constituyeron lo que nosotros entendimos ‘a priori’ como elementos indispensables, fue la que sigue: Una cocina de gas; seis bombonas de butano; cuatro neumáticos de soporte; dos ruedas completas; diez bidones de gasolina, de veinte litros cada uno; cuatro bidones de plástico, para agua, de ochenta litros cada uno; cuatro bidones de plástico, para agua, de diez litros cada uno; dos bidones de hierro, para agua, de diez litros cada uno; un ventilador de cabina de coche; un somier de tres cuerpos; dos colchones de espuma; tres cubos de plástico; utensilios y mecanismos varios del coche: Cuerdas, poleas, manguera, tubos de plástico, batería, dínamo de repuesto, herramientas, faro pirata, etc., etc.; una lámpara de gas butano; una baca de hierro; dos monos de trabajo; un depósito para agua, ajustado a la baca; dos pares de botas; dos escaleras metálicas; una lona impermeable de unos veinte metros cuadrados; dos neveras de mano..., linternas y pilas de repuesto, una pala, dos palos de baseball como armas defensivo-ofensivas... [Esto por lo que atañe a los elementos, digamos, comunes o de uso indiscriminado. Luego cada uno de los viajeros aportaría algún cachivache o adminículo afin con sus presuntas habilidades, proclividades y/o preferencias: Gallito, que reclamó encargarse de la faceta documental-fotográfica del safari se llevaría un tomavistas que, como es habitual en tales circunstancias, se estropeó a las primeras de cambio por entrarle arena en su interior y hacerle un estropicio a causa del esmerilado en los cristales y lentes que fueren. Y es que no es lo mismo un viaje a la playa con la familia que la travesía del desierto más inmisericorde del mundo... Yo me llevé unos pequeños pero potentes prismáticos, etc., etc.] Amistades de aquí y de allá, más o menos concienciadas, más o menos cercanas

al espíritu de nuestra aventura, nos regalaron parte de este utillaje logístico: Curro Lope Huerta me regaló un par de magníficas botas hasta media espinilla, tipo militar; José Gonzalo, prohombre de la hostelería española, una caja de latas de agua mineral, lo último en hidro-dietética. Mary Carmen Díaz del Campo, a la sazón en París, me había enviado meses atrás amable y diligentemente, dos soberbios mapas Michelin del Africa Occidental, etc., etc.

Muy al final de la preparación del viaje, previsto siempre para dos únicas personas, Gallito y yo, se nos enganchó un personaje peculiar, Paco Cadenas Gómez, veterinario no ejerciente y que también por aquel entonces vivía en Torrejón de Ardoz. Fue tanto y tan fervoroso el empeño que puso; tantas y tan bien adobadas las razones que esgrimió, que Gallito quedó convencido y a su vez me convenció para permitir que la aventura para dos se transformara en... desventura, en cierto modo, para ¡tres! Paco se encargaría del botiquín y cuestiones inherentes a la salud. Se nos recomendó vacunarnos contra no sé cuántas cosas pero al final la única pauta que seguimos a este respecto fue la tífica y paratífica.

Otros menesteres de signo social y convivencial se llevaron a cabo durante ese mes de junio, antes del día 28, fecha de nuestra partida. Nuestro fraternal amigo José Antonio Gallego contraía matrimonio en Colonia, Alemania, con su bella novia Christina, y allá nos fuimos todos: Gallito, con su mujer y un cuñado, en el coche de su suegro, un Mercedes 190-D. Yo preferí viajar en avión. En una sucinta escala en París conecté por teléfono con la familia Jiménez. En la visita que hice a la catedral de Colonia vi a una chica rubia, desconocida, arrodillada, rezando: Saqué bolígrafo y papel [o papel y bolígrafo, que tanto monta] y allí mismo esboqué lo que con un mínimo retoque ulterior se convirtió en este soneto:

### **Perfil gótico**

(a una muchacha rezando)

Esa ojiva tronchada mansamente  
con que tu tallo se abandona al suelo  
y esos labios orantes y ese duelo

encerrado en la cárcel de tu frente.

Y tus manos y el gesto y la corriente  
de fervor teologal y casto anhelo  
que tu volumen guarda..., el rubio pelo  
ordenado en ejemplo penitente.

Así te contemplé, vida ignorada,  
en el temblor intacto de tu mundo,  
bajo la luz de tu recogimiento.

Y mi alma en plenitud no escuchó nada  
fuera de tu callar tibio y profundo:  
¡Y conoció el amor en un momento!

Catedral de Colonia (Alemania)  
6 de junio 1969

La boda de Galleguito, bien. Sobre todo porque me propició otro generoso botín lírico a expensas de una hermosísima y exultante azafata de mi vuelo de regreso, y que incorporo aquí:

### **Alma plena**

#### **I**

Igual que la mano que, con la impunidad que le presta el tacto consentido, roza y deja y sube sin vértigos de carne, y en la cotidianeidad de su milagro no se para a escuchar el mensaje de un pulso confundido, sino que, ufana –y otra vez impune– merodea por la carne como por un recinto que ya hubiera ensayado una vez y otra vez –a ciegas, ahora– y que no contenta con saberse dueña de ese límite que ella misma va creando con su decisión de caricia, todavía se para a meditar sobre si hacer aquello o esto, o lo que ni aún existe pero que sí existirá por la gracia de su voluntad

que se asiente y se acepta y se verifica... Oh, sí,  
igual que la mano ésta, parecida a una mano inventada o real,  
tal vez hiriente o simplemente de carne..., semejante a esa mano  
que emerge,  
que puede emerger de aquí o de allí, pero que cuando lo hace  
—no importa la latitud—  
conoce el sitio elegido mientras lo va creando; y allí,  
contemplándose segura de su destino hacia una meta altísima,  
pula la carne  
e insiste en un perfil que de no ser por esa conciencia única de  
reflexionarse ella y quererse,  
se rompería o se volatilizaría en plena ruindad, y sigue y ve que  
su destino  
de palpar y tocar y sentir no tiene orillas, se va quedando sin  
orillas,  
se va separando tanto, tanto de las propias orillas  
que surge la pregunta sobre el ser y el existir; pero que,  
asimilado este punto muerto de la asíntota, avanza bullidora  
y toca y acepta la caricia que ella misma se ha impuesto por  
aseidad gratísima,  
y que comprobando que sí que es bueno lo que ejercita,  
porque de esa manera se canta y se extasía en su mismo ser,  
quiere seguir así,  
reconociendo que el marcharse de ese lugar sería peor que la  
muerte...  
Entonces, no. Entonces es cuando el alma mía,  
doblada la frente, vencida, de total memoria, y lo mismo que la  
mano decidora,  
lo mismo que la mano incendiaria y suficiente, igual que esa  
mano  
que gusta de su destino de tocar su tacto y de auscultarse su  
propio golpe;  
parecida a esa mano para la cual la carne está como hecha de  
pétalo y el pétalo hecho de sangre,

así el alma mía –os digo muy de veras, mis amigos; os digo, amigos míos, simplemente–  
conoce el advenimiento de una luz estelar, de un calor no repetible,  
de un radiante latido por los que mi alma gime; por los que mi alma  
se comba sobre sí misma y se mira, recreada de cien formas; y se quiere,  
y ve que es bueno todo, que el límite no va más allá de su mismo volumen,  
de su exacta cobertura, de su noción de vida.  
El alma mía. Plenitud de mi alma.

## II

He aquí el alma de las cosas, digo. He aquí el don del ser, la perennidad de un corazón que antes de rendirse dicta normas sobre la plenitud y sobre la belleza.  
Y miro más atentamente, y queda mi alma empapada en maravilla renovándose.  
Y es entonces cuando mi alma quiere quedarse allí, donde lo inesperado del prodigio se da, donde un mundo impávido y fúlgido parece dedicar su flujo a la gran aventura espiritual.  
Es verdad que cuando miro más profundamente la frente tuya, y el dócil chorro de la voluntad de ver se va cayendo, cayendo rodante por la curva planicie de tu gesto;  
cuando no satisfecho con ese botín de hermosura y mismidad me empuja mi vocación y condena,  
y compruebo que en esa frente tuya –como antes he dicho– se cifra una ruptura y un ordenamiento de la vida, el delirio gemebundo y la caducidad...  
Y más, cuando contemplo el óvalo fecundo de ese ademán, de ese espacio de la faz tuya que sin estar vacío sí vaca para el pensamiento mío...,  
entonces es más emotivo contemplar que esa sonrisa que ríe y

gime en tí,  
que se alza y cae en tí es la continuación y el resumen de un  
episodio de muertes y de resurrecciones.

Y es entonces cuando la forma purísima, la clara materia y  
los límites  
perfectamente determinados de la palabra *amor*  
se atascan congelados en la rampa de todos los corazones.  
Y al decir 'aquí' y 'ahora' y decidir la caricia de una forma  
plenaria  
es como si indultáramos una muerte y sacrificáramos una vida.  
Por eso, amor mío, se entrecomillan la mayoría de las palabras;  
por eso  
el trémulo destino de un pensamiento  
que se yergue en la estepa de la más dormida conciencia, de la  
obcecación más impenitente,  
acaba en la torpeza de la caída o el fraude.  
Y hoy, cuando yo te he visto y ha enumerado mi alma, al  
adentrarse en tu rostro,  
la historia muda que desde la primera piedra del mundo  
entonan con trémolo agónico cien mil millones de corazones en  
brasas...,  
entonces, amor mío, déjame que, aturdido y disperso,  
no quiera recordar más que las palabras que no supieron nunca  
de ningún compromiso.

Los dientes tuyos, muralla que defiende una felicidad  
agorera; los dientes tuyos,  
frontera que separa la carne de tu alma de otra carne con etiqueta  
y a precio fijado oficialmente;  
los dientes tuyos, hechos de incendio y de cataratas de lava, de  
abisal aluvión,  
de muerte plena. Yo he visto hoy en tus dientes el reto de la  
vida,  
y dejando la mejilla mía reposada sin control encima de esta  
mano,

la misma mano con que escribo y firmaré acaso mi sentencia de eternidad,  
digo que he releído la crónica imperturbada de mil generaciones en un solo,  
en un inigualable momento del corazón tuyo.  
Y a esto le he llamado amor.  
Y a ese inimitable clamor de tus dientes,  
a ese delirante destello de antorchas que cogen el fuego del hogar más profundo;  
a ese sordo rugido que entona la belleza tuya,  
por quien quedan cancelados todos los pedidos de cordura y templanza;  
a ese alzarse de mi alma en desesperanza universal,  
porque no sabe que el amor y la muerte van seguidos, y porque no ha tenido el arrojado violáceo de recordar que un gesto triunfante  
camina pisoteando cien mil muertes de horror y tedio;  
a esa clara señal de que en tí se encierra el universo,  
de que tus dientes horadan el tuétano del alma mía..., amor mío,  
amor mío, oh, sí, amor mío, decido, necesito, quiero llamarlo amor.

### III

Fuerza es que al pensar en tí anticipe la historia posible de un corazón. Te amo.  
Y es fuerza que en la inacabable apelación de fronteras y cielos quiera el alma mía saberte en uno de ellos, para decir: Aquí, donde una prisión de metal ingrátido dio sepultura viva a mi cuerpo; aquí, donde una sonrisa –después de la consiguiente traducción– me sonaba a redoble, y donde todas las proas se daban cita hacia la incompatibilidad de nortes antagónicos;  
para que mi alma diga: Aquí empezó el amor.

Se agolpa la vida hacia tí como en un tropel de sentido.  
Rueda el mundo clamante por encontrar un tema que le justifique su giro próximo.  
Fuerza es que al instalarte aquí, en el cielo de nubes cambiantes que forman la frente mía;  
al sentir la embestida dulce de tu acercamiento  
y no ver estancia suficiente en mi conciencia para que tu volumen entre,  
es fuerza que se haga un punto y aparte en el curso de este tiempo que colma  
las cimas de mi alma.

Ni los volcanes de semen con su horrrisona potencia multiplicadora,  
ni todo el odio del cosmos –capaz segmento a segmento de destruir el sitio de las cosas–  
han distraído la violencia de tu llegada que sólo un corazón, el mío, conoce.

Porque en ese secreto tuyo, de aparición y sonrisa;  
en ese destello único sobre el que tu piel y tus dientes cabalgan a la grupa de todas las constelaciones...,  
porque en la nupcia imparable que celebran tus manos y las manos mías  
cuando acercabas la bandeja del sustento (te amo), debe existir,  
debe encerrarse un tema para una nueva historia de mi mundo.

Y ahora, desterrando toda la concordia que la templanza y el cálculo han levantado en todo el tiempo habido;

quiero buscarte y consumir las ascuas del corazón mío en ese imposible encuentro.

Sí, sí, el imposible encuentro que supondría mil guerras y mil inevitables gesticulaciones,  
y una vacilación en el orden antiguo de las cosas. Porque,  
¿no es cierto que sería hermoso y aleccionador volver una vez más,

una única e imposible vez más, a ese encuentro donde las palabras crecieran como rosas totales,  
y tus dientes mandaran por delante de tu alma el heraldo de una sonrisa de esperanza y condena,  
con el pelo tuyo apiñado en una concentración de mechones tibios en la cúpula de tu cabeza amada?  
Al contemplar esa tu realidad retadora, tu volumen hecho de carne y alma promisoro,  
quieren romperse las cadenas que sostienen un estado de asedio en torno a mi destino y a mi avance.  
Y así, cuando arrastrado por mi impulso vocacional,  
vulnere las ordenanzas que celosamente confinan huraños códigos;  
cuando al firme empuje de mi voluntad de querer hacer de toda la memoria un bastión presente;  
cuando desafiando las llamadas de reconvención y política,  
llegue y traspase el campo de tu palabra, y quede mi destino total y momentáneo  
en el campo de tiro de esa mirada tuya, cuya visión fulmina de cien mil maneras distintas la conciencia mía;  
cuando vencido al peso de una triste, de una hermosísima verdad,  
la de que creo en tí mejor y más puntualmente que en todos los cuerpos legales y doctrinas  
que se han erigido en tantos milenios de quehacer dormitante...  
Cuando esto suceda, yo tocaré mis labios y les pediré meditación más que palabras.  
Y al pronunciar “te amo” se habrá consumado una gesta romántica.

Colonia - París - Madrid  
Junio, 1969

Ya en España y un par de días antes de arrancar hacia el sur nos fuimos Gallito y yo en mi coche hasta Gandía, a que se despidiera de su mujer que estaba allí pasando el verano. En el camino hicimos un

alto en Albacete y me puse ciego a follar en una de las simpáticas y marchosas casas de putas de las que siempre ha blasonado la ciudad manchega. El mismo día de nuestra partida, el 28 de junio 1969, el diario madrileño *Pueblo* saca en una página casi entera el siguiente reportaje, que nosotros no veríamos hasta el día siguiente:

#### “DESAFÍO AL SAHARA

Tres madrileños quieren atravesarlo en furgoneta (Por la “Tierra de la sed y del terror”). Pretenden cubrir en un mes 10.000 kilómetros de desierto y pantanos. Llegarán hasta Niamey (Níger). Hoy partieron de Torrejón. Con su espíritu aventurero al ‘ralentí’ y con el ánimo bien dispuesto, Luis, Tomás y Paco salieron esta mañana de Torrejón. Su destino es Niamey, capital del Territorio del Níger, allí donde termina el vasto desierto norteafricano. En un furgón Mercedes L-319 D, matriculado en Madrid, se apiñan todos los pertrechos: Medicamentos, cuerdas, repuestos de automóvil, alimentos en conserva, bombonas de gas butano, depósitos de gas-oil, dos tanques de agua, cubos, poleas, tres somieres, instrumentos de orientación, cantimploras...

Su propósito entraña un desafío a dos temidas regiones del Africa: La ruta del Tanezrouft, que los ingleses bautizaron como ‘tierra de la sed y del terror’, y la ruta pantanosa que bordea el curso medio del río Níger. Los tres jóvenes amigos madrileños realizarán el viaje, precisamente, en la época más peligrosa para atravesar ambas regiones. Los termómetros se disparan hacia los cincuenta o sesenta grados y las torrenciales lluvias de julio convierten dicha zona del Níger en territorio expuesto a las más formidables inundaciones.

Unos once mil kilómetros: Cuatro mil en pleno desierto esperan al animoso trío. Vamos a conocerles. *Un doctor en Filosofía*. Es el más serio de los tres. Se llama Tomás Ramos Orea y es doctor en Filosofía y Letras por la Universidad de Madrid. Actualmente, profesor de Literatura Española en la Universidad de Kingston (Ontario, Canadá) y hasta 1963 desempeñó la misma ocupación en los Estados Unidos. Es soltero. Nació en Alcalá de Henares, donde suele pasar los veranos cuando termina el curso...

- Homero dijo que los dioses suscitaban las guerras entre los hombres para que las cantasen los poetas. Asimismo, yo hago este viaje para poderlo cantar después.

El señor Ramos Orea ha publicado cuatro libros de poemas; artículos y ensayos en múltiples revistas literarias de España, Canadá, Estados Unidos y otros países; un libro en prosa (*En marcha*), y un libro de texto sobre literatura española para las universidades americanas. *Un técnico*. Luis Gallo Tercero es el miembro más joven y también el único de la expedición que está casado. Residente en Madrid, veintiocho años, dos hijas, delegado técnico en España de una empresa industrial suiza. Es el que facilita el vehículo.

- La idea entró en mi cabeza a raíz de una invitación que nos hiciera a Tomás y a mí, un matrimonio amigo que vivía en Ghana. Fue hace cinco años. Desde entonces no hemos hecho más que pensar y consultar toda clase de mapas, libros, planos, para organizar el viaje. *Un veterinario*. Francisco Cadenas Gómez, residente en Madrid, veterinario de profesión, soltero, treinta y cuatro años, es el tercero. Conoce a los dos anteriores desde hace un par de años, pero sólo han pasado quince días desde que se unió a sus amigos en sus propósitos.

- ¿Qué razón le mueve?

- Yo creo que la de no haberlo pensado mucho. Si lo pienso, a lo mejor me hubiese vuelto atrás. Cuantos conocen nuestro proyecto nos desaniman con sus comentarios pesimistas. Dicen que no seremos capaces y que el vehículo no es el adecuado para una época tan mala y por unas zonas tan peligrosas.

- En principio, ¿cuánto tiempo piensan invertir en los once mil kilómetros?

- Queremos conseguirlo en treinta días, como mínimo; en cuarenta y cinco como máximo. Escriba Vd. que no pretendemos demostrar nada, antes de saber si tendremos éxito. Esa es la razón de que hayamos mantenido en secreto nuestro viaje. Vea Vd. que ninguna casa comercial nos patrocina; todo lo hemos hecho con nuestras propias manos y con nuestro propio dinero.

- ¿Ha sido difícil proyectarlo todo?

- Difícil, no; laborioso y paciente. Hemos consultado medio centenar de libros, amén de mapas y todo tipo de documentación. Tenemos perfectamente localizados los oasis, los lugares de avituallamiento, las aduanas, las rutas naturales. Hemos tenido que ponernos cinco vacunas y vamos preparados para combatir cualquier clase de afecciones propias de esos medios africanos. *La ruta*. De Madrid a Algeciras. De Ceuta a Fez (Marruecos). Luego, Colom-Béchar (Argelia) y Adrar. En Adrar comenzarán las dificultades. Hasta Bourem (Mali) han de vencer los cientos de problemas que surgirán en la ‘tierra de la sed y del terror’. Después, Gao, donde iniciarán la ruta pantanosa del río Níger, hasta Niamey, donde terminará la fase peligrosa de la aventura. Después, retornarán por la ‘Ruta del Hoggar’, zona montañosa. Pasarán por la región de Tamanrasset, donde se desarrolla la famosa *Atlántida* de Pierre Benoit, donde habitan los legendarios hombres azules del desierto o “tuaregs”. Finalmente, hacia Ceuta por la ruta que, sobre la marcha, consideren más viable.

- Hemos procurado coordinar nuestras preferencias y habilidades. Entre todos hablamos cuatro idiomas: Francés, Inglés, Alemán y Español.

Un dato curioso: Los dos principales promotores, Luis y Tomás, han recibido unas setenta proposiciones para unirse a ellos. Por uno u otro motivo, todos se han vuelto atrás. Solamente Paco, desde hace quince días, ha dado el sí definitivo e incondicional. Suerte a los tres.”

Hasta aquí el trabajo de los reporteros Antonio Casado (texto) y Miguel Garrote (diseño, foto y dibujo). La foto muestra el furgón, de costado; Luis, junto a la puerta abierta de la cabina de conducción; Paco, de frente, apoyado en el lateral, junto a una de las escaleras metálicas; yo, en el techo, encima del depósito para agua de la baca, sentado, haciendo descansar mi pierna izquierda en un travesaño de dicha escalera. El gráfico o dibujo, muy efectista y sintético: Sobre el contorno geográfico aproximado de España y del Africa Occidental, una flecha en trazo negro y grueso que arranca de Madrid y termina en

Niamey, y sobre la que se enuncian tanto los nombres de algunas de las ciudades más simbólicas e inevitables de nuestro viaje como sus dos partes esenciales, “tierra de la sed y del terror” y “ruta pantanosa” mediante arcos o llaves medidoras de dicha extensión sugerida. En conjunto lo considero un buen reportaje, y hoy mismo, ahora mismo que lo estoy relejendo, veintiséis años justos más tarde, me quedo complacido de lo atinado que, en general, resultó su “argumento”. Es evidente que se dicen cosas que caen de lleno en la hipérbole gratuita y apriorística relacionada con proyectos así. En tales casos es recomendable aplicar la pauta correctora de “Mitad de lo que se piensa hacer y doble de lo que se piensa gastar”. Nuestros casi cinco mil kilómetros reales se corresponden básicamente con algo menos de la mitad del recorrido previsto; los días de marcha, de trayecto efectivo, vinieron a coincidir casi justamente con la mitad del tiempo empleado, a causa de los parones, las cumplimentaciones aduaneras, y la avería final. También estuvo algo holgado Paco en lo de las vacunas. La verdad es que no me acuerdo con rigurosidad: Consulto dos de aquellos cuadernillos amarillos y/o anaranjados de *Reglamento Sanitario Internacional* que obran en mi poder y revelan, efectivamente, que el 14 de abril fui vacunado contra la fiebre amarilla; el 22 de abril, revacunado contra la viruela; el dos y el doce de mayo se me administraron la primera y segunda dosis de vacuna antitífica respectivamente; y que el dos de junio, siempre en 1969, fui vacunado de poliomielitis. No entiendo, no alcanzo a razonar por qué para la ocasión de un viaje así no me vacuné contra el cólera, cuya primera consignación en dicho pasaporte sanitario data del 15 de julio de 1974, sin que en este momento pueda relacionar dicha fecha, ni siquiera dicho año, con inminencia de viaje alguno de proporcionada entidad, como no fuera mi merodeo por Yugoslavia y mis ganas frustradas de entrar en Albania, ... o como no fuera mi visita a Egipto, que pospuse hasta 1976.... Yo ni siquiera sabía de la existencia de Paco, ni poco ni mucho. Era Luis el que solamente le conocía “desde hace un par de años”. Lo del “sí definitivo e incondicional” hay que entenderlo como la promesa formal [que a más abundamiento y aun

en el peor de los casos, a efectos testimoniales, le hice firmar en un papelito] de plegarse al espíritu y al diseño concreto de nuestro viaje, cosa de elemental lógica puesto que Paco entraba, así por las buenas, a disponer y a aprovecharse de un producto cuya puesta a punto a los demás nos había costado lo que ya he referido. Lo de que Luis “facilita el vehículo” es una afortunada expresión que probablemente el público lector no entienda en toda su justeza, porque fue eso exacta y rigurosamente lo que hizo, “facilitar” el contrato que yo, como único responsable pagador, fiable y efectivo, firmó con su suegro. La síntesis fugaz, a modo de ‘abstract’, de mi versión del viaje Madrid (España) - Niamey (Níger) podría ser la siguiente:

“Unos 5.000 kilómetros de recorrido total, de los cuales 1.500 de carretera normal; 500 de carretera mala, y cerca de 3.000 sobre tierra desértica, enfangada, pedregosa, sin un solo metro de asfalto. Todo ello a través de cinco países: España, Marruecos, Argelia, Malí, y Níger, cruzando por tanto de punta a rabo o de Norte a Sur el desierto del Sahara por su parte más dura: El Tanezrouft. Tiempo empleado: 33 días. Tiempo real de rodar: 16 días. El resto, encallados por cuestiones administrativo-burocráticas o de coordinación de marcha. *Nuestros medios*: No han podido ser más modestos. Se trataba de aprovechar cierto material inadecuado que ya se tenía, como fue la furgoneta comercial Mercedes-Benz, modelo L-319-D para reparto ligero de mercancías. De otra forma sólo se concibe un viaje así pudiendo uno elegir la marca idónea de un vehículo ‘todo terreno’ con el fin de excluir, en principio, posibles deficiencias técnicas de marcha. Lo cual nos llevaría a contar con un capital inicial inmenso, y no con los recursos normales de nuestros ahorros destinados a un fin tan poco común. Naturalmente, la furgoneta quedó equipada por nosotros, con arreglo a los conocimientos apriorísticos, realmente imperfectísimos, que nos pudimos suministrar sobre el Sahara. Toda la información facilitada por supuestos testigos; toda la literatura consultada sobre el tema, y todas las opiniones gratuitas de gentes ignorantes que se creen con derecho a opinar de aquello de lo que menos saben, fueron de escasísima eficacia para la materialización de

nuestros trabajos. Y puedo afirmar que sólo con haber atravesado el desierto una sola vez se está en posesión de casi todos sus secretos. Claro que lo difícil es atravesarlo siquiera sólo sea esa única vez... *Motivos:* Los motivos que nos sirvieron para acometer este viaje descabellado e interesante son múltiples, y supongo que cada uno de los tres expedicionarios tendrá sus preferencias más íntimas. Por mi parte puedo decir que operaron en mi alma todas estas consideraciones, a saber: Primera, la promesa hecha en días ya lejanos de visitar a unos amigos que vivían en Ghana, aprovechando su invitación. Claro que ni tales amigos estaban ahora en Ghana, ni se tuvo intención en este viaje de llegar allí. Lo que ocurrió es que el compromiso con la sociedad a la que habíamos participado nuestro proyecto cinco años atrás seguía siendo válido. Segunda, un deseo especial mío de conjuntar mi labor especulativa, de interminables sentadas de despacho, con una actividad más vital y más directa, conseguible tan sólo por medio de la pura acción. Tercera, y acaso la más amplia de todas, la conciencia de que en algún momento de la vida de cada uno, si de verdad apelamos al fondo insobornable de la personalidad, sabremos lo que certeramente nos conviene para templar los filos de nuestras voluntades y para hacer subir de valor los quilates de nuestra hombría. *Mis amigos y yo.* Los viajeros fuimos tres: Luis, Paco y yo. Ocioso sería confesar que la caracterización de cada uno de nosotros se fue forjando y destruyendo muchas veces a lo largo de la aventura; que todos tuvimos tiempo de cambiar de opinión sobre la manera de ser de los otros dos al enfrentarnos con realidades arduas e imprevistas; y que un viaje de tal envergadura actúa de piedra de toque para calibrar y descubrir facetas impensadas en nosotros... así tenidos por amigos más cercanos. En dos brochazos pintaría a mis compañeros así: Luis, irracional, cordialísimo, primario; con una cosmovisión desajustada; incauto y desorganizado en los grandes planes; minucioso hasta el fastidio en fruslerías. Paco, irregular, desaseado y guarro hasta lo no creíble; generoso, caritativo, animoso, fuerte. Provocó tanto un borbotón de afecto como un torvo placer de abollarle los sesos con un desmontable del coche. De mí, por ser el

cronista del viaje, se habló mucho... Paco lleva ya muerto un montón de años ahora. Bueno... *Conclusión*. He confesado siempre estar contento de haber efectuado el viaje [cansancio, dudas, sed, hambre, mucha más sed y mucha más hambre todavía, suciedad, incomprendiones, escollos en el camino de la amistad, y miles de etcéteras], y todavía, contemplando lo hecho, sigo viendo a mi modo “que es bueno”; que yo por lo menos no lo volvería a hacer para satisfacer de nuevo mi curiosidad [los mundos son muy grandes] pero sí por y para la curiosidad de alguna otra persona que necesitara mis servicios.

*La salida*. El 28 de junio de 1969 partimos de Torrejón de Ardoz limpios, arregladitos y bien comidos. Reluce la furgoneta. Los pertrechos, bien colocados dentro de ella y encima de la baca. La lona, primorosamente sujeta. La cabina, resplandeciente. El salpicadero, con unos compartimentos para las cosillas de uso más inmediato. En fin, la foto que en compañía de Pepe Martínez, “el linda”, nos hicimos enfrente de la casa del suegro de Luis en Torrejón [y que durante tanto tiempo sirvió como taller y centro de operaciones] terminó de rematar todo el preámbulo y hacer estallar el pistón de nuestra marcha. Antes de dejar Madrid nos pasamos por la fábrica del famoso refresco donde nos obsequian con unas botellas frías de lo que tanto íbamos a echar de menos más tarde en el desierto, y con el par de neveras de plástico, de mano, ya reseñadas, muy pintaditas y monas. En esta pequeña gestión, así como en la de recoger los desmontables que nuestro amigo Lázaro García nos prometiera, se nos fue casi todo el resto de la tarde del sábado. Los ánimos estaban tensos y repletos de anticipaciones gloriosas. Nos preguntábamos qué tipo de artículo o semblanza habría publicado *Pueblo* de esa misma tarde, diario que tan graciosamente aceptara airear nuestra planeada aventura. No nos fue posible comprar ejemplar alguno. Dejamos Madrid y tiramos carretera de Andalucía abajo, con el propósito firme de no parar más que lo indispensable. La noche nos ataja y en un restaurante, más o menos a la altura de Manzanares, nos detenemos a cenar. Allí mismo aprovechamos la primera y modesta oportunidad de comentar con el dueño y la

camarera el proyecto de nuestra aventura.

*Conversaciones y criterios.* A Gallito sobre todo le encanta decir cosas fantásticas de lo que no ha hecho ni es presumible que pueda hacer. Ese temperamento suyo, unido al pintoresquísimo [léase, *fatal*] sistema mental de Paco en lo tocante a sutilezas y previsiones sobre la marcha fueron las realidades que más fuerza y energía me costaron. Concretamente el desenredarme de las discusiones bizantinas que el amigo Paco, ebrio de verborrea, suscitaba a cada momento por las cuestiones más absurdas, me dejaba baldado, molido: Más que si se tratara de empujar al furgón en las condiciones trabajosas en que lo tendríamos que hacer. Paco, hombretón de ciento y pico de kilos, tiene una fuerza física envidiable, lo que le permite derrochar baldíamente toneladas de ella a través de la boca y en sesiones lo bastante largas para rendir a un dromedario. Y yo me desvelaba –inútilmente– en hacerle ver a Paco que no todos teníamos esa fuerza, y que la que sí que teníamos nos venía justa para salvar los rigores del viaje.

*Funciones y obligaciones.* Aprovechamos la noche para hacer kilómetros. Gallito y yo nos tumbamos mientras Paco desempeña su turno de conducción. Pero no hay quien se sosiegue con sus brusquedades porque Paco está acostumbrado a llevar un ‘Land Rover’ y, claro, el muchacho no se apaña con los vehículos más blandos. Lo difícil de estos viajes *amistosos* entre españoles es que es inconcebible cierto esquema de disciplina, de rigor previo. Por supuesto que las funciones de aplicación necesaria estaban repartidas y comprometidas entre nosotros tres de antemano, pero la figura formal y protocolaria, con todas las consecuencias, de un jefe de expedición parecía de imposible encaje. Nosotros, además, éramos víctimas de una situación consumada e irreversible, a saber: Que mientras que hubiésemos sido Gallito y yo los dos únicos expedicionarios, en último caso las opiniones encontradas o irreconciliables se habrían dirimido por el sistema aséptico de la moneda al aire. La incorporación de Paco al final de todo significó ya la existencia de mayoría y minoría. Puesto que yo era el padre del

invento y el que ponía los cuartos, es cierto que bien podría haber arrancado de mis compañeros un pacto por el que se allanasen, en primera instancia y en la medida que fuere, a mi decisión. Pero en el yunque de la realidad y en la especial idiosincrasia de nuestra tesitura de españoles y de aficionados ello hubiera supuesto un tremendo lastre de entrada. Esta digresión viene a cuento porque Gallito, a quien de forma más o menos precisa se le había encomendado la supervisión técnica del viaje en lo referente al furgón, Gallito, digo, le fue echando más de un broncazo a Paco por su peligrosa manera de conducir. Paco, en su condición de veterinario, estaba al cuidado de la faceta sanitaria así como de marcar las pautas sobre alimentación y política dietética en cada momento, cometidos que desarrolló a las mil maravillas. En sus ratos de no tener que hacer echaría un vistazo a los manuales de etiología y sintomatología médicas [o veterinarias, ¡vaya Vd. a saber!] que se había llevado con él. Y de mí diré que mi labor más directa fue la de empapar en entusiasmo antes del viaje a mi socio Gallito [cosa que algunos de sus familiares no me perdonaron]; concebir, planear y engranar las coyunturas diversas que aparecen en situaciones tan extraordinarias. Y ya durante el tinglado, administrar el dinero, *mi dinero*, y enderezar los desatinos y despropósitos que mis amiguitos urdían al tratar de cuestiones de previsión, programa y cálculo de gastos. Ya sé muy bien, lectores míos, que esa función a mí adjudicada es la más ingrata de todas, la de menos lustre, y la que más tirantez provoca.

*En marcha hasta Ceuta.* Desayunamos volanderamente en un ventorrillo andaluz y paramos junto a una fuente para cambiar impresiones y arreglar los trastos del furgón. Todo ello entre Jaén y Granada, en sitios que no merecen esfuerzos de memoria. Seguimos hasta Málaga y allí compramos varios ejemplares del diario madrileño *Pueblo*, del día anterior, para ver el artículo sobre nosotros y llevarlo como demostración y credenciales. Efectivamente, el trabajo de nuestro amigo reportero Antonio Casado nos parece fino, enaltecedor y pródigo en especulaciones positivas y halagadoras sobre nuestro propósito. Pero no hay tiempo. Hay que tirar, tirar siempre. Hoy es

domingo 29 y tenemos necesariamente que llegar a Algeciras para coger el transbordador de la noche que no sabemos cuándo sale. Nuestra pasada por la costa del Sol está llena de insinuaciones melancólicas. He aquí –pensamos– la vida muelle, la vida fácil de estas miríadas de criaturas, y a la cual nosotros tenemos plenamente acceso, y sin embargo vamos en busca de sacrificios e incomodidades sin cuento. ¿Por qué? Y de verdad creedme que esta pregunta a mí por lo menos me ha torturado tanto como lo más doloroso del viaje... Pero hay que seguir. Van cayendo los puntos paradisiacos de la Costa del Sol: Torremolinos, Fuengirola, Estepona, y más, muchos más. Las tentaciones del viajero son múltiples. Hay un coro tentador de sirenas cantando a ambos lados de la ruta de la conciencia. Pero el destino del viajero es seguir irrenunciablemente. Entonces... ¡pero si ya estamos en Algeciras! Preguntamos los horarios y por fortuna tenemos un barco a Ceuta dentro de tres horas, las justas para monear y pensarlo. Gallito hace una gestión financiera en la oficina telegráfica. Paco, que con las prisas en Madrid no ha podido terminar de vacunarse, tiene pendiente la segunda dosis de tifus y paratífus, y nos está dando el día. En Algeciras naturalmente que no se puede vacunar a esas horas. En esta ciudad por cierto que se observa la típica mezcla de gentes, tipos, gestos, olores, colores y sabores. Estamos en el umbral de la morería y ya empieza uno a palpar algo raro en el ambiente. Vamos a sacar los billetes del transbordador y el follón está en su apogeo. Por cinco duros más se evita uno la cola de la taquilla y le despachan en un mostrador más apañadito. Y ya nos hallamos en la fila de coches. Ya estamos entrando en el barco, haciendo maniobras en las plataformas malolientes para intentar estacionar el furgón. Subimos a cubierta. Se oyen los primeros crujidos y nos hacemos a la mar para superar el estrecho. Enfrente de nosotros se encuentra Ceuta o mejor dicho, Africa.

*Ceuta.* Estamos en Ceuta, perla del Mediterráneo. Así reza el anzuelo turístico “made in Ministerio de Información y Turismo” español. Poco pudimos ver de Ceuta a esas horas entradas de la noche del domingo 29 al lunes 30 de junio. En la orilla del mar sentamos

nuestros reales. Dormir en las ciudades africanas es más peligroso que hacerlo en el campo. Por la mañana Paco y yo nos dimos un baño, sin sol y con agua fría. Y encima de esto, yo me sequé al aire. Resultado: Unas dolorosas anginas que pesqué y que me tuvieron baldado con un calenturón casi un par de días. El lunes 30 de junio vamos de compras al centro de la ciudad y no nos ponemos de acuerdo sobre lo que hay que llevar. Las funciones de cocinero se han quedado sin atribuir, así que nos fiamos de las pautas dietéticas de Paco. El desayuno incluye la desagradable sorpresa de un café con leche de cabra [y, ¿qué esperaba yo, ingenuo de mí, en Africa?] que me sabe a rayos: Primera de las subidas de mi estómago a la garganta. Paco tiene pendiente una vacuna y dejamos todo empantanado por acompañarle al Hospital. Luego a la Cruz Roja y después a algo así como un Dispensario donde, por fin, una enfermera rubia y cariñosa le suministra el rejonazo de gracia. Todo esto nos costó más de mil patadas, de allá para acá, preguntas, visitas frustradas a donde pensábamos que estaba el médico, y vuelta a empezar. Paco tiene ya la vacuna. Hay que hacer compras: Víveres, material fotográfico para las supuestas habilidades de Gallito, y también cierto repuesto de aceite para la alimentación del coche.

Ceuta es un buen sitio para monear, cosa que Paco y Gallito no dejaron de hacer, o sea, ir de escaparate en escaparate sin comprar nada, retrocediendo sin plan y sin concierto para volver a avanzar otra vez. Para los víveres nos vamos al mercado. En Ceuta parece que está casi todo a precio razonable, más barato que en la Península, y quizá por eso los españoles la llaman “perla”.

*Provisiones.* Quince latas de piña, otras tantas de legumbres variadas, sopas, pan, carne en tiras enlatada, varias clases de queso, sal. Siguen los víveres. ¡Ahí va, Paco: Mantequilla, bovril, más melocotón en almíbar [por eso de la glucosa], etc.! Monopolizamos el mostrador de la tienda durante una hora. Las mujeres se impacientan. Dos cajones grandes, pero grandes, amén de bultos en las manos, se transportan al furgón.

*Gentes de Ceuta.* Me voy fijando en que la gente va arropada

de manera tan típica [para ellos] y tan estafalaria [para nosotros]. Las chilabas aquí, y luego en Marruecos, son grises, cenicientas, de lana gorda; y por lo que dicen, el secreto de la refrigeración de estos fulanos es mantener el sudor frío ayudándose de la capa de aire que existe entre la piel y la ropa. Es decir, que hay que elegir entre la guarrería o pasar calor, para que luego digan los más optimistas. El gesto de las mujeres hay que adivinarlo. Las miradas de muchos hombres son siniestras y abunda la pedigüeñería. Sí, señor, estamos en Africa. Una vez dejados los víveres en el vehículo, nos vamos a dar una vuelta por la ciudad, a esperar que el sol afloje para ponernos en marcha. Hay comercio y comerciantes. Hay baratura. Paco inicia la penosísima gestión de comprarse un reloj. Gallito al tiempo que se programa un sistema severo de restricción para él y para los demás quiere adquirir Ceuta entera. ¿Pero qué veo? Si es un taxista que tiene el periódico madrileño *Pueblo* del 28 de junio abierto por la página en que aparecemos nosotros. ¡Qué feliz chiripa! Nos acercamos, nos presentamos, y para celebrar la coincidencia nos da una vueltecita a lugares fuera de la demanda corriente. ¡Bah, una verdadera porquería! Y para redondear la chamba nos topamos con el comandante Lafita, primo de mis grandes amigos alcalaínos. Pero hay que salir, y salimos hacia Tetuán. En la frontera ceutí un intermediario transaccionista o banquero ambulante nos ofrece dinero africano de todas clases con supuesto beneficio para nosotros. Lo de siempre, duros a peseta. Gallito cambia mil. Y seguimos bajando. Más miradas siniestras, más pedigüeños, más tullidos, más pordioseros. Estamos en Marruecos.

*Marruecos.* La señalización de las carreteras aquí está en muros de ladrillo levantados junto al borde derecho. Árabe y francés. Por Tetuán y Xauen pasamos de noche, con cierto miedo a echar el ancla en las ciudades. Yo voy mal y no tengo ganas de moverme. Paco y Gallito hacen una inspección ligera en un tenderete de Tetuán y yo me quedo con el furgón cerrado sin perder el ojo a los cuchillos y a las porras o bates de madera que hemos llevado como armas defensivo-ofensivas. A lo más que me aventuro es a abrir la puerta trasera y usarla como biombo para ciertos rigores fisiológicos. Veo a un gato

lisiado arrastrando la pata. Xauen deja en mi alma un perfume aromático e insistente. Dormimos a ocho kilómetros de Ouezzane. El martes 2 de julio hacemos un avance prometedor. Más ciudades van cayendo. En Imouzzar-du-Kandar, entre Fes y Azrou, paramos a poner un telegrama y se produce el primer choque lírico del viaje a cargo de la bellísima y locuazmente serena

*Najiat Abdelmalek* [“oui, monsieur; bon, monsieur”] que nos abre la puerta del edificio de Comunicaciones y empieza por decirnos que la hora ha cambiado, de manera que en vez de las 16:30 p.m. como teníamos, no son más que las 15:30 p.m., así que tal vez haya que esperar un poquito. Najiat nos habla en un francés correcto [“vous venez de l’Espagne et vous allez au Sahara”] y nos encanta. Se acelera el asunto. Quedan los telegramas cursados y queda el corazón mío como aguantando un estado de sitio. Junto al furgón, y como despedida, nos hacemos los cuatro una foto en la que se intercambian miradas pobladas de sentido y...

*Más avance.* Ifrane, Azrou, Midelt, Ksar-es-Souk... Aquí la carretera se hace malísima, deja de ser carretera. En un principio nos fiamos del mapa de la *National Geographic Magazine*, cuyos trazos encarnaditos e iguales para casi todas las rutas no pueden dar mucha información. Al manejar las cartas Michelin, grandes y detalladas, se ven pormenores interesantísimos y desconsoladores. Está claro que debimos coger la ruta del Norte que, partiendo, por ejemplo, desde Fes, discurre por Taza, Oujda, pasa por allí a Argelia, continúa hasta Tlemecen, bajando por El Aricha, hasta Béchar. Ya no hay remedio y hay que seguir. Al menos nos cabe la agridulce satisfacción de estar transitando por una zona de Marruecos desconocida para la mayor parte de sus nacionales, no digamos turistas. Empiezo a sentir los primeros síntomas de recuperación después de una lucha a muerte entablada entre mis anginas y los antibióticos. Gallito toma ahora el relevo en lo de ponerse malo, también con problemas de garganta. A partir de Boudenib comienzan a verse dunas y un paisaje de desierto. Desde el furgón se hacen unas fotos a diversas perspectivas de oasis y palmerales allá abajo, a la derecha de la carretera. El sol pega de lo

lindo.

*Arena.* Voy conduciendo yo ahora el furgón y la ruta queda a veces cortada por unas lenguas suaves de arena encarnada, a manera de avanzadillas de las dunas amenazantes que nos rodean. Vacilo y me atasco dos veces. Hay que acelerar más. Se sacan las escaleras metálicas y comprobamos la tremenda eficacia de estas herramientas que, juntamente con la baca y el depósito para agua, fueron las obras maestras que Gallito y yo rematamos en Torrejón. Por si fuera poco se levanta el primer siroco y nos envuelve en la pequeña angustia de lo desconocido. La arena pincha y se cuele por las rendijas más inverosímiles.

*Camino de Argelia.* La obstinación de Paco [que dice saber más que nadie de todo, y que nos amenaza con arrancarnos cabeza de cuajo de un meneo como lo pongamos en duda] hace que nos quedemos sin gas-oil, y tengamos que purgar el coche. Gallito se levanta febril a apretar la rosca del purgador. Los gañanes de un camión se detienen y nos ayudan. El pavoroso trasiego de gas-oil desde la baca al depósito atestigua que mi recuperación física es milagrosa. Es miércoles 2 de julio y ya casi de noche. Llegamos a Ain-Ech-Chair y el pueblo nos recibe masivamente. Una horda de harapientos se abalanza sobre el coche, menos mal que con intenciones inofensivas. Perdemos el tiempo preguntando si hay algo que comer, y nos conformamos con abrir una lata nuestra de no sé qué. Salimos del pueblo y acampamos junto a un pabellón derruido, de adobe calcinado y sucio. Los caminos que en línea más o menos recta hacia el Sur pudieran conectar Bouanane y Ain-Ech-Chair con Béchar están cortados por hallarse sobre campos de minas. Los soldados marroquíes a quienes preguntamos no parecen estar muy seguros pues discuten entre ellos, pintarrajeando nuestro mapa con flechitas que marcan otras tantas supuestas direcciones. No comprendemos cómo pueden estar tan ignorantes de una cosa tan cercana a ellos y que tanto les debiera afectar. Nuestra sospecha es que cuestiones así formuladas por turistas no las han escuchado nunca. Hay que continuar hasta Figuig, hacia el Este, dando un enojoso y

dilatado rodeo. No existe otra frontera más cerca. Nos han hablado de dificultades. Los mismos soldados de Boudenib han arrugado el gesto al saber que queríamos salir por ese sitio. Por lo visto, somos los primeros españoles. Por lo visto, se trata de un sitio en extremo inhóspito. ¿Qué hay de verdad en todo esto?

*Adiós a Marruecos.* Camino de Figuig, y al pasar por Bouarfa, bastante al Noreste de nuestra última localidad reseñada de Ain-Ech-Chair, se ven los primeros dromedarios. Una mujer va andando con el pecho al aire. Cada vez hace más calor y la saliva parece un pedazo de escayola. Con la carretera infernal –tierra y hoyos– el furgón brinca, salta, baja y se endereza. Los trastos se caen. La baca parece que se va a hundir. Con los bidones de gas-oil que llenamos en Ceuta y lo demás [ruedas, martillo, batería, lona, clavos, etc.], el techo soporta más trescientos kilos. Ahora se ve el magnífico trabajo de Yoyo al guarnicionar la baca con un estupendo tablero atornillado, y al sugerir la instalación de cuatro neumáticos entre las tirantas de hierro y el techo. Llegamos a Figuig, todavía de Marruecos, y a un soldado simpático que hablaba un poquito de español lo cogemos como guía. Hay que comprar el cristal del camping-gas-lámpara, porque Paco ha roto el otro. La fruta es mala y cara, pero los limones son hermosos. Gallito sigue en el lecho del dolor. En el puesto de Figuig los marroquíes se portan bien. Les enseñamos la página del periódico *Pueblo* con nuestra semblanza y eso parece allanar las cosas. Al saber que Paco es veterinario le fríen a consultas y allí tiene lugar la primera actuación organizada de curanderismo. Un tío tiene una pupa en la cabeza y Paco le receta. Otro se queja del estómago. Otro de que no duerme bien, y así otros más. Paco dice que si le van mal las cosas en España piensa instalarse con un tenderete en algún país de éstos. A cada momento pedimos agua. Nos damos cuenta de que es el mejor de los regalos. Después de informarnos sobre cómo llegar al otro lado de la frontera salimos pitando.

*La frontera maldita.* No hay calificativo que mejor le convenga. Tiene sólo unas ciertas horas de operación y está ocupando un campo alambrado de minas, sin señalización y en mitad de un

páramo. Antes de llegar a ella el camino se corta a pico, se inicia el campo de minas y alambre espinoso, y al tiempo que se ve Beni-Ounib enfrente, en Argelia, a unos dos kilómetros, no se adivina la manera de atravesar el dédalo. Este acertijo macabro nos costó idas y venidas, siempre con el temor de salir zumbando o por los aires. Vuelta a Figuig y explicación aún más detallada, con dibujos y todo, del paso de la frontera. Por fin conseguimos sortear los recovecos de un laberinto de susto y muerte. Los marroquíes nos avisan de que las puertas o verjas de hierro y alambre puntiagudo, y al parecer, electrificado, de la frontera las abren los argelinos a las cuatro de la tarde. Son las dos. Tal vez por tratarse de turistas nos abran al hacer acto de presencia y tocar la bocina, nos dicen.

*Sol.* Por desgracia aquello no se abrió hasta las 16:00 pm. inexorables. Esperar en el medio de ninguna parte, a cerca de sesenta grados al sol se dice en un par de líneas, pero se tarda una eternidad en digerirlo en la situación real. Gallito pide constantemente cosas... ¡frescas de beber y comer! Gallito, aprensivo hasta la náusea, insoportable, poco cooperador con quienes nos desvivíamos por ayudar a curarle, y descorazonado en cuanto soplara un vientecillo de castigo, dice que se quiere morir, mientras se revuelca míseramente en el somier del furgón. El termómetro de alcohol que dejamos dentro, a la sombra, ha dado hace tiempo el salto por encima de los cincuenta grados. La chapa de la carrocería abrasa. El sol amenaza con fundir todo lo que va en la baca. Nos inventamos temas de conversación para no morirnos de asco. Detrás de las alambradas se ven algunos obreros trabajando perezosa, cansinamente. No es para menos. Paco se pone a pegar chillidos. Nada, ni caso. Hay que esperar. Gallito, desvariando, dice que por qué le dejamos al sol. Nos agarramos a la fugaz esperanza de que alguno de los escasos vehículos que pasan por enfrente venga a abrir la puerta. No son más que las tres y cuarto. El plomo derretido que viene de arriba nos abruma, nos destroza, nos deja hechos cisco. Terminamos con los limones que habíamos comprado en Figuig. Son las tres y media. ¿Es que estos desalmados no van a abrir la maldita frontera? Cuando empezamos a perder la

noción del tiempo un negrito en bicicleta aparece y nos franquea la puerta corredera de la frontera maldita. Al sentarnos otra vez sobre el plástico del asiento nos quemamos las piernas. El volante no se puede tocar. Gallito sigue quejándose y diciendo que se quiere ir a morir a casa. Menciona como en sueños el nombre de su mujer y de sus hijas.

*Aduana.* Pero ya estamos en la aduana. ¿Qué es la aduana? No es ni más ni menos que una habitación cochambrosa donde un negrazo de cara redonda y llena de pústulas [el aduanero], y otro tipo de color cetrino y sonrisa siniestra [el policía] se encargan de verificar las ordenanzas legales del puesto. Allí nos entretienen dos horas largas obligándonos a obtener un nuevo seguro para el vehículo, a declarar el dinero que llevamos, y por último inspeccionando de arriba a abajo las cosas del furgón ante la mirada de ternero moribundo de Gallito. Eso sí, se nos asegura [cruel paradoja] tanto por testimonios orales de algunos marroquíes como por una modesta aunque profusa literatura publicitaria que vimos en el local de la aduana, que Argelia está en vías de atraer turistas y de fomentar activamente sus temidas y temibles bellezas naturales, desierto y calor, para mostrar al mundo que en todas partes se puede descubrir algo distinto e interesante. Y con ese lema en la conciencia nuestra vinimos a este país. Una pesadilla. Una pesadilla de difícil y penitencial recuerdo.

*Más observaciones.* A todo esto hemos venido observando en Marruecos y en este comienzo de Argelia que los únicos que parecen vivir algo bien son los militares; o por lo menos, los que van vestidos con un uniforme caqui. En Marruecos todos los fulanos vestidos de uniforme [¿serán carteros, barrenderos, mayordomos, soldados?] dan la impresión de estar bajo la protección oficial directa, como seguidores incondicionales del rey Hassan, el de la carita de niño. Y se les ve siniestros pero limpios; forajidos, pero disimulando su ferocidad; desalmados, pero, sin atreverse a descerrajar el primer tiro. Los demás –hombres que se arrastran, mujeres depauperadas, y niños encanijados– se mueren literalmente de asco. En Argelia veríamos el mismo panorama, oiríamos la misma canción.

*Noche triste.* Seguimos avanzando en dirección a Béchar.

Vamos rotos. Se está echando la noche encima cuando alcanzamos la ciudad. Entramos en ella por una calle principal. Vemos bares con luces; botellas de líquido; hombres y mujeres en las penumbras inquietantes de los tugurios. Nosotros estamos hidrónicos, materialmente muertos de sed. Pensamos parar y saciarnos de lo que sea. Consultamos a Gallito sobre sus apetencias y tenemos que desistir de entusiasmarle por nada porque se empeña en que está muy malo y quiere acampar cuanto antes. Con una voluntad agónica ante la situación tantalizadora, conduzco el furgón a través de la ciudad y continúo hasta las afueras buscando un sitio para dormir. Locos, ciegos, entramos y salimos por distintas cunetas de la carretera sin ver exactamente aquello sobre lo que estamos rodando. Por fin consigo llevar el vehículo a una explanada. Pasamos y nos damos cuenta de que estamos junto al basurero de Béchar. Sin ganas de comer y con el agua que llevábamos caliente y sabiendo a plástico, ésta fue para mí la noche más triste y más desesperanzada de todo el viaje. Me tumbo en el somier y no puedo tranquilizarme. La saliva se me queda dentro de la boca como si fuera una piedra blanca y dura. Es imposible dormir. Para tortura de uno mismo en tales ocasiones se suele pensar en realidades inéditas. Yo hubiera dado la mitad de todo lo que llevaba por una jarra de agua fría. ¿Es posible que unos momentos de depresión total sirvan para ponerle a uno en trance de renunciar? ¿Es posible que los tres estuviéramos tentados de abandonarlo todo? La noche más triste y más desesperanzada, repito. La noche más larga también puesto que se compuso de hileras interminables de minutos sedientos en los que uno se zahería masoquísticamente en la contemplación de una jarra de cerveza helada. Confieso que la razón estuvo a punto de abandonarme. Nuestra amistad conoció los momentos más difíciles. Las motivaciones que nos habían impulsado a hacer el viaje comenzaron a flaquear. Esa angustia mental de autocriticarse uno mismo y de poner en tela de juicio la salud de su conciencia es tan doloroso o más que todos los padecimientos físicos. Aquí empezó la verdadera tortura de la sed. Aquí experimenté los primeros síntomas de una debilidad que se iniciaba. Aquí creo que

aprendí a valorar las facilidades que tan gratuitamente han venido a nosotros algunas veces. Y así, al mismo tiempo, justifico el haber gozado de la abundancia de bienes tan sencillos como el agua. Estoy seguro que ni entonces, ni después, ni nunca pudo comprender Gallito el portentoso regalo, el heroico regalo de solidaridad y de santificante ascesis que tanto Paco como yo le hicimos aquella noche. Nada más factible para nosotros que habernos acercado a la ciudad y anegado en el hedonismo glotón de todo el líquido frío del mundo que nos hubiera dado nuestra gana, que era inmensa, inabarcable, infinita, mientras Gallito se mustiara en la soledad diminuta de la furgoneta y lacerante de su indisposición. Tuvimos que usar todos los recursos de la voluntad y unos incentivos soterrados, unas fuerzas acaso sobrehumanas para no salir disparados hacia la ciudad y bañarnos en un tonel de cerveza fría. Dediqué esa atormentada noche a calibrar, en baremos aproximados, mi capacidad de sufrimiento, los quilates de mi hombría de bien, la magnitud, la grandeza de mi renuncia, y certifiqué que cosas así son las que hacen que la historia del mundo gane en estatura.

Así fuimos dejando transcurrir aquella tristísima noche a base de sueños enfermizos. Paco se pone a repasar los manuales de inmunología y medicina tropical pensando que ante las quejas crecientes de Gallito éste pueda estar afectado de algún virus que no se ha previsto. En última instancia le pone una inyección de antibióticos y lo deja más calmado. ¿Que hora es? No importa. Así no se puede seguir. Así va uno derecho a una lenta y completa destrucción. Nos estamos sacrificando en balde. Las culpas de los fallos habidos rebotan de uno a otro. Si esto continúa de la misma forma, mañana prometo coger el avión en Béchar y poner proa a casa. Tengo sed y cansancio. Pero las estrellas de la gigantesca noche africana no parecen escuchar.

*Béchar.* Es viernes, cuatro de julio. Sin haber pegado el ojo, estoy molido. Además, Paco, medio en sueños, medio en vela, da manotazos a diestro y a siniestro y luego dice que no le dejan dormir. Observamos más atentamente que nos hallamos junto al vertedero de

Béchar, y que la pasada noche rodamos por encima de un montón de broza. Ni un pinchazo. Ni un fallo el furgón. Lo único que ha habido que hacer es quitarle la coraza del motor y accionar la calefacción para contrarrestar el calor, por paradójico que parezca. También se le cambia el termostato. Me lavo y me afeito precipitadamente y nos vamos a la ciudad, esta vez decididos a repostar, beber, comer y tomar conciencia de todo.

Béchar es bonita y desigual. Hay hasta surtidores de agua en alguna calle. Las caras de la gente se van ennegreciendo progresivamente y los vestidos blanqueando. Las chilabas a modo de camisones-túnicas o bolsas-sacos holgados, son más claros. Se ve un montón de hombres lisiados. Sin más contemplaciones nos paramos a la puerta de un bar. Por una botellita de cerveza templada nos piden 30 pesetas. Echamos a correr y pasamos a una tienda como de ultramarinos...

*Albert.* Puedo decir que aquí, del brazo de la fortuna y pasado el mar de lágrimas, comienza nuestro episodio risueño y feliz. Por gratísima coincidencia el propietario del establecimiento, Albert Bensoussan, caballero argelino de 69 años, hablador, chancero y chispeante, suele veranear en España y se defiende bien en nuestra lengua. Nos da cobijo en el zaguán de su tienda, nos sacia la sed con cerveza y refrescos fríos, y se interesa por nosotros. Es un hombre influyente y cortés, con detalles pícaros a lo español. Nos cambia dinero ventajosamente para nosotros y a sabiendas suyas, y siguiendo su consejo estacionamos el furgón enfrente de su casa. Allí, en ese paraíso de cordialidad y frescor tomarnos coca-colas y toda suerte de bebidas frías nos provoca delirios de complacencia. Gallito se reanima. Albert nos invita a tomar posesión de su casa y nos enseña su despacho u oficina llena de intimidades seleccionadas. A continuación aparece

*Abu,* el hombre de confianza, compañero colaborador de Albert. Abu es un tipo de película: Carita de pájaro de presa, ojos hundidos y vivarachos, cogote arrugado en cuadritos y un aspecto semejante al de cualquier personaje de cuento oriental. Albert y Abu

hablan en argelino. He aquí una graciosísima historia sobre ambos. Nos cuenta Albert que hace muchos años, lo menos cuarenta, cuando él se dedicaba al transporte en camión por el desierto, una noche que iba con Abu como ayudante [y repárese en la larguísima amistad de nuestros héroes] se sintió cansado y se tumbó en el desierto no sin antes recomendar cuidadosamente a Abu que le vigilara con los focos del camión encendidos en caso de peligro de escorpión. Abu así lo prometió y Albert hizo como que se dormía. Pero como no se fiaba, mantenía un ojillo abierto y vio que Abu había descuidado la guardia y se había dormido cerca de él confiadamente. Nos sigue contando Albert con mucho gracejo que para escarmentar el poco celo de su criado se colocó en la punta de la babucha un objeto puntiagudo con el que asestó un picotazo penetrante al bueno de Abu, el cual empavorecido y ciego por pensar que se trataba de un escorpión real se levantó, echó mano de su cuchillo y se rajó cumplidamente la parte del pie donde Albert le había propinado el pinchazo. Y nuestro Albert ríe y ríe, y nos hace reír con el relato de este cuento de mocedad, de desierto y de escorpión.

*Pertrechos.* Se encarga a Abu la compra de un pellejo o ‘gudrón’ para refrescar el agua. Se trata de una piel de cabra que tiene la propiedad de transpirar por sus poros y de esa forma provocar la evaporación y el enfriamiento del agua. Es ni más ni menos que el botijo de los hombres del desierto. Paco, enamorado de todo lo exótico y caprichoso, se va a un tienducho a comprarse unas sandalias argelinas de suela fuerte y piel de camello, de esas cuya tirita hay que meter entre el dedo gordo y el de al lado.

*Hispanismo.* A todo esto nos damos cuenta de que la tienda de Albert es algo así como el centro de reunión del elemento hispánico de Béchar. Hay que quedarse por lo menos un día. Hay que conocer a toda esta gente. Aquí llega un español, Felicísimo Madueño Díaz cuyo nombre resulta una alegre concordancia con la situación. Ya está todo en marcha. Nos invita a comer en su casa y nos recomienda el hotel “La Palmeraie”. Pero no han terminado los conocimientos: Un tal José Rodríguez, granadino, que pasa a comprar no sé qué, nos habla de su

tierra. Al poco rato es un matrimonio compuesto de español, por prosapia, e italiana –discreta, sugestiva y bella– los que nos hacen sentir más y más en casa. Minutos después entra Lili Mestre, finísima dama española que completa este cuadro de amistades en la “embajada” española de Béchar, léase, tienda de Albert. La moral está en alta. ‘La vie est belle’.

*Observaciones.* El calor arrecia. Nos damos cuenta de que la lona de la baca tiene un inmenso redondel de grasa que cubre una buena parte. Habrá sido algún bote que de resultas de la presión producida por el calor ha reventado. Movemos un poquito el furgón y está hecho una brasa. Abu ha regresado con el ‘gudrón’ y lo instalamos en el costado derecho. Albert protege nuestras maniobras y da un lavado al coche con una manga de regar. Vamos a coger la barra de cacao del salpicadero, para aliviarnos los labios, y el cacao ha desaparecido, fundido por el terrible calor. Desde luego, Béchar es una anticipación del desierto; es algo así como un desierto urbanizado. Más hombres lisiados y medio ciegos. ¿De qué vive toda esta gente que se lanza a la calle desde por la mañana, y se queda en la calle todo el día? Los chavales vagabundean. Los viejos navegan. Paco está muy ufano con sus sandalias nativas, y Gallito se está animando ante perspectivas halagüeñas. Vamos al Hotel El Palmeral a sentar nuestros reales.

*Hotel.* Algo sórdido, con cortes de agua según las contingencias y con un plantel de “filles de chambre” entre misteriosas, sorprendidas y siempre atrayentes, mostrando en los rasgos de sus caras el rompecabezas exótico de varios modelos de belleza cruzados. Sí, señor. Esto marcha.

*Prosperidad.* Después de ducharnos y de ponernos presentables nos vamos a casa de nuestro buen amigo Felicísimo, no sin antes recoger a Albert. La gente nos observa. Yo creo que tienen conciencia de quiénes somos y de lo que queremos hacer. Los golfillos de la ciudad no se cansan de mirar el lema que en el costado derecho del coche, el mismo sobre el que hemos colocado el ‘gudrón’, y en una banda o tira ancha de papel blanco adhesivo, ha pintado

Gallito hace un par de días en Marruecos, antes de caer malo, y que reza así: “Madrid saluda a, salve a l', greets Africa”. Debajo de esta declaración de amistad puede leerse “Madrid - Niamey”, haciendo querer ver que es viaje de ida y vuelta. Pero ya estamos en casa de Felicísimo donde también conocemos a otro compatriota, Manuel, gaditano, que hace de cocinero. Bebemos, comemos y hablamos con largueza. La típica conversación entre españoles ausentes y presentes; el consabido desbordamiento de locuacidad en estos casos. Rotos por el cansancio y por los humores del vino y la digestión, nos vamos al hotel a echarnos una siesta de cuatro horas, hasta las ocho, el momento en que Albert cierra la tienda y nos promete acompañarnos por la ciudad.

*Burdel.* Albert es un magnífico anfitrión que se supera a cada instante. Es un hombre de prestigio a quien todos saludan y parecen respetar. La visita al barrio de los burdeles es obligada. Ya por la mañana nos había presentado Albert a una bellísima sacerdotisa que desempeñaba sus menesteres en el sitio al cual nos dirigimos. Es un callejón todo lleno de tugurios: Moros, tipos latinos, una completa algarabía de mujeres y fulanos. En el local que Albert elige para enseñarnos hay chicas de suficientes latitudes distintas como para formar una baraja completa. Es muy curioso observar el comportamiento de los parroquianos. En un salón-bar, con música estridente y con el consabido globo de lentejuelas giratorio que multiplica los dardos de colorines y sus reflejos, se agolpan los hombres hacia una puerta que pone en comunicación con un patio central que tiene en su mitad un precioso surtidor de azulejos, y los camarinos, a modo de madrigueras individuales, rodeando todo el patio. Las chicas desocupadas se colocan junto a esa puerta que comunica bar y patio, y entre los que entran, los que salen, y los que simplemente quieren mirar sin hacer gasto, se produce el inevitable embotellamiento. Allí nos tomamos un par de refrescos y saludamos a la dueña. Allí besamos la mano ceremoniosos y corteses a la chica, vestida de calle ahora, que Albert nos había presentado por la mañana [envuelta en unos cendales de gasa blanquísima, alta como un

minarete, y dejando solamente apreciar dentro de su total envoltura el filo de la hoja de sus ojos, yo, como he dejado escrito unas líneas más arriba, la imaginé bellísima]. Yo, la verdad, no quería salir de allí sin dejar mi rúbrica. Por supuesto, no me movía urgencia alguna..., ninguna necesidad concreta, y además, mis fuerzas estaban ya algo recortadas, algo enervadas. Sólo el guiño estético que me estaba haciendo la situación me impulsaba a dejarme un poquito de mi vida en ese asimiento y abandono casi simultáneos de absoluto. Albert fue el primero en animarme. Así que, en tal ambiente de penumbras moradas, de celosías y semi-opacidades, de perfumadas neblinas que esparcían los pebeteros, la invité a nuestra amiga la sacerdotisa la cual me introdujo en su habitáculo... Nada más estar en ella... –lo recuerdo– fue como una olita de dejación que empujando suave, muy suave, discurrió por mi vientre y se escapó entre mis ingles. Termina la velada y nos vamos al hotel. Una cena en el jardín, entre palmeras, y una cama regular ponen el broche a nuestra jornada.

*Adiós a Béchar.* El sábado cinco de julio, por la mañana temprano, damos el clarinazo de levante. Afeitados, lavados, perfumados algunos y desayunados todos, nos despedimos de nuestros muy queridos y recordados amigos Albert y Abu, Felicísimo y Manuel. A todos les prometemos fotos y noticias. A través de ellos llevamos un manojito de recomendaciones y contactos para lugares futuros. [Cuatro años más tarde, afincado laboralmente yo en el Sur de España, y en posesión de unas señas que me había dejado Manuel, alcancé todavía a visitar en Málaga a unas hermanas tuyas, ya viejecitas. En el momento de conocernos en Béchar, Manuel frisaba en los setenta] Antes de salir de Béchar nos pasamos por la fábrica de hielo que está junto a la estación de ferrocarril. En las dos neveras echamos las botellas y la fruta y nos regalamos anticipadamente con el efímero placer. Nuestra próxima etapa es Adrar, que dista 600 kilómetros de Béchar por una carretera de asfalto, si bien en pleno desierto. Nos aseguran que vamos a encontrar arena y sirocos; que nos va a ser muy difícil llegar en un solo día... Nosotros partimos con la mejor de nuestras esperanzas.

*La carretera hasta Adrar.* Nos dirigimos al sur, hacia Adrar, por la magnífica carretera de asfalto en total desierto. En plena ruta ya, en Abadía, a unos noventa y cinco kilómetros de Béchar, conocemos a Pérez, “Pulguita” que continúa el enlace hispánico que de una u otra manera hemos venido manteniendo. “Pulguita”, el español de Abadía, emplea una graciosísima jerga lingüística a base de palabras, todas mal dichas, en español, francés, y no sabemos si correctas en bereber y/o tuareg. Es, desde luego, una meritísima exhibición resultante de una mezcla de francés malísimamente aprendido, con retazos de español intercalado, y con el adobo de alguna palabreja tribal de estos contornos.

Se avanza fácilmente a una media de 55 - 60 kilómetros a la hora. Los seiscientos de carretera son admirables y la señalización, de puro buena, hace hasta reír. Efectivamente, no es necesario anunciar con señal alguna el peligro de curva amplísima y visible. Asimismo se anuncian los sectores de desplazamiento de arenas. En ocasiones nos encontramos con que las dunas han cortado la carretera, pero sin que exista peligro real. A la altura del kilómetro 232 dudamos sobre si desviarnos o no a Beni-Abbés, a 15 kilómetros al este de la carretera general por la que vamos rodando, pero optamos por seguir y repostar gas-oil en Kerzaz, otros 108 kilómetros más abajo. La cosa marcha. Sin embargo, al filo ya casi de la noche nos encontramos con el peligro que tan corriente sería 2.000 kilómetros más adelante, con los caminos de tierra pedregosa del Territorio del Níger, a saber, que el firme de la carretera, en el caso que nos ocupa ahora en esta carretera argelina construida por los franceses, está como hundido, como tronchado hacia abajo, con el fin de dejar pasar un curso de agua. En esta época del año no había tal río sino un enorme charco que naturalmente hay que atravesar. La técnica es siempre la misma: Se baja uno a explorar el sitio o vado de menor profundidad y se va señalando al furgón la ruta. Me bajo yo y Paco conduce. Salvamos la laguna y aprovecho para darme un baño. Gallito maliciosamente me hace una foto vestido yo de Adán. Algunos habitantes de casuchas diseminadas por los alrededores salen a ver el espectáculo. Estas

gentes del desierto desconocen la desnudez. No se exponen al sol. Bien es sabido que para defenderse del sol lo mejor es arroparse. Y nosotros los europeos hacemos lo contrario, quitarnos ropa a la primera oportunidad. [Andando el tiempo y ante reiterados testimonios y diversas evidencias, se nos haría patente, con arreglo a la concepción islámica, –ciertamente dulcificada y muy de manga ancha respecto de los ámbitos y circunstancias que a nosotros nos tocó experimentar– la profunda irreverencia en que incurrí al mostrarme en cueros ante aquellas pobres gentes]

*La cuerda.* A unos 150 kilómetros de Adrar comprobamos que la lona de la baca se está soltando, y que hay que reinstalarla por completo. Resulta una de las labores más arduas. Hay que sacar las escaleras metálicas, encaramarse uno, aflojar todos los nudos y volver a apretar. Tanto la cuerda original como el perfecto sistema de nudo con piedra que nos hizo Leandro en Torrejón se han destensado. Parte de la cuerda está rota y hay que usar el rollo célebre de 100 metros que se compraron a Conradito. Este detalle banal de la cuerda nos costó ni más ni menos que dos horas de trabajos y de denuestos. ¿Por qué y cómo? Sencillamente porque a Gallito se le ocurrió tirar desde encima de la baca el rollo al suelo y se armó un lío descomunal para deshacer la madeja. Creo que en algún lugar de este relato he dicho, y no está de más repetirlo, que la mayor y mejor parte de mis energías durante este viaje se me fueron baldíamente en intentar razonar con mis compañeros; o en enderezar los despropósitos y errores de bulto que se fueron sucediendo con lamentabilísima frecuencia. Pero el caso es que el asunto de la cuerda trajo mucha... ¡más cuerda! ¿De qué manera? Pues también sencillamente porque Paco se empeñó en asegurar que disponía de un sistema perfecto de colocación y fijación de la lona. Naturalmente resultó una birria... Pero seguimos avanzando siempre y ya a las puertas de Adrar, deshechos, acampamos en mitad de un erial. Los 600 kilómetros han quedado salvados. Aquí a las puertas de Adrar, en la madrugada del sábado 5 al domingo 6 de julio, mientras estábamos parados se levantó un monumental siroco que dura toda esa noche y todo el domingo.

*Entrada en Adrar. El Hotel 'Djemila'.* Por la mañana hacemos la entrada en la ciudad. Siroco y arena no han cesado. Hace un día hermoso, dantesco, descabelladamente demoledor, apocalíptico. Preguntamos y nos dirigimos al Hotel 'Djemila', el único que hay. El calor unido con el viento es horroroso. Y lo extraño del caso es que esa misma mañana llueve un poco durante media hora, cosa que según los nativos no había ocurrido en los últimos cuatro años. La arena entra por todas partes. El Hotel es de ambiente reseco, polvoriento. Es tontería limpiar: Las nubes de polvo lo ponen todo perdido. Espuertas de arena salen de cada habitación todas las mañanas. Hemos llegado muy temprano y por lo visto no podemos coger todavía aposento. Hay que esperar y observar. Como es el único Hotel de la ciudad, no hay elección posible: Allí estamos todos los extranjeros. Para acelerar la gestión de que nos busquen un cuarto con tres camas sacamos del coche los puñales ornamentados y con gesto simpático se amenaza al conserje que es un negrito sonriente y joven. Tal gesto es aceptado con cordialidad por unos y otros. Nos enteramos de que hay un grupo de americanos U.S.A que se emplean en hacer prospecciones por allí. Forman un grupito compacto y como luego veríamos, se traen de su tierra algunos artículos alimenticios: Corn-flakes, etc. También vemos a una señorita francesa que trabaja en Tomboctú de profesora de matemáticas. Peripuesta y correcta, aunque algo distante, va impecable con un vestido de flores estampado y de gasa y parece estar ausente de los rigores del desierto. Nos contempla en nuestro estado de suciedad y cansancio, y en tanto nos preparan la habitación, la joven rubia y caritativa, profesora ella, nos enseña el camino de las duchas. No hay ni que decir que la deshidratación se combate de dos formas distintas: O bebiendo agua por la boca normalmente; o dejando que el agua empape los poros de toda la piel y la traspase. Y eso viene a ser la ducha. El siroco sigue soplando, y al tiempo de subir a nuestra habitación vemos la cantidad de arena que se ha acumulado por los pasillos y por todas partes. Son las 9:00 a.m. y el sol pega a placer. Nos adelantan que con estas temperaturas tórridas algunos inquilinos duermen en una especie como de terraza general

del hotel, cosa que a mí no me llega a convencer. Sigue soplando el siroco que ha soplado durante toda la noche.

*El ambiente.* Puestos a comparar, compararíamos el golpe del sol con un saco de cincuenta kilos que a uno le pusieran encima y tuviera que andar así con él por la vida. En Adrar no hay o no se ven mujeres. El polvo sigue entrando hasta en los relojes de pulsera y en la funda de los prismáticos. En nuestra habitación recién dispuesta, las camas y las sábanas y los muebles rústicos tienen como un baño de color encarnado que no es otra cosa que la capa de polvo fino. Seguimos fijándonos en algunas cosas que refuerzan lo que ya observamos en Béchar, a saber: Cuando un nativo quiere decir algo exclamatorio que denote sorpresa, o desencanto, o admiración, o repulsa, la interjección de esta gente es... “po, po, po, po...” ... Se dan la mano a golpes y llevan pantalones anchísimos y de pliegues tableados que ocupan tres veces el volumen de la persona. También llevan turbantes como de muselina con los que se arrojan la boca y narices. El color de los rostros se ennegrece progresivamente desde Marruecos hacia abajo cada vez más. La gente nos da la mano a sacudidas, por cualquier cosa. Es un rito inevitable. Llega uno al ‘hall’ del Hotel, y ya está, apretones y golpetazos de mano a todo pasto [El siroco no deja de soplar]. Se oyen más y más historias de escorpiones y Paco queda encargado de adquirir suero anti-ponzoñoso.

*El mercado.* Como no hemos desayunado, nos acercamos al mercado que está sólo a unos metros: Es como un patio cerrado que huele a sudor, mojama, polvo y ropa sucia. Es como una tira de arcos dentro de un recinto donde los vendedores exponen su mercancía, casi todo consistente en legumbres, hortalizas y/o verduras deslavazadas. Se regatea y la gente es chancera y ríe. Insisto en que el olor es penetrante y le llega a uno por las narices, de golpe, y va hacia todo el cuerpo vertiginosamente. La gente educada habla francés, además del dialecto de aquí que es una algarabía arábigo-bereber difícil de entender. Compramos sandías con poco gusto y melones horribles de malos.

*Juan Casimiro.* Previamente informados [me es imposible

recordar a través de qué canales] iniciamos la gestión de encontrar a los españoles Juan Casimiro, y Argillós, los cuales trabajan en lo que podría entenderse como Ayuntamiento o, acaso, tal vez mejor, cuartel de la Guardia Civil. Dejamos el recado en casa de Casimiro al tiempo de enterarnos de que Argillós está de vacaciones fuera de la ciudad [Dicho sea de paso, el argelino del Sur suele elegir la ciudad de Orán para sus vacaciones]. Volvemos al Hotel, nos tumbamos y comemos un poco más tarde. Efectivamente, Juan Casimiro se presenta. También sabía él ya de los tres españoles animosos que se habían aventurado por aquellas tierras. Nos las prometemos muy felices y tomamos a este español [catalán] como anfitrión y guía. Juan Casimiro viste un sombrero alabeado, sandalias fuertes, pantalón corto de cuero, y una camisa abierta por los flancos y sujeta con tirantas. Es un hombretón recio, de unos 50 años, que lleva cerca de 20 en el desierto [Parece como si detrás de cada uno de los españoles que hemos conocido se escondiera una historia]. Hablamos de nuestros comunes amigos de Béchar y de muchas más cosas. Nos informa de que las regulaciones de tráfico son aquí algo sorprendentes [Sigue soplando el siroco. La arena se cuele por todas partes]. No se permite que nadie se lance hacia el sur, por la ruta del Tanezrouft, a menos que vaya arropado en un convoy, o caravana, o compañía de viajeros. La cosa se complica. Pensábamos salir el lunes 7, por la mañana, y esto derrumba nuestros planes. Primero, tienen que darnos el visto bueno en las oficinas de la Sub-Prefectura, Policía, y Aduana, tres cuerpos civiles de gente como militarizada, o cuerpos militarizados de gente como civil. Descubrimos a un grupo de alemanes que se hallan en nuestras mismas circunstancias y planeamos realizar juntos la travesía de arena. Casimiro, que tan magnífica aparición hizo y tanto nos animó, hace mutis ahora. Debe de haberse olido las dificultades. Seguimos especulando sobre el desierto y se siguen diciendo tonterías: Botas, pellejos de agua fresca, etc. Al parecer, es conveniente calzarse las botas de hasta media espinilla a causa de los bichos, mayormente escorpiones, que pueden atacar en cuanto uno pone el pie en el suelo (¡!¿?)

*La espera.* Martes 8 y todavía en Adrar. Los dos alemanes Peter y Lorenz, juntamente con el negrito togolés Cirilo que también vive en Munich, un moraco argelino llamado Salí, que hace pasarse por guía, y nosotros tres estamos pendientes de las autoridades de la ciudad para salir de un momento a otro. Pero el tiempo pasa y siguen las pegas. Entretanto más intrusismo profesional de Paco al curar a un camarero del Hotel, que se había cortado. Le saja una herida feúcha del pie, y le deja nuevo. La huella francesa perdura en la lengua y en las horas de las comidas. Escribimos a casa y advertimos que tal vez transcurran muchos días sin que vuelvan a saber de nosotros. Seguimos paseando y tomando notas. Las casas están hechas de adobe o de barro durísimo. La ciudad está bien trazada, dentro de un amurallado cuadrilátero al que se pasa por unas puertas de arco. Hay mucho ventilador convencional para intentar defenderse del calor. En estos días tristemente inolvidables que consumimos en Adrar se descubrió el oasis de un ingeniero aborigen, Mebrouk Bouiba, pulido y educado, que nos llevó a su casa en la que cada habitación disponía de un acondicionador de aire, potente cajón-máquina igual que en las mejores instalaciones de las ciudades modernas.

Es durísimo salir a la calle. Cada faena que hay que hacer en el furgón nos deja baldados. Subir un escalón de más puede significar quedarse sin fuerzas para hacer la próxima maniobra. Imaginad un horno de 60 grados. Salir a la calle es una heroicidad. El europeo siente una desazón desesperada ante tales inclemencias. Nos falta valor para medir la temperatura algunas veces. La gente es amable una vez que se la llega a entender. Nuestro atuendo es pintoresco en demasía. Con el menor pretexto nos quedamos medio desnudos y hacemos aspavientos de tener calor y de querernos quedar bajo el grifo de una ducha, lo cual no es siempre posible debido a las restricciones. Hemos conseguido conocer algunos trucos del Hotel. Cuando el agua no alcanza a las habitaciones de arriba, hay un cuchitril detrás del bar que usamos para darnos duchas furtivas a cualquier hora. Los tres consideramos comprarnos un tipo de pantalón como el que aquí se lleva, de una sola pieza y como una bolsa-saco que deja todo el cuerpo

flotando en una inmensa cámara de aire. Paco ensaya con éxito el modelito de la sábana arrollada como única vestimenta para la parte inferior del cuerpo. Se pasea ufanamente por la ciudad de esta guisa y los nativos le miran entre socarrones e incrédulos. Se consigue suero anti-escorpión.

*Liberación.* Es miércoles, día 9. Seguimos exasperados ante los procedimientos administrativos para el permiso de salida. Es como si hubiera un acuerdo tácito entre las autoridades de Adrar y del Hotel para hacerle tomar a uno vacaciones forzosas. Las respectivas sedes de la Policía, Aduana, y Sub-Prefectura son antros controlados por forajidos de dudosa filiación. Para sintetizar estos días de disgusto y tirantez preparo una carta de queja a la Embajada Argelina en España, y a todos los que quieran oírnos. Y desde luego, quiero que forme parte de esta serie de relatos. Por fin, el miércoles 9, casi de noche, una pequeña caravana de cuatro vehículos y siete hombres salimos de Adrar. Aquí sí que de verdad empieza el desierto. En los próximos dos mil y pico de kilómetros que nos faltan hasta Niamey no tenemos ni un solo metro de asfalto. ¿Sabe alguien lo que es realmente el desierto?

*La pista.* Como digo, abandonamos Adrar el miércoles nueve de julio por la noche. A ciento cuarenta kilómetros se encuentra Reggane, donde tenemos que pasar el último de los controles antes de llegar al borde de Malí. La ruta es desoladora. Aquí no hay más que un mar de tierra, arena gorda y piedra. Hay que andar con cien ojos. Lo menos malo es seguir las rodadas de algún camión que haya pasado antes. Pero esto también es inseguro porque la diferente blandura de la arena hace que los camioneros se separen de la ruta ¿Cómo se conoce ésta? A trechos, más o menos variables, más o menos uniformes, se ven ruedas de camión, restos como de cabinas, palos que tienen en la punta dos aspas. También los esqueletos de animales vacunos que muy bien pueden ser las basuras arrojadas por los convoys. El sol acaba con todo. De las ruedas enormes de camión en algunos puntos sólo queda de ellas la trama y urdimbre del cosido. Aunque en Reggane es donde nominalmente comienza el Tanezrouft o

“ruta del terror y de la sed”, estos primeros 140 kilómetros tienen las mismas características que todo lo demás. Lo que en los manuales y terminología al uso se llama *pista* no es ni más ni menos que una demarcación levísima entre dos rebordes no muy altos. Se puede circular dentro de la pista o fuera de ella. Es como hacer una raya en el mar. Sin haber llegado a Reggane paramos a descansar un poco.

*Reggane.* Y ese mismo día, jueves diez de julio por la mañana, llegamos al control. Unas casuchas de ladrillo y adobe son los puestos oficiales de la policía y de la aduana. Aquí está el camión que los alemanes dejaron anteriormente. Decidimos partir esa tarde y dedicar el día a transbordar algunos trastos de nuestra furgoneta al camión M.A.N. de nuestros colegas. Los funcionarios de la policía nos permiten ocupar su alojamiento. Lo único que hay es agua y sombra, que no es poco. Ya estamos preparados para no repostar nada hasta alcanzar la frontera con Malí. Esto es el desierto *desierto*. Queda así trazado el plan del día hasta nuestra salida por la tarde.

*El desayuno de Paco.* Paco hace una exhibición portentosa de la capacidad de su estómago. Allí, en la sombra que conseguimos colocando nuestra lona entre el furgón y el camión M.A.N. plantamos el tenderete para el desayuno. Los alemanes van bien provistos. Los alemanes Peter y Lorenz parecen dos aventureros de mucha clase. Nos vamos enterando de que su viaje consiste en llevar rodando desde Munich hasta Togolandia cuatro vehículos, para venderlos allí, contando con el consejo de Cirilo, el negrito que les acompaña, que vive también en Munich y que es de Togo. Los alemanes no se arredran por nada. Han venido bien preparados, hasta límites increíbles. En su camión transportan una verdadera tienda de ultramarinos y una ferretería completa. Con todo, ya han pagado el primer plazo del tributo al desierto, habiendo tenido que dejar abandonado en Adrar un coche Citroen ‘Tiburón’ [que venía dentro del M.A.N.] que les fue imposible vender allí. El desierto no se cansa de ganar víctimas. Los chasis de cosas que parecen haber sido coches son un panorama corriente a lo largo de la ruta. El calor, bruma, pesa, destroza. Es todavía temprano y el mazazo del sol se soporta mal. Sí,

los alemanes vienen muy bien preparados; son unos verdaderos tigres del desierto aunque dicen no haber estado nunca en él. Se hace el despliegue de vituallas y Paco mezcla alegremente pan en bote; café con leche; sopa caliente; tragos de agua templada; mantequilla; viruta de legumbres enlatada... para volver a empezar con cualquiera de los ingredientes en un orden cualquiera también. Los argelinos se pasman. Paco les ha conquistado con su simpatía y su fuerza física. Mientras los demás nos tumbamos sin encontrar postura medianamente buena, Paco echa un pulso a dos mozarrones conjuntamente... ¡¡y los gana!! Se completa el transporte de mercancías de un sitio a otro. Creemos que así vamos mejor. Al M.A.N., que antes transportaba al Citroen, le sobran ahora más de dos mil kilos de capacidad. Estamos contentos de nuestra alianza con los alemanes. Salvamos los requisitos de la aduana y nos ponemos en marcha, no sin que a nuestro veterinario me lo hagan una salva de consultas. Ahora se trata de curar de los nervios a un tío. Le regalamos unas pastillas que no sirven absolutamente para nada..., y tan contentos. Gallito sigue puntualmente los detalles del viaje y nos tiene fritos a cada momento con preguntas sobre los kilómetros hechos y por hacer. Su cuaderno empieza a estar abultado. Además, ha preparado una botella, recubierta de trapos, que enfría muy bien el agua, y el muchacho está satisfecho.

*Sed y terror.* El jueves, día diez de julio, salimos definitivamente de Reggane, siempre hacia el sur. El mojón o cubo de mampostería, a modo de un inmenso dado, que señala y declara la ruta a seguir “Tanezrouft - Malí” es estremecedor. Nos detenemos para hacerle una fotografía. Tal es el primer momento en que nos hemos encontrado con las terribles palabras que anuncian un infierno. Este es el verdadero instante de la verdad. Ahora es Salí, el argelino, el que va delante con Lorenz en el Mercedes, pero a pesar de todas las precauciones se embarrancan en la arena y hacen que los demás nos quedemos clavados también. ¿Cómo es el desierto? ¿Lo sabe alguien que no lo haya visto? Empiezan a apoderarse de nosotros el abandono y la suciedad. ¿*Para qué?*, es la pregunta que nos hacemos. Yo siento la terrible debilidad de la falta de nutrición. Creo que aunque

llevásemos manjares no me entrarían en semejantes circunstancias. El agua mejor de nuestras reservas está templada, sucia, chupada de tanto sifonar. Y sabemos que hasta dentro de 800 kilómetros no tenemos nada. Las palabras escorpión y víbora se barajan todos los días mil veces a la hora de poner el pie en el suelo y a la hora de dormir. Sin embargo no se percibe la necesidad de calzarse las botas altas, hasta media espinilla; o ponerse un sombrero especial tipo ‘Salakof’. Nuestra indumentaria es muy simple: Camisa, pantalón corto, sombrero de paja en mi caso, y zapatillas o sandalias. Esta ha sido otra de las fantásticas leyendas que nos habían anticipado; y nosotros, crédulos a la fuerza, vinimos preparados hasta con caretas para el siroco, amén de camisas especiales de manga larga, calcetines gordos de lana, y toda clase de calzado...

La situación es tensa. Solamente Cirilo, el negrito, rompe la monotonía diciendo alguna broma, o hablándonos de sus amores en Barcelona. Tenemos presente todo el tiempo que hasta el fuerte Moktar, en la frontera de Argelia con Malí –unos 800 kilómetros– no hay nada de nada. Por lo visto, según el moro Salí los pozos que indican los mapas no son accesibles. Tal vez tenga miedo de perderse, porque en los mapas Michelin se señalizan un par de ellos en esta ruta. Nosotros nos habíamos preparado para sacar agua de una profundidad de más de cien metros [como así se indica en las cartas geográficas] usando nuestro rollo de cuerda, empalmado si hubiera hecho falta a otros tantos metros de cinta de nylon que traíamos de reserva. Los alemanes no se fían del moro. Cada vez que nos paramos por culpa de un atascón, al arrancar se hacen interminables las discusiones. El moro insiste en que él es guía de profesión y en que se ha recorrido el desierto muchas veces. Pero la verdad es que tales credenciales supuestas no parecen evitarnos ninguna calamidad. Yo desconfío de los alemanes, magníficos aventureros, pero que sospecho cada vez más acuciantemente que van a hundir nuestros planes...

Amanece a eso de las cuatro y anochece sobre las ocho y media. Desde las once de la mañana hasta las cinco de la tarde es muy difícil andar. Los motores se funden. El agua de los radiadores va más

allá de los grados previstos y tenemos un gripazo. A pesar de todas las prevenciones y recomendaciones que nos dieron en la casa Mercedes sobre nuestro furgón, no podemos seguirlas al pie de la letra porque tendríamos que estar parados casi todo el tiempo. Se nos dijo que pasando los noventa grados convenía parar, y el vehículo corrió durante buen rato a más de noventa y cinco sin que pasara... ¡nada perceptible! En el desierto no se puede parar. Lo importante es seguir, seguir siempre. Parece que la inmensidad de tierra que uno va dejando atrás amenaza con atacar por la espalda y abalanzarse traidoramente. Se va huyendo de la propia sombra, hacia un destino que no parece tener final. Y un horror casi tan grande como la arena terrosa es lo que todo el mundo conoce por ‘Tolle’; o sea, la ondulación que existe en el suelo del desierto debido a las fuerzas de contracción y expansión producidas por las oscilaciones térmicas. Es lo mismo que rodar por un campo de surcos a contrapelo. Se requiere una velocidad mínima de 60 por hora para que este duro ondulado no se haga insufrible. De cualquier forma parece que el furgón se va a partir en varios pedazos. Es un milagro ver cómo no salen disparados los tornillos y las bielas, las abrazaderas y los pasadores. Los cachivaches de dentro se caen y se revuelven. Las cosas que iban primorosamente colgadas en los ganchos laterales aparecen por el suelo en una confusión asquerosa. La mayor parte de los alimentos se han estropeado. El queso se ha derretido y las sopas se han empapado. Los baches grandes e invisibles son un peligro constante. En uno de ellos nos quedamos clavados con un gripazo monumental de la dinamo. La arena ha entrado con tal fuerza que el furgón se ha frenado en seco. Seguir las rodadas tiene tanto de amargo como de dulce. Lo dulce es que la arena está algo más apelmazada que por los demás sitios. Lo amargo es que, a causa de las ruedas de los vehículos altos, va quedando un banco en el centro en el que nuestro furgón se clava penosamente y se queda con la panza apoyada en el suelo, con la transmisión hundida. Remover la arena en estas condiciones es más que heroico. Yo no tengo ganas de comer. Me voy quedando débil. El simple esfuerzo de buscar algo en el furgón, por debajo del somier alzado que lleva, es

cuestión de discusiones y peleas. Los atascos se suceden, cada vez más frecuentes... ¿Cuántos? A sesenta grados de temperatura tirar de pala, colocar las escaleras metálicas y empujar el vehículo le deja a uno sin recursos. Se desvaría un poco y se autoamenaza uno con quedarse tumbado en el suelo y no seguir más. El agua está siempre caliente y la más fresca del 'gudrón', como me temía, tiene un sabor vomitivo, de chotuno. Cuanto más se bebe, más se quiere. Paco nos recomienda las tabletas de sal, pero eso no hay quien lo tome. Nubes de maldición y desesperanza cruzan insanamente nuestras cabezas. Gallito habla de su mujer, piensa en su mujer, nombra a su mujer y a sus niñas... ¿Futuro?.. Ahora no son más que seiscientos y pico kilómetros hasta encontrar... ¡agua! Cada vez cunde menos. Cada vez se cansa uno más. Todo pringa. Todo aploma. La comida no entra. Yo permanezco tumbado y sin comer durante todo el tiempo en que no se rueda. Empapo sábanas con agua no potable del depósito, y con la evaporación provoco cierta humedad y frescor. Mis compañeros me amenazan de muerte porque creen que estoy gastando mucha agua. Lo que pasa es que prefiero hidratarme por vía cutánea mejor que por vía oral. El ambiente pincha. Nuestra amistad está a punto de naufragar por las más pequeñas cosas. El camión de los alemanes no va bien. Hay que pararse y pararse. Y yo veo que así no llegamos; que habrá que separarse de los alemanes..., recobrar nuestras cosas que llevamos en su camión... Gallito, por sus varios años de estancia en Alemania, se defiende... y aunque sin mucha gramática, lo chapurrea con cierta fluidez, y esta realidad, que hubiera significado un magnífico factor de ayuda en otras circunstancias, aquí, paradójicamente, está constituyendo un elemento de peligrosísimas consecuencias. Gallito se está dejando embaucar por los bribones de los alemanes que, excluido Cirilo [cada minuto que transcurre se me está haciendo más dramáticamente claro] van a lo suyo. Gallito se pone a darles cuerda, así como satisfecho, como embobado por el privilegio de practicar el teutón, como agradeciéndoles el señalado favor de que le permitan hablar con ellos... ¡incauto y payaso de él!..., y no se da cuenta de que sus clases de práctica las vamos a pagar muy caras. Yo sólo conozco

cuatro cosillas de alemán y ellos dicen no hablar otra cosa. Lo dudo. En cualquier caso, ellos perciben que mis puntos de vista son contrarios a sus planes, y hacen todo lo posible por no darse por enterados, usando el pequeño protagonismo de Gallito en cuanto a entenderse con ellos como el mejor de los cebos...

Esto es el “Tanezrouft”, *la ruta del terror y de la sed*. Y es verdad. Nuevos atascos. Paco, con humor macabro, dice que los va contando. La tierra se hunde de pronto suavemente... y ya están las ruedas dentro. ¿Será ésta la última paletada que dé? Hay que esperar hasta el día siguiente porque no nos tenemos en pie. No avanzamos. No avanzamos. Pasa uno el día esperando el tenue alivio de la noche. Esa fue otra de las patrañas. Efectivamente, entre la temperatura del día y la de la noche hay una diferencia brutal de más de veinticinco grados, lo cual no quita para que a 35 grados sea muy difícil descansar, no digamos dormir. El desierto por esta parte es un mar que no se acaba nunca. Siempre con sed, sitibundos, hidrópicos... Nadie recuerda la fecha. Sólo los que llevan relojes-calendario. Salimos el 9 de Adrar... así que... y vuelta a empezar el cálculo. El moro cabrón a cada parada, en vez de coger la pala, se pone a hacer flexiones de tronco e invocar a Alah. En todo el camino hemos encontrado solamente dos coches y un convoy militar de varios camiones, todos ellos circulando en dirección contraria. Miseria y más miseria. Empezamos a no afeitarnos ni mucho ni poco. La mejor forma de ponerse a cubierto del sol es debajo del furgón. Todo abrasa y se otean los primeros síntomas de delirio. Espejismos y lampos maravillosos con lagos y huríes celestes. Cansancio. Atroz cansancio. ¿Qué día es hoy?

*Lo peor, vencido*. Han sido cinco días de memoria amarga. Entre los tres vehículos Paco dice haber contado más de cien atascos. Llegamos a Bordj Moktar, en algunos mapas ‘Le Prieur’, o sea, “del rezo” en memoria de los que supuestamente fueron los primeros en arribar allí después de atravesar lo malo del Sahara, y rezaron de agradecimiento. Es lunes 14 de julio, por la mañana. El camión M.A.N. de los alemanes se ha quedado tirado a unos 115 kilómetros

del fuerte, y a unos 10, pasado el puesto de Maurice Cortier o Bidon V, derruido en la actualidad. En estos casi cinco días desde que salimos de Adrar se ha sufrido de muchas maneras: Los atascos interminables; la actitud egocentrista de los alemanes; la estupidez obstinada del moro Salí que cree saber algo de automóviles y no tiene ni idea. El sol es implacable. Se levanta uno ya cansado y no se está seguro de si va a aguantar el día que está enfrente. Nos enredamos en discusiones interminables sobre la estrategia más o menos general, y sobre la táctica concreta a seguir. Yo insisto en abandonar a los alemanes. Insisto en que con casi la mitad del tiempo consumido, pensar en ir más allá de Niamey es un despropósito. Ahora varias cosas nuestras están en el camión de ellos, y si queremos recuperarlas hay que esperar a que el servicio de remolque de los militares argelinos nos lo rescate y hagamos el transvase de nuevo. Paco se pone furiosísimo porque dice que eso ya lo había pensado él... ¡! Siempre la misma canción: Lamentarse cuando no se puede remediar nada. Yo soy partidario de jugármelo todo a una baza difícil: Salir pitando de allí, aun sin buena parte de nuestros pertrechos. Nos queda una rueda de repuesto. Con un par de latas de gas-oil, y con el depósito del furgón que nos llenen a tope los argelinos tenemos bastante para llegar a Tessalit. Nos hemos quedado atrapados estúpidamente en lo que prometía ser una ventaja. Pero, ¿quién puede pensar serenamente en tales condiciones? Es horrible. Horrible e imperdonable.

*Bordj-Moktar.* Llegamos y tomamos impetuosamente ‘manu militari’ la estanquilla de abastecimiento de agua. Se nos acerca un grupito de militares reales, nos saludan y nos piden los pasaportes. Lo de siempre: La comprobación de que venimos de tal sitio y pensamos ir a tal otro. Nos pasan al pabellón de invitados: Una covacha sórdida que hiede, arenosa y pútrida, con restos y olor de carne descuartizada; llena de bichos, moscas, arañas como avellanas y peludas; arena sucia, cenizas aventadas y todo con un polvo invasor y candente. Allí leemos grabada en una vigueta del techo una inscripción estremecedora, en dos líneas, de un viajero belga que, al parecer, estuvo allí detenido

algo más de un mes. Es espeluznante ese pequeño testimonio que vale más que un libro entero; dos líneas en pintura amarilla que dicen más que toda una historia terrorífica: Nombre completo, procedencia y fechas. Nada más.

Estamos en un fuerte militar al Sur del desierto, pero todavía bien dentro de él, y tenemos que sentirnos agradecidos por esta cabina de huéspedes que nos facilitan. Me doy una ducha accidentada en la estanquilla en medio del estupor sonriente de militares y paisanos (tuaregs). Ahora recordamos historietas de desierto que, ficticias o no, sirven para hacerle a uno enloquecer. Se cuenta que en el Bidon V se encontraron a uno pescando encima de una duna, chalupa perdido. También se cuenta que un destacamento francés, que hacía la ruta de abastecimiento, vio a dos militares liados a tiros, jugando a matarse como por diversión...

Entre los tipos pintorescos del fuerte se halla el militar pequeñito que nos ha recibido y que parece ser el papá de un niño travieso que no nos deja parar y al que... ¡a ver! aunque con forzada complacencia, le tenemos que reír las gracias. Hay otro militar, también chiquitajo, con cara agitanada. Pero... ¿Quién demonios es en realidad el jefe? Aquí todos parecen tener algo que mandar y nosotros no sabemos a quién dirigirnos en caso de consulta grave. Excepto agua gratis desde por la mañana hasta las 18:30 aquí no se puede comprar nada. Hay una especie de tienducho donde se venden matas secas de no sé qué; dátiles secos, y algo parecido a una pasta para hacer sopa que le pone a uno el estómago subido. Ni un tomate, ni una fruta, ni nada fresco. Nada que no sea miseria y depauperación. Mi inapetencia se agudiza con el relativamente pequeño trabajo que hay que hacer. Me sostengo con Vitamina C efervescente. Nos han prometido los militares argelinos que su camión de rescate partirá hacia donde está el M.A.N. de un momento a otro. Pero en Africa pronto se aprende que ese momento puede no llegar nunca.

*Tuaregs.* Los habitantes del fuerte [unos mil, nos dicen, entre población militar y civil, nómada en parte o asentada] se dan las manos con morosidad, sobre todo entre los tuaregs. Así lo vimos

repetidas veces. Muchos de estos muchachos parecen homosexuales atenuados: Se abrazan y se dan la mejilla en estrechamientos y contactos prolongados. Visten de azul y sus miradas son mansas aunque penetrantes. Sí, se abrazan; se dicen lo que sea, y se quedan así un ratito. Estos tuaregs llevan colgadas del pecho una suerte de tablitas, a guisa de escapulario que, según pudimos colegir, contienen mandamientos, preceptos y/o conceptos coránicos. Hay costumbre de andar cogidos de la mano, no sabemos si en señal de amistad, si de intercambio cordial de pareceres y consejos, o de todo ello junto. A mí me coge de la mano el que a última hora parece ser el que más manda de todos los presentados hasta entonces. Me toma de la mano dulcemente y me pasea mientras me explica en francés correcto y pausado las normas sobre aprovisionamiento de gas-oil...

Hay una casa o barraca misteriosa de donde salen y adonde entran tíos y tías. Bueno, por la cadencia oscilatoria, si leve, que parecen acompañar a sus desplazamientos mi corazón da pábulo a la improbable virtualidad de que allí pueda haber... mujeres. Sí, se puede pensar que son también mujeres aunque van completamente cubiertas con mantos azules oscuros y son impenetrables. Claro que bien podría tratarse de otro de los típicos espejismos, de la esperada instancia desiderativa o ‘wishful thinking’ afectada a uno de los lugares más inhóspitos del planeta. Oteamos con los prismáticos desde el furgón, sobre todo Cirilo que se ha arrogado la función de vigía.

*Más tipos.* Un particular, transportista y negociante, hace una oferta a los alemanes por recoger su camión, por un precio alto pero razonable. Peter y Lorenz declinan, se niegan en redondo, porque no quieren gastar un céntimo. Disponen de todo el tiempo del mundo para esperar: ¡Exactamente lo contrario que nosotros! Saben que nos queremos ir; que nos tenemos que ir en cuanto traigan remolcado el camión. Y la situación se atiranta peligrosamente. El único que no pierde la compostura es el negrito Cirilo: Dicharachero y simpático está aprendiendo de mí a decirle a Paco chascarrillos en español, con los acentos de las palabras clave trabucados [“Señor Paco, Cirilo dice que tú mientes como un *górrino* o como un *bórrico*, etc.”] Seguimos

pensando que todo el que no sea militar o se encasquete un uniforme caqui se muere de asco. ¿Qué come esta gente? Algunos están altos como espigas y para un canon de belleza distinto del nuestro, deben ser hasta guapos. Los chavalillos tienen una cara monísima. Llevan la cabeza rapada completamente, excepto una franja o tira de pelo en mitad de los sesos; o a un lado de la cabeza; o en cualquier otra posición que hace reír. Abundan los mechoncitos en la coronilla. Visten casi todos ellos unos míseros delantales o sacos de color pardo o azul. Son los hombres azules del desierto. Sus ojos también son azules. Su mirada, triste y resignada.

Los jefecillos militares se encaprichan de todo. Uno de ellos se invita a quedarse con uno de los palos/bates de béisbol/base-ball, a cambio de un botecito de jugo de tomate que nos da. ¿Y quién se puede negar... a lo que sea, si estamos en sus manos? Ya empieza a entrar en danza la palabra francesa 'cadeau'. Para salir del paso Gallito promete mandar al mismo hombrecillo un chorizo de mecha igual que la que lleva él en su mechero contra el viento. Y más promesas y regalos se van apuntando en el libro verde, ese libro en que se apuntan todas las cosas que no se realizan nunca.

*Tiempo perdido.* Nos consumimos esperando. Nuestro tiempo de viaje se ha quemado desdichadamente y ya no se puede pensar más que en llegar a Niamey, ... ¡y volver en avión! Para matar el tiempo Paco cura a un borrico y se dispone a castrar a un dromedario. Se regalan medicinas a mantas. Se han corrido las voces de que hay un veterinario-curandero, y los tuaregs vienen a nosotros a contarnos sus males y los de sus mujeres. El martes 15 llega un grupo de franceses... y se largan al día siguiente. Y nosotros, desgraciados, nos quedamos. Harto de contemplaciones, recojo los pasaportes de los tres por si hay que salir pitando en un momento dado.

*Siroco.* El jueves 17, y después de muchas parlamentaciones y presiones, sale el camión de los argelinos del fuerte en busca del M.A.N. Paco se va con ellos y quedamos solos Gallito y yo [el moro anda por ahí, supongo que con sus correligionarios]. Ese mismo día se desencadena un siroco espantoso que dura cuatro horas. Hacemos

fotografías del mismo como si fuera una película, ya que el tomavistas, al cuidado de Gallito, no parece estar en orden, pues al terminar el primer carrete y destaparlo se quedó todo hecho un churro y hay que prescindir de él. Otra víctima.

¿Qué es el siroco? El siroco, llamado *simún* en otros parajes africanos, suele venir precedido, a modo de heraldo, por una tenue llovizna y un suave vientecillo que todavía no transporta arena. En esos momentos preliminares nos medio desnudamos y nos exponemos a esa agua bendita y natural que es el más caro de los regalos. Pero pronto comienza la verdadera acción. A lo lejos, en el horizonte, se ve formarse una nube redonda, rodante, cenicienta primero y rojiza después, y que, avanzando demoledoramente, lanza cada vez más cantidad de arena. Lo único bueno es que se puede uno preparar contra el peligro. Los viejos del lugar miran un segundo pensativos a lo ancho y a lo largo y parecen conocer bien toda la dimensión del asunto. Los dromedarios dan la espalda al viento y se reúnen en grupitos. Los tuaregs se cubren aún más la cara de forma que ya ni siquiera ven. El siroco ya está aquí. Nos hemos confiado algo y tenemos el tiempo justo para guardar todas las cosas, cerrar el furgón y meternos dentro. Ya no podemos ponerle de espaldas al viento y pensando en las amenazas que nos han anticipado tememos que la arena nos esmerile el parabrisas y cualquier superficie de cristal que encuentre a su paso. Venimos precavidos con dos botes de kilo de vaselina sólida pero no hay tiempo de recubrir los cristales. Dentro del furgón, arropados en las sábanas, cubiertas las cabezas con toallas húmedas y hundidos hacia los rincones más protegidos sentimos la furia del viento que bambolea el furgón y amenaza volcarlo. El calor es sofocante. La bola de viento ígneo lo envuelve todo y en ese vaho candente pensamos que se puede hacer un guiso. No podemos respirar. Tapados como estamos, notamos que nuestras bocas mastican arena y que los dibujos de nuestras orejas están también llenos de lo mismo. Hay que resistir encerrados, asidos a ese tablón cada vez más inseguro de la esperanza. Y así cuatro horas, cuatro largas, interminables horas durante las que estuvimos sumidos en la más

penosa de las oscuridades. Nuestra sed no tuvo límites. Nuestra miseria y nuestro asco, tampoco. Al terminar la ofensiva del viento el contorno había cambiado de aspecto: Montones de arena, como pequeñas dunitas, donde estaba llano; superficies lisas, peladas por el viento, donde antes había montículos de basura. Por suerte el furgón ha resistido aunque está todo perdido de arena, desde el salpicadero hasta nuestros relojes de pulsera; desde la caja de los alimentos hasta las paredes de goma espuma protectora...

*Escapada.* A eso de las 7:00 am. del viernes 18 llega el equipo de rescate remolcando el camión de los alemanes. Se acabaron las contemplaciones y no hay tiempo que perder. Estos tíos nos han terminado de fastidiar el viaje. Lo único que queda es no hundirnos del todo. Lo que tardamos en recuperar nuestras cosas, pagarles el gas-oil que acordamos [ahora a más del doble del precio convenido en un principio], despedirnos fríamente de ellos y devolver a los argelinos otros 30 litros que nos habían prestado, es lo que tardamos en salir de allí, hacia Tessalit, ya en el estado de Malí.

*Recuento.* He dicho que estamos en el viernes 18 de julio por la mañana. Digo que con los ocho días perdidos funestamente entre Adrar y Bordj Moktar, y los otros tres empleados en monear en Ceuta y Béchar, las posibilidades de llegar siquiera a Niamey quedan muy reducidas. Lo que no he dicho aún es que estos fueron los cuatro peores días, con mucho, de todo el viaje; que la alianza con los alemanes resultó ser perjudicial y fastidiosa: Indicios de diversa naturaleza y cabos que se iban soldando nos llevaron a la imparable evidencia de que se trataba de una organización de mercenarios dedicada a hacer llegar vehículos de segunda mano [y de dudosísima procedencia] a países subdesarrollados de Africa, y venderlos allí. Los tales Peter y Lorenz eran los transportistas fácticos de dichas mercancías, los ejecutores materiales de dicho tráfico...

Nos encontrábamos solos otra vez, teniendo por delante de nosotros la ruta de agua, fango y mosquitos. Desde la salida de Adrar yo llevaba casi nueve días sin comer bocado...

*Malí.* Penetramos en Malí. Cambia algo el paisaje. Decimos

adiós a Argelia... ¿para siempre? En Tessalit pasamos otro puesto de policía y otro de aduana. Nos parece que estos negritos son un poco más negros y más cordiales. No traíamos, naturalmente, visado para este país y esperábamos que no hubiera pegas, como así ha sido. La única oficina diplomática que debe atender los asuntos españoles para todas estas naciones de la antigua Africa Occidental francesa está en Abidjan, capital de Costa de Marfil. También de Argelia a Malí el vestido cambia en la misma proporción en que se aprecia de Marruecos a Argelia. En Marruecos parece que las chilabas son más espesas, más de color pardo y más de lana. En Argelia las túnicas se emblanquecen y se ensanchan los pantalones, se les da un bombeo fenomenal. En Malí, sin embargo, se estila una especie de camisonos para los hombres, muy vistosos, hechos como de colcha o de forros de colchones de colorines. Según la dignidad del portador, más vuelo y abertura parecen tener las casullas éstas. Hemos dicho que la frontera de Tessalit es algo artificial a unos cien kilómetros del espacio divisorio natural que se pasa sin tener conciencia de ello, por un terreno aparentemente de nadie.

Malí es un país filocomunista, filial de los chinos. Nos enteramos más tarde de que casi todos los coches son de marca rusa. Se emplea mucho un tipo de todoterreno, 'Yax', algo entre el Jeep y el Land Rover, duro y potente. Los tíos son aquí negros, negros. Hay miseria a montones. La gente es inofensiva, aunque pedigüeña. Manadas de chiquillos y grandes acosan al vehículo cuando nos paramos para cualquier cosilla. Las enfermedades de ojos, observa Paco, están a la orden del día. Tallos larguiruchos y flacos. Las mujeres se visten con una túnica ceñida. Parece que aquí nadie hace nada. Lo mismo que en Argelia, aquí sólo viven los fulanos que llevan uniforme. Los demás se arrastran en la podredumbre y en la indigencia más desconsoladora.

Desde Bordj Moktar hasta Gao vivimos una pesadilla intentando encontrar algo medianamente apetecible para comer: Tessalit, nada; Aguelhoc, nada; Anefis, nada; Tabankort, tampoco... Bourem, indicios pero... ¡nada! En Bourem, ya junto al río Níger, el

pueblo entero pareció que nos rodeaba. Las muchachas son bellísimas y erguidas, palmeras apretadas y morenas.

*Agua y barro.* Hace su aparición la plaga del agua. Es muy sencillo: De pronto, como ya dije, se encuentra uno el camino cortado por un charco inmenso de cientos de metros de extensión. En teoría, en los peores casos, habría que esperar varios días hasta que el agua bajase. En los casos normales hay que apearse y acometer una prospección por el lado que se establezca como más conveniente. Lo menos peligroso es meterse por mitad del charco, y así lo hacemos. A veces el agua alcanza hasta el estribo del furgón. Ya nos hemos quedado embarrados cinco veces teniendo que pisar fondos desconocidos, el agua hasta la espinilla, y temiendo que cualquier bicho nos ataque. Si antes era calor seco y arena, ahora es agua, barro y calor húmedo. Cualquiera de las dos cosas es poco recomendable. Por estas latitudes ya hay fieras y animalejos grandes. Hemos visto gacelas, chacales, y un jabalí temeroso y gigantesco; además de una gran cantidad de pajarería y aves: Buitres, tórtolas, otras aves de rapiña diversas, palomas, garzas, acaso ibis... El camino es infernal, plagado de piedras y desniveles. Estamos seguros de que si uno se desviase unos cuantos kilómetros a uno u otro lado de la ruta aparecería una fauna respetable y sorprendente. Algunos mapas pictóricos señalizan el tipo de fauna por este curso medio del Níger. Nuestro destino es Gao. El hambre nos hace correr. En Bourem ya dejé dicho que alcanzamos el Níger. Hoy es día 19. Hay que avanzar. Hay que llegar a Gao. Hay que comer y dormir. La promesa de una ducha, una mesa y una cama nos espolea. No comemos ahora. No hay tiempo más que de avanzar, febriles, ciegos, enloquecidos...

*Atasco.* Y de pronto, ya de noche, a treinta y cinco kilómetros de Gao tan sólo, sufrimos el atasco en arena húmeda más difícil de todo el viaje: La transmisión se ha metido; las ruedas están clavadas; el furgón parece tener toda la panza reposando en la tierra. Dudamos muy firmemente de la justicia y de la proporción divinas. Es demasiado. Gallito y yo nos tumbamos en el suelo y no podemos hacer nada. El moro Salí [que ha preferido venir con nosotros, más

tolerantes, y separarse de los alemanes, más déspotas] se pone cargante y le amenazamos con romperle algo de hierro en la cabeza. Paco hace el trabajo y al final le ayudamos. Su fuerza física y su entusiasmo nos salvan en esta ocasión. Son dos horas de esfuerzos sobrehumanos. Ya no somos hombres sino espectros, por lo menos, yo. Ya no andamos sino que nos dejamos llevar. Estamos vencidos, físicamente destrozados. De verdad que es demasiado. La lucha es cruenta. La naturaleza puede mucho contra una furgoneta y tres hombres inexpertos [el moro aquí no cuenta, sino todo lo contrario, porque lo único que hace es sacarnos de quicio con sus rezos y pamemas]. Si malo es el esfuerzo físico, peor es la tensión continua de temer que el vehículo se pueda quedar tirado de un momento a otro, y esperar ese momento lo mismo que el condenado espera los postreros minutos que le quedan de vida... Después de varios tirones angustiosos, de los que parece depender nuestra integridad, sale el vehículo en marcha...

*Reflexiones.* El remover la arena de debajo del furgón, a oscuras ya, con la débil ayuda de las linternas, alguna ya también sin pila, y usando las manos y las palas, es una labor que no se la deseo ni a mi peor enemigo. Los atascos en la tierra seca, mezcla de arena y piedra, del desierto-desierto y los de esta zona más húmeda en barro o suelo mojado, son los verdaderos enemigos naturales del viaje. La amenaza de picadura de escorpión en el Sahara es, como todas las amenazas, mucho más terrible que el golpe. Sin duda que hay escorpiones y víboras, y sin duda que hay víctimas de unos y otras. Pero la realidad es que sin separarse de la ruta que mal o bien se ofrece y está en cierta manera trazada, es difícil encontrar bichos así. En una de las veces en que precisamente a mí me tocó tirar de pala, ya en territorio maliense, para superar un atasco, apareció un escorpión mansurriente y más bien pequeño, un *butus africanus*, que no puso objeción a que lo segara en tres pedazos mediante dos certeros golpes de pala. La colección de pomadas y ungüentos contra el sol y la sombra, contra los insectos y contra las alergias, contra las improbabilísimas afecciones venéreas, etc. no tienen más uso que el

normal. Nosotros transportábamos dos canastas a rebosar de medicamentos que permitieron a Paco –apercibidos los nativos de su profesión de veterinario– ejercer extensísimamente la medicina intrusista: Regalamos fármacos para los nervios y para el dolor de cabeza; para el estreñimiento y para la diarrea; para una serie diversa de pupas cutáneas, y para el estómago; para la tos y para los ojos; para abrir las ganas de comer y para que un tío dejara de estornudar. Paco ha operado tanto a personas (en Adrar) como a animales (Bordj Moktar); ha impartido y repartido consejos sanitarios; ha distribuido pastillas de cualquier clase y de sabor agradable que no podían perjudicar. Si algo ha estado cubierto con largueza en nuestro viaje, ello ha sido la asistencia sanitaria. Paco se ha encargado, con un celo difícil de igualar, de administrarnos el Resochin anti-palúdico y anti... lo que fuere; y las vitaminas C y A, según las necesidades y el stock. Paco le aplicó una magnífica banderilla cargada de antibióticos a Gallito cuando éste se puso malucho. Paco se ha llevado unos completísimos repertorios-vademecums de medicina de urgencia, y de sintomatología-etilogía, y allá en las quiebras de noche y día; en los ratos perdidos de modorra o de recostamiento contra lo que primero pillara uno, Paco se ha repasado pacientemente las columnas apretadas del recetario y nos ha tranquilizado respecto de cualquier duda o desazón. Yo diría que la mejor forma de ahorrar botiquín es salir en óptimo estado: Pelo al rape si es posible; boca y pies revisados... Paco me ha quemado muchas veces la sangre con sus obstinaciones y sus bestialidades, pero...

*Cerca de Gao.* Sí, se ven las luces. Tiene que ser Gao, por fin. No sabemos qué es mejor, si hacernos ilusiones de que efectivamente aquí acaba una etapa de viaje, recordable durante toda nuestra vida por larga que pueda ser; o hacernos a la idea de que esto no se acaba nunca, y así evitar la dolorosa caída en el desengaño. Por detrás, todavía nos amenaza la sombra moviente del desierto. Desde Adrar hasta Gao no hemos comprado nada de nada; no hemos encontrado una mínima dulzura, un pequeño oasis. Y hemos invertido diez días, diez días inolvidables aun para la memoria más mellada de mi alma.

Diez días en que según mi aspecto y mis cálculos he perdido cerca de diez kilos. Diez días, los más trabajosos de mi vida; los más grandiosos y los más miserables, palabra de honor; los más cercanos a la negación de la condición humana... Más luces, más luces. Es sábado 19 y me parece que llevo viviendo una eternidad.

*Entrada en Gao. Hotel 'Atlantide'*. Es sábado por la noche, ya muy tarde, y hacemos la entrada en Gao, la sexta ciudad de Malí. Penetramos, preguntamos y nos conducen al Hotel 'Atlantide', el mejor de los dos que hay. Oímos música de orquesta y al pasar por la terraza en busca del aparcamiento vemos que hay un baile muy prometedor. ¡Oh, my God, my God... ¡, esto es un cambio. Esto es vibrante y tonificador, pero temo que encierre demasiado lirismo para mi ánimo maltrecho. Sé que voy a tener que dejar pasar esta ráfaga de vida por estar más cerca de la muerte, de la muerte por cansancio y hambre; de la muerte por debilidad y desgana de cosas bellas. La música interpreta en este momento "El manisero" y mi memoria, acuciada y gemebunda, recorre, dolorida, un rosario de nombres, de ciudades y países, y se deja arrastrar, inerme, en un vértigo de abandono. En el patio donde estacionamos vemos los coches de los franceses, excepto el de la pareja joven, que se ha quedado tirado por el camino, y al que nosotros requisamos varias cosas para entregárselas aquí y ahora, y evitar tentaciones de pillaje. Esto es una carrera de etapas en la que unas veces adelantan unos, y otras veces, otros. Sigue la melodía perceptible y mi sangre arrebolada. Nos lanzamos del furgón, arrastramos los bártulos más imprescindibles, cogemos dos habitaciones [Paco-Salí / Gallito y yo] y nos metemos debajo de la ducha. Por allí dentro hay bichos: Un lagarto [de los que se verían frecuentemente por el patio: Grande y verdeamarillento] y algunas cucarachas. Las camas están provistas de unos tupidos mosquiteros, como de tela de saco. Hay un ventilador que gira tontamente. Dejamos abierta la puerta de la habitación para que haga corriente. Hay agua en cantidad y muy poco formalismo: Se coge uno mismo la llave de la habitación y se sirve directamente sin más intermediarios. La barba de cuatro días cae al filo de una segada sin

piedad. Los dientes quedan pulidos. La cabeza se enjabona de champú. Me pongo unos pantalones que se me deslizan limpiamente estómago abajo, y me los apuntalo con las trabillas primero, y con la correa después. Repito que he debido de perder unos diez kilos.

*La cena.* Salimos a cenar y vemos a los franceses. Palabras de parabién y de cortesía. El hambre nuestra es más que física; es un hambre mental, citoplasmática; es un hambre de locura, nunca vista por aquella buena gente que no puede disimular su pasmo. Es un hambre que exige no paladear las cosas sino rellenar los espacios vacíos de la carencia anterior. Hambre, hambre. Pedimos una botella de vino tinto y me siento inseguro, beodo al primer trago. La típica caída en estómago vacío. Nos dan una ensalada de primero y unos trozos de pollo de segundo. Pero nosotros pedimos más, más. Devoramos tres o cuatro cestillos de pan, y al terminar de comer la pera en dulce que nos dan de postre y comprobar que... se ha acabado todo, calculamos la intensidad del hambre nuestra. De buena gana empezaríamos por el primer plato otra vez. Pedimos, suplicamos algo más de comer..., cualquier cosa que se acompañe con pan..., y como algo excepcional [el comedor estaba ya cerrado a esas horas y la cocina no operaba tampoco] nos sacan dos latas de sardinas en aceite que engullimos también. Los franceses, pasmados. Los nativos, mucho más. Creo que la irrupción, el aspecto y la cena de tres españoles hambrientos se recordará durante mucho tiempo en el Hotel 'Atlantide'.

*Desfase.* Algo más repuestos, pasamos a la terraza, en plan de conquistadores. El pícaro de Gallito ha desempolvado una camisa de cuadros, tipo mantel, que es una monada. Los demás hemos venido de trapillo. El pantalón más viejo que tengo en casa está aquí haciendo funciones de traje de luces. Y de Paco, no digamos. Música. Baile. Risas. Contacto con las nativas. Bella, bella y beoda es la vida. Pero el cansancio que parece empapar nuestros huesos, que parece hincarnos hacia dentro, no nos permite ser normales –¡ay!– y nos vamos a la cama como tres párvulos.

*Domingo 20 de julio. Desayuno.* Nos levantamos

hambrientos. El despliegue alimenticio que tienen los franceses en su mesa [café, pan, mantequilla, tostadas, mermelada, etc.] lo consideramos insuficiente, y además de grandes cantidades de agua fría con hielo, pedimos seis huevos fritos, dos para cada uno. Por feliz circunstancia los seis huevos fritos nos los presentan juntos en un solo plato, soldados los unos a los otros y formando una unidad de seis miembros. Ni que decir tiene que cada uno de nosotros tres pidió esa especialidad. Así que podríamos decir que desayunamos bien casi por equivocación. Por hacer nuestras demandas de sal, pan, agua y varios demasiado frecuentes y enérgicas, nos tuvieron que llamar al orden. Con la mentalidad curiosa de esta gente, poco acostumbrada a ver tales especies de energúmenos comilones, hay que operar ladinamente, haciendo la cuenta de la vieja; o sea, pedir cada miembro del grupo su plato por separado, aunque sea idéntico al de los otros. Si se pide una tortilla de seis huevos al mismo tiempo para cada uno de los tres, te traen una tortilla de seis huevos para los tres, y ya es muy difícil hacerles entender otra cosa. Bien aprendimos nosotros esa lección. Una vez más los tres españoles sorprendimos con nuestro apetito desmedido a la ingenua gente aquella que no sabía con qué clase de personajes estaban tratando.

*La ciudad y sus habitantes.* Echamos un vistazo al mercado: No tienen más que chucherías reseca que huelen a antiguo, y a extraño, y a infecto. Alguna tienda vende zumos como de pera, producidos en Malí, a unas treinta pesetas el bote de medio litro; y leche en polvo, importada de la China continental. En Gao empezamos a observar que la gente –mujeres, sobre todo– van chupando, arañando un palito, jugando y hurgándose con él la boca; luego escupen una salivilla larga y duchadora por entre los dientes con la mar de gracia. Lo de limpiarse los dientes así nos llamó la atención. Al principio creímos que se trataba de algo como nuestro palodulce. Luego determinamos que no era más que una varita de raíz de árbol con la que, por lo visto, se deben de fortalecer las encías. Las chavalas sonrían con bastante expansión.

Desde que se levanta uno se ve la calle llena de haraganes y

paseantes morosos. Queremos salir esa misma tarde del domingo, y el moro nos informa de que hay que pasar el tamiz de la Policía-Aduana otra vez. Esto es agotador y abusivo. Vamos allá y se pone feo el asunto porque era domingo por la tarde, ya digo, y el que tiene que firmar o sellar... pues no está. Por preguntar algo, desentierran la cuestión de que no tenemos visado. Les decimos que Malí, que sepamos, no tiene representación diplomática directa con España. Nos dicen que lo podíamos haber gestionado en Argel. Les decimos que se vayan a la... Nos callamos y no pasa la cosa de ahí. El gerente de nuestro hotel, hombre ecuánime y reconocido, nos acompaña a la oficina de estos personajillos y conseguimos que nos hagan caso. Los malienses, igual que los argelinos [y suponemos que todos estos nuevos territorios desglosados e independizados de lo que era la antigua Africa Occidental francesa], están en pañales. Los más sagaces y listillos mantienen un remedo de lo que pudo haber sido la administración anterior colonial. En esta oficina de Policía no tenían impresos confeccionados y había que improvisar un modelo, con los datos de rigor y rutina. Causaba risa ver el celo del funcionario [un negrito enfundado en su uniforme verdeoscuro] porque colocáramos bien los conceptos que se exponían en el documento, sin saltarnos ningún detalle. Había que consignar el nombre de pila del padre y de la madre, amén de otras puerilidades. Baste decir que Paco no se hallaba presente en ese momento y yo le confeccioné el informe inventándome lo que me dio la gana. Esta gente parecen niños con un juguete demasiado nuevo y demasiado complicado que no saben usar todavía: La independencia. Es un típico 'quiero y no puedo'. Y sigue siendo elocuente comprobar que en todas estas comunidades negroides, con o sin autodeterminación, son un puñadito de blancos los que llevan la batuta.

*Nos vamos.* Me lavan una toalla y una camisa en el Hotel. Pago la cuenta de todo. Reponemos agua. Gallito y el moro se enredan en una pequeñísima revisión mecánica de no sé qué, calculada para diez minutos, ¡y se entretienen tres horas y media...! Ya se nos ha medio reventado otra buena parte de jornada. Ya es de noche. De

todas formas hay que salir aunque sea para acampar a pocos kilómetros de Gao. Hasta ahora el furgón ha marchado bien con la única pequeña excepción del gripazo de la dinamo en un banco de arena del Tanezrouft. Nos despedimos de los franceses hasta... Niamey. Nos felicitan por nuestra prisa y nuestra actividad. ¡Adiós, Gao... adiós...!

*Avería.* Es lunes 21 de julio ya. A unos 50 kilómetros de Gao, junto al pueblecito de Gargouna, el furgón deja de responder al acelerador y se para, conducido mansamente por Gallito hacia un lado del camino. Se comienza por lo más sencillo: Mirar los filtros del gas-oil. Nada. Luego, purgar los inyectores a conciencia, por si fuera un fallo en el paso del carburante. Nada. Después se desmontan los conductos de salida del depósito, por si estuvieran sucios. Tampoco. Se vuelven a revisar filtros, inyectores, pasos, tuercas, purgadores, etc. Nada. Todo ello en dos horas de manipulaciones. La avería desde luego es grave, sin saber lo que es. La avería es inoportuna, a sólo 400 kilómetros de Niamey. La mala suerte ha vaciado su alforja sobre nosotros. Ha sido tarde, pero lo suficientemente a tiempo como para hacernos polvo. Seguimos mirando y elucubrando. Sacamos hasta el libro de instrucciones. Nada. La avería es grave; por lo menos, fuera de nuestra competencia. Pasa una hora más: Son ya tres de intentos y búsquedas [de acuerdo: Quedamos en que el tiempo no parece contar en Africa]. Pasa un 'Yax' ruso, con un negrito de conductor, y un par de secuaces más, y detienen su vehículo para echarnos una mano. El dictamen no puede ser peor: ¡¡Parece que es la bomba de inyección del gas-oil lo que está fuera de combate... !! En el típico cambio de impresiones que sigue me puedo enterar de que tal aparato es el mismísimo corazón del coche; que aquí en Africa, dondequiera que pueda encontrarse, cuesta unas veinte mil pesetas..., y lo más importante de todo..., que no llevamos repuesto. El mandria de Gallito, responsable del aspecto técnico del vehículo, ha bajado la guardia... mejor, ha 'pasado' de preocuparse de algo tan esencial, y he aquí el resultado. Nunca en tan poco tiempo se han aprendido tantas cosas relativas a un motor de gas-oil como aprendí yo. La avería

–repito– es grave, sin solución. ¿Qué se hace? Las decisiones, cualquiera que se tome, son costosas y drásticas por perentoria necesidad. Hay que elegir entre llamar a un mecánico de Gao, [supuesto especialista en este tipo de motores], llevarlo al lugar del crimen para que dictamine definitivamente y diga si lo puede arreglar. Nos dice el negrito que su patrón o jefe es un buen mecánico, el único que hay en Gao que entienda de bombas de inyección de gas-oil. Podemos ir uno de nosotros con él hasta Gao, buscarle y volver con él al furgón. Todo esto, dicho así de corrido, ocupa un par de líneas. En mi cabeza, sin embargo, ocupó una cadena de desastres que, aun sin haber todavía ocurrido, poco trabajo me costó anticipar. [Y como comprobará el lector, si tiene algo de paciencia, no me equivoqué ni en una micra]. La otra solución, por la que yo vehementemente abogaba, era abandonar allí mismo el furgón; mejor dicho, quemarlo, aprovechando las cosas de valor que pudiéramos salvar y llevar en las manos; y marcharnos hasta Niamey con algún autobús o camión grande que hiciera la ruta. Pero... ¿Para qué desvariar con planes tan descabellados? –me dicen mis compañeros–. Claro, hombre. Sepamos lo que dice el mecánico de Gao y luego ya veremos. Acordamos que Gallito se vaya con los muchachos estos del ‘Yax’, y que Paco y yo esperemos...

Sólo fueron seis horas justas, hasta las cinco y pico de la tarde, lo que esperamos. Mi cuerpo, sobre la manta mía doblada y debajo del furgón fue escurriéndose del sol penosamente. Y allí, teniendo por cielo las tripas metálicas de nuestro Rocinante, estudié concienzudamente los mecanismos de aquel armazón de chapa y hierro que nos había transportado por rutas tan singulares. Seis horas de espera sin tener nada que hacer, más que contemplar cómo la maza del sol le quiere a uno asestar el golpe de gracia; seis horas pendientes de la pura casualidad; de que los astros o el imprevisible azar le puedan a uno hacer una jugarreta y hundirle en una situación sin tiempo y sin horizonte; seis horas en que no se puede perpetrar nada más frívolo que llamar al tiempo más aprisa, y pasar a través de él, y transportarse uno mismo al futuro, sin dejar huella en el presente. En

seis horas de espera en el corazón de Africa, solo y desconocido, con recursos aleatorios, os digo, amigos míos, que hay tiempo de volverse uno loco.

Viene Gallito con el chófer de antes y su patrón. Se ponen manos a la obra y el diagnóstico definitivo es que la bomba de inyección del gasoil se ha gripado, se ha roto, desreglado, o lo que sea –¿Qué más da?– y ha quedado inservible. Por lo visto la falta total de engrase ha acarreado el desastre. ¿La impericia consabida de quienes hicieron la revisión de nuestro vehículo en Madrid; los elementos drásticos que pudieron aflojar uno de los tornillos del bloque de la bomba y por allí pudiera haberse ido el aceite, o la falta de cuidado nuestro al no ocurrírsele a Gallito mirar tan vital parte? ¡Bah!, ¿Qué más da? Aquello parecía no haber olido el aceite desde nunca, desde que el furgón salió de la nave de fabricación. Seco, seco, seco. Gripazo de los que hacen historia. Y todo por no engrasar o lubricar a tiempo un chisme más, con la cantidad de tonterías que se hicieron.

Estamos como estábamos hace siete horas, sólo que sin ese tiempo precioso y sin –¡ojo, ténganse todos!– 8.400 (OCHO MIL CUATROCIENTAS) pesetas, precio en el que Gallito se ha avenido a ajustar el trabajo de un mascachapas por acercarse al lugar del siniestro y diagnosticar en media hora lo que estaba ya bien sabido: Que el furgón acababa de terminar para siempre...

Aquí podría dar por finiquitada la narración de nuestro viaje original, el que habíamos comenzado conforme a unas directrices hacía 21 días en Torrejón de Ardoz. Lo que sigue es... otra cosa, una de las muchas cosas que pueden ocurrir en Africa donde las coordenadas espacio-temporales tienen muy poco que ver con el valor que nosotros, los europeos, les asignábamos en nuestros respectivos lugares de procedencia. Una vez más, siempre una vez más fui débil, complaciente, rayano en la ascesis de un desprendimiento y de una capacidad de cesión y renuncia más propio de lo angélico que de lo humano. Cronista, al fin, de la aventura me preparé a que mi relato incorporara experiencias imposibles de concebir de no haber tomado los acontecimientos un cariz tan distinto. Mi única compensación es la

que yo quisiera atribuirme por relatar la secuencia disparatada e interesante [otro viaje, ya lo dije] de sucesos. La diferencia fáctica y contable radicaría entre despilfarrar insensatamente un dineral intentando devolver la vida a un cadáver de furgón con la muy problemática virtualidad de venderlo en Niamey; y olvidarnos del furgón, emplear todo nuestro dinero en hacer turismo con los nativos mientras llegábamos a Niamey y una vez allí, descansar en un buen Hotel y pagarnos los pasajes aéreos de regreso, ya que *en cualquier caso*, obsérvese que lo subrayo, *en cualquier caso*, ¡¡no había tiempo ya de nada más!! [Todo lo cual, quiero decir, el cúmulo de irregularidades generadas por la reparación y posterior venta del furgón, los abultados desajustes entre gastos de reparación e ingresos como resultado de dicha venta... desembocaron en un enconado extrañamiento entre nosotros, mantenido hasta el día de la fecha, substanciado y apuntalado por un divertido, astracanadesco y costoso pleito que duró... ¡sólo trece años!]. Bien. Eso fue ni más ni menos lo que tuvo su primer instante de gestación en aquella obligación de decidirse entre ponernos a merced de tanto negro gandul e inescrupuloso por querer reparar lo irreparable, o habernos dejado allí en Africa, por las buenas y en primera instancia, lo que de todas formas tuvimos que dejarnos por las malas a trancas y a barrancas.

*De mal en peor.* Las peripecias que siguen son, más que espeluznantes, graciosas de referir. No se concibe cómo se puede caer en tantas manos miserables e incompetentes en cuestión de un par de días. Bien apercebidos estábamos de que esta gente tiene montado un como anti-turismo que consiste en lanzarse como chacales de rapiña sobre los coches escacharrados de los viajeros, los cuales tienen que abandonarlos y salir pitando a casa en el primer avión disponible. No todo el mundo va al desierto en tanque, ni en vehículos blindados o preparados para un trato a base de golpes, choques, baches, atascos y molinillos constantes de arena que taladran la chapa y esmerilan hasta el corazón del que va dentro. Sí, hay una especie de leyenda sobre los turistas aventureros que se ven forzados a abandonar todo por cuatro perras gordas y se largan en avión. Y uno cuenta ya con que esto

ocurra; es algo con cierta tradición y en vías de quedar fijado en normas de costumbre...

Y ésa es la serie de martingalas que nos expone el mecánico. Desde ofrecerse a arreglar (¿?) el coche por una barbaridad de dinero, [cosa muy improbable y, además, en un plazo tendiendo a infinito], a comprárnoslo por menos del valor de una botella de butano de las que llevamos, hay una colección de proposiciones inaceptables que nosotros desestimamos cortésmente. ¿Qué hacer? Estamos como antes, sólo que con siete horas y media menos también; amén de un empacho de bellaquerías marrulleras..., y más hambre, y más cansancio... y peor humor. La elección se hace ahora aún más heroica: O dejar el furgón allí mismo sin más contemplaciones y quemarlo –visto el dictamen del técnico y el costo de esa modestísima indagación de diagnóstico– o llegar a toda costa a Niamey con el furgón, como sea. Yo me pronuncio entusiásticamente por lo primero. Tengo suficiente conocimiento e imaginación para sospechar lo que nos espera, lo que esos 400 kilómetros últimos van a suponer. Los trucos de Africa son habas contadas: Se trata de no caer en uno de ellos, y si se ha caído, no repetir. Mi corta experiencia me ha enseñado que a los negros hay que tratarlos con energía y determinación desde un principio. Son una raza blanda con poca confianza en sí mismos, por muchos Estados nuevos que vayan surgiendo y muchas mandangas de índole parecida.

*Pesadilla.* A veces creo que las pesadillas tienen un cuerpo, consistente en varios niveles reversibles, descapotables y reemplazables, y que van dando forma a la conciencia de cada momento que le toca a uno soportar. Y esto va tomando envergadura de pesadilla. Luchamos contra el tiempo y contra la horrible estulticia de una gente a la que habría que engañar para no ser engañados. Su pereza es ejemplar. Prometen y se les ablanda la promesa a mitad del cumplimiento.

*Decisión.* ¿Qué hacer? Descartada la sugerencia de que el mecánico se lleve la bomba a Niamey, la arregle allí [o no la arregle], y nos la traiga, me allano [mediante todo el proceso espiritual

intensísimo de renuncia que dejé esbozado anteriormente]..., acepto, digo, el parecer de Paco y de Gallito de llegar con el furgón a Niamey, arreglarlo allí, venderlo allí, y regresar en avión. Me aplico a dicho plan y no doy cabida a más maldiciones sino a sacar adelante nuestro propósito. Hay que volver todos a Gao para regresar al día siguiente. Concertamos el precio del remolque: Una barbaridad. Modo de remolcarlo: Con el mismo todoterreno 'Yax', propiedad, al parecer, del mecánico, y una vez puesto a punto, y una vez que nos hagamos en Gao con una barra de remolque, con enganche atrás y delante. Tenemos nuestras dudas sobre la potencia del jeep ruso. Pero ése es el plan y hay que seguirlo. Dejamos el furgón junto a un caserío y damos una propina a un buen hombre por su custodia. Esa misma noche, a eso de las 21:30 pm. hacemos la segunda entrada en Gao, esta vez desde el sur. En el 'Atlantide' ya nos conocen. Los franceses nos ven llegar y se compadecen...

*Salimos de nuevo de Gao.* Y llega el día siguiente 22 de julio, martes. Hemos quedado con Mr. Bocoum [ahora y no antes nos enteramos del nombre de este personajillo, mecánico, transportista y negociante] para satisfacerle la mitad del precio en el Banco. La otra mitad se pagaría a la llegada, en Niamey. Y quedamos también en que a las 10:00 am. se sale [digamos para orientación del lector que el moro Salí se ha separado de nosotros en el lugar de la avería; tiene prisa, quiere hacer el recorrido en algún camión de transporte, y a nosotros nos parece bien, sobre todo porque a última hora se ha estado poniendo insoportable. Días más tarde nos lo encontraríamos en Niamey].

A las 10:00 am. no se sale, ni a las 11:00 am. Se sale a las 12:30 am. después de tener que ir a buscar a Mr. Bocoum y de acudir a su chófer y colaborador, el negrito sonriente e informal. Cargamos con el tubo-barra de remolque, recogemos las cosas del hotel y salimos de Gao por vez definitiva.

*De camino.* En el 'Yax' vamos cinco: El chófer y yo, delante; Gallito, Paco y un ayudante, detrás, sujetando entre todos como podemos la barra enorme. El piso sigue accidentado: Agua y arena

húmeda. El *chauffeur* es un cazurro indolente, y bastante bruto, además; sin tacto para la conducción. Lleva el vehículo de mala manera y se para donde quiere, en villorrios o chozas, a saludar a sus amistades: Una de ellas, mujer de buen talle y sonrisa fresca, nos da agua turbia en una especie de palangana de colorines. Beben todos menos yo. Y llegamos donde se ha quedado el furgón. El enganche de la barra es laborioso. Decidimos hacerlo con un buen manajo de cuerda al eje delantero del furgón, que sostiene las ruedas. No parece haber sitio más sólido.

*Remolcados.* Arrancamos. Me pongo al volante y otra lucha de nervios comienza: Cada vez que el botarate del negrito acelera, el tirón violentísimo que pega amenaza con desgajar las entradas del coche. El remolcar así un vehículo es muy difícil. Al paso que vamos, y sin que ocurra nada anormal, vamos a tardar cuatro días por lo menos en salvar esos últimos 400 kilómetros... ¡Pero, no es posible! Nos hemos vuelto a atascar en un repecho de arena. Ahora se puede ver que el 'jeep' no marcha bien. Parece ir con tres cilindros solamente. Probamos remolcar el furgón a distancia, usando nuestra cuerda. La partimos repetidas veces. Este atasco nos dura dos horas. Vamos de mal en peor. La gente de las casuchas de por allí nos ayuda, así, como para matar el aburrimiento... y sólo para pedirnos dinero a nosotros. Se nos pide dinero incansablemente. No importa haber pagado ya; no importa haber contratado un servicio completo. La técnica es pedir, pedir... Ahora bien ante una negativa rotunda esta gente no insiste. Llevamos una media de siete por hora desde el momento de instalar el remolque. El chófer no quiere trabajar. Se ha tomado este viaje como de vacaciones. Además, las recomendaciones o instancias de su jefe y patrón poco pesan ahora a distancia. Y ya tenemos una evidencia más: La de que así remolcados no llegaremos *nunca* a Niamey, porque es imposible de todo punto. Y ya nos ha costado media fortuna el servicio de transporte. La otra media habrá de pagarse en Niamey. Nuestras provisiones se han agotado. Queda un poco de café y de leche condensada, amén de algunos botes de algo que no nos gusta a nadie. El furgón está penoso: Los bidones de gas-

oil que ahora van dentro, debajo de la cama, se han derramado algo y se ha puesto el suelo perdido. El aspecto interior de lo que hace unos días era primoroso, ahora es deplorable. Somos un ejército en retirada, que tenemos necesariamente que dar grima. [A la vista de lo que va ocurriendo en orquestación siempre creciente, quiero decir, en progresión geométrica de calamidades, valórese ahora aun por el más reticente mi criterio de habernos deshecho del furgón en el momento de la avería..., y se comprobará la rigurosa sensatez de dicha solución]. Pero hemos llegado a Ansongo y el negrito dice que no sigue más. Hay que hacer noche allí y ver qué nos trae el nuevo día.

*Ansongo, miércoles 23.* Estamos en la plazuela de Ansongo, un pueblo entre Gao y la frontera con Níger. La gente ha estado arremolinada alrededor de nosotros durante horas, pidiendo cigarrillos y chucherías. Si saca uno el bolígrafo, eso te piden. Si un bote de lo que sea, pues eso también. El río Níger está a la derecha, con poco caudal, con entradas de agua estancada y pútrida donde los pescadores y zascandiles hurgan y merodean. Lo mejor es no empezar a hablar con los mirones, o está uno perdido. Hay que hacerse a la idea de esperar indefinidamente, pues el ‘jeep’ ruso no va bien. Se ha comprobado que falla un cilindro. Y nosotros, allí, en mitad del pueblo, acampados en la plazuela, como máxima atracción. Nuestro chófer es un pinta. Propaga el bulo de que más adelante hay una inundación que hace el camino impracticable. Le decimos que es mejor esperar a orillas del charco, si es que es tan grande, que esperar a lo lejos... Definitivamente nos ha torpedeado...

Nos recomiendan un sitio para comer: Uno de esos ‘campaments’ o barracón pelado donde un buen hombre, cojo para más señas, prepara como puede un plato de algo... indefinido que es en lo que consiste cada comida. El agua se sigue bebiendo en palanganas y está turbia: Parece sacada de las partes menos infectas del río. Si la beben todos –pensamos– ¿por qué no nosotros? Un mecánico senegalés, enterado de nuestra existencia, aparece en escena y se ofrece para arreglar nuestra bomba de gas-oil. Le dejamos intentar y pese a sus buenos propósitos y a sus habilidades casi, casi

taumatúrgicas en función de un juego de herramientas rústico que despliega allí, como si se tratara de arreglar un enchufe de luz casero..., el furgón no anda. Parece estar tocado de una enfermedad incurable.

Y sin embargo, Ansongo se nos hace irresistiblemente simpático. De todos los sitios, es donde con más corazón hemos congeniado. El esperpento del furgón va siendo ya normal allí. A todas horas tenemos el mismo 'show': Corrillos de chavales y de grandes que se agolpan para vernos efectuar las más consuetudinarias de las funciones. La cocina de gas butano les vuelve locos. Vernos lavar y cepillar los dientes les debe de producir pasmo, a tenor de cómo nos miran. Y no digamos el afeitarnos. Las necesidades gordas se hacen junto al río. Paco, por una propina pequeña, consigue que le den un paseo en una de esas barcas con forma de pez.

*Vida social.* Las chicas son francamente guapas. Iniciamos un escaqueo en las cortesías más corrientes y aprendemos frases de galanteo. En una simple reproducción fonética, de grafía aproximada, "I neni ga bori" quiere decir "la señorita es bella"; "In ga bori" = "Tú eres bonita"; y "Ai ga bani" = "Te quiero". El jugueteo con estas frases es encantador. Las jovencitas lo aceptan con evidente halago. En conversaciones ulteriores con algunos muchachos algo instruidos de la localidad, nos informan que es fácil y, sobre todo, aconsejable, emparejarse con una de aquellas chicas. Lo que a nosotros nos puede parecer chocante, allí tiene un fondo honrado, un substrato perfectamente moral. Por sorprendente que suene, entre esta gente no prospera el encuentro frívolo, el ligue repentino, o la conquista volandera. Aventura o no, con proyectos más o menos duraderos, el acuerdo entre hombre y mujer se legaliza mediante el pago por el hombre de una cantidad equivalente a unas 2.800 pesetas al padre de la chica quien, a su vez, informa a una especie de oficina administrativa local. Y ya está. Por lo visto puede uno llevarse a la mujer a donde sea, con tal de alimentarla convenientemente: Además de lo normal de allí, el arroz, un día a la semana debe comer carne o pescado. No se me escapa que en nuestro caso tal vez estas historias

vinieran con la consabida deformación, con la inevitable dosis de pintoresquismo con que se embalan las cosas que van de nativo a turista. Pero nos aseguraban que todo ello era verdad: Que si uno dejaba a la muchacha esperando descendencia, no había problemas de honor con la familia, ya que si el resultado era una niña, el padre –ahora, abuelo– podría sacar partido económico con una nueva gestión matrimonial en su día. Tal como me lo contaron yo lo cuento. De veras que Paco y, sobre todo, yo nos hubiéramos emparejado por esta ley singular, de haber tenido más tiempo y mejor estado de ánimo...

*Personajes inolvidables.* Ansongo nos cayó simpático. Los niños de Malí, además, juegan mucho. En la plazuela ésta pudimos ver a la chavalería correteando con aritos como los que se estilaban aquí en España hace veinticinco años, después de la guerra; carricoches hechos de alambre; juguetes compuestos de una varita y de la tapa de un bote, clavada a la punta de la varita y sirviendo de rueda. Entre mis amiguitos imperecederos están: Bela, guapo y despierto chaval de 9 años que viajaba solo desde Tomboctú para ver a su Padre en Níger, y se pagaba los gastos con el premio que le habían dado en la escuela. Otro niño, al que llamaban Buba, con ojos salidos y tristísimos, nadando en un raído delantal: No conseguí hacerle decir una palabra. Otro al que nada más verle le llamé “curita al revés” por tener la cabeza pelada como una bombilla menos una matita de pelo en la coronilla: Parecía un conejito sonriente y corretón. Otros personajes dignos de memoria: El ayudante mudo del mecánico senegalés que, cuando estaban trabajando en el furgón, ahuyentaba a los mirones pesados rociándoles con gas-oil. El viejo de la barba de chivo que recibió por las buenas un chaparrón de dicho gas-oil de manos del mudo. El nervioso aquél, de cara de pájaro, que no dejaba de mascar el palito, dando un juego prodigioso a ambas encías y escupiendo a destajo. Y sobre todo, oh, sí, sobre todo, aquella hermosísima muchacha a quien encontré por la noche cuando ella venía de acarrear agua del Níger. ¿Hermosísima muchacha? ¡Ah, no; eso no basta! El ébano de su piel resaltando aún sobre lo bruno de la noche; el

relámpago albo de sus dientes sobre el cordobán endrino de sus facciones. Acaso se tratara de alguna de aquellas criaturas a las que nosotros, desde el cuartel general que constituía nuestro furgón en el centro de la pequeña plazoleta o explanada del pueblo, contemplábamos llevar a cabo sus menesteres de lavado y cualquier otra función doméstica de que también pudiera tratarse, a la orilla del Níger. A esa distancia de unos 200 o 300 metros lo más reseñable para nuestra captación lo constituían los tazones de mármol negro de los pechos que el torso desnudo de las jóvenes había liberado de su rústico corpiño o pañuelo. Sí, acaso se tratara de alguna de dichas criaturas... Aquella noche de descansado desvelo Gallito y Paco dormían y yo me había adentrado hacia el centro del pueblo, acompañándome de ingravidas musitaciones. Lo único perceptible tal vez fueran una o dos lamparillas, velas o puntos de luz de cualquier posible modalidad, hasta allí donde la curiosidad indolente de mi vista perforaba en el ámbito... Oía a pigmentación húmeda, a algún tipo de especia, quizá característica tan sólo en la imaginación mía..., oía a África. Cuando quise apercibirme, el bulto que se me acercaba cobró la forma concreta a la que me he referido unos párrafos más arriba... Traía una vasija de agua en la cabeza, y el busto cubierto... Nos miramos. Ella se detuvo y puso el cántaro en el suelo al tiempo que se quitaba el casquete de bejucos o trapos que le servía de amortiguación del peso de la jícara... Nos miramos. Todo en mí era conciliador, y aun así aventuré todavía más si cabe un ademán de aquiescencia, de urbanidad... de un... como diciendo “¿puedo ayudarte a transportar el agua?”...

-“Je m'appelle Tomás” –le dije– ¿et vous?”

-“Je m'appelle Wapu”... Sonrió, se colocó de nuevo la protección y el cántaro en la cabeza y continuó su marcha hasta que su negritud desapareció en la oscuridad succionante de la noche de Ansongo...

*Jueves 24. Sorpresa.* Inesperadamente aparece Mr. Bocoum. Se ha enterado de nuestro encallamiento y viene con un camión Citroen para echar nuestro vehículo encima y así acabar el transporte.

Suponemos que no quiere perderse la mitad de los pingües beneficios que le supone el trato que ha hecho con nosotros. A todas luces, le interesa no dejarnos tirados. El pueblo entero empuja el furgón hasta el escalón donde la caja del Citroen se ha quedado a ras de tierra. Los preparativos en la plaza de Ansongo constituyen una representación circense de más de dos horas. Cuerdas. Calzos. Neumáticos, etc. dejan fijado nuestro vehículo a la caja del camión. Nosotros tenemos que ir dentro, enjaulados. Faltan 350 kilómetros hasta Niamey. Salimos ese mismo día, jueves 24, con la intención de rodar durante toda la noche. ¿Llegaremos, por fin, de una vez por todas, a Niamey? Decimos adiós a Ansongo con cierta melancolía. El camión se pone en marcha...

*Hacia Niamey.* El camión se pone en marcha. Ya no se piensa más que en llegar, como sea; arreglar el furgón, venderlo, y volvernos a casa por vía aérea. Parecemos tres Quijotes enjaulados. Rodamos de noche para adelantar. Pero vamos lentos. Los meneos son espantosos. Allá arriba cada bache adquiere un efecto multiplicador y nos alcanza con una fuerza demoledora. No nos podemos mantener en la horizontal, tumbados, porque los golpazos son continuos y nos vemos zarandeados con violencia contra las paredes. En uno de los baches, el más destructor de todos los cientos de ellos que hemos cogido desde la salida de Torrejón, Gallito sube, cae encima de mí, rebota y se vuelve a aplastar contra mi cuerpo. Mis costillas se quejan de rotura o de desajuste. Cruzamos la frontera entre Malí y Níger por Labbezanga. Gente hospitalaria y sencilla. El color se hace todavía más negro.

Es viernes 25 y estamos a poco más de 200 kilómetros del final. Niamey es, efectivamente, nuestro final, sin fantasías. En muchísima geografía a la redonda es el único punto desde donde se puede operar y comunicarse; donde podremos reparar la bomba del coche; donde encontraremos descanso, comida y un buen hotel. También nos comunicaremos con nuestras casas, arreglaremos la maraña de cuentas que tenemos y cogeremos el primer avión viable.

*Broma.* A pocos kilómetros de Niamey nos gastan una broma, nueva en el inventario. La carretera está impedida por un poste sostenido por un par de bidones cochambrosos a uno y otro lado, y

que cruzan el camino completamente. Nos dice el que parece ser el cacique que no se puede pasar porque más adelante hay una inundación; pero que por otra parte, es cosa de poca importancia, ya que si le damos dinero –nos sigue explicando– el asunto cambia y el agua desaparece. Los ánimos no estaban para humoradas y no nos prestamos a bromas. Pasamos sin más y apuntamos la anécdota, la última, tal vez, que merezca ese nombre.

*Anticipaciones.* Hay que llegar. Hay que llegar como sea. Por detrás nos amenaza la memoria de lo que hemos ido dejando. La sombra del desierto y de la miseria todavía se cierne sobre nosotros. Ya hasta nos va faltando el tiempo para reparar en pequeñeces. Una pequeña confrontación de opiniones hace que Gallito, enfurecido, lance por la ventanilla nuestras tres palanganas. Yo le animo a que haga lo mismo con otras muchas cosas: De todas formas en esta tierra habrán de quedarse; cuanto más tarde se haga, más melancolía sentiremos. Sí, yo le animo a Gallito a que siga soltando lastre: Así sentiremos menos pena cuando haya que dejarlo todo...

Estamos llegando a Niamey. Es viernes 25, por la noche. Se ha estipulado con Mr. Bocoum que se nos dejará en la casa Mercedes, o en el establecimiento que represente a dicha marca. No sabemos seguro si hay casa oficial para un vehículo de estas características, o si habrá que llevarlo a un taller de repuestos generales denominado “Manutención africana”. Es Niamey. Allí se ve el aeropuerto. El calor es húmedo, insufrible. Las mujeres que hemos visto no son tan atractivas como las de Malí. Los precios, algo más caros que en Malí también...

*Arribo.* Es de noche. El camión, después de varias vueltas y revueltas se detiene en un callejón inmundo. No nos da tiempo a nada. Cuando salimos comprobamos que el gerente o propietario del camión, y el chófer se han ido a dormir. Pretenden que nosotros nos quedemos allí, encerrados en el furgón, y mañana será otro día... Nos cuenta esto un rapazuelo que también venía con nosotros en calidad de ayudante. Poco faltó para que el chaval pagase los vidrios rotos. A golpazos destemplados y exigentes despertamos al chófer de una casa

colindante, y le hicimos dirigimos a un hotel, maldiciendo la bellaquería suya y la de su patrón. La única baza que nos quedaba en las manos era hasta que el furgón no se hallara descargado en el taller de reparación que fuere no se pagaría un céntimo más. Tal fue lo pactado por escrito con Mr. Bocoum y a ello nos ateníamos...

*Niamey.* Instalados en hoteles –Gallito y Paco, prefirieron el Rivoli; yo me acomodé en el Grand– vemos amanecer el nuevo día. Niamey es una capitalita de unos 55.000 habitantes. Perdura el sello colonial francés. Hay mucho coche y muchos taxis. En cuanto sale uno del centro se encuentra con la pobredumbre y con las calles enfangadas y fétidas. Hay una minoría de algo más de 5.000 europeos, el 10% por tanto, que son los que parten el bacalao. Los negros ni pinchan ni cortan: Vagos, indolentes, pedigüños. Aquí le llaman a uno “patrón” o “chef” por cualquier cosa. Aquí le piden a uno un ‘cadeau’, un regalito, por cualquier cosa; aquí le ofrecen a uno con insistencia mortificante las más variadas chucherías; aquí es imprescindible regatear. Los varones de aquí hacen las micciones en cuclillas y en mitad de la calle, valiéndose del vuelo de sus vestidos como pantalla. La cosa es graciosísima para nosotros y perfectamente seria para ellos.

*El taller.* Aprovechamos que es sábado por la mañana para dejar encauzada la cosa técnica. Llegamos a la casa Mercedes, descargamos el furgón, pagamos la otra mitad convenida, y nos despedimos de nuestros transportistas. Hasta el lunes no se puede hacer nada porque esta gente cierra ya.

*El Hotel.* El dueño del Hotel Rivoli, Alfredo Rodríguez, es descendiente de españoles, y nos ofrece una habitación con tres camas. Me traslado del Grand al Rivoli el domingo por la tarde y ya estamos los tres juntos. Nos dedicamos a comer y a descansar. La carne es exquisita y el aire acondicionado de la habitación hace maravillas. A la calle no se puede salir: Hay una humedad tórrida que empapa.

*Más sobre el taller.* El lunes por la mañana vamos a la casa Mercedes y no saben por dónde se andan. En cuatro días que dura el

arreglo he sido testigo de los más incompetentes manejos. He visto desmontar y volver a montar la bomba varias veces sin saber para qué. En cada trasiego las manos pecadoras del negrazo mecánico se cargan alguna otra cosa más. La directiva no parece hacer caso de ello. Hay un mecánico alemán que coordina los servicios, pero que no puede ocuparse de todo. Cambiaríamos de taller, pensamos, pero no de calamidad. Si alguna vez nos urge todo es ahora. Hay que vender el furgón, pagar la cuenta del arreglo, la del Hotel y los pasajes del avión, y el tiempo se echa encima. Hay que contar el dinero con cuidado. Como compensación a este desarreglo de tiempo y de economía, Alfredo Rodríguez, dueño del Rivoli, nos ayuda y nos gestiona, nos aconseja y nos relaciona con posibles compradores del vehículo. Conocemos al matrimonio de españoles José Rivero y señora, excelentes amigos. Y hay que seguir esperando. Los de la Mercedes no saben por dónde se andan. Estamos constantemente vigilando las operaciones y es cosa de ponerse malo: Los mecánicos no saben apretar una tuerca sin comerse el borde. Unos y otros se suben en los coches flamantes que están allí depositados y los someten a arrancadas y frenazos bruscos sin ton ni son. Y a nosotros nos están haciendo polvo. Sin estar el furgón en marcha no se puede vender ni como chatarra...

Por fin el jueves 31 de julio, después de una serie de episodios tristísimos que no hacen más que resaltar la inutilidad y la bandolería de este taller oficial de reparación, el furgón parece que anda. Por cuatro días y medio de montar y desmontar la misma cosa nos cobran 21.000 (VEINTIUNA MIL) pesetas. Resulta que las horas de trabajo invertido es lo que cuenta. Resulta que los ratitos del mecánico europeo se deben cotizar a dos mil pesetas o más. Las horas de los negros se cotizan mucho menos pero están compensadas per tener derecho al destrozo más impune. Esto es triste y muy en consonancia con lo que pasa en algunos talleres españoles. Una cosa es Alemania, donde todos hemos estado y donde los mecánicos saben lo que se hacen. Pero fuera de allí, las agencias o representaciones de las marcas, por muy prestigiosas que sean, son un completo desastre.

*De venta.* Ya tenemos un cliente para el furgón. El así llamado “Ministro de la Ocasión” se interesa por nuestro vehículo y se ofrece, como intermediario, a venderlo él. O sea, que nosotros concertamos con él un precio y él se encarga de venderlo. Mejor dicho, que él nos da el dinero que concertamos con él y nos desentendemos de si él pueda o no ganarse lo que sea. Es un hombre pintoresco éste. En mitad de un paseo o de una gestión, con la naturalidad propia de quien está en su casa, se agacha, se queda así seriecito un minuto y se levanta tan campante. En el suelo queda un charquito. Da la mano muy ceremoniosamente y habla con acento persuasivo... ¿Papeles? Es verdad que el vehículo está a nombre de... uno, y que lo vende... otro. Es verdad que estas cosas en algunos sitios... ¡Venga, hombre, aquí no tiene importancia nada de eso! [Gallito y Paco saldrían un par de días después que yo de Niamey. Se acordó que yo me marchara y que ellos rematasen la operación de venta. Así pues, estas últimas líneas de relato de cosas acaecidas *en* Africa tienen un más intenso, un más inevitable signo vivencial de mi primera persona]

*Despedida.* Hay que recoger velas y largarse a casa. Hay el tiempo justo de despedirse de los buenos amigos, hacer un recuento espiritual de urgencia y marcharse. La paella que Alfredo y su esposa nos dieron el jueves 31 de julio en su Hotel, en compañía de los Rivero y del caballero alemán Hubert puso broche de oro a las actividades sociales. Todo huele ya a final. Y es verdad que todas las despedidas nos llevan a una muerte.

*Viernes 1 de Agosto.* Esto se ha terminado. Del Hotel Rivoli me lleva al aeropuerto un coche de las líneas aéreas Sabena. Me voy sin pena ni gloria. En el aeropuerto estoy como despegado ya de todo lo anterior. Ahora queda contarlo, el placer divinal de contarlo. El aeropuerto es poroso: Sin aglomeraciones y muy poco etiquetero. Sólo está la gente de mi vuelo y basta. Nunca parece haber más de un avión al mismo tiempo. Espacio por todas partes. La sala de espera es un patio de guijarros, al aire libre, con bancos de madera a la sombra. Vamos andando al avión. Mi pinta no es del todo recomendable: Una

camisa, la misma que ha atravesado el Sahara; dos sombreros [para mis sobrinos] puestos, encajados, el uno en el otro; y bultos heterogéneos en las manos: Flechas o lanzas cortas, la cartera de piel de caballo... El pantalón, digno, holgado; zapatos sin calcetines. Por la ventanilla del avión miro el desierto. En tres horas y media salvo por aire lo que por tierra me ha costado casi treinta días. Escribo un poema –siempre el penúltimo– al motivo eterno de la azafata.

## Gesto

*(Al retrato en cartulina, para folleto  
publicitario, de una azafata de SABENA)*

No, no me alces el secreto de ese corazón tuyo, renovándose.

Mejor es una bocanada de silencio adensado que  
una delación dolorosa.

No me digas, no, el secreto de ese tu corazón múltiple que,  
como la cotización internacional, recorre todas las  
subidas y bajadas.

Si acaso, quédate ahí en el retrato éste que  
compartes con tantas mujeres:

Un toque de la boina, ladeándola. Sobre las  
sienes, tal vez, cubriendo el redondel de las orejas,  
alguna galopada más de oro, ese oro real o  
confiscado.

Y cuando el vaho del trópico haya empapado  
tus blusas que, celosas, guardaban la etiqueta de casa;  
y el olor de las cosas que atraviesas vaya  
creando un banco de sonrisas iguales en tu alma;  
y la rutina de los sonidos nasales (unas veces) y  
también palatales, dulcísimos o ásperos,  
hayan formado el cauce propicio en tu garganta  
y en tus dientes...,  
entonces...

No, no me descubras ese secreto de tu corazón

recreándose. Quédate ahí, mejor, en el retrato:  
- cuello azul abrochado, blusa azul asomante, y esos flecos  
del oro que antes dije que se peinan al viento de  
tu diverso mundo.

*Niamey-Madrid, a bordo de un avión de SABENA  
1 de agosto, 1969*

Un taxi me lleva desde Barajas hasta la puerta de mi casa en Alcalá de Henares...

El 11 de agosto el diario madrileño *Pueblo* completaba el compromiso que tan generosamente por su parte había adquirido con nosotros y publicaba, también en una estupenda página entera, el reportaje “El Sahara vencido” de la pluma rigurosa y ágil de Manuel E. Marlasca. Destaco tan sólo las cabeceras o epígrafes en letra grande: “Los tres madrileños finalizaron su aventura”. “Atravesaron el desierto, hasta Niamey, por la tierra de la sed y del terror”. “Paco y Tomás estuvieron a punto de casarse por... 2.800 pesetas”. Se incluyen tres fotos: Una, el furgón a la entrada de la casa Mercedes de Niamey, y este pie: “Los tres aventureros, junto a dos mecánicos, al final de la aventura”. Otra, una maliense y yo, cogidos de la mano, en Gao, y que reza: “Tomás estuvo a punto de casarse con una nativa por 2.800 pesetas. Ya en Madrid diría que la morena estaba muy bien”. Bueno, no es del todo cierto, ya que nuestros conatos de galanteo y nuestras prospecciones sobre el tema del casorio se nos hicieron aparentes durante el día y medio de espera y de quietud casi absoluta que tuvimos que experimentar en Ansongo. La chica de la foto es, en efecto, un tronco precioso y sonriente de ébano, calzando sandalias, casi tan alta como yo, tocada con un alifafe o turbante en la cabeza hecho de idéntica tela a la de su falda, de grandes lunares granates y blancos. El jubón o blusa, sostenida con intuitiva negligencia femenina por sólo uno de los dos tirantes sobre sus hombros, y colgando por fuera de la saya o falda antedicha..., la blusa, digo, como un velamen impulsado y henchido desde dentro por la doble prominencia de unos senos opulentísimos. Para desgracia mía, ninguna otra incumbencia más que lo improvisado y espontáneo de la

foto me unía a este espléndido ejemplar de nativa de Gao. En fin, la tercera foto, la de la paella en Niamey, tiene por leyenda: “La aventura terminó felizmente: En una mesa del Hotel Rivoli dan cuenta de una succulenta paella con la que les obsequió el dueño del Hotel”. Muy veraz. Ya quedó más arriba reflejado nuestro reconocimiento y gratitud por el magnífico proceder de Alfredo Rodríguez.

En términos de “abstract” profesional, la síntesis o resumen último que yo me atrevería a rescatar de nuestro viaje sería más o menos éste: “*Madrid (España) - Niamey (Níger)*. Unos 5.000 kilómetros de recorrido total, de los cuales 1.500 de carretera normal; 500 de carretera mala; y cerca de 3.000 sobre tierra desértica, enfangada, pedregosa, sin un solo metro de asfalto. Todo ello a través de cinco países: España, Marruecos, Argelia, Malí, y Níger, cruzando de punta a rabo o de Norte a Sur el desierto del Sahara por su parte más dura: El Tanezrouft. *Tiempo empleado*: 33 días. *Tiempo real de rodar*: 16 días. El resto del tiempo, encallados por cuestiones administrativo-burocráticas y/o de coordinación de marcha. *Vehículo*: Furgoneta comercial Mercedes-Benz, modelo L-319-D diseñada para reparto ligero de mercancías. *Epoca*: La peor, mes de julio, por no poder ser otra. *Motivos para realizar el viaje*: Han quedado citados en los trabajos del diario *Pueblo* de 28 de junio y de 11 de agosto de 1969, antes y después del viaje, por consiguiente. También, en la entrevista que, como parte del programa ‘Panorama de actualidad’, TVE insertó el 9 de agosto. Sin embargo, *el motivo mejor es éste*: En algún momento de la vida de cada uno, si de verdad apelamos al fondo insobornable de nuestra conciencia sabremos certeramente lo que nos conviene para redondear nuestra personalidad, para hacer subir de valor los quilates de nuestra hombría. Y en este tramo vital, el viaje a Africa ha sido nuestra piedra de toque, el más duro yunque en donde se han templado los filos de nuestras voluntades ante la realidad del sufrimiento. *Lo más difícil del viaje*: No desmayar ante situaciones imprevistas, que es tanto como haberse forjado el criterio de ‘prever’ que todo iba a ser imprevisto. *Nuestra mayor alegría*: Poderlo contar ahora. *Nuestra mayor tristeza durante el viaje*: La duda de habernos

podido equivocarse en la interpretación de ese fondo insobornable al que antes me refería y descubrir que nuestro esfuerzo carecía de motivación auténtica. Por suerte, no ha sido así, sino muy al contrario. *Conclusión:* Confieso estar contento de haber efectuado el viaje: Cansancio, dudas, sed, hambre, mucha más sed y mucha más hambre todavía, suciedad, incomprendimientos, escollos en el camino de la amistad, y miles de etcéteras. Y ahora, contemplando lo hecho, veo también, a mi modo, “que es bueno”; que no lo volvería a hacer para satisfacer mi sola curiosidad [los mundos son muy grandes] pero sí por o para la curiosidad de alguna otra persona que necesitara mis servicios”.

El 18 de agosto entregué personalmente en la Embajada de Argelia en Madrid la siguiente carta:

Sr. Embajador de Argelia en España  
Madrid,

Alcalá de Henares, 18-VIII-1969

Muy Señor mío:

Va Vd. a leer la queja de un grupo de expedicionarios turistas en Argelia. Cada uno es testigo para todos los demás y nuestra palabra de honor es el único apoyo con que contamos. Lo exponemos así, firmemente, para que desde un principio queden claros la intención y el alcance de nuestro tema. Nunca nuestro corazón ha albergado rencor ni tendencias vengativas ante los hechos que dentro de poco Vd. conocerá. En este momento en que, pese a todo, podemos considerar nuestro viaje como un éxito [véase página del diario *Pueblo* que se adjunta] crea Vd. que sólo un sano deseo de aclarar las cosas nos guía y también ayudar a aquellos viajeros de buena fe que nos sigan en busca de superación y de aventuras espirituales.

Resulta que se nos asegura –cruel paradoja– que Argelia está en vías de atraer turistas y de fomentar activamente sus hasta ahora tenidas como temibles bellezas naturales –desierto y calor– para mostrar al mundo que en todas partes se puede descubrir algo distinto e interesante. Con ese lema en la conciencia nuestra atravesamos

Marruecos. No sé, Señor Embajador, si quedó Vd. enterado de nuestro proyecto de viaje: El mismo diario *Pueblo* del día 28 de junio incluyó un reportaje sobre nuestras anticipaciones, al tiempo de trazar una breve semblanza de cada uno de nosotros tres, españoles, que comenzamos el viaje juntos desde Torrejón de Ardoz (Madrid) ese mismo día. Con mucho gusto le facilitaríamos detalles rigurosos y más completos sobre nuestra personalidad y nuestras actividades profesionales. Tanto don Luis Gallo Tercero, casado, mayor de edad, con domicilio en Lope de Rueda 16, Madrid, y de profesión técnico de una empresa suiza en España, como don Francisco Cadenas Gómez, soltero, mayor de edad, veterinario, con domicilio en Torrejón de Ardoz (Madrid), como el que esto escribe y servidor de Vd., soltero, mayor de edad, doctor en Filosofía y Letras y profesor de Universidad, con domicilio en Kingston, Ontario, Canadá [Alcalá de Henares, durante los veranos], prometemos por el honor nuestro y por el más elemental sentido común que lo que esta carta refiere es un correlato de lo que ha ocurrido. Además, tenemos la seguridad de que las cosas expuestas así y ahora en este papel, fuera de la coyuntura dramática en que se desarrollaron, son una semblanza muy atenuada de la verdad justa.

Pues bien, cruzamos Marruecos, y al llegar a la frontera de Beni-Ounib todo un constante enfrentarse con realidades hurañas y peligrosas fue sucediéndose. La frontera de Beni-Ounib por lo visto tiene unas ciertas horas de operación, lo cual no debe considerarse, efectivamente, inhumano o extraordinario si no fuera porque la tal frontera está ocupando un campo alambrado, de minas, por el que se halla rodeada a la vez, sin ninguna señalización y, naturalmente, en mitad de un páramo. La cosa es que la carretera se corta a pico, se inicia el campo de minas y alambre espinoso, y al tiempo que está uno contemplando la ciudad argelina de Beni-Ounib enfrente, a unos dos kilómetros escasos, no se vislumbra la manera de atravesar ese dédalo. Este acertijo macabro nos costó vueltas, idas y venidas, siempre con el temor de salir zumbando por los aires, hasta que las autoridades marroquíes de Figuig nos dieron una detalladísima versión sobre en

qué consistía la frontera, y allá llegamos después de sortear los recovecos de un laberinto de susto y muerte. Nos avisaron eso sí, que las puertas o verjas de hierro y alambre electrificado y puntiagudo de la frontera se abrían a las cuatro de la tarde, pero que tal vez, al tratarse de turistas –y nosotros bien ostensiblemente lo demostrábamos– nos abrieran con sólo hacer acto de presencia y tocar la bocina. Eran las dos y media, 14:30 y por desgracia hasta las cuatro inexorables 16:00 aquello no se abrió.

Esperar en el medio de ninguna parte, a más de 50 grados al sol se dice en un par de líneas pero se tarda una eternidad en digerirlo en la realidad de la situación. Allí en Beni-Ounib nos intervinieron durante casi tres horas, con papeleos morosos y complicados –como el de la declaración del dinero, etc.– Sin embargo, nada que no estuviese dentro de las previsiones legales podemos imputar a aquellos dos funcionarios argelinos de la Aduana.

La odisea de sinsabores y vejaciones tuvo lugar en Adrar, donde termina la estupenda carretera de asfalto y donde comienza la verdadera pista del Tanezrouft. Resulta que aun dentro del mismo país de Argelia existen varios controles aduaneros y policíacos. Cada ciudad importante o cualificada por las razones técnicas que sean, tiene montado un servicio de intervención y registro que es de lo que precisamente quiere tratar esta carta.

En Adrar, lugar de comienzo y partida para la sección difícil del desierto, estuvimos detenidos tres largos días, y allí se nos ofreció la ingrata oportunidad de empaparnos a fondo en el sistema burócrata-administrativo-legal, o lo que sea –que yo todavía no lo sé– de Argelia. Allí en Adrar, Señor Embajador, conocimos a una pequeña expedición que se dirigía a Togo, y compuesta por los súbditos alemanes Peter Neumaiev, 8 München 80, Hörselbergstr. 4, y Lorenz Wolfseher, 8 München 25, Daiserstr. 19c; y al súbdito togolés Cyrillo Quanhie, s/c Sagba, 8 München 90, Schön Strasse 91. Ocioso será decirle a Vd., pues bien creo que lo tenga sabido, que la travesía del Sahara –como hasta las indicaciones de los buenos mapas rezan– está sujeta y supeditada a unas regulaciones encaminadas hacia la

seguridad del turista. La primera sorpresa al llegar a Adrar fue descubrir que no se podía salir de allí sin contar con una compañía de vehículos, o convoy, o caravana que a juicio de las autoridades tuviera cierta garantía [los alemanes, el togolés, un nativo argelino que se unió en calidad de guía, y nosotros tres formamos tal caravana], ni tampoco sin pasar por el tamiz de unos organismos fantasmas, venales y caprichosos que significaron ni más ni menos que gran parte de toda la amargura de nuestro viaje; mucha más contrariedad y frustración que las ciento y pico de veces que entre cuatro vehículos nos quedamos atascados en la arena hasta nuestro final de etapa en Bordj Moktar.

Todas las fantásticas prevenciones sobre bandidaje o precauciones sobre las costumbres o sobre las posibles reacciones de los nativos del desierto, son puras fruslerías deslavazadas si se comparan con los métodos que se esgrimen en estos “centros” oficiales de Adrar. En suma: En Adrar había que volver a verificar los papeles en tres sitios: Sub-Prefectura, Policía, y Aduana. El orden es fortuito y cualquier coincidencia o ley matemática de variaciones, combinaciones o permutaciones que ocurran en las citas que siguen es puramente casual y no responde a ningún plan premeditado. Lo que sí es cierto, Señor Embajador, es que con estos tres elementos nefastos –y los llamo nefastos adhiriéndolos a la coyuntura específica, y no otra, en que nos tocó vivirlos– se conjugaron una variedad de calamidades y molestias que la pluma más sedienta de exageración no llegaría a abordar. En la Sub-Prefectura –antro polvoriento como los demás así llamados centros oficiales– nos presentan a un funcionario, francés. Y empieza nuestro Gólgota.

Un asunto en el que se barajan tres solas y únicas nociones; una gestión que consiste en llevar los papeles de rigor y rutina a tres sitios en un orden que la autoridad establece; una estúpida función oficinesca que en el más lerdo de los cumplidores no costaría más de media hora..., la complicaron los manejos negligentes y malintencionados de cuatro chupatintas irresponsables. Porque en esta misérrima verificación legal, estando las cosas en orden, se nos pasan

tres días. ¿Cómo?

Es muy difícil tratar de explicar en serio la más irritante de las desfachateces, la más hiriente de las tropelías y la más absurda de las cerrilidades mentales, a menos que se reconociera una como innata ceguera, una como vesania irreparable de estos funcionarios. ¿Cómo? Los papeles que de un sitio debían ir a otro, al llegar a este segundo resulta que debían haber pasado por uno previo, siempre imprevisto y en contradicción con las normas recibidas, y que desdichadamente a la hora de resolverlo se encontraba cerrado, o fuera de hora o inoperante. Es decir, que existía una incompatibilidad de lugares y horas perfectamente estudiada, y a base de manejar tan sólo los tres requisitos de “Policía-Sub Prefectura-Aduana” [repito que el orden es fortuito]. Y así hasta el día siguiente. Y todo ello haciéndonos esperar en patios polvorientos y sórdidos, o en la calle al sol, durante horas; zarandeados por unas decisiones caprichosas, perdiendo tiempo y tiempo, y haciendo depender nuestras ocupaciones, nuestro descanso, nuestra vida, de unas citas exigidas e incumplidas repetidas veces por unos desalmados títeres, y a las que debíamos presentarnos los siete viajeros, amén de la petición cada vez de documentos distintos, y de sufrir los comentarios impertinentísimos y soeces del aduanero [“Vds. son turistas, ¿no? Pues entonces ya sabían a lo que se iban a exponer y no tienen derecho a quejarse. Y si no, no haber venido...”], etc.]

He dicho al principio, Señor Embajador, que no me lea ni me crea el que pretenda que yo aduzca otros testigos que no seamos, nominalmente ahora, los siete huérfanos aquellos; que no se nos pidan otras pruebas que no sean las de nuestra palabra de honor. Estas son cosas que se creen o no se creen, pero que no pueden discutirse. Y yo desde aquí hago una llamada oficial a las autoridades competentes si es que en esta peripecia las hay. Doy un clarinazo de alerta a turistas y viajeros. Llamo la atención, en nombre de los derechos de convivencia más básicos y del respeto a la persona, a todos los plumíferos y escribientes del mundo; a todos los ejecutivos y administrativos del mundo; a todos los jefes de negociado y apoderados; a todos los que tienen el resorte de pegar un timbrado y manufacturar una orden viable

o inviable, sensata o vesánica... A todos ellos y a todos los que quieran unirse a esta cruzada de cordialidad y buenos modales, de entendimiento y humanidad, para que condenen cada uno en la forma que le sea posible y eficaz la conducta torpe y roma de estos caciquillos de Adrar –Aduana, Sub-Prefectura, y Policía– de forma que sus nombres y sus personas sean sacados a la repulsa pública; que sus modales sean conocidos tanto por las autoridades superiores de Argelia como por quien haya pensado pasar por tales parajes; para que todos sepamos y sepan que en Argelia hemos encontrado caballeros plenos de cortesía, y que tales chambones de la Administración estatal de Adrar no deben ser representativos de ningún país, porque desgracian y achatan su nombre.

Fechas en que ocurrió lo expuesto en la carta: domingo 6 - miércoles 9 de julio 1969.

Dr. Tomás Ramos Orea (Filosofía y Letras)  
Associate Professor, Queen's University  
Kingston Hall, Kingston, Ontario, Canadá.  
Telephone: 546-3871, Ext. 627  
Respetuosamente



Tomás Ramos Orea  
Alcalá de Henares(Madrid)  
Teléfono: 2930250

El Encargado de Negocios de la Embajada de Argelia  
me extendió el acuse de recibo que aquí muestro.



KH/MTT

*Embajada de Argelia*  
*en*

*Madrid*

69/nº AM

Madrid, a 18 de Agosto 1969

He recibido del Dr. Tomás Ramos Orea,  
una carta que ha venido a depositar en la Embajada.

El Encargado de Negocios,



Si mi carta llegó a ser leída y ponderada por alguna instancia o autoridad con poder de decisión, o sirvió para que algún oscuro empleadillo se limpiara el tapizado de su escroto con ella, es algo que ha permanecido bajo idéntico palio secretista todo el tiempo. O sea, que no tengo ni la menor idea.

Después del consabido peregrinar por distintas redacciones de rotativos conseguimos que *El Alcázar*, nada menos, me publicara la serie “Yo atravesé el Sahara” en páginas 16-17, centrales, los días 8-12 y 14-18 inclusives del mes de octubre 1969. La serie completa

contenía *doce* entregas, pero por imponderables de limitación y conveniencias editoriales, la secuencia quedó reducida a diez trabajos: Eliminaron la carta a la Embajada de Argelia que acabo de reproducir, y pedacitos de aquí y de allá de algunos otros capítulos hasta comerse lo equivalente a uno entero. La retribución por toda la serie, a razón de mil pesetas por artículo, y tras los descuentos aplicables, ascendió a *nueve mil doscientas* pesetas justas. Y lo grande del caso es que, por más que se le razonó en contrario, el fantasioso de Gallito había cifrado el resarcimiento de *todos* los gastos generados por el viaje en la compensación que el periódico nos diera por mis reportajes. Ésa, ésa precisamente era la personalidad elemental, supurantemente pintoresca, de Gallito...

Del hecho de que mi literatura viajera se leyó a lo largo y a lo ancho de una respetable porción de la ciudadanía española, da cuenta [entre otras procedencias que me consta que la redacción de *El Alcázar* no quiso hacer público por no atizar diatribas ni polémicas] este testimonio:

### “CEUTA, ESCAPARATE DE ESPAÑA”

La alusión que se hacía a Ceuta en un reportaje reciente titulado “Yo atravesé el Sahara” ha originado copiosa correspondencia. Los lectores de Ceuta han estimado que el reportaje menospreciaba a su ciudad. Aquí, en *EL ALCÁZAR*, se ha hablado de Ceuta con elogio encendido, tan merecido como justo. Entonces no llegaron cartas. Es, por otra parte, normal. Pero *EL ALCÁZAR* gusta del juego limpio. Por eso, espontáneamente, reproducimos íntegramente el indignado artículo que ha publicado “El Faro de Ceuta”. Si la reproducción sirve como homenaje a una admirable y ejemplar ciudad española como Ceuta, bienvenido sea el incidente.

Dice así “Aspa” en *El Faro de Ceuta*:

#### Un reportaje que causa indignación

“Indignación, esa es la palabra, es la que siente toda Ceuta por ese infortunado reportaje que ha publicado el diario madrileño *EL ALCÁZAR*, distribuido en capítulos en uno de los cuales se alude a

esta ciudad en unos términos que ningún ceutí puede dejar pasar por alto y que ha originado, por tanto, la más fuerte repulsa contra el autor del disparatado trabajo literario, *Tomás Ramos Orea*.

Y nos extraña muchísimo que el director de tan prestigiosa publicación, nuestro estimado compañero don Lucio del Álamo, haya autorizado la inserción del reportaje, máxime cuando él conoce perfectamente cómo es Ceuta, qué es lo que hay en Ceuta y cómo son los ceutíes, esto es, todo lo contrario a lo que Tomás Ramos dice en su reportaje que pomposamente titula “Yo atravesé el Sahara”.

No vamos a referirnos a la totalidad del reportaje, en el que, también, nuestro vecino país sale igualmente malparado. Por estar muy cerca de esa tierra la conocemos bien y, por ello, sabemos que cuanto se dice de ella es pura fantasía de la que se ha hecho uso para darle sensacionalidad al reportaje. Lo que tampoco ha logrado su autor. Vamos a ceñirnos exclusivamente a la parte que nos afecta, al artículo, donde Tomás Ramos, no sabemos por qué, vierte sobre nuestra ciudad toda clase de imprecisiones hasta llegar incluso a la ofensa que ha levantado justa y unánime protesta.

Comentando el articulista su viaje desde Madrid al Sahara empieza ya a poner en evidencia a todo el mundo como si su excursión tuviera el único fin de buscar defectos e imperfecciones en lugar de ser un safari, como normalmente se viene haciendo muy a menudo, por lo que su “hazaña” deja de serlo indudablemente. En Algeciras, y al embarcar en el transbordador, ya le puso pegas a las plataformas porque decía que le olían mal. Sin duda, todo le debe oler mal, puesto que antes de subir al buque también señala que “empezaba a palpar algo raro en el ambiente”. Y ya en Ceuta, los disparates se suceden como los fotogramas de una película. Empieza diciendo que lo de la “Perla del Mediterráneo”, es un “anzuelo turístico” “made in Ministerio de Información y Turismo español”. Anzuelos hay muchos en Ceuta, porque este deporte está muy arraigado aquí, y la prueba es que se han conseguido trofeos y hasta campeonatos nacionales, en este lugar, que por desgracia para el señor Ramos, no hay nada. Es decir, si hay algo, leche de cabra, desayuno que le supo a rayos. Sin duda

alguna, debió de agriársele, porque a renglón seguido arremete con más fuerzas. Dice que dormir en las ciudades africanas es más peligroso que hacerlo en el campo. ¿Qué quiere decir con eso? ¿Qué aquí se mata o se roba a la gente por la calle? Sepa el articulista que el lugar posiblemente de menor índice de criminalidad es Ceuta, donde los casos de muerte por agresión son nulos e incluso el de atraco o robo. Más peligro existe –ahí están las páginas de sucesos– en su lugar de residencia.

Y así, los disparates se van sucediendo a lo largo de su infortunada narración.

No, señor Ramos, a Ceuta no se la llama “Perla del Mediterráneo” por “el precio razonable o casi barato” de su comercio. Está usted en un craso error. O mejor dicho, está malísimamente informado. La frase es de nuestro Caudillo. ¿No lo sabía usted? Claro que no. Y cuando no se sabe una cosa lo mejor es callarse por muy al Sahara que vaya uno.

Pero cuando las barbaridades llegan a indignar es cuando dice que se va fijando en “la gente arropada de manera típica (para ellos) y estrafalaria (para nosotros)”. ¿Qué gente es esa a la que alude? ¿Qué tontería está diciendo? Esa gente, señor mío, son españoles, tanto como lo es usted o más, porque están en un lugar donde su forma de hacer, actuar y vivir, debe ser precisamente ejemplar. Ceuta es escaparate de España a la entrada y a la salida del país –según la dirección– y los ceutíes se miran en esto como en un espejo. ¿Qué gesto es ese que dice adivinar en las mujeres? ¿Porqué se ha fijado en las miradas de muchos hombres a las que llama siniestras? ¿Dónde están los pedigüeños?

Lamentable, verdaderamente lamentable su reportaje. *EL ALCÁZAR* no ha podido tener menor fortuna periodística al publicarlo. Si con él usted, señor Ramos, ha querido ganarse laureles, sólo ha conseguido la repulsa de Ceuta e incluso la de muchos peninsulares, que nos han conocido, que han venido a esta Ceuta que les ha recibido feliz, pacífica y laboriosa con los brazos abiertos, sin café con leche de cabra, sin asesinos por las calles, sin miradas torvas

o siniestras y sin ropas estrafalarias. Y si usted no ha visto de verdad lo que es Ceuta, es porque en realidad ha pasado furtivamente, como no debe pasarse por una ciudad todo corazón para el visitante.

Sabemos su filiación por usted mismo. Es soltero, de treinta y dos años. Doctor en Filosofía y Letras, profesor de la Queen's University, de Kingston (Canadá), romántico poeta...

Muchos títulos para no conocer a una ciudad de su España y nuestra, de historial tan brillante y hoy por hoy, gracias a nuestro Gobierno, a nuestras autoridades y a los propios ceutíes, en pleno resurgir para alcanzar esa consigna de nuestro Caudillo de hacerla –en nuestras manos está– la “Perla del Mediterráneo”. Ahora lo sabe usted.

Y de romántico y de poeta, no sé qué decirle. Los románticos gustan de revivir lo pasado y de estas cosas tenemos muchas aquí, que usted no ha visto. En cuanto a los poetas, cantan y alaban, pero no afrentan.

Y usted nos ha ofendido.

*ASPA”*

### *EL ALCÁZAR*

Jueves, 23 de octubre, 1969

*Respuesta a “Ceuta, escaparate de España”*

Tomás Ramos Orea

Amigos lectores de *El Alcázar*:

Contesto al trabajo “Ceuta, escaparate de España”, aparecido en *El Faro de Ceuta* y reimpresso en *El Alcázar* de Madrid, con fecha de 23 de octubre, más por cortesía hacia quienes hayan leído mi serial “Yo atravesé el Sahara” que por deseo de salir en defensa propia. Me abochorna que pueda haber espíritus tan impresionables. “Noli foras ire; in te ipsum redi; in interiore hominis habitat veritas.” (San Agustín) Y me explico.

Cuando un temperamento, por las razones que sea, se instala dentro de un clima de suspicacia y recelo, la más inocua palabra la siente como zarpazo. Y al contrario: Cuando una persona observa al

mundo con espíritu positivo y comprensión amplia, no se enreda en interpretaciones baratas sino que armoniza en batida emulsión el fenómeno externo –ese posible causante de su enojo– con su concepción del cosmos. Quiere decirse que toda nuestra conducta tiene su más honda radicación en una postura de fe: Fe en las palabras mejores, fe en los sentimientos mejores, fe en la mejor elección que hagamos de entre las posibles alternativas.

Y fe es lo que parece haber faltado al autor de “Ceuta, escaparate de España” y a los gestores de la supuesta ‘copiosa correspondencia’ a *El Alcázar*.

Una gran cantidad de españoles deben haber leído ya mis comentarios de viaje. Pues bien, ni una sola protesta –que yo sepa– parece haberse levantado en toda la geografía nacional (con la cualificadísima excepción de Ceuta, claro) por lo que de ofensivo o insultante pueda detectarse en mi escrito. Lo cual es mucha, demasiada casualidad.

A mí me cargan las almas miopes y los criterios estrechos sobre nociones y convicciones patrióticas, y en Ceuta me temo que se haya descubierto un foco importante de tales mentalidades que convendría vigilar para saber con quién se puede uno gastar los cuartos. La conciencia más particular debe suponer –por leyes normales de biología y de equilibrio– que nadie tiene intenciones de difamar (o afrentar, u ofender) en circunstancias como la mía: Viajero. Por eso no dudo en estimar que el articulista de *El Faro de Ceuta* ha perdido todo rastro de la proporción, convirtiendo su furibundo trabajo patriotero en un libelo de gusto más que discutible y, en mi opinión, condenable. Y voy a intentar probarlo, siguiendo paso a paso el artículo de “Aspa”.

Yo, lectores míos, (y a menos que declare otra cosa) tengo la costumbre de decir lo que quiero decir, y precisamente eso que quiero decir es lo que digo. Ahora bien, si se citan mis palabras trabucadas o incompletas mis frases, se acabó el juego.

En mi reportaje digo que “en Ceuta parece que está todo a precio razonable, casi barato, y quizá por eso los españoles la llaman perla”. Confieso tener un profundo respeto a las palabras (trabajo

rodeado hasta los ojos de diccionarios) y por ello delato la falta de deportividad cuando se me cita mal. En cuanto a lo de “perla del Mediterráneo”, esa es la denominación que aparece en un cartel turístico publicado por el Ministerio de Información y Turismo español, y que juntamente con otros carteles de temas hispánicos ha estado colgado en mi despacho durante más de un año. Como no todos somos tan afortunados como nuestro escocido articulista en conocer la razón última de las cosas, nosotros más prudentemente, y a la vista de los únicos datos de que disponemos, dijimos que “quizá por eso los españoles la llaman perla”.

Lo de que “cuanto se dice de nuestro vecino país es pura fantasía”, no puedo impugnarlo porque no se me citan cosas concretas. Sí me interesa recalcar que uno de nuestros contados encuentros personales en Marruecos fue con una inolvidable y exquisita criatura. Y mucho me entristecería que “Aspa” pusiera en tela de juicio tan carismática experiencia. El único comentario aquí es que la forma de escribir de nuestro amigo es muy poco rigurosa y muy mucho alegre.

Lo de “poner en evidencia a todo el mundo” que, con igual desenfado, se me imputa, entiendo que es cuestión de criterio y así lo dejo. No se me alcanza que una narración de viaje se pueda confeccionar sin hablar de las gentes y de las cosas que se ven. También nuestro articulista debe tener una fórmula para ello (¡!)

Las plataformas de los barcos, donde se aparcan los coches, a mí –que me suelo marear de muerte– me huelen malísimamente. Lo he probado en varios barcos y en varios países. Y el transbordador de Algeciras no fue excepción. No veo ninguna especialidad es este pasaje.

Verdad es también que en Algeciras “empieza uno a palpar algo raro en el ambiente”. Por más que le doy vueltas no llego a ver el término ni aun la implicación ofensiva inmersa en tan normalísimos sintagmas. Siguen a nuestro periodista antojándosele los dedos huéspedes.

¿Qué hay de extraño en que la leche de cabra me sepa a rayos? Sí, señor, me supo así y, como no creo en cierto tipo de milagros,

sospecho que me seguirá sabiendo así ahora. Tampoco colijo el resentimiento de “Aspa”. Sigamos.

“Dormir en las ciudades africanas es más peligroso que hacerlo en el campo”. He aquí un sereno y meditado juicio que considero perfectamente válido. ¿Que qué quiero decir con eso? Ni más ni menos que lo que he dicho, sin quitar ni poner un solo fonema: “Dormir en las ciudades africanas es más peligroso que hacerlo en el campo”. Ya me he tomado la molestia de exponerle a “Aspa” mi criterio expresivo y mi postura ante el lenguaje. A todo ello le remito de nuevo. Y claro, considero como un peligrosísimo ataque de histeria lo que nuestro amigo se pregunta gratuitamente y las explicaciones de saldo con que se regala. Que se someta mi frase al tribunal lingüístico más exigente y que me digan si se ha dado pie para que nuestro articulista levante tal tiberio. ‘El que se pica...’

Y llegamos, por fin, a donde mis barbaridades provocan la indignación de los angélicos y susceptibles ceutíes. “Me voy fijando en que la gente va arropada de manera típica (para ellos) y estrafalaria (para nosotros)”. Aquí nuestro amigo desbarra, hace que los paradigmas se salgan de madre, y me parece, para consternación mía, que ya no le puedo seguir porque se ha roto todo entramado de lógica. ¿Qué tiene que ver que se hable de quien se hable para opinar que tal(es) persona(s) va(n) vestida(s) de manera estrafalaria con arreglo a la concepción estética de uno? Repito que me apena no captar el punto –sutil debe ser, a fe mía– de mi impugnador, y brindo el acertijo a la sagacidad y deseo de pirotecnia dialéctica de los lectores.

“El gesto de las mujeres se adivina”. ¿Que qué gesto es ese? Pues es... Pero, no, hombre, no. No se merece usted el que yo le participe mis intuiciones líricas. Sería en balde.

“Las miradas de muchos hombres son siniestras y abunda la pedigüeñería”. Muy señor mío: Tampoco me parece –de puro obvio o ultratelúricamente superferolítico que es– entender el alcance de su pregunta de ‘por qué me he fijado en las miradas de muchos hombres a las que llamo siniestras’. Digo que prefiero hacerme el loco y no entender su pregunta y aceptar que debe tratarse de algún matiz

levísimo que se me escurre, porque de otra forma lo único viable que cabe aquí es dar la siguiente piadosísima respuesta: “Me he fijado en esto o aquello o lo de más allá porque me ha dado la realísima gana”. ¿Entendido? Pues adelante. Y llamo *siniestras* a las miradas porque tuve el libérrimo gusto de aplicarlas el primer adjetivo (*infeliz*) de la cuarta acepción de la palabra *siniestro* tal y como la enuncia el Diccionario de la R.A.E. (edición de 1956) ¿Qué tal?

Lo que tampoco puedo contestar es su última pregunta: “¿Dónde están los pedigüeños?”, si con ella me pide usted la localización perfecta de calle o plaza o barrio. Me duele no poder satisfacer su – ¿patológica?– curiosidad. Lo que sí digo es que yo los ví, chavales sobre todo. ¿Fue porque me vieran con pinta de turista; porque les gustó mi sombrero...? ¡A mi qué diablos me importa saber por qué! Lo único que sostengo es que en el día que pasé en Ceuta ví pedigüeños. Y remito al Diccionario para que no haya dudas de la palabra que estamos manejando. ¿Qué más?

Ahora es cuando me tocaría a mí sentirme ofendido por la sarta de inconsistencias con que se me ha bombardeado. Además, Vd., señor “Aspa” sí que pone en evidencia al director de *El Alcázar* con la solapada y sobadita maniobra de quererle dar una lección de rebote. No hay que centrifugarse mucho los sesos para sospechar que el Sr. Director de *El Alcázar*, como la gran mayoría de lectores, no ha encontrado nada recriminable en mi artículo; nada que pueda justificar la desaforada repulsa por parte de tántos, tan sospechosos y tan hipersensibles ceutíes. No creo que *El Alcázar* necesite que yo rompa ninguna lanza en pro de su prestigio y de su difusión. Pero cuando dice usted, amigo “Aspa”, que “no ha podido tener menor fortuna periodística al publicarlo” (mi artículo, se entiende), vea usted, soy humilde y lo único que digo es que a lo mejor tiene Vd. razón pero que en todo caso eso es cuestión de criterios.

De lo que no cabe duda es de que tanto mi obra como mi personalidad quedan bajo una lluvia de conceptos poco edificantes (‘infortunado, disparatado, sensacionalidad, más disparates, más disparates, infortunada, barbaridades, tontería, lamentable’, etc.). Y

no, señores míos ceutíes, yo no he ofendido a sabiendas a nadie (y tal ha quedado probado en esta carta de urgencia). Yo sí me podría considerar ofendido con el trabajo de “Aspa” donde muchos términos concretos se me imputan y muchos juicios tergiversados también. Pero no me ofendo. Sólo pido que se me lea con detenimiento. Yo ya no tengo tiempo de ofender ni de ofenderme. Palabra de honor.

Y si de veras quieren seguir un consejo mío, un consejo de amigo...: Tranquilidad, buenos solomillos de ternera y menos aspa... vientos.

Con un apretón de manos, cordial y sinceramente

Tomás Ramos Orea

Doctor en Filosofía y Letras

Associate Professor, Kingston Hall, Kingston,  
Ontario, Canadá.

*El Alcázar* debió de pensar que la cuestión había quedado zanjada y ya no tuvo a bien publicar ésta mi carta de réplica.

Ya de regreso en Canadá desde septiembre [siempre del mismo año 1969], no puedo precisar a qué resorte se debió, qué instancia sobrevenida o qué fundamento ineluctablemente establecido o latente propiciaron que Najiat Abdelmalek y yo nos comunicáramos. Con toda seguridad que yo debí de quedarme con su dirección postal detallada, nada difícil, a decir verdad, por tratarse de la sede misma de la oficina de telecomunicaciones de Imouzer-du-Kandar en Marruecos. Como abordaje conciliador para una correspondencia que se me antojaba exótica e interesante, acaso yo explotara el haberle oído comentar a Najiat en nuestro fugaz coincidir en su pueblo, que ella estudiaba algo de inglés, etc. Sí, yo, seguro que la escribí en inglés y probablemente, acaso también, incorporara en mis cartas un breve resumen en español de lo que le decía en inglés. Najiat debió de sentirse halagada por el hecho de ser requerida por mi atención epistolar. Desdichadamente se me perdieron muchos papeles en mis idas a, y venidas desde, América..., entre ellos, varias, algunas cartas de Najiat. Yo guardo escrito por ella a lápiz, al dorso de dos fotografías que no pudimos descifrar de nuestro viaje, la identificación

de las mismas. Una dice: “Route entre Midelt et Azrou”; y la otra, “Le village d`Azrou”. Necesariamente tuve que mandarle a Marruecos las dichas fotos para su reconocimiento, ya que el menester de artista de Gallito, como fotógrafo, dejó mucho que desear, y la referencia de algunas instantáneas a sus lugares y/o motivos se hizo en ocasiones irreconocible.

Najiat también me envió una foto suya, en blanco y negro, subida en un caballo, en una especie de prado y arboleda contigua. Era, sin duda, una criatura agraciada, en la que el refinamiento mejor y más reposado de la cultura francesa se trascendía por todos y cada uno de sus poros. Ya en la foto que nos hicimos nosotros tres y ella, allí, junto al furgón, delante de la fachada del edificio, supuestamente su casa también, y en la que se puede leer “Telegraphe. POSTE. Telephone”, Najiat, a mi derecha, recibe todo el beneplácito de una sonrisa mía, y a su vez me devuelve el festejo cómplice con un encogimiento festivo, un quiebro de lúdica feminidad que me dedica y que, a buen seguro, supo que mi alma recogía en la más entera de sus fragancias. Su morenía era un dechado de armonía agarena, y sus modales, ya dije, reflejaban lo mejor que la clásica y esmerada Francia ha dado a la historia del mundo. No recuerdo cómo ni por qué –si es que los hubo– nuestra correspondencia se desvaneció.

Muchos años más tarde, ya en Granada, en 1977, sentí curiosidad, proclividad patológica de conectar con el pasado, y desde Tánger, a donde yo había ido... no sé, vagamente, a ver cosas, desde el Hotel Rif de la Avenida de España, donde yo me alojaba, hice un intento de comunicarme con ella, con su casa, con la Oficina de Comunicaciones de Imouzer-du-Kandar..., pero fue todo en vano. Hay cosas que no pueden ser y no son. Las guías telefónicas del Marruecos de entonces, no sé ahora, no parecían registrar los abonados, ni los centros, ni los organismos, asignados a tal o cual ciudad, sino, si mal no recuerdo, por apellidos, en todo el país..., o con arreglo a alguna clave aún menos operativa, si es que ello puede imaginarse. No hubo manera de averiguar si la familia Abdelmalek –que aparentemente no aparecía entonces correspondiendo a la localidad debida, formando así

la evidencia de abscisa y ordenada que me hubiera proporcionado la solución—, no hubo manera, digo, de nada. Un viaje a Imouzer hubiera requerido... días, y lo más seguro es que Najiat estuviera cumplimentada por abundosa maternidad... pasados ocho años desde nuestro encuentro en su ciudad del interior áspero, algo remoto, y bastante desconocido de Marruecos. Criatura educada y pulcra, quedará transcendida en estas memorias mías, porque los mitos nunca mueren.

## *ÍNDICE*

Pg.

<b>Tuula: Turku (Finlandia) 1962-1963 / Turku – Alcalá de Henares 1985 . . . . .</b>	<b>1</b>
<b>Isabel: The U.W.O. [The University of Western Ontario. Universidad de Ontario Occidental] – Julia; Mary Ann: London, Ontario, Canadá, 1964-1965. . . . .</b>	<b>46</b>
<b>Najiat Abdelmalek: Immouzer des Kandar, Marruecos; Wapu: Ansongo, Malí. Expedición a África, julio 1969. . . .</b>	<b>167</b>



TOMÁS RAMOS OREA (Alcalá de Henares 1936) es doctor en Filosofía y Letras desde 1961 por la Universidad de Madrid, y doctor en Derecho desde 1980 por la de Granada (filólogo entre juristas y jurista entre filólogos). Y desde siempre, poeta. Pasó los veranos enteros de 1957 y 1958 en Oxford (Inglaterra) trabajando de obrero manual polivalente y versátil, y practicando y aprendiendo más inglés. Dio clases de lengua y literatura españolas en un Instituto de Segunda Enseñanza de Market Harborough (también en Inglaterra) durante el curso escolar completo 1959-1960. Ya con el título de Doctor – y al tiempo que estudiaba con avidez – profesó en Universidades USA y canadienses, 1961-1971. Además de un libro de memorias *Un castellano en Granada* sobre sus menesteres como docente–investigador en el Departamento de Filología inglesa de la Universidad de dicha ciudad en España, y de un volumen de *Prosas cosmopolitas*, el resto fundamental de su producción creativa en prosa, hasta el momento y en

razón de los diez libros ya aparecidos, se acomoda bajo el título general de *Mujeres, lugares, fechas...*, sobre viajes de aventura por más de 70 países y/o parajes de las cinco partes del mundo. Su novela *Amor se dice obitcham en búlgaro* discurre, asimismo, sobre asuntos y peripecias de una excursión por Bulgaria, Turquía y Rumanía.

Sabedor de que sólo en la palabra radica la realidad de las cosas, Tomás Ramos Orea, tras muchos afanes, ha conseguido cerrar las dos mitades – viajes y Literatura – de su círculo vital, al otorgar cobertura literaria a las situaciones cuya geografía emocional constituye el objeto de su obra.

Su entera producción poética se contiene, hasta la fecha, en el volumen *Poesía (Reunida y ordenada, 1954-2007)*, Madrid : 2008.

Tomás Ramos Orea está dejando su impronta en la narrativa de viajes, aventuras y encuentros (Memorias); en la creación poética; en la traducción de textos poéticos ingleses; en la crítica y el ensayo literarios, y en la metodología valorativa en la enseñanza e investigación de la literatura, de un lado; junto con la investigación jurídica, de otro, constituyendo con estos cinco campos de señalada independencia entre sí –y acaso con exclusividad en toda España, que sepamos– uno de los muestrarios más completos de producción académica en nuestro país.

ISBN: 931544